



**LA NOCHE QUE
BAILAMOS
JUNTOS**

Laura Maqueda

Phoebe

Laura Maqueda

**LA NOCHE QUE
BAILAMOS
JUNTOS**



Phoebe

Primera edición: febrero de 2019

Copyright © 2019 Laura Maqueda

© de esta edición: 2019, Ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18
28033 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-17683-35-1
BIC: FRD

Ilustración y diseño de la portada: CalderónSTUDIO
Fotografía: Lisa A./Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

ÍNDICE

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

20

21

22

23

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO EXTRA

*Para Conchi,
porque creyó en esta historia desde el principio.*

1

SHE WORKS HARD FOR THE MONEY

—La respuesta es no, Chloe —rezongó una vez más su jefe con voz cansada—. Se acabaron las oportunidades.

—Pero ¿por qué? Escucha, Big, te aseguro que si me das algo más de tiempo podríamos remontar, aumentar los datos de audiencia y...

Big Joe alzó una mano para indicarle que ya había oído suficiente. Reclinado sobre el respaldo del asiento de cuero negro en el que permanecía sentado, con los brazos rodeando un prominente estómago que la chaqueta del traje no lograba disimular, su jefe no necesitó pronunciar una sola palabra para que Chloe captara el mensaje: la decisión estaba tomada. Su programa podía considerarse un desastre, un fiasco. Todo estaba acabado. *Caput*. En definitiva, había sido cancelado.

Frente a ella se encontraba todo el equipo directivo de la cadena SFE y el resto de sus compañeros productores. Estos últimos la miraban como si quisieran asesinarla por haberlos convencido para que invirtieran su dinero en un proyecto que apenas había durado un par de meses en antena. Ninguno de los presentes tenía la más mínima intención de mostrar compasión por ella. Ni siquiera un poquito.

Tal vez apostar por un programa en el que una adorable ancianita elaboraba platos de la cocina tradicional americana mientras relataba sus batallitas de juventud no fue tan buena idea después de todo. Chloe estaba segura de que si el brillante Robin Williams no hubiera dejado el mundo de los vivos, habría llegado a ser un excelente presentador para *Cocina con la abuelita*, caracterizado como la adorable señora Doubtfire. «¿Cuándo inventarán los viajes al más allá?», se preguntaba Chloe.

Esta vez había creído de verdad que su idea era buena, original. Solo que, nuevamente, la suerte no estuvo de su lado. Empezaba a pensar que estaba gafada o que trabajar en la televisión no era lo suyo. Ya se lo había advertido su horóscopo esa mañana:

«Cáncer: Mal día para los negocios. Si estás en una relación, prepárate para recibir una noticia inesperada. Si no, deberías considerar la idea de abrir puertas al amor.»

Precaución si sales de casa».

El horóscopo nunca fallaba, ni tampoco su carta astral, según parecía. Chloe no entendía por qué no hizo caso a lo que decía su signo. Había acertado al cien por cien en lo que a su destino laboral se refería. Al menos debía dar gracias por no tener una pareja que perder también; de lo contrario, podía llegar a albergar la impresión de que su vida estaba acabada. ¿Es que no servía para nada?

«Maldito viernes 13», pensó mientras mentalmente se lamía las heridas de su magullado orgullo.

—Estaba convencida de que funcionaría —farfulló, mientras se dejaba caer en una silla cercana.

Había permanecido de pie mientras defendía su idea con uñas y dientes, pero ahora que los grandes jefes le acababan de confirmar su negativa a renovar el programa, a Chloe le fallaron las fuerzas.

Echándose hacia delante, Big Joe le dio unas compasivas palmaditas en las manos. El hombre debía de llevar en la cadena desde el Pleistoceno, o, lo que es lo mismo, desde su fundación. Su espesa mata de pelo cano y las pronunciadas arrugas que marcaban su rostro le otorgaban el poder de hacer y decir cuanto se le antojara, y eso incluía la potestad de decidir qué programas continuaban en antena y cuáles eran cancelados; sin embargo, la mirada que le dedicó estaba cargada de ternura, y Chloe entendió que trataba de reconfortarla.

—Nosotros también lo creímos —anunció el anciano, con una tímida sonrisa—. Posees un extraordinario poder de convicción, querida. Pero en esta profesión eso no es suficiente.

Chloe asintió con la cabeza, sin saber qué más decir. Aquel era el tercer proyecto con el que se lanzaba como cabecilla del equipo de producción —aunque, técnicamente, el dinero lo pusieran otros— y el segundo que era cancelado prematuramente. La idea de que estaba gafada empezaba a tomar forma en su cabeza.

¿Qué había de malo en ella? Últimamente todo le salía mal: el trabajo, las parejas... ¡Suerte que no tenía mascota! Dado que las plantas se le morían a la semana de haberlas adquirido, no quería ni imaginar lo que podría pasarle a un tierno cachorrito.

De vuelta en su pequeño despacho, Chloe no hacía otra cosa que pensar en

su penosa existencia. Se acercaba peligrosamente a la mitad de la treintena y se sentía una absoluta fracasada en la vida. Cuando se marchó de su Colorado natal rumbo a Los Ángeles, decidida como estaba a triunfar en la meca del espectáculo, no sospechaba que iba a resultarle tan duro. Como contrapunto, debía admitir que el hecho de que casi una década atrás una cadena como la SFE hubiera contratado a una joven novata como ella fue toda una suerte. Pero ahí acababa su buena fortuna, se dijo.

Ilusa e inexperta como era entonces, Chloe incluso había cambiado su aspecto físico en consideración para con su nuevo trabajo. La chica de *look* desenfadado de Denver quedó atrás para dar paso a una mujer segura de sí misma enfundada en ajustados vestidos y trajes de chaqueta que marcaban sus curvas, subida además a unos altísimos tacones de aguja. Era una mujer americana con estilo, una mujer con las ideas claras, una...

—Una fracasada —se dijo a sí misma en un resoplido.

Lo más importante ahora era encontrarles una solución a sus problemas. Buscar una idea original que resultara un éxito en pantalla y hacer que el público no pudiera vivir sin su programa. Algo novedoso que se convirtiera en un auténtico bombazo televisivo.

—O tal vez apostar por lo seguro...

Dejándose caer sobre el pequeño e incómodo sofá *made in* una multinacional sueca que estaba colocado en un lateral del despacho, la mente de Chloe comenzó a elaborar un gráfico de audiencias centrado en los intereses de los espectadores. Agitando los pies en el aire hasta lograr quitarse los zapatos, llegó a la conclusión de que lo más fiable sería encargar un sondeo externo que diera la oportunidad al público para expresar sus preferencias. No podía volver a fallar, Chloe lo sabía. Y sobre todo: no podía permitirse volver a casa con el rabo entre las piernas.

Al mirar por la ventana le sorprendió ver la intensidad con la que se mecían las copas de los árboles y las altísimas palmeras bajo la potencia de las fuertes rachas de viento de las corrientes del Santa Ana. A pesar de que la primavera apenas había comenzado, la famosa ventisca californiana se resistía a marcharse. Llevaba en Los Ángeles algo menos de diez años, y aunque a veces echaba de menos a su familia y a su grupo de amigas, Chloe no se imaginaba viviendo en otro lugar. Era una ciudad alucinante, donde el sol brillaba incluso en Nochebuena, que ofrecía la posibilidad de disfrutar de una tranquila jornada bronceándose en una de sus playas al mismo tiempo

que contaba con los clubs nocturnos más exclusivos donde no era difícil encontrar al último actor de moda. Y tal vez, con un poco de suerte, puede que incluso ligar con él.

No era el caso de Chloe. No, ella era una soltera empedernida y una...

—Una fracasada —masculló de nuevo. Le molestaba oír esa palabra, pero aquel día no podía evitar repetirla una y otra vez en voz alta—. Una estúpida soltera fracasada de treinta y tres años.

¿Qué había de malo en ella? Cuando se miraba al espejo veía a una chica atractiva que no necesitaba estar en los huesos para sentirse bonita. Su piel era tan clara que por más horas que pasara en la playa tratando de broncearse tan solo conseguía subir del color «Casper, el fantasma» al tono «Morticia Adams», y ese era todo el nivel de moreno que podía conseguir; tenía curvas en los sitios necesarios y un pecho tamaño estándar que aún permanecía en su sitio, y se le formaban hoyuelos en ambas mejillas cuando sonreía. En el pasado aquello había atraído la atención de un buen puñado de hombres, pero ahora... El género masculino huía de ella. Chloe estaba segura de que adivinaban que en unos meses estaría un paso más cerca de abandonar la treintena, a pesar de que aún le faltaban unos años para que aquello sucediera. Sabían que estaba convirtiéndose en una mujer madura, soltera y sin expectativas de compartir su vida con alguien.

—Debería salir más —se dijo. Incorporándose en el sofá, utilizó la goma que llevaba en la muñeca para recogerse la larga melena rubia en una coleta alta—. O a lo mejor no. No sé —resopló—. A los tíos no les gustan las mujeres desesperadas, y eso es justo lo que voy a parecer si me voy de caza.

Se reprendió a sí misma por haber pronunciado en voz alta ese comentario. Odiaba a los hombres que se sentían superiores a las mujeres y no dudaban en alardear de su supremacía sobre el género femenino. Por esa razón tampoco le parecía correcto hablar de los chicos como si fueran objetos. Aunque al mismo tiempo se sentía en pleno derecho de alabar la belleza masculina. Ellos lo hacían todo el rato; ¿por qué una chica no podía expresar en voz alta lo que pensaba cuando veía a un tío bueno?

—¡Por Dios, Chloe! Para de divagar de una vez y ponte a trabajar.

Su anterior pareja, la que ella creyó que sería el gran amor de su vida, el padre de sus hijos y la persona con la que se convertiría en anciana, solía decirle que les daba demasiadas vueltas a las cosas, y se quejaba cuando la sorprendía hablando sola. Chloe pensó que sus reproches no eran más que

pequeñas bromas sin malicia, algo normal en una pareja. Pero un día el sexo comenzó a escasear —aunque tampoco había sido muy abundante durante los tres años que pasaron juntos—, y la idea del matrimonio dejó de parecerle atractiva a Michael.

Chloe llegó a la conclusión de que sus respectivos trabajos tenían a ambos tan absorbidos que les resultaba muy difícil encontrar hueco para buscar una nueva casa y planificar una boda.

Y entonces ocurrió. Aquello que Chloe jamás hubiera imaginado, ni siquiera en sus peores pesadillas.

—Quiero dejarlo, Chloe —le había dicho Mike mientras cenaban en su restaurante favorito, después de que él le hubiera regalado flores—. No puedo soportar esta situación durante más tiempo.

Chloe se quedó boquiabierta, sin saber qué decir mientras de su tenedor colgaba una solitaria gamba a medio camino de su boca. Una pareja pasó junto a su mesa siguiendo al camarero y Chloe quiso hundirse en el asiento cuando vio al mismísimo Scott Eastwood lanzándole una mirada compasiva antes de continuar su camino.

—Chloe, ¿me estás escuchando? Acabo de decirte que quiero terminar con lo nuestro.

Colocando el tenedor en su plato, Chloe cogió la copa de vino blanco con mano temblorosa y se la acabó de un solo trago intentando reunir fuerzas antes de hablar.

—Te he oído —logró decir apenas con un hilo de voz—. Pero... ¿por qué?

Los hombros de Mike se hundieron tras lanzar al aire un profundo suspiro. El remolino de pelo castaño que se le formaba en la frente revoloteó sobre sus ojos. Se le veía abatido, casi culpable... ¡¿Por qué demonios le estaba partiendo el corazón entonces?!

—Yo... *creo* que voy a casarme, Chloe —confesó.

«Rebobina y dale al *stop*», le aconsejó su subconsciente. Probablemente le hubieran servido comida en mal estado y ahora estuviera teniendo alucinaciones. Su novio, aquel con el que había compartido casi cuatro años de su vida, no podía estar confesándole que estaba prometido a otra persona. «*Casi prometido*», se corrigió. O al menos eso era lo que decía Michael.

Era un sinsentido. Ella y Mike habían hablado varias veces acerca del matrimonio, y Chloe estaba segura de que antes o después terminarían por darse el «sí, quiero». Ella trabajaba mucho cada día para lograr que la

tomaran en serio en la cadena, y Mike se pasaba noches enteras haciendo horas extras en el bufete para conseguir que su jefe, George W. Jefferson, hijo, lo convirtiera en uno de sus socios y...

Entonces, como si de una iluminación divina se tratara, Chloe lo tuvo claro. «Sarah», se dijo. El mandamás del bufete tenía una hija llamada Sarah que acababa de salir de la facultad de Derecho, y, hasta donde Chloe sabía, su padre la había contratado unos cuantos meses atrás para que aprendiera el oficio en el equipo de Mike. Al mirar al que hasta ahora había creído que era el hombre de su vida, Chloe vio la culpa y la vergüenza reflejadas en sus ojos. ¡Qué inteligente por su parte ligarse a la hija del jefe! Si hubieran estado jugando al juego de los barquitos, Chloe podía haberse considerado tocada y hundida. Su novio no solo la estaba abandonando, sino que además lo hacía por otra.

—¿Qu... qué? —balbució. De repente no podía despegar la lengua del paladar.

—Sé que ha sido muy injusto por mi parte no decírtelo hasta ahora —empezó a explicarse Mike—. De verdad que lo siento, Chloe. No lo pensé, yo solo... Sarah estaba ahí y yo...

—Aprovechaste la oportunidad, por supuesto —explotó ella, dando un golpe sobre la mesa con ambas manos al tiempo que se ponía en pie. Los comensales a su alrededor se quedaron congelados en sus asientos, con la mirada clavada sobre ellos—. ¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Te casas con ella para conseguir ser socio en el bufete? ¡Por Dios, Michael! ¡Hemos estado juntos más de tres años! ¿Cuándo ibas a decírmelo? ¿Pensabas esperar y proponerme ser su dama de honor al mismo tiempo?

Su novio... —«mi *exnovio*», volvió a corregirse— se pasó una mano por la cabeza en un gesto nervioso. Si había pensado que por estar en un restaurante repleto de desconocidos ella no iba a montar una escena, no pudo estar más equivocado.

—Te lo estoy diciendo ahora, Chloe —protestó—. ¿Podrías calmarte, por favor? Siéntate para que podamos hablar como personas civilizadas.

—¡Y una mierda! —estalló Chloe—. Enhorabuena, Mike. Si has esperado tres años para destrozarme la vida, puedes darte por satisfecho. Lo has conseguido.

Todavía ahora, dos años después de aquello, Chloe era incapaz de recordar cómo había logrado llegar hasta su apartamento situado en un edificio

altísimo y —casi— elitista del centro de Los Ángeles. Las lágrimas contenidas apenas le dejaban ver el camino. Lo último que sabía era que había entrado en un supermercado cercano para comprar un montón de dulces y paquetes de ganchitos y patatas fritas que más tarde se comió tumbada en la cama mientras se deshacía en llanto.

Así estaban las cosas desde entonces.

Podía decirse que había acabado por convertirse en una patética treintañera solterona y perdedora. No necesitaba a nadie que le dijera todas esas cosas; ella misma se bastaba para flagelarse.

Tras la ruptura con Mike, Chloe se apoyó en su madre. Susan jamás la había juzgado; fue atenta, comprensiva y cariñosa con ella, pero empezaba a preocuparle la falta de vida social de su hija. En cierta ocasión le propuso la idea de que tal vez las parejas y amigos de sus hermanos conocieran a un buen chico soltero que pudiera interesarse en ella. Nada más escuchar la propuesta de su madre, Chloe montó en cólera.

—No estoy tan desesperada, mamá —se quejó—. ¿Te han dicho algo Sean y Molly? Porque, si es así, juro que voy a...

—Tus hermanos no me han dicho nada —la interrumpió Susan, evitando así que Chloe se exaltara aún más—. Era solo una sugerencia.

Chloe no quería ser tan dura con su madre, pero el hecho de recurrir a sus hermanos para encontrar pareja le ponía los pelos de punta. Sean era un buen chico que trabajaba para una empresa como creador de videojuegos. A pesar de sus extraños TOC, como el de comer patatas fritas de dos en dos y nunca en cifra impar o el de encender y apagar las luces varias veces seguidas, su hermano vivía feliz en San Francisco junto a su novia. Molly, en cambio, era el cerebritto de la familia. Con un pie en casa de sus padres y otro en Canadá, Molly pensaba mudarse próximamente al país vecino para ejercer como traductora de textos en lengua francesa en una importante editorial. Era lista y guapa, y le esperaba un futuro prometedor; nadie en su familia dudaba de ello.

Sinceramente, Chloe no creía que pudiera encontrar al amor de su vida entre las amistades de sus hermanos.

El estridente sonido de su teléfono anunciando una llamada entrante la sacó de la espiral de pensamientos autodestructivos en la que se había sumido. Como siempre el móvil se encontraba al fondo de su bolso, enterrado bajo la cartera, la agenda, una caja de analgésicos y un neceser con maquillaje y

artículos de aseo, porque una nunca sabe dónde puede poner las manos.

Al mirar la pantalla, Chloe puso los ojos en blanco al ver el nombre y la fotografía que aparecían en ella.

—¿Puedo llamarte después? —fue su respuesta nada más descolgar—. No te imaginas lo ocupada que estoy esta mañana, y...

—¡Ni de coña vas a colgarme! —le gritó la voz de Sienna al otro lado—. ¿Ya se te ha olvidado qué día es? ¡Hoy es mi despedida de soltera!

Chloe resopló y se dedicó a caminar por el despacho mientras escuchaba los agudos grititos de su mejor amiga. Por supuesto que no se había olvidado del día que era, como tampoco de la dichosa despedida.

Sienna había sido su mejor amiga desde el parvulario, cuando la maestra las obligó a sentarse juntas como castigo después de que las sorprendiera cortándose el pelo mutuamente utilizando unas tijeras para manualidades. Al final resultó que tenían más en común que las diferencias que las separaban, que no eran tantas según fueron pasando los años. Cuando era una niña, Chloe llevaba el pelo tan corto que se avergonzaba cada vez que alguien la confundía con un chico. Una mañana, Sienna la encontró llorando en un rincón del colegio; sintiendo lástima por su nueva amiga, le ofreció prestarle parte de su pelo y, sin dudarle un segundo, las dos entraron en clase y cogieron unas tijeras, y ahí fue donde comenzó su primera sesión de peluquería. El resultado: la larga melena castaña de Sienna quedó llena de trasquilones mientras que la cabeza rubia de Chloe quedó repleta de mechones marrones sujetos con varios clips. Se parecían tanto como un huevo a una castaña; mientras que los ojos de Chloe eran de un azul celeste, los de Sienna contrastaban con el color de una almendra tostada. Además, ni siquiera pertenecían al mismo círculo social, puesto que aunque el padre de Chloe tenía un modesto y nada despreciable puesto como bombero y su madre era ama de casa, los padres de Sienna pertenecían a la alta sociedad de Denver, ya que su padre era un reputado cirujano y su madre colaboraba con la asociación Damas para la Caridad. Ambas venían de mundos completamente diferentes y, contra todo pronóstico, habían acabado convirtiéndose en amigas.

Cuando Chloe se marchó a Los Ángeles, Sienna comenzó a trabajar como asesora en una tienda de vestidos de novia, y fue precisamente en su trabajo donde conoció a Robert, su prometido. Rob era operador de cámara para un programa de televisión en el que las novias acudían a diversas *boutiques* en

busca del vestido de sus sueños. El flechazo entre Sienna y Rob fue instantáneo, y a pesar de que apenas llevaban un año saliendo y la carta astral de ambos les otorgaba una compatibilidad del noventa por ciento, había algo en el prometido de su amiga que a Chloe no le terminaba de gustar.

Sin embargo ahí estaban, a punto de casarse. Y aunque aún faltaba poco más de dos meses para la boda, Sienna no quería esperar más para celebrar su despedida de soltera.

—¿Me estás escuchando, Chloe? ¿Hola? —Chloe tuvo que apartarse el teléfono de la oreja cuando Sienna comenzó a aporrear el auricular contra... algo.

—Estoy aquí —le aseguró—. Claro que no he olvidado que hoy es la dichosa fiesta.

—Esa *dichosa* fiesta es MI fiesta. Oh, venga, Chloe. Sé que estás pasando una mala racha, pero ¿no puedes hacer un pequeño esfuerzo? ¿Por mí?

Chloe suspiró.

—Claro que puedo. Y me alegro de que Rob y tú vayáis a casaros, pero es que toda la parafernalia que han montado las chicas me parece excesiva.

—¿Te parece excesiva una fiesta en un hotel de lujo donde estarán todas tus amigas, habrá música, alcohol y un montón de tíos buenos con poca ropa bailando solo para nosotras?

Chloe estaba segura de que su amiga había levantado una de sus bonitas cejas y estaba mirando a la nada con un gesto de «¿Me estás vacilando?»

—Ya sabes a lo que me refiero.

—¡Chloe! —le gritó Sienna—. No te comportes como un bicho raro y empieza a disfrutar un poco. Lo de Mike fue hace más de dos años, cariño. Ya es hora de que salgas un poco. Si es con chicos, casi que mejor.

—No me interesa.

Desde el otro lado le llegó un largo bufido muy poco femenino.

—Sí que te interesa, lo que pasa es que te has convencido de que no es así.

—¿Sabes qué? No me apetece seguir hablando sobre esto.

—Oh, claro que no te apetece, pero a mí tampoco me apetece dejarlo correr. Así que mueve tu bonito culo fruto de horas y horas de gimnasio y ven a mi despedida.

Recogiendo el contenido de su bolso, que había quedado esparcido sobre el escritorio, Chloe comprobó que tenía los billetes.

—Mi vuelo sale en un par de horas. Para tu eterna alegría, me complace

comunicarte que estaré ahí a tiempo.

—Por supuesto —se rio Sienna—. La superproductora no podía viajar en tren, ¡menuda pérdida de tiempo!

Las dos rompieron a reír. Sienna era tan sincera que a veces a Chloe le daban ganas de estrangularla, pero sabía que su mejor amiga quería lo mejor para ella. No podía culparla por decirle lo que pensaba en cada momento.

—Te veo esta noche, y espero que seas el pibonazo que se ligue a uno de los bailarines.

Chloe soltó una carcajada.

—Ni lo sueñes. Te quiero.

—Y yo a ti, *bitch*.

2

LADIES' NIGHT

—¿Quieres hacer el favor de pegarme un tiro?

Chloe lanzó a Vera, una de las muchas amigas invitadas a la fiesta, una mirada cargada de desesperación.

Debido a las fortísimas rachas de viento que el Santa Ana dejaba a su paso por California, el vuelo de Chloe se había retrasado, y la había hecho aterrizar un par de horas más tarde de lo esperado, por lo que fue la última en aparecer en uno de los salones del Art Hotel, el lugar que Sienna había elegido para celebrar su despedida de soltera. Con aquel imprevisto, a Chloe no le quedó más remedio que cambiarse de ropa a toda velocidad en los servicios del aeropuerto, y ni siquiera así consiguió llegar a tiempo a la cita. Ahora, mientras contemplaba cómo todas sus amigas de la infancia cantaban a coro una de las canciones más famosas de las Spice Girls y movían sus cabezas al ritmo de la música, provocando así que se mecieran los pequeños penes fluorescentes que llevaban en unas diademas, Chloe deseó que su avión hubiera permanecido en tierra.

Visto desde fuera, podía parecer que Chloe se había convertido en una pija y una estirada desde que vivía en Los Ángeles, pero se trataba de la despedida de soltera de su mejor amiga, por el amor de Dios. ¡Las chicas no podían estar disputándose en serio quién interpretaría el papel de Victoria Beckham! No se consideraba una mujer aburrida, pero tampoco veía necesidad de comportarse como un grupo de mujeres gritonas y desesperadas.

Sentada a su lado en uno de los taburetes de la barra, Vera se encogió de hombros y alzó su copa de champán rosado para darle un buen trago.

—Vamos, Chloe —exclamó—. ¡Es divertido! Mira lo bien que se lo están pasando todas.

¿Divertido? Chloe puso los ojos en blanco. ¡Era un espectáculo bochornoso! Todas las allí presentes tenían al menos treinta años, se suponía que estaban celebrando el fin de la soltería de una de las chicas; entonces, ¿a quién se le había ocurrido organizar una fiesta basada en la infancia que tuvieron entre los 80 y los 90? Llevaban penes en la cabeza, estaban bebiendo

cócteles de colores adornados con sombrillitas tropicales y a Sienna le habían colocado una banda que rezaba «LA NOVIA MÁS SEXY», una corona con plumas rosa y un pequeño velo incorporado. Era oficial: acababan de cumplir con todos los requisitos del típico tópico de las despedidas de solteras.

«Y tú te estás convirtiendo en una amargada aguafiestas», la provocó su subconsciente. Lo peor era que probablemente estuviera en lo cierto.

Aun así, debía reconocer que era divertido ver cómo la pandilla volvía a reunirse. Sin contar con ella y con Sienna, todas las demás estaban casadas; algunas tenían hijos y otras estaban a punto de convertirse en madres. A pesar de todo, Chloe se descubrió sonriendo al contemplar cómo Rachel y su abultada tripa de siete meses se movían al son de la música, disfrutando sin ningún tipo de complejos.

Pensó que debía empezar a prestar más atención a Vera. Solo tenía que aflojar un poco e intentar relajarse para contribuir con su granito de arena a que Sienna disfrutara de la fiesta de sus sueños. ¡Todo por las amigas! Ese sería su lema a partir de entonces. Era consciente de que había llegado el momento de recuperar a la antigua Chloe.

La música cambió de repente, y desde los altavoces les llegó el pegadizo son de Ricky Martin cantándole a la vida loca en inglés.

—¡Chloe, ven aquí!

La aludida irguió la espalda y levantó la cabeza tanto como pudo para ver que Sienna, en mitad de un corrillo de risas histriónicas, le hacía aspavientos con las manos indicándole que se acercara.

—¿Se han vuelto locas? —le preguntó a Vera mientras se ponía en pie sobre sus altísimos zapatos de tacón y se recolocaba la ropa.

Para aquella noche había elegido un vestido ajustado de color azul eléctrico y escote bajo y cuadrado que llevaba un par de siglos guardado en el fondo del armario. Recordaba habérselo comprado en una tienda de Beverly Hills llevada por un impulso que aún no lograba comprender. Ahora que lo pensaba, tenía la falda tan corta y se ceñía tanto a sus caderas que le quedó claro por qué nunca llegó a ponérselo. Hasta esa noche. Sienna le había dicho que quería ver a una Chloe diferente, y aunque ella dudaba de poder contentarla, al menos, que su amiga notara que lo estaba intentando de verdad.

—Creo que están repartiendo el resto de las bandas —le informó Vera, mientras saltaba del taburete—. Vamos a por las nuestras.

El resto de las chicas llevaban sobre el pecho unas cintas rosa en las que podía leerse «AMIGA DE LA NOVIA». Rachel lucía con orgullo la suya, en la que incluso aparecía un pequeño bebé regordete y calvo. Pero cuando le colocaron la banda a Chloe, esta destacaba por su color amarillo chillón que decía «LA SANTURRONA».

Las mejillas se le encendieron, mitad por enfado y mitad por vergüenza, pero los focos multicolores que iluminaban la sala provocaron que se le tornaran de todos los tonos del arcoíris.

—¿Estáis de coña?! —exclamó—. ¡Sienna! ¿Cómo me haces esto?

Su amiga estalló en carcajadas, al igual que el resto de las chicas. Con un par de copas de champán en ambas manos, Sienna se acercó hasta ella bailando al son de la música.

—¡Es una señal! —gritó para lograr que la oyeran.

—¿Una señal? —Chloe aceptó la copa que su amiga le tendía—. Una señal son las del zodiaco o la de las cartas del tarot o...

Extendiendo un brazo, Sienna colocó una mano sobre la boca de Chloe.

—¡Calla de una vez! Es una señal para que te sueltes la melena. Cielo, es mi despedida de soltera, y me prometiste que lo intentarías.

—Y lo hago —le aseguró Chloe, que empezaba a sentirse un poco culpable—. Me lo estoy pasando bien, de verdad.

—Pues finge un poco mejor. Déjame ver a la Chloe desenfundada que llevas dentro.

De forma inesperada, la música dejó de sonar, la luz se apagó y las chicas se vieron sumidas en la más absoluta oscuridad. Unos agudos grititos, mezcla de susto y sorpresa, resonaron en la estancia. Después de eso todo el mundo enmudeció.

«Es imposible que hayan saltado los plomos», pensó Chloe.. Estaban en uno de los hoteles más modernos y mejor preparados de Denver. No podía haberse ido la luz. No podía...

Una grave voz masculina les llegó desde alguna parte, amplificadas por la potencia de unos altavoces.

—Señoras y señoritas —anunció alguien al micrófono—. La dirección del hotel desea hacer de esta una noche inolvidable para todas las presentes. Así que pónganse cómodas, porque ninguna clienta va a quedar insatisfecha esta noche.

La voz rasgada y sensual desapareció de pronto para dejar paso a un

silencio que apenas duró unos instantes.

Los primeros acordes de la canción fueron ahogados por el coro de voces entusiasmadas de las chicas cuando la identificaron.

—*¿It's raining men?* —preguntó Chloe—. ¿En serio?

Chloe casi gritó de dolor cuando Sienna le clavó las uñas en el brazo al ver que unos bailarines aparecían en mitad del escenario. Chloe supo enseguida a qué se dedicaban porque..., bueno, su atuendo los delataba. Eran seis chicos, todos guapísimos y musculados, enfundados en unos ajustados uniformes de camarero consistentes en unos pantalones oscuros, chaquetilla blanca, pajarita... y nada más.

Chloe puso los ojos en blanco al contemplar la mítica escena y no pudo evitar sonreír al pensar que la fiesta de despedida de soltera de Sienna estaba cumpliendo con todos los clichés. Pero al localizar a su amiga, Chloe la vio completamente entregada al espectáculo. Decidió entonces echar la cremallera a sus labios. No le estropearía aquel momento aunque ella misma sintiera ganas de vomitar, metafóricamente hablando, claro: los chicos estaban para comérselos.

Un humo artificial empezó a llenar el suelo del escenario y los bailarines comenzaron a deslizarse por la pista con sensuales contoneos. No cabía duda de que estaban completamente entregados a su público, al que lanzaban una serie de miradas provocativas que despertaban el deseo en el entusiasmado corrillo.. Sus amigas alzaban los brazos y gritaban cada vez que alguno de ellos se acercaba al borde del escenario, ansiosas por tocar aunque solo fuera un pelo de su... Chloe no se atrevía a terminar esa frase.

Para ser justas con ellos, en su favor tenía que decir que se movían con estilo, perfectamente coordinados y sin un ápice de pudor cuando, en un suntuoso giro, se deshicieron de las chaquetas para mostrar sus perfectos torsos musculados. Chloe volvió a poner los ojos en blanco. ¡Era todo tan obvio...! Sin embargo, cuando dirigió la vista hacia abajo, sus ojos se toparon con la banda que cruzaba su torso. No podía seguir comportándose como una monja que juzgaba a sus amigas. Aquella noche era para reírse y disfrutar.

—¡Madre mía! —gritó Vera, exaltada, a su lado—. ¡Están todos buenísimooooo!

—¡Por el de en medio me dejaría hacer de todo! —exclamó una cada vez más enardecida Rachel.

Chloe no pudo evitar preocuparse por ella. ¿Era bueno que una embarazada que se encontraba en el tercer trimestre se excitara de aquella manera? Porque una cosa estaba clara: esos tíos sabían hacer muy bien su trabajo. ¡Hasta ella misma estaba empezando a acalorarse! ¡Menuda forma de balancear las caderas!

Al llegar el punto álgido de la canción, los chicos se deslizaron de rodillas por la pista, y cuando Geri Halliwell explotó en su canto, ellos realizaron otro tanto... arrancándose los pantalones con un ágil y rápido tirón.

Sus amigas gritaron como descosidas al ver los minúsculos calzoncillos que llevaban. Rachel extendió un brazo cuando uno de ellos se le acercó. Chloe no pudo reprimir la sonrisa que se formó en sus labios cuando vio que el bailarín central, el que parecía guiar al resto, tomaba la mano de Rachel, se la besaba y después le guiñaba un ojo antes de volver a bailar meciendo las caderas de una forma que Chloe no había visto jamás en su vida.

¿Podía un hombre con ese cuerpo moverse de aquella manera? Debía reconocer que el chico estaba muy pero que muy bien; tenía unos abdominales marcados, unos muslos prietos y fuertes y unos brazos entre los que la totalidad de la multitud pagaría por perderse. Por no hablar de su cara... Era tan atractivo que debería ser delito. Lucía el pelo corto, una sombra de barba no demasiado oscura ocultaba sus mejillas y aunque a aquella distancia no lograba adivinar el color de sus ojos, sí podía afirmar que su sonrisa era absolutamente perfecta, deslumbrante.

—¡Menudo repaso le estás dando! —le dijo Sienna al oído, en voz muy alta—. ¡Esa es mi chica!

A Chloe le molestó un poco que su amiga se hubiera dado cuenta de que se lo estaba comiendo con la mirada. Por Dios. ¡Eso era exactamente lo que había estado haciendo! No se reconocía a sí misma, pero supuso que eso era algo bueno.

Al final del espectáculo, cuando Chloe volvió a atreverse a alzar la vista, sus miradas se cruzaron, y el bailarín tuvo el descaro de guiñarle un ojo.

—¡Estás cañóóón! —gritó una de sus desesperadas amigas.

El vaivén de los chicos por el escenario los acercaba cada vez más a su entregado público. El ritmo de la canción se aceleraba por segundos, pero no por ello los movimientos del grupo dejaban de ser menos sensuales. Llegó un momento en el que los ojos de Chloe se abrieron con desmesura al ser testigo de cómo el mismo chico que antes la había hecho ruborizarse mecía ahora las

caderas de atrás adelante, en un vaivén muy parecido al que se agitaría su cuerpo si estuviera...

—¡Por Dios! —exclamó. A pesar de que sentía deseos de apartar la vista, había algo hipnótico en la forma de menearse que tenía el bailarín—. Es como si... Como si...

—Como si se estuviera follando el aire —terminó Sienna por ella—. Créeme, cielo: todas pensamos lo mismo.

Las dos amigas estallaron en una ruidosa carcajada.

Cuando fueron capaces de volver a concentrarse en lo que sucedía en la pista, Chloe se mordió el interior de una mejilla mientras fingía no darse cuenta de cómo el pecho del bailarín subía y bajaba a toda prisa con cada inspiración acelerada ni de cómo se balanceaba la cadena que llevaba al cuello, de la que colgaba una... ¿Era aquello una mariposa rosa?

Tras recibir una incontable cantidad de vítores, aplausos y piropos subidos de tono, los chicos se retiraron al fondo del escenario, para que el cabecilla del grupo tomara el micrófono que un camarero —uno de verdad— le ofrecía.

—Es un placer —comenzó a decir entre jadeos la misma voz ronca y sensual que se había presentado al principio. Chloe sintió que la carne se le ponía de gallina. ¡Menuda tontería! Un coro de exclamaciones consiguió que el chico se interrumpiera varias veces—. Es un placer para nosotros estar aquí esta noche —continuó—. Señoritas, ¡permítanme que les presente a los Dallas Boys!

Más gritos, más aullidos seguidos de un «¡Hazme otro hijo!» por parte de Rachel provocaron una enorme sonrisa en el rostro del bailarín. «Madre mía, ¡qué sonrisa!», pensó Chloe. Era de esas que provocaba que los ojos se le entrecerraran y que una serie de pequeñas arruguitas aparecieran a su alrededor; una de esas que hacen parecer tímido y travieso a su dueño, de esas que enseñan unos colmillos ligeramente puntiagudos y una dentadura perfecta que logran que se te encoja el corazón.

—Y ahora... —prosiguió el adonis sin perder la sonrisa— ¿dónde está mi novia?

Poseída por no sabía qué espíritu, Sienna levantó los brazos rápidamente sacudiéndolos en el aire para llamar su atención, y accedió sin rechistar a que dos pares de duros y torneados bíceps de los bailarines la subieran al escenario.

Chloe soltó una carcajada al ver cómo su amiga se lanzaba en plancha contra los chicos y los abrazaba mientras les daba las gracias una y otra vez.

—¿Queda algo para mí?

El tipo del micrófono sabía muy bien lo que decía. Con esa sonrisa torcida de chico malo se aseguraba de que la exaltada novia se colgara de su cuello utilizando brazos y piernas.

—Así me gusta —murmuró, con los labios pegados al micro, como si lo estuviera besando. ¿Es que no se paraba a pensar dónde había estado antes ese cacharro?—. ¿Cuál es tu nombre, novia a la fuga?

A su lado, Rachel gritó desatada.

—¡Sienna! —clamó.

El chico la depositó en el suelo; luego utilizó la mano libre para acariciar la mejilla de Sienna con el dorso de los dedos.

—Bien, Sienna —susurró con su voz de terciopelo—. Ya sabes que no nos gusta dejar insatisfechas a las clientas. ¿Preparada para recibir más?

Y sin necesidad de añadir nada, el mítico y sensual tema principal de la película *Moulin Rouge*, *Lady Marmalade*, comenzó a sonar. De repente, Sienna se vio sentada en una silla de color negro mientras la rodeaba media docena de tíos macizos que bailaban solo para ella.

—¡Esto es la leche! —exclamó, entusiasmada.

Chloe se quedó sin habla cuando vio a su amiga deslizándose las manos por los muslos desnudos de su bailarín.

Un momento, ¿desde cuándo era *su* bailarín? Ella jamás había reclamado a otro ser humano como suyo. Ni siquiera lo hizo con Mike durante los años que duró su noviazgo. ¡No iba a empezar ahora, y menos con un tío bueno al que ni siquiera conocía!

Al comprobar que el tipo no apartaba las manos de Sienna de su cuerpo, le preguntó espantada a Vera:

—¿Son *strippers*?

Su amiga aplaudía y coreaba a los muchachos, que se restregaban contra el cuerpo de Sienna.

—¿Y lo preguntas ahora? Cariño, ¿qué es una despedida de soltera sin unos *strippers*?

Chloe no salía de su asombro.

—No me contasteis nada —protestó—. ¿Por qué yo no lo sabía?

—Porque sabíamos que no lo aprobarías —confesó Vera, elevando el tono

de voz por encima de la música y los gritos—. Todas las demás estuvimos de acuerdo y... ¡mira a Sienna! ¡Está feliz!

Mientras su mejor amiga disfrutaba de lo lindo en el escenario siendo adorada por seis tíos buenos casi desnudos, Chloe no podía sacarse de la cabeza las palabras de Vera. ¿Tan aburrida se había vuelto? Le daba la sensación de que sus amigas la habían invitado por una cuestión de mero compromiso. Y no las culpaba.

Sin pretenderlo, Chloe se había convertido en la típica aguafiestas que nadie quería a su lado. ¿Cuándo había sucedido? Todavía era joven, tenía un trabajo y toda la vida por delante. Podía ser que estuviera soltera y que un desengaño del pasado la hubiera dejado tocada, pero aquello no era excusa para comportarse del modo que lo estaba haciendo. Sienna estaba en lo cierto: era momento de soltarse la melena y empezar a cambiar.

En el momento en que Christina Aguilera cantaba la frase *Voulez vous coucher avec moi*, se escucharon varias voces chillonas al unísono que parecían decir prácticamente lo mismo.

—¡Claro que quiero acostarme contigo, guapo! —gritaba una.

—Si se entera mi marido me mata, pero ¡qué narices! ¡Queremos ver cómo os movéis! —exclamaba otra.

Al verse envuelta entre aquel grupo de mujeres desenfundadas a las que tanto quería, Chloe se hizo una promesa a sí misma: iba a intentar ser como ellas y volver a dejar paso a la antigua Chloe.

—¿Llevas encima algún billete?

Chloe se giró para mirar a Vera, porque no creía haberla entendido bien.

—¿Un billete? ¿Te refieres a dólares?

—Cinco pavos serán suficientes.

Desconcertada, Chloe parpadeó varias veces para apartar el gesto de sorpresa de su rostro.

—Creo que tengo algo en el bolso. ¿Para qué los quieres?

Y entonces lo vio.

Brazos alzados agitando un puñado de billetes y luchando por introducirlos dentro de los calzoncillos de los bailarines.

—Ay, Dios... —suspiró Chloe.

Miró a su alrededor, buscando a algún camarero al que pedir una copa. Necesitaba algo fuerte que la ayudara a sobrellevar la situación, porque la noche prometía ser muy, muy larga...

3

LIKE A VIRGIN

Sentada en la barra del bar, con los pies balanceándose en el soporte horizontal del taburete, Chloe removía con la pajita el hielo picado de su copa pensando seriamente si pedir otra.

Después de contemplar el chocante episodio en el que el resto de sus amigas introducían billetes en los calzoncillos de cinco tíos casi desnudos al tiempo que el sexto realizaba un lujurioso baile frente a una más que encantada Sienna, Chloe fue testigo de cómo el grupo de chicos se recomponía y volvía a colocarse los pantalones de velcro, para llevar a cabo su nuevo espectáculo. Ahora sus amigas cantaban a voz en grito una de las canciones más conocidas de los Backstreet Boys mientras que los bailarines realizaban a la perfección una cuidada coreografía que les permitía lucir sus perfectos cuerpos semidesnudos.

Con un gesto despreocupado de la mano, Chloe llamó la atención del camarero para que le sirviera otro combinado.

—Cárgamelo esta vez, ¿quieres? —pidió.

El chico asintió sin mediar palabra, y antes de que terminara el estribillo, Chloe ya disfrutaba de su nueva copa.

—¡Chloe! —gritó Vera desde el escenario, alzando los brazos para llamar la atención de su amiga entre la entregada multitud—. ¡Mueve el culo y ven aquí! ¡No puedes perderte a estos tíos!

A regañadientes y mientras hacía burbujas con su bebida utilizando la pajita, Chloe obligó a sus pies a que caminaran hacia el escenario. Nada más llegar junto a sus amigas y muy a su pesar, sus ojos buscaron con avidez el cuerpo de *su* bailarín. Porque ya no podía negarlo; los otros chicos estaban muy bien, y era evidente que sabían muy bien cómo menear sus cuerpos para provocar el deseo en las mujeres, pero aquel tío en particular... Probablemente fuera la intensidad con que la miraba mientras se movía al ritmo de la música lo que provocaba que a Chloe se le acelerase el corazón.

Era un grupo coordinado, y resultaba un lujo para los sentidos —no solo para los ojos— verlos bailar. Las caderas de los seis realizaron un giro de lo

más sexy hacia la derecha antes de deslizar sus cuerpos casi a ras de suelo para alzar la pelvis de nuevo, lo que provocó un coro de agudos gritos excitados. Su coreografía del *Everybody* era mucho mejor que la de la *boyband* de los 90. Chloe no pudo reprimir el impulso que la llevó a fijarse en el bulto que se marcaba bajo los pantalones del bailarín central. Cuando fue capaz de despegar la mirada de su entrepierna para volver a centrarse en su rostro, se dio cuenta de que él llevaba un rato observándola mientras bailaba y que ahora le sonreía de un modo perversamente travieso. La boca se le secó al saberse pillada, y dio un trago tan largo a su copa que vació el vaso hasta la mitad. Al beber tan rápido, la vista se le desenfocó de inmediato. Tal vez se había pasado un poco con el alcohol en lo que iba de noche, pero se trataba de la nueva Chloe. En ese momento decidió que nada sería demasiado para la nueva Chloe.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Sienna, con un chillido a medio camino entre la sorpresa y el escándalo.

Chloe tuvo que parpadear varias veces para recuperar la normalidad en su visión.

—¿Qué ha sido qué?

Con un ágil movimiento que consiguió que Chloe trastabillara un par de pasos hacia atrás, Sienna le arrebató el vaso de las manos.

—¿Estás coqueteando con ese tipo?

—¡No! —exclamó Chloe, demasiado rápido como para sonar convincente.

—Madre mía, ¡sí que lo estás haciendo! —Sienna levantó la copa a modo de brindis y se la terminó segundos después—. ¡A por todas, nena! Espero que ese pedazo de tío te cambie la vida.

Chloe resopló mientras ponía los ojos en blanco.

—¿Sabes qué? —le arrebató el vaso vacío—. Voy a pedirte otro de estos. —Y señalándola con el dedo, añadió—: Y tú estás como un cencerro.

Camino de la barra, Chloe se preguntó si su amiga se había vuelto loca. Por supuesto que no estaba flirteando con el bailarín, ¿cómo se le ocurría? Solo porque hubieran compartido unas docenas de miradas durante la noche y porque él le dedicara de forma recurrente varias de sus sonrisas irresistiblemente seductoras, no quería decir que el chico fuera a convertirse en el hombre de su vida.

Definitivamente, Sienna había perdido los papeles en su afán por encontrarle una pareja y asegurarle un final feliz. Además, aquella fiesta se

estaba convirtiendo en un despropósito: tíos casi desnudos moviendo sus cuerpos para un grupo de mujeres medio borrachas que les metían dinero dentro de los calzoncillos, donde se bailaban canciones pasadas de moda y se jugaba con las coronitas de penes y...

Chloe estuvo a punto de caer de bruces al suelo tras tropezar con... la nada.
—¡Malditos tacones! —farfulló, deshaciéndose de ellos y dejándolos sobre uno de los taburetes.

Mientras el camarero le servía un mojito bien cargado de ron, Chloe se reprendió a sí misma por volver a juzgar a sus amigas. Tenía que meterse de una vez en la cabeza que la que debía cambiar era ella, no el resto. Llevaba tanto tiempo encorsetada en su faceta de pseudoproductora seria de televisión que se había olvidado de vivir. ¿Cuánto tiempo hacía que no se divertía de verdad? ¿Cuándo fue la última vez que se soltó la melena, tal y como decía Sienna? Ya ni siquiera se acordaba.

Allí estaba ella, inflándose a mojitos, *cosmopolitans* y cerveza mexicana en lugar de estar bailando junto al resto de sus amigas. ¿Qué hacía allí? ¿Tan grave sería desconectar por una noche y disfrutar sin inhibiciones? Todavía era joven, y, ¡qué narices!, no tenía ningún tipo de ataduras. ¿Y si aquella resultaba ser la noche que daba paso a un cambio en su vida? Mientras bebía de su copa, intentó recordar lo que decía su horóscopo:

«Si estás en una relación, prepárate para recibir una noticia inesperada. Si no, deberías considerar la idea de abrir puertas al amor. Precaución si sales de casa».

—Precaución...

Ya había sido demasiado precavida durante los últimos años. Un poco de improvisación no le causaría ningún daño.

—Ábrete las puertas, Chloe... —masculló, removiendo el mojito con la pajita morada. Después se lo terminó de un solo y largo trago.

Dando un sonoro golpe con el vaso sobre la barra, Chloe pidió que se lo rellenaran mientras seguía el ritmo de la canción latina que comenzaba a sonar.

Era hora de cambiar.

—¿Te has fijado en la rubita? —le susurró Mark al oído—. La de los labios carnosos tan sensuales. Como siga moviéndose así, va a terminar por

dislocarse el cuello.

¿Que si se había fijado? Jason no le había quitado la vista de encima desde que percibió que ella se lo comía con los ojos durante el primer baile. No era algo que le sorprendiera; dada su profesión, estaba acostumbrado a que las mujeres lo devoraran con la mirada, pero había algo en la forma tímida con la que ella lo observaba que logró captar toda su atención. Era casi como si se sintiera culpable por lo que estaba haciendo y al mismo tiempo no pudiera evitarlo. Sus ojos abiertos como platos la delataban, y a medida que el vaivén de su cintura se volvía más provocativo, ella parecía ruborizarse un poco más.

Tras finalizar el último número, Jason se había dedicado a estudiarla. Era preciosa, y sorprendentemente bajita después de haberse quitado los zapatos de tacón. Su mirada seguía tan encendida como antes, pero en aquella ocasión era por un motivo muy diferente: su chica especial no había dejado de beber desde que se alejó del escenario. Ahora, y gracias a la gran cantidad de alcohol que recorría su cuerpo, ni siquiera era capaz de coordinar sus pasos. Las canciones pop de los 80 y 90 habían dado paso a unos ritmos más latinos, algo que parecía encantar a la diosa rubia que permanecía a escasos metros de distancia. Estaba seguro de que ella no entendía la más mínima palabra de lo que decía la letra de la canción, pero Jason tuvo el placer de ver cómo su larga melena ondulada oscilaba al compás de la música.

—Hubiera jurado que una chica como ella no tenía ni idea de cómo moverse —continuó Mark a su lado. Para deleite de sus ojos, contemplaron cómo las caderas de la mujer que bailaba frente a ellos se mecían de forma provocativa a un lado y a otro—. Vaya que si sabe moverse —silbó—. ¡Joder!

El corazón de Jason se saltó un latido, y se obligó a tragar saliva al ver cómo ella alzaba los brazos, cerraba los ojos y se dejaba llevar por la incitante melodía. Durante los años que llevaba dedicándose al mundo del espectáculo había visto a toda clase de mujeres, y sabía identificar de qué tipo era cada una de ellas. Era muy fácil reconocer a aquellas de espíritu libre y alma desinhibida que solo buscaban pasárselo bien en su compañía; otras a las que solo les interesaba jugar con él, calentar el ambiente y después volver junto al resto de sus amigas o a la cama de sus maridos. Muchas otras se marcaban como objetivo echarle un par de polvos al final de la noche. Esas eran la mayoría. Chicas que solo porque lo encontraban atractivo y porque

bailaba con poca ropa y cobraba por ello se creían con el derecho de hacer con él lo que quisieran. Pero él jamás aceptaba sus poco sutiles propuestas. Era un bailarín, no un *gigoló*. La mujer que permanecía en mitad de la pista delante de sus ojos, en cambio, no entraba en ninguna de esas categorías. Más bien parecía una chica encorsetada a la que el exceso de alcohol comenzaba a pasarle factura.

—¿Vas a mover ficha o lo hago yo? —insistió Mark.

Abrochándose el chaleco sobre su pecho desnudo, Jason le lanzó una elocuente mirada a su amigo.

—¿Tú qué crees?

Para cuando llegó junto a la entregada bailarina, Jason tuvo que echarse hacia atrás para no recibir el impacto de su dorada cabellera. A pesar de que la música estaba cambiando a una cadencia mucho más íntima, ella ni siquiera pareció percibirlo.

—¡Ey! Cuidado con los giros —le indicó Jason a su espalda.

Ella dio media vuelta, tan rápido que trastabilló un par de pasos hacia atrás y perdió así parte de su ya maltrecho equilibrio. Temeroso de que cayera al suelo y se diera un mal golpe, Jason reaccionó con rapidez sujetándola por los brazos y pegándosela al pecho.

—Te tengo —le susurró, sonriéndole después.

Chloe parpadeó varias veces seguidas para enfocar el rostro del hombre que la miraba tan de cerca. Con una mano se apartó el pelo que le caía sobre los ojos y entonces la vio: aquella sonrisa canalla e irresistible que la había cautivado antes en el escenario.

—Estoy bien —consiguió decir, y se sorprendió al sentir la boca pastosa y la lengua pesada. Decidió volver a intentarlo, esta vez con mejores resultados —. En serio, estoy bien. Solo estaba... Quiero decir, yo estaba...

La sonrisa de él se ensanchó un poco más. Afianzó los brazos con los que la sujetaba por la cintura.

—Bailando, lo sé. ¿Dónde has aprendido?

Chloe trató de zafarse de él, pero se dio cuenta de que cada vez que lo intentaba el suelo se movía bajo sus pies. «¡Vaya!», pensó. Tal vez hubiera bebido un poco más de lo debido.

Procuró centrarse en el atractivo rostro del hombre que seguía pegado a su cuerpo, pero cuando sus manos se aferraron a los antebrazos de él, descubrió que estaba prácticamente desnudo de cintura para arriba. El pequeño chaleco

del uniforme de camarero que llevaba no hacía nada por ocultar la tableta de chocolate que marcaba su abdomen ni tampoco sus torneados bíceps ni sus bien formados pectorales. Aquel era *su* bailarín, el de la cara bonita y la sonrisa cautivadora y que además era dueño de un cuerpo hecho para el pecado.

—Yo no sé bailar —acertó a decir al final, con la vista clavada en su torso.

Él soltó una carcajada que provocó que arqueara la espalda ligeramente hacia atrás. Chloe no pudo resistir el impulso que la llevó a colocar las manos en la piel caliente de su esternón. «Más para mantener el equilibrio que otra cosa», se dijo en un vano intento de autoconvencerse.

—Y entonces, ¿por qué me parecía todo lo contrario?

Ella se encogió de hombros.

—Tan solo me muevo.

—Para ser una novata, no lo haces nada mal. —Cuando él le guiñó un ojo, Chloe sintió que se le doblaban las rodillas, y al notar que se inclinaba sobre ella para susurrarle al oído, todo su cuerpo se convirtió en mantequilla—. ¿Te gustaría recibir una clase rápida?

Ella lo miró como si no comprendiera qué quería decirle. Que ella se mostrara tan ingenua cuando unos minutos el vaivén de sus caderas lo había dejado completamente fascinado era algo que maravillaba a Jason. Situándose tras ella, colocó las manos a ambos lados de su cintura, rozándole los muslos. El corazón de Chloe se aceleró cuando comenzaron a mecerse al unísono, ella con el trasero pegado a su paquete.

—Así —murmuró con los labios rozando su sien—. ¿Notas la diferencia? Es un ritmo mucho más lento, mucho más...

—Caliente —jadeó Chloe sin poderlo evitar.

Él se mordió los labios y sonrió.

Recordaba vagamente sus clases de español de su etapa en el instituto, pero aun así pudo comprender algunas partes de la canción, y se dijo que el *dj* no podía haber elegido un mejor tema para ellos.

Acercando la boca al oído de ella, Jason comenzó a tararear algunas frases en voz baja y sugerente.

—«Me hipnotiza su cintura» —susurró; notó que ella acercaba todavía más la espalda a su pecho, que empujaba hacia atrás para frotarse contra su bragueta y que se estremecía al oír sus palabras—. «Cuando baila hasta los dioses la quieren ver».

Sintiéndose animado por sus gestos y los contoneos de su cadera, Jason colocó una mano abierta bajo sus pechos, justo entre ambos, y se acercó más a ella.

Chloe soltó una risita nerviosa antes de hablar.

—No tengo ni idea de lo que estás diciendo.

Él también sonrió.

—Creo que yo tampoco. Levanta los brazos —pidió, y, para su sorpresa, ella obedeció—. Ahora cierra los ojos. Eso es. Siente la música, déjate llevar.

Que se dejara llevar... Tenía a un tío al que acababa de conocer adherido a su espalda, restregándose contra su trasero —aunque tal vez fuera ella la que se refregaba contra él—, y además le estaba acariciando el cuello con los labios. ¿Se había vuelto loca? Las palabras de Sienna resonaron en su cabeza con insistencia: «Suéltate la melena, disfruta aunque solo sea por una noche». ¿Y si lo hacía? ¿Y si se dejaba llevar por una vez en su vida tal y como Sienna y ese chico le decían? Se acabó lo de ser la santurróna de la pandilla.

—Ahora me toca pecar —murmuró.

Sintió los dientes del bailarín rozándole el hombro, y su recién descubierta determinación ganó la batalla a la parte racional de su cerebro. Dando media vuelta, Chloe se abrazó a la nuca del chico, esta vez frente a frente, y se estremeció cuando él le colocó las manos en el trasero.

—¿Es esto una invitación? —preguntó él.

Chloe se mordisqueó los labios, fingiendo que se lo pensaba. Se dijo que el alcohol casi había desaparecido de su sangre; se sentía más despierta y consciente que nunca. ¿Quería hacerlo? Al diablo con todo, ¡por supuesto que quería!

Alzándose sobre las puntas de sus pies descalzos, estampó su boca contra los sugerentes labios de él.

Jason había esperado compartir con ella un par de bailes seductores que caldearan el ambiente y un poco de charla subidita de tono, y tal vez, con algo de suerte, acabarían metiéndose mano detrás del escenario. Pero nunca hubiera imaginado que la chica rubia de caderas redondeadas y labios perfectos estuviera interesada en irse a la cama con él esa noche. A juzgar por la forma en que su lengua buscaba la suya, ahí era precisamente donde terminarían. Y él tenía una regla muy estricta al respecto.

No se acostaba con las clientas. Nunca, jamás. Eso siempre acarrearía problemas, y además...

Un gemido escapó de su garganta cuando la sintió frotarse contra el incipiente bulto de su entrepierna.

—Solo si tú quieres... —jadeó ella, derramando su cálido aliento sobre su boca.

¿Quería?

Echando un vistazo por encima de su cabeza vio a Mark, ocupado en enseñarle a la novia a mover las caderas en un baile latino. Si se acostaba con la chica que permanecía pegada a su cuerpo, técnicamente no estaría rompiendo su regla. Era Mark quien tenía un problema en realidad, dado que la futura esposa de otro hombre le estaba enroscando las piernas a la cadera de un modo muy poco inocente. Al bajar la cabeza se encontró con un par de ojos azules contemplándolo, brillantes de expectación.

¡A la mierda todo! Siempre podía alegar enajenación mental transitoria a la mañana siguiente.

—¿Te alojas en el hotel? —preguntó, con la voz ronca por el deseo. No se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento hasta que ella asintió—. Pues vámonos.

Chloe se acercó a la barra para recoger sus zapatos. Después dejó que él la tomara de la mano y la condujera en dirección a los ascensores.

Aquella noche romperían unas cuantas reglas.

4

I'M ON FIRE

La puerta se abrió con fuerza y golpeó contra la pared cuando los dos amantes irrumpieron en la habitación. La prisa, la urgencia por alcanzar la ansiada intimidad los había llevado a arrojar el uno en los brazos del otro nada más poner un pie fuera del ascensor. Ni siquiera fueron conscientes de las miradas que les lanzaban los escandalizados huéspedes con los que se cruzaron por el pasillo.

Camaron a trompicones, devorando sus bocas y tocándose de forma impúdica hasta que al fin lograron llegar a la habitación que Chloe ocupaba por una noche.

La parte racional de su cerebro que le recordaba lo imprudente que estaba siendo al cometer una locura con un auténtico desconocido había quedado silenciada por completo. Chloe quería aquello, quería fundirse con el cuerpo del hombre que la sujetaba firmemente contra la pared.

«Esta soy yo», se dijo. Se merecía volver a sentir, convencerse de que estaba viva y confiar de nuevo en un hombre. Aunque fuera tan solo por unas cuantas horas.

Sin soltarla ni interrumpir sus besos, Jason cerró la puerta de una patada. Con la respiración entrecortada, se apartó un par de centímetros de ella y lo que vio le quitó el aliento. Tenía a una mujer preciosa, sonrojada, con los labios hinchados por sus besos jadeando por él. Estaba despeinada y sus pechos subían y bajaban de forma acelerada, luchando por salir de la prisión del escote que los oprimía. Sin poder evitarlo, Jason se apretó a ella y enterró el rostro en aquel lugar, lamiendo y besando la piel expuesta de sus senos. No podía creer que estuviera a punto de cometer una locura como aquella, con una mujer a la que no conocía, cuando se suponía que debía estar trabajando... Se había vuelto loco, pero... al mirarla a los ojos supo que no podía parar. Iba a acabar lo que había empezado provocándola con un ardiente baile.

La sintió arquearse contra él y gemir como respuesta a las acometidas de sus caderas al tiempo que se aferraba a los cortos cabellos de su nuca. Jason

pensó que no solo olía bien: aquella chica atesoraba en su boca el mejor sabor que había probado jamás, y se preguntó si sería igual en otros rincones prohibidos de su cuerpo. Jason ahogó un gruñido en su garganta cuando alzó la cabeza y la vio con los ojos cerrados y mordiéndose los labios para reprimir los cada vez más seguidos gemidos de placer. Los dos estaban tan encendidos que, de seguir ese ritmo, no tardarían demasiado en alcanzar la cima, y Jason quería que durase.

—No pares... —le pidió ella con la voz jadeante.

Cuando al fin abrió los ojos para enfocarlo mientras se pasaba la lengua por la boca, la bragueta de Jason se endureció un poco más.

Para prender todavía más su deseo, Jason le sostuvo una pierna en alto hasta colocársela en la cadera. La mano caliente de él sobre su muslo, levantándole la falda del vestido, enviaba descargas de placer por todo su cuerpo, y cuando le acercó la pelvis para restregarse entre sus piernas, Chloe no pudo evitar que se le escapara un gemido desesperado.

—¿Te gusta así? —Los dientes de él le rozaban el cuello expuesto, y Chloe tembló de pies a cabeza—. Sígueme el ritmo, nena. Una vez más.

Se golpeó contra ella con insistencia, en una pausada cadencia que la estaba volviendo loca. Con cada sacudida, la espalda de Chloe se alzaba hacia arriba contra la pared, pero aquello no era suficiente. Necesitaba sentirlo dentro de ella. Estaba acalorada, había demasiada ropa entre los dos y Chloe ansiaba tocar su piel desnuda.

Jadeando sobre sus labios, se soltó de él, segura como estaba en sus manos, y no le importó arrancarle los botones del chaleco que llevaba para dejarle el pecho al descubierto. Ni siquiera el brillo de la mariposa que colgaba de una cadena en su cuello la distrajo de su objetivo. Él lamía y mordía su cuello, bajando por sus clavículas hasta su escote, y ella deslizaba las manos por los bien formados surcos de su abdomen, jugando con los pequeños pezones que se moría por probar.

Ella nunca se había desinhibido tanto, hasta el punto de meter en su cama a un hombre cuyo nombre ni siquiera sabía, pero ahora que lo tenía ante ella, pegado a ella, se preguntaba por qué había tardado tanto en hacerlo.

El sonido que produjo la tela de su vestido amagando romperse distrajo momentáneamente el recorrido descendente de sus manos.

—Espera...

Los dos respiraban de manera acelerada cuando sus miradas se cruzaron.

Aun en la penumbra de la habitación, únicamente iluminada por la luz de la ciudad que entraba por la enorme ventana descubierta, Chloe pudo apreciar el brillo de los ojos de él. Eran azules como los de ella, quizá un poco más claros. Le estaba sonriendo de un modo que le provocaba un placentero temblor no solo en las piernas, sino en el cuerpo entero.

—¿Estás segura de que quieres que espere?

Mientras le formulaba la pregunta, con una voz suave y muy sensual y una sonrisa peligrosamente sexy pintada en la boca, él fue metiendo ambas manos bajo su falda, hasta que sus dedos rozaron la fina tela de su ropa interior.

Chloe contuvo el aliento; él mantenía la mirada fija en sus labios entreabiertos a medida que tiraba de la goma de sus braguitas y la deslizaba por sus muslos. Aquel estaba siendo el momento más erótico que Chloe había vivido nunca. Cuando él la soltó para arrodillarse frente a ella y quitarle las bragas, pensó que nada podría igualar lo que estaba sintiendo aquella noche. Si el mundo se acababa en aquel preciso instante, ella moriría feliz.

Creía que no podía estar más excitada, y, sin embargo, se equivocaba. El atractivo chico sin nombre le estaba dando mucho más, y cuando apoyó la frente sobre su vientre para besar el triángulo entre sus piernas, Chloe se abandonó en un largo gemido. El ajustado vestido enrollado alrededor de su cintura apenas si dejaba al descubierto su sexo, pero aquello no fue impedimento para que él le abriera los muslos y deslizara la lengua entre sus pliegues íntimos. Tan solo fueron unos cuantos lametazos, pero a ella le bastaron para notarse más que lista, preparada para que él se enterrara en su interior.

—¿Vas a parar ahora? —preguntó con la voz ahogada cuando él volvió a estrecharla contra su cuerpo.

Jason le mordisqueó los labios antes de contestar, y ella pudo apreciar su propio sabor.

—¿No era eso lo que querías? —Chloe lo vio lamerse dos dedos de la mano izquierda antes de bajarlos y hundirlos entre sus piernas para acariciar su clítoris hinchado—. ¿O prefieres que haga esto?

—Oh, por favor...

La cabeza de Chloe golpeó contra la pared, pero a ella no le importó, y ni siquiera sintió dolor. El placer que él le estaba dando al masturbarla inundaba todo su ser. Notó que él movía los dedos en su íntima humedad, que los deslizaba más atrás hasta lograr penetrarla con dos de ellos. Jason oyó su

gruñido cuando ella lo apretó en su interior y empezó a mecerse contra su mano, instándolo a que fuera otra parte de su anatomía la que la penetrara.

—Joder... —jadeó él—. Estás tan mojada que yo...

Chloe lo sujetó de la nuca y lo acalló con un brusco y profundo beso. Enredaron las lenguas cuando él curvó los dedos dentro de ella, y Chloe le mordió el labio inferior como protesta cuando los sacó del todo.

—¿Qué...?

—No puedo más —la interrumpió él.

Con manos temblorosas, le vio rebuscar en los bolsillos de sus pantalones hasta sacar un envoltorio plateado. Cuando se abrió la bragueta, Chloe se fijó en que ya no llevaba el pequeño calzoncillo que había lucido durante el espectáculo. Durante una fracción de segundo, la mente de Chloe se aclaró lo suficiente como para preguntarse en qué momento había perdido él su ropa interior pero al fijarse en la dura y larga erección que apuntaba orgullosamente a su entrepierna, no pudo pensar en nada más.

Llevándose una mano a la cabeza, Chloe se pasó los dedos por el pelo para intentar serenarse un poco mientras él se protegía.

—¿De dónde has sacado el condón?

Vio el brillo de su sonrisa cuando él le sonrió de medio lado, aún ocupado deslizando la goma por su caliente longitud.

—¿No te has fijado en el bol de condones que tus amigas han colocado en la entrada? —Su sonrisa se acentuó aún más mientras le rodeaba la cintura de nuevo y la alzaba hasta colocársela a horcajadas—. Tengo que reconocer que resultan del todo útiles en un momento como este.

Escandalizada y sorprendida a partes iguales por la ocurrencia de sus amigas, Chloe solo acertó a morderse el labio inferior cuando lo vio sujetar su pene erecto para llevarlo directamente a su sexo y frotarlo entre sus pliegues resbaladizos. Ella ahogó un gemido; se aferró a su nuca para poder moverse al ritmo que él marcaba y se dejó hacer. Si continuaba provocándola de aquella manera, iba a acabar corriéndose antes de que pudiera penetrarla.

La frente de Jason se perló de sudor a medida que su miembro se endurecía más y más bajo el contacto de la sedosa calidez de la mujer que gemía junto a su oído. Cegado como estaba por el deseo, decidió saciar su sed de ella forzando las costuras de su vestido cuando le bajó el escote con la mano que le quedaba libre. Frente a él se mecían dos globos gemelos del tamaño perfecto para introducirlos en su boca. Permitted que su duro falo descansara

contra su pubis resbaladizo y utilizó las dos manos para apartar las copas del sujetador y disfrutar de sus pechos a placer.

Chloe gimió cuando le recorrió uno de los rosados pezones con la punta de la lengua. Sopló sobre él, deslizó una de sus mejillas cubiertas por una áspera capa de barba castaña sobre la cima erguida y después lo chupó como si fuera un niño hambriento. Sin poder evitarlo, Chloe le acercó la pelvis y se removió sobre él buscando, desesperada, el contacto de su carne.

—Por favor... —le suplicó, sosteniendo el lóbulo de su oreja entre los dientes—. No puedo más... ¡Ah!

Le sorprendió la facilidad con la que él se introdujo en ella hasta el fondo. Se sentía completamente llena ,y él no perdió ni un solo segundo en comenzar con sus rápidas y certeras embestidas. Con cada una de ellas, Chloe gritaba de placer, alzaba su cuerpo y se derretía entre sus manos cada vez que él le lamía sus erectos pezones. Sabía que no iba a durar mucho de tan excitada como estaba, pero al mismo tiempo no quería que aquello terminara nunca.

Aferrándose a las nalgas desnudas de ella, Jason las amasó a placer y, sin salir de su interior, caminó a tuestas hasta la cama.

El mullido colchón se hundió al recibir el impacto de los dos cuerpos unidos. Chloe quedó tumbada boca arriba, jadeante, con aquel magnífico espécimen de hombre completamente desnudo arrodillado encima de ella y con el miembro encajado entre sus piernas.

—¿Qué miras?

Jason no contestó. Se concedió unos segundos para admirar el espectáculo que tenía ante sus ojos. Una mujer preciosa, entregada a él sin que le importara siquiera saber su nombre, completamente vestida salvo por los pechos, que lucían gloriosamente desnudos para él.

—A ti —le susurró, rozándole los pezones con los labios—. No te muevas.

Chloe hizo lo que le pedía, y en un abrir y cerrar de ojos él la desnudó en apenas un par de movimientos. Cuando se inclinó sobre ella, piel contra piel al fin, la mariposa que colgaba de la cadena en su cuello descansó entre sus senos, y Chloe se estremeció al sentirla.

Quiso preguntarle el motivo por el que llevaba un colgante tan femenino, pero todo pensamiento coherente desapareció de su mente cuando él apretó las nalgas y comenzó a imprimir brío a sus rápidas acometidas.

Jason le recorría con los labios cada porción de piel que iba descubriendo

por el camino. Era como un vagabundo hambriento que después de mucho tiempo era invitado a un banquete digno de un rey. La encontraba tan apetitosa que no sabía por dónde ir, y no quería dejarse ninguna zona de su cuerpo sin saborear. Cada curva, cada recoveco, cada protuberancia con la que se encontraba era besada, lamida y succionada.

Chloe tampoco se quedó atrás. A pesar de que un poderoso cuerpo musculado la aplastaba contra la cama y de que su potente miembro la llenaba con cada embestida, ella utilizó manos, piernas y boca para saciarse de él. Sus dedos surcaban los músculos en tensión de su espalda, las uñas se clavaban en su trasero cuando él giraba la pelvis de un modo delicioso que la hacía gritar por él. Para él. Le lamió las clavículas y en cierto momento alcanzó un de sus morenos pezones. Su sabor la deleitaba y los roncos gemidos de él la acercaban a las puertas del paraíso.

—Dime tu nombre —le pidió, derramando un jadeo sobre su boca.

Chloe negó con la cabeza.

—Vamos... —la apremió—. Quiero gemir tu nombre cuando me corra.

Nunca ningún chico le había hablado de aquel modo cuando estaban en la cama, y para Chloe aquello fue suficiente para alcanzar el clímax.

Jason contempló maravillado cómo ella sucumbía al placer. La vio arquearse hasta acariciarle el torso con sus duros pezones, la vio boquear como un pez fuera del agua y, finalmente, sintió cómo su sexo lo apretaba con fuerza, llevándolo muy al fondo, hasta explotar en un orgasmo brutal.

Él no pudo aguantar más tiempo su propio placer, y con un gemido que lo acercaba más a un animal que a un ser humano, se derramó dentro de ella alcanzando su propio clímax.

Ni siquiera se sentía capaz de mover un solo músculo de su cuerpo. Había quedado κ. o. sobre ella, y aun así sentía que no había tenido suficiente.

El corazón se le calentó cuando ella le dio un tímido besito en un hombro; luego notó que movía una mano entre los dos cuerpos, le sacaba el miembro y le quitaba el preservativo, que acabó arrojando al suelo.

Cuando Jason reunió las fuerzas suficientes para alzarse sobre sus manos, vio que ella le sonreía lánguidamente y que sus párpados se cerraban. La besó en la frente, después en la nariz y finalmente en la boca. Chloe lo recibió gustosa, dejando que su lengua jugara con ella y penetrara tanto como quisiera.

La rodeó con un brazo y la condujo al centro de la cama. Después cubrió

ambos cuerpos con la sábana y se apretó a ella.

No tenía ni idea de su nombre ni sabía quién demonios era aquella mujer que lo había vuelto loco con una sola mirada. De lo que sí estaba seguro era de que la noche no había hecho más que empezar y que no iba a permitir que aquella diosa de piel pálida y labios carnosos se le escapara entre los dedos.

5

JUST FOR TONIGHT

—Espera, espera, espera... ¿Es una coña, verdad? ¡No puedes estar de vuelta en Los Ángeles!

Chloe hacía malabares con el teléfono encajado entre la oreja y el hombro mientras arrastraba la maleta por los interminables pasillos del aeropuerto LAX al tiempo que con la mano libre trataba de encontrar las gafas de sol en el interior de su bolso. Las sienes le martilleaban con insistencia debido a la monumental resaca que acarreaba, además de que los rayos de sol que se colaban a través de enormes ventanas de cristal le cegaban. Se juró a sí misma que nunca jamás volvería a beber. O, al menos, se aseguraría de sobrepasar el límite que la llevara a caer inconsciente en el suelo para evitar recordar nada a la mañana siguiente.

Por si no fuera suficiente, Sienna llevaba diez largos minutos atosigándola con un incesante bombardeo de preguntas que solo conseguían acrecentar su jaqueca. Chloe tan solo quería llegar a casa, tumbarse en la cama y no salir de allí hasta que se hubiera borrado de su memoria la noche anterior.

—No te estoy tomando el pelo, Sienna —volvió a repetir por tercera vez, en esta ocasión con tono cansado—. Ya te lo he dicho. Ha surgido algo en el trabajo, algo urgente. No me quedaba más remedio que volver.

Chloe no estaba diciendo ninguna mentira. Al menos no del todo. Uno de sus jefes la había llamado justo cuando ella salía a hurtadillas de la habitación del hotel para darle la noticia de que la cadena había comprado los derechos de un conocido programa de televisión y que querían contar con ella en el equipo de producción. Era una oportunidad que no podía dejar pasar y que además le permitía alejarse del mayor error de su vida.

—¡Y una mierda! —exclamó Sienna al otro lado. Chloe sintió que su cabeza estaba a punto de explotar, y por el gemido lastimero que escuchó, su amiga también sufría los efectos del exceso de alcohol—. Oh, joder. No debería haber gritado.

Chloe detuvo sus pasos al cruzar en la abarrotada zona de llegadas del aeropuerto. A juzgar por la cantidad de prensa y de *paparazzi* que se

congregaba a las puertas, era previsible adivinar que estaban esperando que apareciera algún famoso. Antes de que Chloe pudiera preguntarse de quién se trataba, le sorprendió un aluvión de ráfagas de *flashes* mientras un coro de voces formulaba mil y una preguntas. La curiosidad pudo con ella, y, olvidándose de Sienna, se puso de puntillas para intentar ver a la aclamada celebridad. Aunque lucía una poblada barba, gorra para camuflarse y oscuras gafas de sol, el actor Jamie Dornan no había conseguido pasar desapercibido para los periodistas, que ya estaban avisados del aterrizaje de su avión.

Chloe torció el gesto al darse cuenta de que, a pesar de la escasa distancia que los separaba, el *sex symbol* seguía siendo igual de inaccesible para ella.

—¿Sigues ahí? —La voz de Sienna la llevó de vuelta al presente.

—Sigo aquí —confirmó con un suspiro.

—Si has visto a mi Jamie, ya puedes decirle que, si él quiere, cancelo la boda y me largo con él al fin del mundo, con fusta, esposas y todo lo demás.

Chloe puso los ojos en blanco al escucharla, pero no pudo evitar que se le formara una sonrisa en los labios. A veces le daba miedo lo conectadas que estaban ella y Sienna. Su amiga era capaz de leerle el pensamiento a pesar de estar en estados diferentes. Esas, se dijo, eran las amistades verdaderas.

Al pensar en las palabras de Sienna, Chloe se atrevió a preguntar:

—¿Va en serio lo de cancelar la boda?

Odiaba haber sonado esperanzada. Quería a Sienna como si fuera su propia hermana, pero no creía que Rob fuera el hombre adecuado para ella.

—No empieces, Chloe...

Sienna llevaba razón. Se trataba de su vida, de su futuro, y ella no era quién para inmiscuirse. A pesar de que no perdía ocasión de manifestar su descontento por el cercano enlace.

Retomando su camino, Chloe se fijó en la quietud de las cimas de las palmeras que flanqueaban su camino hasta el coche. En cuestión de un solo día, el Santa Ana había desaparecido para permitir el paso a un sol de justicia, si bien solo estaban a comienzos de primavera.

Dejando la maleta a un lado, Chloe abrió su bolso, sacó las llaves del coche y apuntó a ninguna parte al pulsar el botón del seguro. Nunca lograba recordar dónde había aparcado por última vez; por fortuna, las luces de su Fiat 500 se iluminaron tres plazas más allá.

—Estaba pensando, Sienna... ¿Por qué no te tomas un analgésico o cualquier otra droga legal y te metes en la cama? Créeme, si yo pudiera, lo

haría.

—¿Dónde te crees que estoy ahora? —fue la respuesta de su amiga—. Las cortinas corridas están y mi botiquín está vacío, pero no te creas que vas a cambiarme de tema.

Tras colocar su equipaje en el maletero, Chloe se apartó el pelo de la cara y resopló.

—No estoy cambiando de tema, Sienna. De verdad que tengo que ir a trabajar.

—¿Un sábado por la mañana? ¿El día después de mi despedida de soltera? —cuestionó su amiga—. No me lo trago, Chloe. Ni tu madre tampoco. Me ha llamado esta mañana hecha un basilisco para preguntarme por qué ni si quiera te has pasado por casa para saludar a la familia. Pensaba que cantarías mañana en el coro de la iglesia.

Sentada tras el volante, Chloe se tomó su tiempo para activar el manos libres y de paso retocarse el maquillaje gracias a un espejito que siempre llevaba en la guantera. Por si no fuera suficiente, su madre seguía insistiendo en que no abandonara el coro de góspel del que había formado parte los veinte últimos años de su vida. La pobre mujer aún albergaba la esperanza de que encontrara el amor junto a uno de sus compañeros.

—Te lo he dicho ya —suspiró—. No he tenido tiempo.

—¿Debo que creerte?

—¿Por qué iba a mentirte?

El rugido del motor al arrancar llegó a oídos de Sienna a través de la línea.

—¿Estás conduciendo? Voy a suponer que te has puesto el manos libres para seguir intentando sonsacarte información. ¿Dónde demonios te metiste anoche? La última vez que te vi estabas borracha como una cuba restregándote contra el paquete de uno de los bailarines.

Chloe frenó en seco al llegar a un cruce, y a punto estuvo de golpear al vehículo que estaba delante.

—¡¿Qué?! —preguntó una octava más alta de lo normal—. Creo que bebiste más de la cuenta, Sienna. Yo no estaba...

—¡Ja! —la interrumpió su amiga, y las dos gimieron de dolor—. Ahí están otra vez las evasivas. ¿Vas a decirme que no vi lo que evidentemente sí que vi?

—¿Quieres parar de una vez? —A Chloe las manos le sudaban sobre el volante, y apenas coordinaba sus pies sobre los pedales—. También tú

estabas meneándote con un bailarín y no te he dicho nada. Y te recuerdo que no soy yo la que tiene un pie en el altar.

Silencio al otro lado. No era muy propio de Sienna quedarse sin palabras, pero, al parecer, Chloe acaba de tocar un tema delicado. Por Dios, esperaba que su amiga no hubiera cometido el mismo error que ella. ¡Y en su despedida de soltera, nada menos!

—Sienna, ¿no habrás...?

—¡Oh, Dios mío! —volvió a gritar, para eludir el tema—. ¡Te has acostado con él!

—¡Sienna!

—Lo has hecho, ¿a que sí?

Chloe apoyó la cabeza contra el claxon aprovechando un semáforo en rojo. Aquella mañana al despertarse se juró a sí misma que lo ocurrido la noche anterior jamás había llegado a pasar, que había sido solo cosa de una noche. Ella no se había despertado con un tío increíblemente guapo y gloriosamente desnudo a su lado. No se había quedado mirándolo como una idiota durante dos largos minutos. Y, por supuesto, no le había acariciado el colgante de la mariposa que descansaba sobre su pecho. Ella no era así; no se acostaba con tíos que acababa de conocer, no tenía rollos de una noche. ¡Era una chica de relaciones serias y duraderas, por el amor de Dios!

La culpa de lo que había pasado era de Mike por haberla dejado colgada por otra. Si no se hubiera cargado su confianza en el sexo masculino, ahora ella estaría casada con un buen hombre y no acostándose con el primer tío que había conseguido que le ardiera la sangre. Bueno... Eso y que se había regado a sí misma con una gran cantidad de alcohol. Además, aquel chico ni siquiera era su tipo. A Chloe le gustaban los hombres más... normales. Altos, sí, pero no con esa sonrisa irresistible pintada en la boca ni con una cara tan atractiva ni con un cuerpo que parecía cincelado por el mismísimo Miguel Ángel. ¡Y, además, ella no era de tíos rubios! Con la llegada del alba, Chloe pudo ver por primera vez con claridad la brillante cabellera de su amante. Lo suyo eran los hombres elegantemente vestidos que sabían quiénes eran y qué camino debían tomar en la vida, no los bailarines salidos de vete a saber dónde que se meten en la cama de la primera chica que se les pone a tiro.

«Chicas como tú, querrás decir», la traicionó su subconsciente.

—¡Chloe!! —exclamó la voz de Sienna directamente en su oído.

—No ha pasado, ¿me oyes? —Se preocupó por que su voz sonara lo más

severa y convincente posible—. Anoche no era yo; bebí demasiado y un tipo me invitó a bailar. Punto. Fin de la historia.

—Te lo subiste a tu habitación, ¿a que sí? —siguió sondeando Sienna—. Chloe, ¿cuántas veces?

Por una vez en la vida, Chloe agradeció que los estudios de la SFE no estuvieran ubicados en el centro de Los Ángeles, ya que el tráfico a aquella hora de la mañana de un sábado era mucho más fluido y le permitía recorrer el camino en casi la mitad del tiempo que le llevaba en una jornada normal.

—Voy a colgar —le advirtió a su amiga.

—¡Es que no puedo creerlo! ¿Cuántas veces te he pedido, suplicado, que dejaras atrás lo de Mike y te soltaras la melena? Lo último que me podía esperar era que te tiraras al tío bueno de mi despedida de soltera.

—Querrás decir a *uno* de los tíos buenos de tu despedida de soltera.

—Sí, bueno, ya. —«¿Quién se anda ahora con evasivas?», pensó Chloe—. ¿Cuándo volverás a verlo?

Tras identificarse en la garita de seguridad, Chloe accedió al complejo de naves y edificios que poseía la cadena y se dirigió a su plaza de aparcamiento.

—No voy a volver a verlo—acertó a decir, torciendo el gesto—. Y antes de que digas nada más, la respuesta es no: no me interesa. No intercambiamos teléfonos, no nos dijimos los nombres y no es el hombre de mi vida. Fue un polvo sin importancia. Fin de la historia.

—¡Pero Chloe!

—Y ahora voy a colgarte. Te quiero y tenemos una conversación pendiente, pero ahora mismo estoy ocupada tratando de salvar mi carrera.

Chloe estaba segura de que Sienna seguía hablando sola mucho después de que ella colgase el teléfono, pero en ese momento debía mantener la mente clara y centrarse. Hizo a un lado el dolor de cabeza, la vergüenza y el creciente deseo que recorría su cuerpo cada vez que pensaba en su amante sin nombre. Se colgó el bolso al hombro y enfiló hacia las oficinas de los jefes.

Cuando Roger, el hijo menor de Big Joe, le dio la noticia de que habían conseguido hacerse con un nuevo programa que prometía ser un éxito y que, además, la querían a ella en el equipo de producción, Chloe no se lo pensó dos veces. Recogió sus cosas a toda prisa, intentando ser lo más sigilosa posible para no despertar al hombre que le había hecho el amor dos veces en la misma noche, y tomó el primer avión que salía hacia Los Ángeles.

A pesar de ser fin de semana, la cadena bullía de actividad casi tanto como en una jornada habitual. Chloe saludó a varios compañeros de camino al despacho donde la habían citado y, para su sorpresa, tan solo Roger la esperaba con una humeante taza de café en la mano que le ofreció nada más verla.

—Gracias —le sonrió ella, y luego dio un sorbito. Por supuesto, no se trataba de uno de esos cafés de Starbucks. Roger no se conformaba con cualquier cosa, y siempre exigía calidad en todo aquello que lo rodeaba, por eso rechazaba con tanto desdén la marca americana—. Esta mañana necesito litros de café para estar despierta.

Tras servirse él una taza, Roger se acercó hasta ella y le ofreció tomar asiento en uno de los cómodos sillones de la sala de juntas. El hijo de Big era un hombre de treinta y tantos años que vestía elegantes trajes de dos piezas de raya diplomática y que siempre iba impecablemente peinado con la raya a un lado. Era apuesto, aunque sin llegar a tener una arrebatadora belleza como cierto bailarín al que Chloe había conocido a fondo. *Muy* a fondo. En definitiva, Roger era el tipo de hombre que encajaba en la idea de un futuro perfecto que Chloe había imaginado para sí misma. Centrado, con un buen trabajo, un futuro por delante...

«Y te da más grima que las películas de serie B que ponen en la tele», murmuró una vocecita en el interior de su cabeza. Lo cierto era que Roger ni siquiera le interesaba en un sentido romántico. Chloe estaba segura de que jamás encajarían.

Cruzando las piernas en un cuidado gesto, Chloe carraspeó.

—¿Y el resto? Pensé que todo el equipo estaría reunido.

Roger le sonrió.

—Para serte sincero, Chloe, el acuerdo se firmó anoche mismo. —Roger la imitó; cruzó las piernas y después se rodeó las rodillas con las manos, inclinándose hacia delante—. Hemos fijado una reunión el próximo lunes, pero no podía esperar para darte la noticia.

—Vaya, es...

—Inapropiado, lo sé. Y también precipitado. —Colocando su café sobre la larga mesa, le rodeó los hombros con una mano—. Sé que tenías planeado pasar el fin de semana junto a tu familia y que no debería haberte llamado.

Chloe se terminó el café, puso su taza junto a la de Roger y le sonrió.

—Descuida. En realidad pensaba volver antes de lo previsto y... Roger,

¿estáis seguros de que queréis contar conmigo?

—¡Por supuesto! —exclamó, estirando los brazos hacia ambos lados—. Formas parte del equipo, Chloe.

—Pero después del último fracaso... ¿Qué opina tu padre?

A Chloe le preocupaba especialmente lo que Big Joe pudiera pensar de ella. Era el pez gordo de la cadena, y aunque últimamente se rumoreaba que tenía intención de delegar en favor de su hijo, Chloe había llegado a profesarle un cariño sincero a aquel hombre. No podía ni quería volver a defraudarlo.

Roger la tranquilizó con una sonrisa y un apretón sobre las manos, que ella movía, nerviosa, sobre el regazo.

—En realidad ha sido idea de él ponerte al frente del equipo de producción.

Chloe parpadeó varias veces muy rápido. ¿Había oído bien? ¿Ella, directora del equipo? Emocionada como estaba ante la idea de dirigir su propio equipo, no se le pasó por la cabeza pensar que su último fiasco como productora la había dejado sin blanca.

—¿Per... perdona?

La carcajada de Roger la sobresaltó. Al ver su rostro pálido, el hijo de Big se apresuró a tranquilizarla.

—No te preocupes por el dinero, al menos de momento. Como jefa de producción no tendrás que poner un centavo de tu bolsillo. Tan solo deberás hacerte cargo de la coordinación del departamento, la contratación logística... ¡Qué te voy a decir! Te lo sabes mejor que yo. ¡Tú vales para esto, Chloe! —le aseguró—. Tanto mi padre como yo lo creemos. Además, eres perfecta para este programa.

Sorprendida y confusa a partes iguales, Chloe se dio cuenta de que ni siquiera había preguntado qué clase de formato había comprado la cadena.

—¿De qué se trata? ¿Es un programa de debate? ¡No me lo digas! ¡De entrevistas! —vaticinó, esperanzada.

Sonriente, Roger negó con la cabeza.

—Para el carro, Chloe. Puede que eso te quede aún un poco grande. Se trata de un concurso.

A la mente de Chloe llegaron todo tipo de imágenes. La televisión americana emitía concursos hasta de aquellos que engullían perritos calientes. ¿Necesitaban una competición más?

—Bueno, y... ¿sobre qué es esta vez? —Apartándose un mechón de pelo oscuro de los ojos, trató de tragarse su decepción y sonar entusiasmada.

Moviendo su sillón para quedar de frente a ella, Roger la tomó de las manos.

—Chloe, ¿qué tal se te da bailar?

Chloe tosió abruptamente al atragantarse con su propia saliva. Molesta, notó que un nudo en la garganta le oprimía la tráquea y las mejillas le ardían de rubor.

Apurado, Roger le dio unas palmaditas en la espalda antes de levantarse para llenarle un vaso de agua.

—Dios, Chloe, ¡qué susto! Toma, bebe esto —le tendió el vaso—. ¿Te encuentras mejor?

Llevándose una mano al cuello, Chloe acertó a asentir.

El maldito baile. Para una sola noche que decide desinhibirse y acostarse con un tío al que no conocía de nada, todo tenía que recordarle las cosas prohibidas que había hecho con un bailarín.

—Sí, perdona —logró decir entre toses—. Debe de ser el aire acondicionado, que no me sienta bien. ¿Qué decías?

Roger volvió a tomar asiento a su lado.

—Verás, la cadena ha adquirido los derechos de ese programa de baile en el que un puñado de famosos venidos a menos concursan para volver a relanzar su carrera. ¿Sabes cuál te digo?

Chloe volvió a asentir. Ella misma lo había visto algunas veces, y desde su vasto conocimiento debía reconocer que en la etapa final los participantes bailaban casi como profesionales.

—Hemos pensado darle un lavado de cara —continuó Roger—. Ya sabes. Cambiarle el nombre, hacer un plató nuevo, retocar el formato...

—¿Y por qué habéis pensado que yo sé algo de todo esto?

Ladeando la cabeza, Roger la miró como si la respuesta fuera evidente.

—Porque eres una mujer.

Chloe levantó una ceja, contrariada.

—Muy agudo, Roger.

Él se echó a reír.

—Lo que quiero decir es que pretendemos hacer un programa para mujeres —le explicó su jefe—. Queremos una plantilla de concursantes exclusivamente femenina. Actrices, cantantes, humoristas de poca monta de las que ya nadie se acuerda y a las que ya prácticamente no ofrecen papeles, o al menos no como en sus años de gloria. Lo que sea. Y por supuesto,

necesitaremos unos bailarines a la altura, ya me entiendes.

Chloe se removió en su asiento, visiblemente molesta.

—Er... Creo que no.

—Ya sabes, Chloe. Bailarines jóvenes, atractivos... ¡Carne fresca! Que seduzcan a nuestras concursantes y también al público.

—Eso es sexista, Roger —soltó Chloe, sin poderlo evitar—. Y me atrevería a decir que es incluso machista.

—Pero sabes tan bien como yo que funcionaría, Chloe. Y lamento verme obligado a recordártelo, pero necesitas tanto o más que nosotros que este programa sea un éxito.

La ilusión inicial que Chloe sintió al saberse al frente del equipo de producción quedó empañada por la sombra de sus principios. Roger le estaba pidiendo que dirigiera los hilos de un programa que, aunque a ella la distrajera como espectadora, era total y completamente injusto y, además, trataba a las mujeres como mero objeto de entretenimiento. Pero también sabía que si no lograba remontar su carrera, acabaría regresando a Denver con el rabo entre las piernas.

Los hombros se le hundieron al dar un hondo suspiro.

—Sí, supongo que llevas razón.

—¿Quiere decir eso que estás dentro?

A su pesar, Chloe asintió.

—¡Estupendo! —La sonora palmada que dio Roger, congratulándose por haber conseguido su aprobación, resonó directamente en su cabeza y reavivó la jaqueca—. Hay algo más de lo que tendrás que encargarte.

—¿Además de buscarte mujeres que aparentemente estén muertas profesionalmente hablando?

A juzgar por la mueca de desagrado de Roger, frunciendo de una forma poco atractiva sus finos labios, no le hizo ni pizca de gracia su sarcasmo.

—Quiero que te tomes en serio este proyecto, Chloe. Si no estás preparada para seguir adelante con nuestra idea, prefiero que me lo digas ahora.

Mentalmente Chloe imaginó que se daba una bofetada, censurándose a sí misma por haber cedido a los deseos de Roger. Más le valía morderse la lengua. Por desagradable que le resultaran las directrices del hijo de Big, debía ceñirse a ellas y continuar con su trabajo. *Necesitaba* ese trabajo.

—Por supuesto que estoy preparada, Roger. Dime, ¿qué tienes en mente?

Roger se puso en pie, colocó en su posición original el sillón donde había

estado sentado e invitó a Chloe a que lo imitara. Después la condujo a la salida.

—Quiero que te encargues personalmente del *casting*. No quiero arriesgarme a que nada salga mal.

—No hay problema —asintió Chloe mientras permitía que Roger le posara una mano en la parte baja de la espalda de camino al aparcamiento—. Creo que aún guardo una lista de las invitadas vip que nos acompañaron en el anterior programa y...

—Tranquila, Chloe. Entre tus labores no está la de preocuparte por las concursantes. De esas se encarga la cadena. —Abriéndole la puerta como un perfecto caballero, Roger le sonrió—. Supervisa la elección de los bailarines. Consigue a los mejores, Chloe, y no me refiero solo a sus habilidades en la pista. Han de ser...

—¿Un orgasmo visual para público y concursantes? —se atrevió a preguntar, llena de sarcasmo.

Al parecer, Roger no captaba ese tipo de comentarios, porque se limitó a sonreír y a palmearle la espalda.

—Aprendes rápido, Chloe. Por eso nos gustas a mi padre y a mí. —Y, guiñándole un ojo, añadió—: No me falles. Ponte con ello en cuanto llegues a casa.

Los pies de Chloe se detuvieron de golpe. ¿Le estaba pidiendo que pusiera un anuncio en el periódico, que consiguiera que se corriera la voz entre los representantes de estrellas y buscara entre las academias de bailes de la zona para que encontrara a unos bailarines? El cosmos se había vuelto en su contra. ¡Ya había tenido suficiente del gremio de la danza para toda su vida! Eso le pasaba por no haber echado un vistazo a su horóscopo aquella mañana.

Lo que Roger le pedía, o mejor dicho, le exigía, era que diera con unos modelos con un cuerpo diez y el rostro de un adonis que supieran moverse en la pista. De inmediato acudió a su mente la imagen de cierto bailarín que no solo mecía las caderas como nadie en el escenario, sino que también sabía cómo hacerlo en la cama.

Sus mejillas se tiñeron de color escarlata y un sudor frío le recorrió la espalda.

—¿Te encuentras bien? Pareces... encendida.

«¡Malditos fueran los bailarines!», pensó Chloe. No se iba a librar de ellos en la vida.

Como pudo, asintió con la cabeza y se aclaró la garganta antes de hablar.

—Roger, no creo que yo sea la persona más indicada para buscar a los bailarines.

—Por supuesto que lo eres —le contradijo él—. A fin de cuentas, eres mujer.

Sin poder remediarlo, Chloe pensó que el programa no era lo único machista por aquella zona.

—Anda, cambia esa cara. Te invito a comer y lo celebramos. ¡Démosle marcha al cuerpo!

Si Roger supiera...

Rechazando amablemente su invitación, Chloe se montó en su coche con la firme intención de llegar a su apartamento, darse una larga ducha que se llevara los recuerdos de la noche anterior y después meterse en la cama. Lo más difícil sería olvidarse del hombre al que había dejado dormido en una habitación de hotel.

Si es que alguna vez lograba no pensar en él.

6

DON'T STOP BELIEVIN'

Los potentes rayos de sol que se colaban a través de la enorme pared de cristal del restaurante estaban cegando a Jason. No eran más de las nueve de la mañana, y Mark y él estaban sentados en una de las mesas situadas en uno de los laterales del local, la que según la camarera ofrecía las mejores vistas a... la nada.

Uno de los principales encantos de Las Vegas eran sus interminables extensiones de desierto. No había edificios ni tampoco gente caminando por la calle, al menos no en aquella parte de la ciudad; tan solo había tierra, una larga carretera que conducía al infinito y la molesta luz de las primeras horas del día. Alzando una mano, Jason se protegió los ojos con las gafas de sol de estilo aviador que llevaba en la cabeza.

Para ser justos, había que decir que su malestar no se debía tan solo a la resaca; siendo sinceros, la noche anterior ni siquiera había probado el alcohol. Él, Mark y los chicos habían bailado para una clienta que celebraba su regreso a la soltería no muy lejos de allí, en Phoenix, Arizona. Había estado tan concentrado en ofrecer un buen espectáculo, en hacer bien el trabajo por el que le pagaban que ni siquiera se le había pasado por la cabeza tomarse una copa para intentar calmar los nervios. No tenía miedo escénico, por supuesto. Su madre solía decirle que aprendió a bailar antes que a andar, pero desde hacía unas semanas Jason no dormía bien. No conseguía descansar desde que, siete días atrás, cometiera la mayor estupidez de su vida acostándose con una de las invitadas a una fiesta en la que él era el espectáculo.

Una de las reglas de oro de Jason era no confraternizar con las clientas, y aquella noche se la había saltado sin pensárselo dos veces. Él no era ningún *gigoló*; no se dedicaba a calentar a las clientas para después llevárselas a la cama. El sexo con las mujeres que lo contrataban tan solo acarrearía problemas, y él ya cargaba con una buena dosis de ellos como para añadir otro más a la lista. No sabía qué lo había llevado a arrojarse a los brazos de aquella rubia de cara angelical y cuerpo menudo por el que estaba dispuesto a

arriesgarlo todo, pero lo cierto era que no lograba sacársela de la cabeza. Aunque pareciera una locura después de haber pasado una sola noche a su lado, la echaba de menos. Lo peor de todo era que probablemente ella ni se acordaría de él.

Ahora, en cambio, ahí estaba él, torturándose a sí mismo, viendo cómo su mejor amigo devoraba una hamburguesa extragigante como desayuno y sin poder sacarse de la cabeza a la mujer impresionante que lo había abandonado en una habitación de hotel.

Por si no fuera suficiente, haciendo uso de la *Jukebox* alguien había elegido la canción *Don't stop believin'*, de Journey, aquella que invitaba a no dejar de perseguir los sueños. Sí, ya... Como si los suyos estuvieran al alcance de su mano. Él conocía de primera mano los reveses de la vida. Bastante tenía con solucionar sus problemas como para además añadir una mujer a la ecuación.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? —Frente a él y con la boca llena, Mark chasqueó los dedos ante sus ojos—. Tío, pareces una estrella de rock venida a menos. ¿Dónde cojones tienes la cabeza esta mañana?

Jason resopló, cruzó los brazos sobre su pecho y se recostó contra el respaldo de la silla, que estaba dura como el suelo de asfalto.

—Necesito más café para mantenerme despierto.

Mark asintió un par de veces mientras sorbía su refresco por la pajita de manera bastante ruidosa.

—Te dije que deberíamos haber esperado a que amaneciera para coger el coche. —Colocando la hamburguesa a un lado, utilizó una servilleta para limpiarse los dedos pringosos—. Pero claro, el señor quería largarse cagando leches. ¿Por qué narices te empeñaste en conducir toda la noche? Los muchachos podían haber esperado unas horas para recoger su parte de la paga. Colega, Las Vegas no se mueve del sitio desde que el jodido Bugsy Siegel dijo que aquí se quedaba.

Jason puso los ojos en blanco. Había oído hablar de ese tal Bugsy, un conocido gánster que había impulsado el desarrollo de la Ciudad del Pecado, pero sin duda no había sido aquel tipo quien fundó la ciudad. De todos modos, no disponía de tiempo, ganas ni fuerzas de rebatírsele a Mark. Si sacaba el tema a relucir, su amigo empezaría a soltarle aquel discurso en el que le aseguraba, indignado, que los bailarines como él, además de saber moverse, no eran unos incultos sin estudios. Jason estaba demasiado cansado como para entrar a debatir con él.

Forzando sus labios para que formaran una sonrisa, dio las gracias a la camarera cuando esta colocó sobre la mesa una torre inmensa de tortitas con sirope de arce y nata. Su sonrisa se tornó sincera, en cambio, cuando le rellenó la taza de café. A través del cristal de las gafas de sol, Jason pudo ver cómo la chica le guiñaba un ojo al tiempo que se pasaba la lengua por los labios de un modo sensual. No estaba mal, pensó mientras ella se alejaba; pelirroja, con el pelo recogido en una gruesa trenza que le caía sobre uno de los hombros, caderas generosas, un pecho más que apetecible, pecas... Pero ahí acababa todo. No podía pensar más que en una sola mujer. Y no tenía ni la más remota idea de dónde podría estar.

Al abrir la servilleta para coger con los cubiertos, descubrió lo que ya había sospechado cuando la chica le sirvió el desayuno: había apuntado su nombre y su número de teléfono en ella. Pero él no estaba interesado en lo más mínimo. Tomando la servilleta, la arrugó hasta formar una bola de papel que arrojó sin miramientos sobre la mesa.

—¿Te has vuelto loco?! —explotó Mark, y casi derramó su bebida cuando extendió un brazo para recuperar la bolita desechada—. ¿Cómo se te ocurre rechazar a... —hizo un alto para leer el nombre de la camarera— a Sabrina? ¿Tú la has mirado bien o te estás quedando ciego?

Para dar más énfasis a sus palabras, Mark ahuecó las manos en torno a su torso para remarcar el tamaño de los pechos de la joven. Jason no se molestó en contestar; en su lugar, se llenó la boca de una generosa cantidad de tortitas.

Se quitó las gafas de sol y al cabo de unos minutos, comentó:

—Algún día tendrás que explicarme cómo es que te quedan tantas ganas de una mujer después de pasarte las noches trabajando para un animado grupo de féminas.

Esta vez fue su amigo quien puso los ojos en blanco. La mirada de Mark era la más extraña que Jason hubiera visto nunca; de un color indefinido entre el caramelo, la Coca-Cola y el ámbar visto al trasluz, no era de extrañar que Mark fuera todo un *sex symbol*. Con su piel morena, su pelo negro como la noche y su aire latino, atraía a las mujeres como la miel a las abejas. Una de las diferencias que había entre ellos era que Mark carecía de los escrúpulos de Jason. No le importaba acostarse con una chica diferente cada noche (en algunos casos, con más de una y a la vez), ni tampoco le importaba que la chica en cuestión fuera la anfitriona de la fiesta para la que habían sido

contratados.

—¡Le da un morbo que te cagas al asunto! —solía decirle Mark. Y él no podía evitar reírse ante sus alocadas ocurrencias.

Su amigo le dedicó una de sus más socarronas e irresistibles sonrisas.

—Forma parte de mi encanto personal. Y ahora, amigo mío, vas a decirme de una vez qué es lo que te pasa.

Cuando Sabrina volvió a pasar junto a ellos, Mark sacó pecho como un palomo y, para su propio deleite, contempló cómo la chica suspiraba después de que él le hubiera guiñado un ojo. ¡Nunca fallaba!

—Estoy cansado —dijo Jason sin dar más explicaciones.

—¡Y un cojón! Llevas toda la semana bailando como un autómata, más callado que de costumbre. ¿Quieres dejar de toquetear la mariposa? ¡Te estoy hablando, tío!

Jason interrumpió el vaivén de sus dedos al instante. Cuando algo lo inquietaba tenía la costumbre de hacer girar entre los dedos el pequeño colgante de una mariposa rosa que llevaba prendido de una cadena en su cuello. No se había dado cuenta de que había estado jugueteando con él hasta que Mark se lo dijo.

—Es por esa tía, ¿verdad? —continuó Mark sin esperar una respuesta—. La que te follaste y te dejó tirado sin darte un besito de despedida.

Jason gruñó, visiblemente molesto.

—¿Es que siempre tienes que hablar de esa manera?

Mark levantó las manos en un gesto que pretendía reflejar su mal disimulada inocencia.

—¿Qué pasa, Jason? —De repente sus ojos se abrieron por la sorpresa, y lo comprendió todo—. ¡Te ha dado fuerte con esa tía! ¡Ja! Tío, si ni siquiera sabes su nombre.

—Olvídalo, ¿quieres? —masculló Jason removiendo con el tenedor la masa pastosa en la que se había convertido su desayuno.

—¿Puedes olvidarla tú?

Cuando Jason clavó en él la mirada, Mark se lo imaginó como a uno de esos dibujos animados de un toro, con los ojos rojos inyectados de sangre y lanzando humo por la nariz.

—Siempre me queda la opción de ponerme en contacto con las amigas de la novia, las que nos contrataron para su despedida de soltera —contraatacó Jason con intención—. Porque te acuerdas de la novia, ¿verdad, Mark? Esa

morenita menuda contra la que frotabas tu poll...

—Punto número uno —lo interrumpió Mark, ahora molesto de verdad—. Me veo en la obligación de recordarte que no es tu rollo restregar en las narices de un colega lo que este hace o decide no hacer.

—¡Venga ya, tío! Si no te conociera, diría que a ti también te ha afectado lo que quiera que encontrases en esa chica. ¿Es que a ti no te para nada ni nadie?

—Y punto número dos —continuó su amigo, con la mandíbula apretada—. Cuando una mujer dice que no, es que no. Que yo disfrute con ellas y pasemos un buen rato no significa que no las respete. *Capisci?*

Jason asintió, tan serio como su colega.

—Lo has dejado claro, cristalino, tío. Pero si quieres hablar de ello, ya sabes que...

—Olvidémonos del tema, ¿de acuerdo?

—Yo no lo hubiera dicho mejor —convino Jason.

Terminaron el desayuno en silencio, cada uno sumido en sus propios recuerdos de aquella noche que había puesto sus vidas patas arriba por distintos motivos y de diferentes maneras, aunque ninguno de los dos sabía lo que realmente había ocurrido con el otro una vez que se bajaron del escenario.

Mientras esperaban a que Sabrina les llevara la cuenta, Mark se entretuvo ojeando el periódico del día. Al llegar a la sección de anuncios, dio un golpe sobre la mesa que sobresaltó a Jason y exclamó:

—¡Coño! Acabo de arreglarnos el futuro.

Plegando las incómodas hojas del diario, Mark lo giró para que Jason pudiera ver el anuncio que él señalaba.

—«Audición para bailarines profesionales» —leyó Jason en voz alta—. «Experiencia demostrable ante un jurado exigente para puesto de profesor en un programa de danza. Solo hombres. Las pruebas se celebrarán durante los próximos...».

—¡Hoy! —lo interrumpió Mark, arrebatándole el anuncio—. ¡Hoy es el último día, Jas!

—Es en Los Ángeles —le hizo ver Jason.

—¿Y qué? Hemos tenido el puñetero culo dentro de un coche durante más de cinco horas. ¡No me seas nenaza!

Jason resopló.

—Ni siquiera sabemos para qué narices es ese trabajo.

—Aquí lo dice bien claro. —Mark golpeó la página con los dedos—. Profesor. Y no es por nada, pero tú y yo bailamos la hostia de bien. Y además estamos buenos.

—No pone nada de que debamos estar buenos.

Mark lo miró con una ceja levantada.

—La belleza es un plus que tener en cuenta. —Y para demostrarlo se subió la camiseta, mostrando su marcada tableta de chocolate.

Un coro de suspiros y gemidos ahogados llenó el comedor cuando el público se fijó en el bien formado torso del bailarín. Si algo se le daba bien a Mark era provocar y calentar al personal.

La falta de modestia de Mark provocó que Jason soltara una carcajada.

—Además —prosiguió Mark una vez que el pulso de sus espectadoras pareció recobrar un ritmo normal—. Te recuerdo que necesitas el trabajo, tío. No perdemos nada por probar —insistió su amigo—. Y tampoco nos han llamado para ningún *show*, así que...

Mark estaba en lo cierto. No trabajaban en ningún club, y siempre que actuaban era en alguna fiesta privada. Los contrataban a través de un conocido que los había puesto en contacto con quienquiera que organizara el evento en cuestión. La mayoría de las veces Jason y los chicos bailaban en despedidas de solteras, casi siempre realizando el papel de *strippers*. Eran algo así como una compañía itinerante, pero tanto él como Mark sabían hacer mucho más que quitarse la ropa y mecer las caderas de un modo sexual. Los dos *bailaban*. Eran unos excelentes bailarines, y tal vez era el momento de demostrárselo al mundo. Y sí, el jodido Mark volvía a tener razón: necesitaba ese curro más que cualquier otra cosa.

—Entonces, ¿nos vamos a Los Ángeles?

Removiéndose en su silla, Jason consiguió sacar las llaves del coche del interior del bolsillo de sus vaqueros y se las lanzó a Mark por encima de la mesa.

—Pero conduces tú —accedió—. Necesito dormir durante el viaje.

—Lo que tú digas, cariñito. ¡Allá vamos, L. A.!

—¿De verdad tenemos que hacerlo otra vez? —lloriqueó Chloe, dejándose caer contra el respaldo de la silla plegable en la que estaba sentada—. Roger,

estoy agotada.

El hijo de Big Joe ni siquiera se giró para mirarla. Al fijarse en su impecable aspecto, Chloe se preguntó cómo era posible que Roger lograra parecer recién salido de casa cuando ella estaba horrorosa después de haberse pasado las nueve últimas horas encerrada en el salón privado de un hotel viendo cómo un incontable número de hombres bailaba delante de ella.

Le dolía la cabeza, los ojos le escocían y lo único en lo que podía pensar era en marcharse a casa, darse un largo baño templado y meterse en la cama. Tampoco pedía tanto. En cambio, se resignó al ver cómo Roger seleccionaba un CD de música para el nuevo grupo que esperaba tras la puerta.

—Si vuelves a elegir la banda sonora de *Flashdance*, juro que no respondo de mis actos.

Roger sonrió al escucharla, y Chloe dio gracias en silencio cuando lo vio aflojarse el nudo de la corbata mientras tomaba asiento a su lado. ¡Por fin una señal de cansancio! Empezaba a pensar que su jefe era un robot encerrado en el cuerpo de un productor ejecutivo.

—Para el último grupo he pensado que podíamos cambiar de película —comentó. Chloe se quedó muy quieta cuando Roger extendió una mano para rozarle el mechón de pelo ondulado que le caía sobre la mejilla—. Me gusta cómo te queda.

Se había cortado el pelo unos días atrás y ahora las puntas de su melena color mantequilla le llegaban tan solo a la altura de los hombros, mucho más corto que antes, cuando solía llevarlo a ras de retaguardia. Después de aceptar el proyecto que Roger le había puesto sobre la mesa, Chloe pensó que aquello podía suponer un punto de inflexión en su vida. A pesar de sus reticencias iniciales —no podía dejar de pensar en las connotaciones machistas del formato—, algo en el interior de su pecho le decía que esta vez podría funcionar. Era el momento de que la antigua Chloe cediera terreno a la nueva y mejorada versión de sí misma. Aquella que no cometía errores ni deslices, una Chloe que no se acostaba con desconocidos y que estaba dispuesta a lo que fuera por conseguir sus objetivos, sus sueños. Así que decidió comenzar esa nueva etapa cortándose el pelo; el resto, se dijo, sería pan comido.

Además, su horóscopo le había asegurado que aquella semana le esperaban nuevos retos que la impresionarían:

«Cáncer: Época de cambios. Prepárate para que te sorprendan. Buena semana en el

trabajo; se te abren puertas en el terreno profesional que incluso harán que te plantees tu futuro amoroso. Cuidado con Aries».

Unas campanitas de alarma sonaron en el interior su cabeza.

—Gr... gracias —farfulló; no se acostumbraba a las repentinas muestras de cariño que Roger había comenzado a dedicarle. Si pensaba ligársela, desde luego Roger había apuntado a la mujer equivocada—. Roger, ¿cuál es tu signo del zodiaco?

La pregunta salió de sus labios antes de que su cerebro pudiera procesarla. Al ver la expresión contrariada en el rostro de su jefe, Chloe se arrepintió de inmediato, y fue plenamente consciente del intenso calor que ascendía hasta sus mejillas. Aquel era uno de sus múltiples defectos, quizá el que ella más odiaba, porque delataba el momento exacto en el que sentía vergüenza, enfado o excitación: su piel pálida se teñía de rojo con demasiada facilidad.

—¿Cómo dices?

—¡Nada! —exclamó, removiéndose en la silla—. ¿Crees que podemos empezar de nuevo?

Roger carraspeó, visiblemente incómodo y sin comprender el cambio de actitud de Chloe.

—Claro. —Y dirigiéndose a la becaria que habían llevado con ellos para que los ayudara en el *casting*, pidió—: Que suene la música y que entren los participantes.

Por supuesto, en unas pruebas de baile no podía faltar alguna canción de la película *Dirty dancing*. Los últimos bailarines hicieron aparición en el salón al ritmo del *rhythm and blues* de los The Contours y su canción *Do you love me*, y por un segundo Chloe se sintió como Baby, cargando con una sandía alargada.

—Allá vamos —oyó que murmuraba Roger a su lado, frotándose las manos—. Solo un par más y podremos irnos a casa. Por cierto, ¿tienes planes para esta noche?

La cabeza de Chloe giró tan deprisa que sintió un doloroso tirón en el cuello. Roger no podía estar pidiéndole una cita, ¿verdad? ¿Y si él era el Aries del que hablaba su horóscopo? Todo el mundo sabía que Cáncer y Aries no son compatibles. ¡Lo decía su carta astral!

Antes de que pudiera pensar una respuesta, Roger tomó el micrófono que les habían entregado y su voz resonó por toda la sala.

—Gracias, número setenta y cinco. Puedes retirarte—inclinándose hacia un lado para hablarle a Chloe al oído, susurró—. Deberíamos pedirles que se quiten las camisetas; así lo verías todo mucho más claro.

Ella abrió los ojos como platos al escucharlo y se lo quedó mirando con horror.

—¿Cómo dices?

Sin embargo, Roger continuó tomando notas en el informe que estaba redactando, sin prestar más atención a su compañera. Chloe no podía creer la actitud tan misógina y machista que Roger estaba teniendo con respecto a ella y al programa.

Los bailarines seguían danzando, ajenos a la pregunta de Roger, y, dado que su jefe había decidido continuar con la criba, Chloe trató de imitarlo y concentrarse en la prueba.

A medida que pasaban los minutos, el número de participantes se reducía. Roger había tomado la batuta de mando y Chloe apenas si contaba con tiempo suficiente para evaluar las aptitudes de cada uno de los hombres que luchaban por un puesto en el programa.

—Aquel —le susurró Roger al oído, y ella se puso tensa sin poder evitarlo—. El número ochenta, ¿lo ves?

Roger utilizaba su carísima pluma estilográfica para señalar al bailarín en cuestión. Se trataba de un chico altísimo de tez morena y pelo tan oscuro que su brillo impresionaba desde aquella distancia, cuando la luz de los focos incidía directamente sobre su cabeza. Podía presumir de poseer un cuerpo fibroso y se movía de manera envidiable para ser tan alto. Mecía las caderas con un aire muy sensual que hacía que fuera el candidato idóneo para los bailes latinos. Sí, sin duda podría ser el hombre que buscaban.

Chloe centró toda su atención en aquel bailarín, estudiando cada uno de sus movimientos. En uno de los últimos giros que realizó tuvo ocasión de fijarse en su rostro. Era guapo hasta decir basta, con una ligera sombra de barba oscura y unos ojos que...

Un momento. Chloe había visto antes esos ojos. Lo cierto era que el chico le resultaba muy familiar.

El bailarín danzó por el salón de un modo elegante y atractivo. Sin embargo, Chloe ya no prestaba atención al modo en que se mecía. El rostro de la joven productora perdió todo rastro de color cuando vio cómo el chico le hablaba al oído a otro de sus compañeros bailarines.

—No puede ser... —farfulló en un hilo de voz.

—¿Disculpa?

Chloe, en cambio, no prestó atención a Roger.

Hacía unos días se había jurado a sí misma que dejaría atrás a su antiguo yo, que olvidaría los acontecimientos de la semana anterior, que aquella noche de pasión y desenfreno con un desconocido jamás había ocurrido porque *él* no existía. ¿Por qué demonios su horóscopo se había olvidado de mencionar que aquel día *su* bailarín volvería a cruzarse en su camino? ¡Y además estaba intentando colarse en el programa que ella producía!

«En el que trabajas», se corrigió mentalmente.

Pensó que debía de tratarse de una broma. ¡Hasta intentó localizar la cámara oculta! Él no podía estar ahí, bailando delante de ella, con el número sesenta y nueve —¡maldita fuera la ironía!—, con una pegatina colgándole de su camiseta. Bailaba ajeno a su presencia, y, o bien no había advertido que ella estaba allí o fingía de un modo excelente.

Estaba a punto de vomitar.

La voz de Roger amplificada por el micrófono la sobresaltó hasta el punto de dar un bote en la silla.

—Muy bien, gracias a todos por participar. Podéis ir dirigiéndoos de forma ordenada a la salida. —Y añadió—: Número ochenta, nos quedamos contigo.

Pálida como un cadáver, Chloe no se atrevió a levantar la mirada del suelo por temor a que *su* bailarín la reconociera. Era muy consciente de cómo el resto de chicos abandonaba la sala, mientras ella rezaba para que desaparecieran de su vista lo antes posible. ¡No había pasado tanto bochorno en su vida!

—¡Un momento, jefe! —exclamó el elegido.

«¡¿Qué?!». Todas las alarmas de Chloe se pusieron en alerta mientras el resto de personas a su alrededor se quedaban quietas en el sitio. No le pasó por alto que entre ellas se encontraba aquel a quien ella trataba de evitar.

—¿Algún problema, número ochenta?

El aludido se acercó hasta el lugar que Roger y ella ocupaban. Caminaba con paso decidido, con las manos colocadas en jarras sobre su cintura.

—Dos cosas —señaló utilizando sus dedos—. En realidad son tres. La primera: vamos a pasar del numerito, ¿de acuerdo? —Dicho lo cual, se quitó la pegatina que llevaba en el pecho—. Me llamo Mark. Segundo —continuó—: ¿qué te parece si te olvidas del micrófono? Todos los que estamos aquí te

oímos perfectamente, tío.

Chloe se atrevió a levantar tímidamente la mirada, y por el rabillo del ojo pudo ver cómo Roger apartaba a un lado el aparato. Por el modo en que apretaba la mandíbula, también supo que no le había sentado nada bien el comentario y que se arrepentía de haberlo elegido.

—¿Y tercero? —masculló Roger entre dientes.

La sonrisa del bailarín se ensanchó.

—No voy a ninguna parte sin mi compañero. —Y después se acercó a otro hombre.

«Oh, Dios...»

Por supuesto, su amigo no podía ser otro que el bailarín de Chloe.

Quiso que la tierra se abriera bajo sus pies y se la tragase para siempre, que la sepultara entre toneladas de escombros para que jamás pudiera escapar.

Se juró que no lo miraría; se dijo que debía mostrarse firme, permanecer fuerte y hacer como si él no estuviera ahí de pie, delante de ella. Aparentaría no conocerlo, fingiría que no se habían visto desnudos, se engañaría a sí misma y a todos cuantos estuvieran presentes al afirmar que aquella noche no había sido la mejor de su vida.

Pero cuando Chloe levantó la cabeza, como si se tratasen de dos imanes de distinta carga, sus miradas se cruzaron. Era imposible mantenerlas separadas la una de la otra.

El corazón se le paró en el interior del pecho, y casi se le olvidó cómo respirar hasta que Roger habló de nuevo.

—Y eso debería importarnos porque...

El tal Mark rodeó el cuello de su amigo con un brazo en un gesto de camaradería.

—Porque adonde voy yo, va él. Y si de verdad estáis interesados en mí, entonces también lo estáis en Jason.

«Jason...», murmuró una vocecita en su cabeza. Así que ese era su nombre. Infundiéndose valor mentalmente, Chloe se obligó a mirarlo de pies a cabeza. Sí, le pegaba llamarse Jason. Ahora que podía mirarlo libremente bajo la limpia luz de los focos, decidió que no le importaba tanto que fuera rubio. Era simplemente perfecto.

Roger soltó una amarga carcajada a su lado.

—Ya. Pues siento decepcionarte, chico. Pero contigo hemos colgado el cartel de completo. Otra vez será.

—¡Venga ya, *chico!* —exclamó Mark, enfatizando la última palabra—. Seguro que hay sitio para uno más. Además, ella nos conoce.

«¡¿Quééé?!». ¿Por qué Mark la estaba señalando con el dedo? Ella ni siquiera había hablado con él en la despedida de soltera de Sienna. ¿Por qué demonios tenía que haberse fijado en ella?

Roger se giró hacia ella sin disimular el vivo interés que mostraban sus ojos.

—¿Chloe?

Miró alternativamente a cada uno de los hombres que la rodeaban y después centró su atención en la salida. Calculó mentalmente las posibilidades que tenía de salir corriendo y se resignó al comprobar que no lograría alcanzar su objetivo sin que antes alguno de ellos se lo impidiera.

—Yo... los he visto bailar antes, sí —acabó confesando, en voz tan bajita que los tres hombres hicieron un esfuerzo para oírla.

—Bien, en ese caso... —Roger volvió a frotarse las manos—, ¿qué puedes decirme de él? ¿Su cuerpo merece la pena?

—¡¿Qué?! —gritó Chloe espantada, esta vez en voz alta.

Escuchó la carcajada que lanzó Mark y también vio cómo Jason trataba de ocultar una sonrisita.

—Me refiero a si crees que el chico se mueve tan bien que merece la pena que lo contratemos.

¿Qué podía decir? ¡Claro que Jason se movía bien! Tanto dentro como fuera de la pista, pero... Se había prometido a sí misma que el pasado quedaba atrás. ¿Cómo podía traicionar su promesa si aceptaba a Jason en el programa? Estaría obligada a verlo cada día, hablar con él, tratar con él y...

¡Maldito fuera! ¿Por qué la miraba de aquel modo? No había manera de que aquella pícara sonrisa desapareciera de su rostro, y ella se derritió una vez más al ver los perfectos hoyuelos que se le formaban a ambos lados de la boca. Pero había algo tierno en sus ojos... ¿Y si realmente necesitaba el trabajo? Chloe no era estúpida; sabía lo que suponía para un bailarín la oportunidad de trabajar en la televisión. Era un escaparate estupendo que podría abrirle las puertas al éxito.

Tomó aire un par de veces, tratando de decidirse. Era una profesional y debía comportarse como tal.

—Creo que merece la pena, sí —acabó por decir.

—¡Cojonudo! —exclamó Mark dando una palmada. Al segundo siguiente

lo tenía delante de ella, encima de ella, dándole un abrazo—. Así me gusta, rubita —le susurró al oído.

Y las mejillas de Chloe se calentaron todavía más, y quiso llorar de vergüenza.

Mark la soltó para palmear la espalda de Roger y seguir incordiándolo con su espontánea forma de ser, por lo que ella se vio entonces obligada a hacerle frente a Jason.

—Así que te llamas Chloe, ¿eh? —preguntó él con una sonrisa mientras le tendía la mano.

Ella asintió, notando cómo el corazón se le subía a la garganta.

Cuando sus dedos rozaron los de Jason, Chloe agradeció estar sentada en el taburete, porque de lo contrario hubiera acabado estampada en el suelo.

—Bienvenido a bordo —consiguió articular no sin esfuerzo.

Él le sonrió.

—¿Sabes qué, Chloe? No había empezado el día con muy buen pie, pero ahora de verdad creo que no hay que dejar de soñar.

Jason le guiñó un ojo, y la soltó tan pronto como hubo pronunciado aquellas enigmáticas palabras. Lo vio marcharse junto a un animado Mark, que iba dando saltos por el pasillo rumbo a la salida.

¿Qué demonios acababa de pasar?

Roger resopló y se inclinó hacia atrás con gesto cansado.

—¿Una copa? —sugirió.

—¡Que sea doble!

7

BAD DAY

La tercera copa de vino consiguió que el cuerpo de Chloe comenzara a entrar en calor. Si contaba los dos martinis que se había bebido en compañía de Roger al salir de la sala del hotel donde habían celebrado el *casting* de bailarines y los sumaba a los incontables combinados que ingirió durante la despedida de soltera de Sienna, Chloe llegaba a la preocupante conclusión de que en las últimas semanas había recurrido al alcohol más veces de las que podrían considerarse como normales. ¡Pero no podía evitarlo! Necesitaba un chute de algo fuerte que la ayudara a sobrellevar el desastre en el que se estaba convirtiendo su vida. ¿Cómo era posible que todo se hubiera torcido tanto? Y todo por un pequeñísimo desliz de nada.

«No tan pequeño...», le recordó la molesta y perversa voz de su subconsciente.

Ella siempre había sido una de esas chicas que caminan por el lado correcto de la vida. Jamás desobedeció a sus padres ni les dio motivos para decepcionarlos, se volcó en sus estudios y trató de elegir bien al único novio formal que había dejado huella en su historial amoroso, de modo que fuera perfecto para ella (hasta que la abandonó por otra más joven, claro), y nunca había permitido que nada ni nadie le hiciera perder la concentración en su trabajo. No era perfecta, por supuesto. Tenía sus fallos, sus imperfecciones y también sus manías, pero siempre intentaba superarse a sí misma. No era una mojigata ni una inmadura, pero, sí, tenía sus miedos. Tan solo una vez en sus treinta y tres años de vida se había permitido liberarse de esas limitaciones que ella misma se había autoimpuesto al acostarse con un bailarín cuyo nombre ni siquiera sabía, y ahora...

Ahora aquel desliz le explotaba en la cara.

¿Cómo podía una sola persona acumular tanta mala suerte? Por fin se encontraba inmersa en un proyecto que a todas luces se vaticinaba como el próximo éxito televisivo. ¿En qué narices estaba pensando Roger al aceptar contratar al tío que le había echado el mejor polvo de su vida? Claro que él no lo sabía; de lo contrario, el pobre Roger hubiera sufrido de un enorme

complejo de inferioridad cuando él y Jason se conocieron aquella tarde.

¿Cómo se suponía que iba a lidiar con todo lo que se le venía encima? Ya se lo había advertido su horóscopo aquella mañana:

«*Prepárate para que te sorprendan*».

¿Que se preparara para recibir una sorpresa? ¡Pero no *esa* sorpresa! ¡No de aquella manera! Con un decidido gesto de la mano, cogió la copa de vino y se la acabó de un solo trago.

Hacía un par de horas que había llegado a casa después de haberse pasado más de la mitad del día encerrada entre cuatro paredes viendo cómo montones de hombres (la mayoría de ellos, tremendamente atractivos, debía reconocer) se contoneaban delante de ella, todo para conseguir un puesto como bailarín en el programa de televisión que estaba a punto de arrancar. Todo se desarrollaba con normalidad hasta que apareció el grupo que pondría punto y final a aquella eterna jornada laboral. La última persona a la que Chloe esperaba encontrar allí era a *su* bailarín, aquel en cuyos brazos se había perdido y en cuyo cuerpo había encontrado el placer.

Estaba tan guapo como la última vez que lo vio. Ahora sabía que se llamaba Jason, y a pesar de la impresión inicial cuando sus ojos lo reconocieron, Chloe también había tenido tiempo para darle un repaso con la mirada. El cuerpo de Jason estaba lo que se dice muy bien formado. Espaldas anchas y caderas estrechas, brazos musculados pero sin llegar a ese punto que resulta demasiado incluso para un hombre de su tamaño. Pelo rubio despeinado y mojado por las gotitas de sudor que le recorrían la frente hasta encontrarse con la sombra de barba que cubría sus mejillas. A pesar de su impactante físico, la belleza y el atractivo de Jason no se hallaban solo en el interior.

Chloe no podía negar que lo suyo había sido algo puramente sexual desde el momento en que se conocieron, pero había algo más en él, algo que a ella le parecía sumamente atractivo cada vez que se miraban. ¿Sería el azul profundo de sus ojos, que brillaban de aquel modo cuando la recorría con la vista? ¿La forma ladina que tenía de sonreírle o su áspera voz susurrada en su oído? Casi todo su ser le pedía a gritos que se mantuviera alejada de Jason tanto como pudiera, pero una parte de ella la incitaba a acercarse más, a descubrir todos sus secretos y, ¿por qué no?, a intentar repetir aquel sensual baile que los dos compartieron entre las sábanas de la cama del hotel.

—¡Por Dios! —exclamó para sí misma—. Deja de idealizarlo, idiota. ¡Tan

solo es un hombre!

Sentada en el sofá de su apartamento con las piernas cruzadas de forma parecida a la posición del loto en yoga, Chloe ojeaba las fichas que los bailarines seleccionados habían rellenado con sus datos. Eran algo así como los currículums que aportaban los chicos con su formación y experiencia, además de adjuntar una fotografía de cuerpo entero para valorar sus cualidades físicas. Todas las fotos eran prácticamente iguales, un calco las unas de las otras; todas excepto la de Jason. Mientras que las del resto de sus compañeros eran instantáneas tomadas en un estudio por la mano experta de un profesional, la imagen de Jason era la de un chico sonriente posando frente al porche de una casa envejecida. Vestía unos tejanos desgastados, una camiseta color caqui con cuello de pico y una gorra de los Boston Bruins, y no parecía en absoluto un consumado bailarín. ¿Cómo se le ocurría adjuntar una fotografía como esa? Chloe llegó a la conclusión de que habría tan solo dos razones para ello: o estaba muy seguro de sí mismo o a Jason le importaba un pimiento conseguir el puesto.

Echando un vistazo al currículum de Jason, Chloe descubrió que estaba más que preparado para ejercer de acompañante e instructor de una de las futuras concursantes. Según leía, el chico llevaba bailando desde la adolescencia y había participado en casi un centenar de fiestas y espectáculos variados.

—Ahora los *striptease* se llaman «espectáculos variados», no te fastidia — masculló Chloe entre dientes.

Al pasar la hoja para echar un vistazo a su información personal, Chloe chascó la lengua, molesta, al descubrir que Jason no había añadido una dirección ni tampoco su fecha de nacimiento.

—¡Será vanidoso! Como si tuviera algo que esconder...

¡Así era imposible calcular su edad! Aunque tampoco era que a ella le importara. No pensaba establecer con él más que una estricta relación profesional, y dado que ella estaba al frente del equipo de producción, esa relación sería prácticamente inexistente. Pero le molestaba que el tipo fuera tan hermético. Iba a salir en televisión, por el amor de Dios. Cuánto más atractivos y más jóvenes fueran los bailarines, mejor para la cadena.

Irritada por la falta de información, Chloe extendió la mano para hacerse con la copa que permanecía sobre la mesita junto al sofá; al reparar en que estaba vacía, soltó un bufido casi animal y optó por no volver a rellenarla por la simple pereza de no querer levantar el trasero para ir a la cocina en busca

de la botella.

—Necesito un cambio de vida —lloriqueó teatralmente—. Y, ya puestos, un hombre normal. He pasado de un infiel a un *playboy*. No tengo término medio.

¡Y la culpa era del todo de su horóscopo! Chloe se consideraba una fiel seguidora de la astrología; si su carta astral la hubiera avisado de que caería en las redes del primer capullo o impostor que se cruzara en su campo de acción, jamás hubiera empezado nada con ellos. Aunque, para ser justos, había sido ella solita la que había acabado metida en aquellos líos, primero con Michael y después con Jason. De modo que debía prestar más atención a las pistas que el destino ponía en su camino.

Al final hizo a un lado todos los currículums que tenía pendientes por revisar, los colocó junto a aquel otro de potenciales candidatas al concurso — se suponía que aquella iba a ser tarea de la cadena, pero, a fin de cuentas, ella había elegido a los bailarines— y se puso cómoda para disfrutar del programa de tarot que había logrado sintonizar con su portátil en una web venezolana.

Estaba concentrada intentando descifrar la conversación entre la vidente latina y su clienta, algo relacionado con dos amantes que se disputaban el amor de la chica, cuando su móvil comenzó a vibrar encima de la mesa, con tanta potencia que acabó por hacer que cayera al suelo la copa de cristal.

—¡Pero quién me ha echado un mal de ojo! —exclamó con fastidio al ver el estropicio que se había formado a sus pies.

Al agacharse para recoger los cristales, el pelo le cayó sobre los ojos, obstaculizándole la visión, y aunque trató de evitar el desastre total, los dos montones de papeles resbalaron hasta acabar desparramados junto al caos que previamente había organizado la copa. El teléfono sonaba con insistencia, crispándole todavía más los nervios; Chloe no sabía a qué atender primero, por lo que su voz no sonó precisamente amable al descolgar el teléfono.

—¡¡QUÉ!!

Habló tan fuerte que ella misma pudo escuchar su propio eco.

—Hija, por Dios —le recriminó la voz de su madre—. ¿Qué maneras son esas de contestar una llamada?

Chloe se dejó caer de espaldas en el sofá, con un brazo sobre los ojos y los mechones despeinados de su cabello, mientras que con la mano libre sujetaba el móvil contra la oreja. Por si no fuera suficiente, ahora además debía sumar la reprimenda de su madre.

—Perdona, mamá —se disculpó en un suspiro, sin molestarse en ocultar su tono cansado—. La verdad es que me pillas algo ocupada. ¿Te importa si te llamo mañana?

—Chloe Anne Mitchell —la interrumpió Susan—. Ni se te pase por la cabeza colgarme el teléfono. Llevo semanas sin hablar contigo, y ahora no pienso conformarme con una conversación de pocos minutos. Quiero saber qué hay de nuevo en la vida de mi hija.

Cuando su madre empleaba su nombre al completo —un nombre que ella odiaba con todo su ser desde su más tierna infancia, aunque podía haber sido peor, pues la intención de sus padres era llamarla Constance. ¿A qué padres se les ocurre llamar a su pequeña hija Constance?—, Chloe sabía que estaba metida en un lío. De modo que se resignó a la única opción posible para ella en aquel momento: coger un cojín, colocárselo bajo la cabeza y resignarse a escuchar la perorata que Susan tuviera a bien soltarle durante los cuarenta próximos minutos.

—La verdad es que no hay mucho que contarte —se limitó a decir ella con la esperanza de acortar cuanto antes la llamada.

—¿Qué tal el trabajo? ¿Ya has encontrado el proyecto definitivo que nos saque a todos de pobres?

Chloe se mordió el interior de las mejillas al escucharla. Cada vez que su madre formulaba aquella pregunta, aunque fuera con su mejor intención y únicamente pretendiendo el bienestar futuro de su hija, Chloe no podía evitar sentirse culpable. A fin de cuentas, su aventura profesional en Los Ángeles estaba resultando un desastre.

—Mmm... —masculló, mordisqueándose la uña del dedo índice—. La verdad es que estoy trabajando en algo nuevo. ¿Sabes ese programa en el que unos cuantos famosos bailan con otros tantos profesionales?

El grito de su madre le provocó un molesto dolor de oído.

—¡Me encanta ese programa! Pero, cariño, ¿estás segura de que puedes permitirte producir un espectáculo así?

—No lo produzco yo exactamente.

Chloe procedió a explicarle —o al menos lo intentó, porque ni ella misma lo comprendía muy bien— cómo había llegado a ser la jefa del equipo de producción de un programa en el que ella no aportaba ni un solo centavo. Lo más probable era que Big Joe estuviera detrás de todo aquello, pero no podía asegurarlo al cien por cien. Tendría que preguntar por el estudio, o quizás

tantear el tema con Roger. Seguro que él sabía de qué iba el asunto.

—Entonces, a ver si lo he entendido... —A pesar de encontrarse en estados diferentes, Chloe casi podía oír los engranajes del cerebro de su madre trabajando a toda velocidad—. ¿El *show* este no va a dejarte con una mano delante y otra detrás?

«Gracias por la confianza, mamá», pensó Chloe. Que su madre creyera que no sería capaz de ganarse la vida por ella misma era una insinuación bastante clara de las pocas esperanzas que le quedaban de ver a su hija cumplir su sueño.

—No, mamá —respondió con tono cansado—. Puedes dormir tranquila sabiendo que mañana no llamaré a tu puerta cargando con mis maletas, mi mala fortuna y mi inexistente vida amorosa.

Tan pronto como pronunció la última frase, Chloe se arrepintió en el acto. Ya debía haber aprendido que delante de su madre no se hablaba de amor.

—Ahora que lo mencionas... —La voz de Susan sonaba agudamente inocente, signo de que algo tramaba y de que la conversación parecía interesarle por fin—. ¿Has conocido a algún hombre? ¿Sales con alguien? El reverendo Sanders tiene a un chico nuevo en el coro, ¿lo sabías? Un muchacho joven, de buena familia y... Hija, ¿me estás escuchando?

Al otro lado de la línea, Chloe puso los ojos en blanco. Mientras escuchaba el sermón de su madre, Chloe pensó que hubiera debido llevarse consigo la botella de vino para soportar el discurso acerca de su soltería. No le cabía duda de que después de la charla con Susan iba a necesitar algo fuerte para poder conciliar el sueño.

Antes de responder, por su cabeza pasó la imagen de Jason. Tan alto, tan fuerte, tan guapo, con esa sonrisa canalla y esa mirada clara y brillante en la que ella parecía haber atisbado unos miedos, anhelos y secretos que no sabía de dónde salían. El recuerdo de sus cuerpos desnudos abrazándose, rodando por la cama en plena lucha de pasión. Notó cómo sus mejillas se coloreaban de rojo, y además fue consciente de que crecía una inesperada humedad entre sus piernas. ¡Maldito fueran Jason y el poder que ejercía sobre ella!

—Chloe, ¿sigues ahí?

Como si su madre la hubiera pillado con quince años acariciándose a sí misma bajo las sábanas en su habitación adolescente, Chloe pegó un brinco en el sofá.

—Te preguntaba si había algún hombre en tu vida, hija.

Acalorada como estaba, tuvo que aclararse la garganta antes de hablar.

—Ya sabes que no salgo con nadie, mamá. No desde...

—Hija, por Dios. ¡Ni lo nombres!

El tema de Mike era peliagudo, y su familia siempre lo trataba como un tabú. Como algo que nunca había sucedido.

—El hecho de que no lo hablemos no significa que no sucediera, madre.

—No me lames «madre» —se quejó Susan—; me hace sentir como una estirada madrastra victoriana. Tan solo me preocupo por mi hija. A lo mejor ahora que vas a trabajar con esos bailarines de tan buen ver podrías aprovechar y...

Y Chloe supo que había llegado el momento de cortar la comunicación con su madre.

—¿Sabes qué, mamá? Es tarde, y mañana madrugo. Te llamo esta semana. Dale besos a papá. Os quiero.

Chloe sabía que su madre odiaba que colgara el teléfono dejándola con la palabra en la boca, pero lo último que le apetecía era que le recordara lo sexy que era el cuerpo de un bailarín.

Una vez más, una molesta vocecita apareció en el interior de su cabeza recordándole que se trataba de *su* bailarín.

La vidente continuaba barajando las cartas del tarot en la pantalla de su ordenador. Chloe no entendía apenas lo que decía la sabia mujer, pero por sus gestos y por el modo en que hablaba a la cámara, dedujo que se encontraba en un período entre clientes, a la espera de una nueva llamada. Pensó en Jason, en cómo el destino se empeñaba en volver a ponerlo en su camino para complicar todavía más su vida. ¿Cómo se suponía que iba a salir de aquello?

Haciendo un rápido cálculo mental sobre cuánto le costaría una llamada al programa venezolano, Chloe decidió que había cosas que era mejor no ponerlas en manos del azar.

Con el corazón latiéndole a mil por hora, no lo pensó más: cogió el teléfono y marcó el número que aparecía en la pantalla.

—¡Bienvenidos a Hollywood! —gritó Mark saliendo del baño, con una toalla blanca como única prenda cubriéndole las caderas.

Al más puro estilo Julia Roberts en *Pretty Woman* cuando el personaje de Richard Gere contrata sus servicios por el período de una semana completa,

Mark saltó a la cama vecina a la de su colega, dejándose caer sobre ella de cualquier modo. Ver a un tío fibroso de casi dos metros de altura y prácticamente desnudo tirándose de aquel modo sobre el colchón era lo más surrealista que Jason había visto en mucho tiempo.

—Tápate un poco, ¿quieres? —le reprochó a su amigo cuando la toalla se le abrió y mostró así su completa anatomía.

—Perdone usted, *monsieur* —se disculpó Mark en tono jocoso—. Ni puta idea de que fueras tan impresionable. ¿Qué? —se carcajeó, moviendo las caderas de un modo provocador—. ¿Envidia?

Jason puso los ojos en blanco.

—¿De ese cacahuete? Cuidado, no vaya ser que al secarse se encoja todavía más.

No lo vio venir. El impacto de la almohada que Mark le arrojó a la cara le hizo cerrar los ojos para después sentir una inesperada molestia en la nariz. El hotel estaba bien, lo admitía, pero él —o, más bien, su cara— había comprobado que la dirección, el gerente o quien quisiera que estuviera al cargo no gastaba mucho en comprar almohadones de calidad. Estaban duros como cuernos.

—¡Que te follen, tío! —le gritó Mark entre risas.

Después del *casting*, los productores del programa de baile que acababa de contratarlos —¡no podía creerse que tuvieran un trabajo serio, por fin!— los habían enviado a él, a Mark y al resto de bailarines al hotel The Hollywood Roosevelt, un cuatro estrellas situado en pleno Hollywood Boulevard. Probablemente aquel fuera el sitio más fino en el que Jason se hubiera hospedado en toda su vida, pero, a diferencia de Mark, que después de estrenar la ducha se estaba dedicando a toquetear el contenido del minibar, él no estaba disfrutando del lujo que los rodeaba. Desde que volvió a ver a Chloe unas horas atrás, Jason no había podido quitársela de la cabeza. Estaba igual que aquella noche que pasaron juntos, aunque ahora no lucía los labios inflamados por sus besos ni tampoco gemía por él. Pero sí se había sonrojado al reconocerlo, y hubiera jurado que se le había escapado algún que otro jadeo. Llevaba el pelo más corto que la última vez que estuvieron juntos, pero estaba igual de impresionante que entonces. Tan menuda, tan perfecta, con ese cuerpo voluptuoso pero proporcionado, con curvas en los sitios adecuados y esos recovecos de su piel por los que él se había perdido durante horas... No tenía ni idea de por qué esa chica le afectaba tanto, pero el

destino había querido volver a ponerla en su camino, y él pensaba aprovechar esa segunda oportunidad que le brindaba.

—¿Qué haces ahí como un pasmarote? — le espetó Mark al ver que seguía tumbado boca arriba sobre la cama, jugueteando con la mariposa rosa que llevaba colgada al cuello—. ¿Pensando en tu chica?

Sin necesidad de desviar sus ojos del techo, Jason se limitó a darle una escueta respuesta.

—Estoy esperando una llamada.

Ajustándose el nudo de la toalla sobre la cintura, Mark asintió satisfecho al dar con una lata de Seven Up y un paquete de Maltesers.

—Uh... ¿De nuestra sexy productora?

Jason extendió el brazo derecho y le mostró, perfectamente alzado, el dedo corazón. Al verlo, Mark estalló en una carcajada.

—Cómo me encanta tocarte los huevos —dijo, tirándose de cualquier manera en la cama de al lado, la suya—. ¿Ya has hecho la llamada de rigor? ¿Qué tal está?

Jason se incorporó sobre los codos para poder ver a su mejor amigo.

—No estaba en casa —confesó—. Pero he dejado recado en recepción. Me muero de ganas de darle la noticia.

Mark asintió; se mostraba de acuerdo con su amigo. Al reparar en el repentino gesto ausente de Mark, Jason pensó que si su colega conservara algún lazo familiar perdería el culo por contactar con sus seres queridos para darles las buenas noticias y compartir también los momentos difíciles. Y, ¡qué cojones! No solo se alegraba por sí mismo, sino también por Jason. Él más que nadie se merecía un curro de verdad.

Antes de que ninguno de los dos pudiera añadir nada más, el teléfono situado sobre la mesita de noche que separaba las dos camas comenzó a sonar, y Jason se lanzó como una bala sobre él.

—Tiene una llamada, señor Wells —le comunicó la recepcionista—. ¿Desea recibirla ahora?

Jason no dudó un instante en aceptar; sentándose en el borde de la cama, comenzó a dar una serie de botes hasta que al fin llegó a sus oídos esa voz que siempre ansiaba escuchar. Aquella por la que merecía la pena seguir luchando.

—Hola, preciosa —murmuró, con una enorme sonrisa pintada en los labios—. ¿Me echas de menos? Porque yo no hago otra cosa que pensar en ti. —

Hubo una pausa, a la que siguió una carcajada masculina por su parte—. ¿Te apetece oír algo genial? ¿Estás preparada?

Durante el tiempo que duró la conversación, Jason no pensó en Chloe, en el tórrido encuentro que aún le encendía el cuerpo ni en el torbellino de emociones que sentía ante la expectativa de volver a verla.

En aquel momento estaba totalmente inmerso en la única persona a la que amaba. Su chica especial, aquella por la que había aceptado ese trabajo.

De repente le asaltó el palpito de que todo iba a salir bien. Tenía que salir bien, o de lo contrario...

Mejor no adelantaba acontecimientos. La aventura no había hecho más que comenzar.

8

THIS IS WHAT YOU CAME FOR

«Mataría por una copa de whisky. O mejor de vodka. O... de cualquier cosa lo suficientemente fuerte para que me noquee en el acto».

A Chloe comenzaba a preocuparle la estrecha relación de amistad que estaba estableciendo con el alcohol. Pero ¿qué podía hacer? Desde que el bailarín —«Jason. Se llama Jason», se recordó— apareció en escena, su vida iba de mal en peor. Apenas si había pegado ojo durante la noche, la conversación telefónica con su madre se repetía una y otra vez en su mente y, además, estaba segura de que la factura de su móvil ascendería a una cifra escandalosamente indecente tras la charla que la vidente venezolana le soltó durante la madrugada, y de la que apenas había entendido nada.

¿Se acababan ahí sus problemas? Una vocecita en su cabeza le decía que el desastre no había hecho más que empezar.

Aquella mañana comprobó que ni siquiera utilizando todo el corrector de ojeras del mundo conseguiría borrar las bolsas azuladas que se marcaban bajo sus ojos. Solo con pensar en que se encontraba de camino a los estudios de la cadena, donde tendría que volver a ver a Jason, las piernas le temblaban tanto que apenas era capaz de pisar correctamente los pedales del coche. ¡Iba a matarse por su culpa!

No le quedaba más remedio que serenarse —ya se preocuparía de encontrar el modo para conseguir calmarse—, o, de lo contrario, moriría de un infarto antes de llegar a la mitad de la treintena. Tan solo había sido un *affaire*, nada más. Un pequeño e insignificante desliz como el que comete la mayor parte de la humanidad a lo largo de su vida. Además, seguro que Jason ni siquiera pensaba en ella, ni en el sexo fantástico que compartieron una noche.

«Sabes que eso no es verdad...», canturreó la fastidiosa voz de su subconsciente.

—¡Oh, cállate! —espetó Chloe en voz alta tras aparcar en su plaza asignada en los estudios.

Un tío como él con una chica como ella... ¿Cuántas probabilidades había de que funcionara? ¡Se dedicaba a la danza erótica, por el amor de Dios! «Y a

saber a qué otras cosas más», pensó Chloe mientras recogía el enorme montón de papeles e informes metidos en carpetas y caminaba sobre sus tacones con paso tambaleante hacia las oficinas de la cadena. Se había acostado con ella sin tan siquiera saber su nombre cuando se suponía que debía estar trabajando en mover su... su... ¡Todo él se movía!

Una preocupante idea cruzó la mente de Chloe, que se detuvo en seco; alarmada, se detuvo sin ser consciente de que bloqueaba las puertas del edificio.

—¡Dios mío! —murmuró en un gritito ahogado—. ¿Y si además es un *gigoló*?

Ella jamás había pagado por tener sexo. Ni siquiera se le pasó por la cabeza. ¿Y si Jason se acostaba con las clientas a cambio de dinero? ¡Ella se largó sin pagar por sus servicios! Con toda seguridad, Jason la había seguido hasta Los Ángeles con la intención de presentarse al *casting* porque pensaba cobrarse la noche que pasaron juntos. ¡Por eso estaba allí!

El café que había tomado antes de salir de casa se estaba rebelando en el interior de su estómago, amenazando con salir por su boca a una velocidad nada envidiable a la del vómito de la niña del exorcista.

Al poner un pie en el ascensor, Chloe dio gracias por no verse obligada a compartirlo con ningún compañero. Su tez clara estaba más pálida que de costumbre, y se asustó al mirarse en el espejo. Se dijo a sí misma que debía mantener la calma y no adelantar acontecimientos. Lo más probable fuera que todo se tratase de una no tan agradable coincidencia; no existía ninguna posibilidad de que Jason supiera que ella estaba al cargo del programa.

Una vez más se dijo que no podía dejarse llevar por los nervios cuando quedaba tanto que hacer. Durante aquella jornada debía encargarse de los últimos detalles del plató y la presentación de bailarines y cantantes. También debía lidiar con el departamento de promoción para enviarles cuanto antes las fotos de las parejas de baile, cuadrar el presupuesto de vestuario y terminar el plan de presentación del *show* ante la prensa. Todo eso, regado con una crisis de ansiedad, náuseas y, estaba segura, un montón de miradas indiscretas por parte de unos inquietantes ojos azules.

No había recorrido ni dos metros de los eternos pasillos de la SFE cuando Roger la asaltó; le provocó tal susto que todos los papeles que Chloe cargaba terminaron esparcidos sobre la moqueta.

—¡Menudo desastre, Chloe! —le espetó mientras la ayudaba a recoger.

Chloe no supo de dónde sacó la energía suficiente para lanzarle una mirada asesina.

—Buenos días a ti también, Roger. Espero que hayas descansado.

Por toda respuesta, el hijo del jefe lanzó un gruñido mientras se ponía en pie y se alisaba las inexistentes arrugas de su chaqueta.

—Llegas tarde. ¿Dónde demonios te habías metido? Las chicas nos esperan impacientes, mi teléfono está que echa humo y no tengo ni la menor idea de si se han presentado todos los bailarines. ¡Esto es una mierda y ni siquiera ha comenzado!

Armándose de paciencia, Chloe resopló. Asegurándose de que todos los informes volvían a estar a salvo dentro de sus carpetas, se obligó a conservar la calma. Lo último que necesitaba era soportar a Roger cuando estaba de morros.

—Tal vez podrías empezar por calmarte —murmuró, sarcástica, mientras echaba a andar camino de la sala de descanso, donde esperaba poder hacerse con una taza de café. Por suerte para ella, la sala estaba vacía cuando llegaron; Chloe no se veía capaz de soportar los cuchicheos ni las preguntas curiosas de sus compañeros.

—¿Quieres que me calme? —Con el hombro apoyado contra el marco de la puerta, Roger se la quedó mirando como si de repente le hubieran salido serpientes de la cabeza—. ¡Estamos hasta aquí! —Hizo un gesto con la mano señalándose el cuello. Al ver que ella se hacía con la cafetera y vertía su contenido en una taza, Roger se impacientó aún más—. ¡Y tú te pones a prepararte un café! ¡Esto es acojonante, Chloe!

Tras ingerir un primer sorbo que le supo a rayos y a pesar de que lo había endulzado, Chloe optó por agregar dos sobres más de azúcar mientras contaba mentalmente hasta diez.

—¡Roger! —gritó cuando ya no pudo más. El hijo de Big dio un salto, sorprendido—. Te recuerdo que fuiste tú quien me puso a cargo del programa, de modo que te sugiero que te serenes un poco. Las concursantes están en maquillaje y peluquería; la prensa, a la espera, y, ¡oh, vaya! —desbloqueando la pantalla de su teléfono móvil, Chloe se lo mostró—, resulta que los chicos acaban de llegar. ¿Más tranquilo?

Asintiendo con la cabeza, Roger resopló, y Chloe fue testigo de cómo el color volvía al rostro de su jefe.

—Llevas razón, lo siento —se disculpó—. Pero ¿podrías hacerme un favor?

—Al ver que Chloe levantaba una ceja, expectante, continuó—: Acábate el jodido café de una vez y pongámonos en marcha.

Chloe quiso escupirle a la cara el sorbo de café que tenía en la boca, pero se dijo a sí misma que necesitaba aquel trabajo, no que la despidieran. Hizo lo que Roger le pedía, más porque estaba segura de que acabaría vomitándolo que por obedecer a su jefe, cargó de nuevo con el montón de papeles y siguió a Roger a la sala de reuniones, donde las concursantes los esperaban.

Un chispeante coro de voces les dio la bienvenida nada más aparecer. Diez mujeres distintas, en diferentes franjas de edad, pero con un objetivo común: volver a lanzar sus carreras profesionales. Todas las participantes procedían del mundo del arte: actrices venidas a menos, cantantes pasadas de moda, deportistas a las que se las consideraba demasiado mayores para competir, jovencitas que querían dar un giro a su carrera profesional... Aunque a Chloe seguía sin parecerle bien la idea de que las aspirantes fueran solo féminas, debía reconocer que tenían para todos los gustos. Tal vez aquello funcionara, después de todo.

«El mundo necesita más ritmo», pensó. A su mente regresó la imagen de cierto bailarín que le quitaba el sueño y el aliento y que ponía del revés todo su ser.

—¿Cuándo vamos a conocer a los bailarines? —preguntó una de las mujeres.

—¡Eso! —afirmó otra de sus compañeras—. Todas estamos a la espera. ¿Están ya aquí?

—¿Podemos verlos?

Un incesante martilleo comenzó a golpear las sienes de Chloe. El entusiasmo generalizado de las concursantes empezaba a resultar, cuanto menos, inquietante. Maldijo en silencio a Roger por haberla convencido de que buscara a atractivos profesores de danza. La creciente agitación entre las chicas amenazaba con convertirse en algo mucho más molesto que un agitado gallinero.

—Cada uno de nuestros bailarines os está esperando en vuestras respectivas salas de ensayo —las informó Chloe—. Sin embargo, me veo en la obligación de hablaros sobre el protocolo del programa.

Las participantes guardaron silencio, y Chloe sintió que diez pares de ojos la taladraban con la mirada. Odiaba ser la señorita Rottenmeier del cuento, pero ella solo cumplía órdenes de arriba.

—Por supuesto, todas sois mayores de edad. —Al decirlo, clavó la vista en la única chica jovencita del grupo. No debía de tener más de veinte años—. Esperamos que os entreguéis a este proyecto tanto como lo está la cadena. Queremos que nos lo deis todo, que os impliquéis en los ensayos para que, durante vuestra actuación semanal, obtengáis la puntuación más alta. Sin embargo, lo que hagáis o dejéis de hacer con vuestra pareja de baile detrás de las cámaras no es asunto nuestro.

Una mano alzada llamó la atención de Chloe; tardó unos segundos en reconocerla como la estrella de los musicales de los 70.

—¿Quieres decir que no podemos liarnos con nuestros bailarines?

Un conjunto de risitas traviesas —incluida la del propio Roger— acompañaron a la pregunta.

—Lo que queremos decir es que habéis venido aquí para bailar. Nada más. El programa no es responsable de lo que pueda surgir entre vosotros durante las horas de ensayo. ¿Alguna pregunta?

La sala enmudeció, y Chloe lo agradeció en silencio. Tras invitarlas a que los siguieran para poder presentarles a los bailarines que les habían asignado, Chloe se apresuró a abrir la marcha, pero la mano de Roger sujetándola de la muñeca se lo impidió.

—Dales un poco de cancha, ¿de acuerdo? —le susurró—. Nos conviene que surja algún romance entre ellas y los chicos. Ya sabes —alzando las cejas, sonrió—, se trata de más promoción para el programa.

Por supuesto, no podía ser de otra manera. Según los principios de Roger, la moral y los escrúpulos quedaban relegados a un segundo, tercer plano, cuando una trabajaba en televisión. ¿Cómo era posible que de un hombre tan íntegro y responsable como era Big Joe hubiera salido un tipo como Roger? No es que fuera malo, es que... A veces Chloe lo miraba y solo veía un híbrido entre una babosa y un animal carroñero a la espera de conseguir cualquier cosa que le repercutiera un beneficio.

Dividiendo a las concursantes en dos grupos, Roger y ella las guiaron, una a una, a las salas de ensayo que les habían adjudicado aquel día. Todas ellas iban acompañadas de un equipo de grabación que recogía sus reacciones al conocer a sus bailarines para así poder emitir en el programa un vídeo del primer encuentro entre las participantes con «sus chicos». Fue Chloe quien propuso grabar el momento, pensando que al público le encantaría saber cómo se había forjado todo desde el minuto cero.

Armándose de paciencia, soportó los gritos emocionados y los gemidos ahogados de las mujeres al conocer a sus profesores. No era algo que no hubiera esperado, pero maldijo entre dientes haber olvidado el bote de analgésicos en casa; estaba segura de que el dolor de cabeza no haría más que ir a peor con cada nuevo encuentro que presenciara.

Al llegar al estudio donde el amigo de Jason esperaba conocer a su pupila, Chloe respiró hondo y se tomó unos segundos antes de entrar, con lo que se ganó el reproche de Lorelei, la nerviosa pareja del bailarín. De no haber sido por Mark, ella no estaría pasando por uno de los momentos de más tensión de toda su vida. ¿Por qué demonios había tenido la brillante idea de presentarse a su *casting*? ¿Y por qué narices insistió tanto para que contrataran a su amigo? Admitía que el tipo sabía cómo moverse, pero cada vez que pensaba en que estaba obligada a lidiar con Jason, sentía ganas de llorar.

Un nuevo carraspeo por parte de su acompañante la hizo recuperar la atención.

—¿Te importaría abrir la puerta de una maldita vez? —masculló Lorelei mientras se atusaba la media melena rubia—. Mi hombre me espera.

Conteniendo las ganas de poner los ojos en blanco, Chloe la invitó a pasar a la sala. Lorelei Bradford era una mujer atractiva cuya edad sobrepasaba en un puñado de años —aunque ella jamás lo admitiera— la mitad de un siglo. Había dedicado la mitad de su vida al cine; había protagonizado alguna de las películas musicales más famosas del planeta, además de unos cuantos escándalos amorosos, entre los cuales había realizado más media docena de visitas a su cirujano plástico para conservar el aspecto fresco de la juventud. O eso pensaba ella, claro. A pesar de ser atractiva y de la fama que había cosechado durante décadas, el teléfono de Lorelei había dejado de sonar, y por ese motivo su agente la había convencido para participar en el programa. Tenía que relanzar su carrera.

Aun así, la impresión que a Chloe le dio cuando vio cómo la diva de los 70 miraba a Mark fue que Lorelei pensaba hacer mucho más que aprender a bailar y conseguir que Hollywood volviera a quererla.

—Así que tú vas a ser todo mío durante estos tres meses...

Chloe casi vomitó —por tercera vez en lo que iba de mañana— sobre el pulido suelo de madera cuando Mark le dio un repaso a Lorelei de arriba abajo antes de decirle lo encantado que estaba de ser «suyo» mientras la besaba en el dorso de la mano. ¡Ese tío se comportaba como un *gigoló*! Y

pensar que Sienna había estado a punto de caer —¿o había caído?— en los brazos de este tipo...

—Creo que ya no me necesitáis —logró decir antes de que se lanzaran el uno sobre el otro—. Podéis empezar a trabajar cuando queráis. Nos vemos en unos días.

Había logrado poner un pie fuera de la sala cuando la voz de Mark hizo que se detuviera.

—¡Eh! —Se acercó a paso rápido hasta ella—. Espera un momento, encanto.

Chloe se recogió tras la oreja un mechón de pelo y resopló.

—Chloe —le recordó—. Mi nombre es Chloe.

—Eso. —Mark le dedicó una de sus sonrisas perfectas, traviesas y ladeadas—. Perdóname, cielo. Son tantas mujeres que yo...

Chloe puso los ojos en blanco y contó mentalmente hasta diez, conteniendo el impulso de darle un puñetazo en la nariz a aquel presuntuoso.

—¿Querías algo?

Observándola atentamente, tanto que Chloe empezó a pensar que la estaba desnudando con la mirada, Mark colocó los brazos en jarras sobre las caderas y suspiró antes de hablar.

—Vas a verlo ahora, ¿verdad? —Ella arrugó el entrecejo, sin comprender lo que le decía—. No te hagas la tonta, rubita. Me refiero a mi colega, a Jason.

Los ojos de Chloe se abrieron como platos. ¿Por qué tenía que nombrarlo? ¿Y por qué se interesaba por ellos dos?

—Es uno de nuestros bailarines —comenzó a decir, tratando de sonar profesional—. Nuestra labor es presentaros a vuestras parejas y...

—Corta el rollo, princesa. Los dos sabemos lo que ocurre entre vosotros.

«Él lo sabe», murmuró una vocecita en el interior de su cabeza. El rostro de Chloe perdió todo rastro de color.

—Escucha, Chloe —continuó Mark—. Jason es un buen tipo, ¿de acuerdo? No seas muy dura con él.

Ella se molestó al escuchar las palabras de Mark. Haciendo sonar sus tacones sobre el suelo, se cruzó de brazos y alzó la barbilla, adoptando la postura de «jefa».

—¿Eres su guardaespaldas o algo así? Creo que tu amiguito es lo bastante adulto como para comportarse de un modo profesional.

—Para el carro, linda. —¡Dios, cómo odiaba que utilizaran apelativos

cariñosos con ella!—. Es mi mejor colega, y se merece esta oportunidad. No se la niegues —le advirtió, señalándola con el dedo—. Piensa en él, ¿de acuerdo?

Sin más, Mark se dio media vuelta y cerró la puerta de la sala tras él. Así pues, Chloe se quedó con la palabra en la boca. ¿Que pensara en él? ¿Con qué se creía aquel chulito que había estado ocupando su tiempo durante las últimas semanas?

Desconcertada y enfadada a partes iguales, Chloe se encaminó hacia el lugar donde la esperaba la última de las concursantes a la que debía acompañar hasta su bailarín, que no era otro que el propio Jason. Había dejado para el final a Ruby Cameron en un vano intento de mentalizarse y aplacar los nervios antes de enfrentarse de nuevo a Jason. ¿Qué le diría? ¿Soportaría estar en la misma estancia que él y fingir que no había ocurrido nada? Iba a morirse de la vergüenza, pero no podía permitirse flaquear ahora, no en el trabajo.

Cruzó la mitad de los estudios hasta encontrarse con una Ruby ansiosa por conocer a su pareja de baile. Al mirarla, Chloe pensó que tenía delante a un ángel convertido en una muñeca Barbie con un toque de *pin-up*.

Ruby Cameron era la más joven de las concursantes; con apenas diecinueve años, Ruby quería olvidar su pasado de chica Disney. Quería que la tomaran en serio, que la vieran como a una mujer, y, sin duda alguna, el programa le daría el pistoletazo de salida en su nueva y remodelada imagen. Su larga melena rubia platino le rozaba el final de la espalda y contrastaba con las puntas teñidas de un rosa intenso, unos labios carnosos y unos ojos azules con un rabillo negro tan bien pintado que Chloe se sintió un adefesio comparada con ella. La chica era una preciosidad, y a su lado sexy había que sumarle una apariencia de fragilidad que la haría irresistible para el público masculino.

«Seguro que también para Jason», declaró la molesta voz de su subconsciente.

Haciendo oídos sordos a la molesta frasecilla, Chloe fingió una sonrisa mientras estrechaba la mano de Ruby.

—¿Preparada? —preguntó a la chica.

—¡Estoy ansiosa!

Chloe pensó que el entusiasmo de la chica era desmesurado. Por no decir exagerado hasta decir basta. Cerrando los ojos, obvió el temblor que se

apoderó de su mano mientras giraba el picaporte y abría la puerta, por lo que murmuró un mantra para sí misma en el que se repetía una y otra vez que Jason no era nada para ella. Nada en absoluto. Tan solo una metedura de pata durante una noche tonta y...

Y entonces lo escuchó. Los acordes de la canción latina que bailaron aquella noche, con la que calentaron sus cuerpos hasta el punto de lanzarse como dos lobos hambrientos el uno contra el otro.

Cuando abrió los ojos se encontró con los de Jason clavados en ella. Esa mirada azul, profunda, sensual, tímida, honesta, seductora... ¿Cómo era posible que una sola mirada le transmitiera tantas emociones? Le estaba sonriendo como si le pidiera perdón por haber usado *su* canción, por estar ahí aun sabiendo que ella no quería verlo pero él no pudiera evitar querer estar a su lado. Nunca nadie la había hecho sentir así, ni siquiera su novio del instituto cuando se suponía que todo era tierno e intenso a la vez. Las piernas le flaquearon al ver que llevaba su ropa de trabajo: unos pantalones cómodos y una camiseta negra básica y sin mangas. Tenía su rubio pelo limpio y despeinado, y se le formaron unas arruguitas alrededor de los ojos cuando bajó la mirada, como si de repente fuera víctima de un ataque de timidez a saberse observado por Chloe.

En aquel momento Chloe se dio cuenta de que se lo estaba comiendo con la mirada —¡maldita fuera su debilidad!—, y también supo que a él no le importaba. Es más, Chloe juraría que incluso disfrutaba de ello.

Una cursi tos por parte de Ruby le recordó por qué estaban allí.

—Jason, te presento a Ruby. —De repente, la garganta se le secó al pronunciar su nombre—. Ruby, este es Jason. Los dos formaréis pareja de baile durante el concurso.

—¡Caray! —exclamó Ruby, visiblemente emocionada—. ¡Hola!

Chloe fue testigo de cómo Ruby daba un saltito y se lanzaba en brazos de Jason, quien la atrapó en el aire como si de un *porté* perfectamente ejecutado se tratara antes de que sus cuerpos se fundieran en un abrazo.

La chica parecía encantada con su bailarín, y mientras hablaban no dejaba de toquetearle los bíceps o de alabar su impresionante forma física. Sin embargo, a pesar de que la sonrisa no se borraba del rostro de Jason, Chloe notó cierta incomodidad por su parte. Un chico como él y con su profesión debía de estar acostumbrado a los halagos; no había motivos por los que sentir vergüenza. ¿Era porque ella estaba delante? Seguro que si no fuera por

su presencia, Jason no tendría reparos en responder al coqueteo de la chica.

—Me encanta la canción que has elegido —oyó que decía Ruby—. ¿Me enseñarás algún baile latino?

Chloe se ruborizó cuando Jason la miró. Ella fue consciente entonces de que estaban compartiendo un momento íntimo, algo que solo era de ellos y que la llevaba directamente a aquella cama en la que sus cuerpos se fundieron una y otra vez.

—Pensé que a Chloe le gustaría —murmuró él sin apartar la vista de sus ojos—. A lo mejor el resto de bailarines no han puesto música en la sala, y he creído que este tema es perfecto para bailar.—aclaró—. Se supone que hemos venido para eso, ¿no?

Ruby dio una palmada, encantada con su idea. ¿Era normal tanto entusiasmo? La chica era un polvorín, estaba llena de energía y le importaba lo más mínimo demostrar cuánto le gustaba su pareja. A pesar de todo eso, de la evidente química existente entre los dos —lo que, en cierto modo, molestaba un poco a Chloe—, Jason parecía no tener ojos más que para ella.

Chloe esperaba de corazón que les fuese bien juntos, pero no quería seguir viendo cómo la conexión entre ellos se volvía cada vez más potente. Una parte de ella se encogía de dolor; no un dolor físico, sino más bien...

«Son celos, ya lo sabes», le recordó su subconsciente.

Chloe quiso tirarse al suelo y llorar. No se podía ser más patética.

—Chicos, yo... Esto... —Que tartamudeara no era algo positivo. Debía controlar sus emociones un par de minutos más—. Me voy. Yo... Os deseo mucha suerte.

Antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada, Chloe se apresuró a marcharse. No soportaba ser testigo durante un solo segundo más de cómo los dos reían y hablaban de las futuras coreografías que realizarían juntos. No podía seguir mirando a Jason y fingir que no había ocurrido nada entre ellos aunque ella misma tratara de decirse lo contrario.

No había recorrido más que unos pocos metros cuando, por segunda vez en una hora, un hombre la detuvo. Solo que en esta ocasión toda su piel se erizó cuando los dedos de Jason se entrelazaron entre los suyos.

—Espera, Chloe —le pidió, con una ligera nota de esperanza en la voz—. No te vayas todavía, no así. Creo que deberíamos hablar.

Cuando Chloe se giró para hacerle frente, se fijó en que la cadena con la mariposa que llevaba al cuello se le había salido del interior de la camiseta,

seguramente a consecuencia de la pequeña carrera hasta alcanzarla. Una vez más, Chloe se preguntó qué historia se escondía tras ese colgante femenino que él nunca se quitaba.

—¿De qué quieres hablar, Jason? —preguntó a la defensiva. Como pudo y a regañadientes se apartó de sus manos y dio un par de pasos hacia atrás—. Creo que ya está todo dicho entre nosotros.

Él acortó la distancia que ella se empeñaba en crear entre ambos.

—Te equivocas —susurró; estaban tan cerca que Chloe recibió el impacto de su aliento en la boca. ¿Qué tenía aquel hombre que la removía tanto por dentro?—. Tan solo hemos compartido unas horas, y entre nosotros queda todo por decir. Apenas puedo apartar la vista de ti.

Mirándolo a tan corta distancia, Chloe descubrió un poco de verde en el azul celeste de sus ojos, que brillaban por ella. Se olvidó de respirar, de su nombre y del lugar en el que estaban. Cuando Jason alzó una mano para rozarle la mejilla con los nudillos, ella percibió que el mundo se paraba y que giraba a la velocidad de la luz al mismo tiempo. «¿Cómo lo consigues?», se preguntó. Tan solo era un chico más.

—No... —murmuró, poco convencida—. Esto ha de acabar aquí y ahora, Jason. No tenías por qué haber venido hasta aquí para buscarme. Lo nuestro fue cosa de solo...

—No digas que fue algo de una sola noche —le pidió; alzando una mano, Jason colocó un par de dedos sobre sus labios—. Encontrarte aquí después de que me abandonaras aquella mañana fue una de las casualidades más bonitas de mi vida, Chloe. —Ella intentó interrumpirle, pero Jason se lo impidió—. Dime, ¿crees en el destino?

Chloe parpadeó varias veces seguidas, confusa. Todavía sentía la caricia de sus dedos sobre la piel, su cuerpo casi pegado al suyo. ¿Cómo podía pensar con claridad? Era imposible cuando un hombre como Jason te regalaba el oído como él lo estaba haciendo. Y además le preguntaba si creía en el destino. ¿Acaso conocía su debilidad por los astros y su creencia en el zodiaco?

—No estás jugando limpio...

Jason sonrió de medio lado y ella a punto estuvo de derretirse a sus pies.

—Solo quiero hablar. Tal vez conocernos. Ser amigos, Chloe. Tal vez algo más.

Durante unos segundos Chloe pareció pensárselo. ¿Ser amigos? A lo mejor

podía con eso. Siempre se estaba quejando de su penosa y aburrida existencia. Además, había decidido dejar paso a una nueva Chloe y poner un poco de picante en su vida. El problema era que Jason era el equivalente a una guindilla mexicana.

El estridente sonido que anunciaba una llamada entrante en su teléfono móvil interrumpió el ir y venir de sus pensamientos, y se llevó consigo la magia del momento. De repente, Chloe recordó quién era Jason, dónde estaban y cuál era su objetivo primordial.

Deshaciéndose de las caricias de Jason, retrocedió varios pasos, y cuando habló su voz sonó firme y decidida.

—No —contestó muy segura—. Soy tu jefa, Jason. Este programa lo es todo para mí, y no puedo permitirme ninguna distracción.

Él se llevó una mano al pecho, a la altura del corazón, como si ella lo hubiera golpeado donde más le dolía.

—¿Eso es lo que soy para ti, una distracción?

Mordiéndose los labios, Chloe asintió.

—Lo somos el uno para el otro. De ahora en adelante nuestra relación será únicamente profesional. Nunca ocurrió nada entre nosotros. ¿Aclarado?

Clavando la vista en el suelo, Jason llenó de aire sus pulmones, lanzó un hondo suspiro y asintió.

—Si eso es lo que quieres...

—Es lo mejor —zanjó ella—. Buena suerte con Ruby.

Se marchó sin permitir que Jason se lo impidiera de nuevo. No podría mantenerse firme si él volvía a tocarla. Si lo hacía, si sus dedos la acariciaban de nuevo, ella claudicaría y se rendiría ante él. Se moría de ganas por volver a revivir junto a él aquella noche de pasión en el hotel. Pero no podía jugarse un trabajo por un chico del que tan solo sabía su nombre y su profesión.

Para distraerse, echó un vistazo a su móvil y descubrió en él una llamada perdida de Sienna y varios mensajes de texto. Deslizándolo el dedo por la pantalla, abrió la aplicación y empezó a leerlos.

¿Dónde demonios te metes?

EMERGENCIA PREBODA: creo que he discutido con Rob. O no. No sé.

El caso es que estoy enfadada y necesito desahogarme.

No planees nada para este fin de semana. Necesito salir de aquí y vivir la vida

hollywoodiense, y necesito a mi mejor amiga.

¿Te apetece?

Chloe resopló. Faltaban menos de dos meses para la boda de Sienna, y que surgieran problemas entre ella y Rob justo después de la despedida de soltera no era una buena señal. Sin embargo, no podía pensar en un mejor plan para pasar el fin de semana junto a Sienna. Ella también necesitaba a su mejor amiga, tal vez llorar un poco las penas por su extraña fortuna, pero sobre todo lo que más la acuciaba era olvidarse por unas horas de los hombres.

¡La cosa prometía!

9

MALIBU

—Y entonces va y me suelta que cree que es buena idea que tomemos clases de baile antes de la boda. ¡De baile! —exclamó Sienna fuera de sí—. ¿Puedes creértelo? Y lo peor fue conocer a la zorrilla que iba a ser nuestra profesora. —Mientras ponía los ojos en blanco, Sienna resopló, y su flequillo castaño revoloteó sobre sus ojos—. Juro que odio utilizar esa palabra, Chloe, pero es que todo esto me supera.

Chloe no ponía en duda que su amiga se sentía sobrepasada por la situación. Sienna se había pasado todo el fin de semana desahogándose con ella, contándole cómo Rob, su prometido, le había propuesto dar clases de bailes de salón antes de la boda. Al principio, Sienna se mostró reticente, pero al conocer a la chica que estaba al frente de la escuela de danza casi se desmayó sobre el brillante suelo de madera.

—Resulta que se trataba de una de las novias a las que atendí durante la primera temporada del programa —le explicó Sienna nada más poner un pie en su apartamento—. Una de esas crías que se prometen a los dieciocho y que juran llegar vírgenes al matrimonio, ¿sabes? ¡Y una mierda! —exclamó—. Deberías haberla visto. Tan delgada, con esos taconazos que no sé cómo no tiene muñones en lugar de pies, con ese maquillaje que la hace parecer una fulan...

—Sienna —la advirtió Chloe antes de que dijera algo de lo que podría arrepentirse más tarde—. ¿Por qué te molesta tanto?

—¡Porque Rob ya la conocía! —explotó—. Y no solo eso, sino que además ha estado en contacto con ella después del programa. Por lo visto, canceló la boda con su prometido y no sé qué más historias, pero el caso es que Rob y ella son amigos. ¡Amigos, Chloe! Y yo ni siquiera sabía nada.

—¿Y no has pensado que tal vez Rob tan solo quería darte una sorpresa? Las parejas que están a punto de casarse suelen apuntarse a clases de baile, ¿no?

Chloe no sabía muy bien por qué intercedía en favor de Robert cuando a ella ni siquiera le caía bien. Sienna había caído rendida a los pies de Rob en

cuanto se lo presentaron, y todo porque el tipo era clavadito al cantante James Bay —aunque, en opinión de Chloe, le faltaba ese aire chulesco y tímido a la vez que James posee—, y ya que el original estaba fuera de su alcance, Sienna se conformó con la copia.

Había algo en el prometido de su amiga que a Chloe no le terminaba de convencer; no sabía si era su pasotismo, la forma compulsiva que tenía de mascar chicle a todas horas o el hecho de que parecía darle importancia a cualquier cosa antes que a su novia, pero Chloe se mostraba reticente con él. Sin embargo, la boda se celebraría en algo más de un mes, y los astros correspondientes a los signos del zodiaco de la pareja les auguraban un futuro próspero. Y lo que habían escrito las estrellas estaba destinado a pasar, ¿no?

Al mirar cómo su amiga hacía aspavientos con las manos, quejándose una y otra vez de la falta de sinceridad de su pareja, Chloe empezó a preguntarse si todo lo que había dado por válido hasta ahora estaría convirtiéndose en un fracaso. Ya no era una niña que creía a pies juntillas lo que le decían; era una mujer adulta con la capacidad de decidir qué hacer con su vida. Irremediablemente acabó pensando en Jason y en que tal vez lo había juzgado de manera precipitada. El chico parecía ser un buen tipo, pero a ella le costaba ver más allá de los estúpidos prejuicios que su mente había creado.

—Vale, y ahora has dejado de prestarme atención —se quejó Sienna—. ¡Chloe! Se supone que tu trabajo como mejor amiga es poner verde conmigo a ese cabrón.

Sin poder evitarlo, Chloe soltó una risita.

—Aún es tu prometido, Sien. ¿O es que acaso te lo estás replanteando?

Sienna suspiró. Pasaron varios segundos en los que ninguna de las dos dijo nada, tan solo se limitaron a caminar por la acera que hacía las veces de paseo marítimo de Surfrider Beach, la playa de los surfistas de Malibú. Sienna había insistido en ir hacia allí con la excusa de contemplar las vistas —las de los surfistas, no las que ofrecía la costa—, mientras hablaban de sus males de amores. Chloe debía reconocer que tener la compañía de su mejor amiga aquel fin de semana estaba siendo mucho más terapéutico que todas las botellas de vino y las videntes del mundo juntas.

—¿Crees que debería echarme atrás? —preguntó Sienna al cabo de unos minutos. Chloe vio la indecisión y el miedo que se reflejaban en sus ojos.

—Lo que crea yo no importa —acabó por decirle, recogándole un mechón de pelo suelto tras la oreja—. Pero tal vez deberías hablar con él.

Sienna resopló de un modo infantil que a Chloe le arrancó una carcajada. A veces le daba la sensación de que el tiempo no había pasado por ninguna de las dos y seguían siendo las mismas chicas que iban juntas al instituto.

—Me lo dice la mujer que no ha superado el polvo que le echó a uno de sus bailarines y que ahora no quiere saber nada de él. —De forma teatral, Sienna se llevó una mano a los labios—. Uy, a lo mejor no debería haberlo mencionado.

Apretando los puños para evitar golpear a su mejor amiga, Chloe aceleró el paso, internándose en la suave arena de la playa.

—¡Venga ya, Chloe! —gritó Sienna entre jadeos una vez consiguió darle alcance—. Llevamos todo el fin de semana hablando de mí. No me tomes por tonta y finjas que no ha pasado nada.

—Es que no ha pasado nada —replicó Chloe, molesta.

—Has contratado al tío que te tiraste. Al tío que todavía te pone cachonda.

Sienna realizó un gran esfuerzo para no perder el equilibrio e intentar no caer de espaldas sobre la arena cuando Chloe se giró de repente para lanzarle una mirada iracunda.

—¿No puedes decirlo de otra manera?

La aludida se encogió de hombros.

—¿Y cómo quieres que lo diga? —se rio; luego rodeó la cintura de Chloe con un brazo, y juntas emprendieron la marcha—. Tenemos treinta y tres años, amiga; creo que ya va siendo hora de que apartes tu puritanismo a un lado y añadamos palabras guarras a tu vocabulario.

A su pesar, Chloe sonrió. Estaba hecha un lío, pero sobre lo que no albergaba duda alguna era sobre que Sienna siempre estaría ahí para ella, sin importar lo que ocurriera.

—No estoy ciega, ¿sabes? Claro que Jason me gusta, pero es que...

—Es que ¿qué? Te juro que, por más que lo intento, no logro entender por qué no permites que el pobre chico te alegre la vida. Ya te ha dejado bastante claro que está más que dispuesto a enseñarte a bailar el mambo.

Chloe levantó las cejas mientras veía cómo su amiga ejecutaba un gesto obsceno con sus caderas.

—De verdad que no hay quien te arregle —rio—. La cuestión es que soy algo así como su jefa, Sienna, por no hablar de ese pequeño e insignificante detalle de que se acostó conmigo en tu despedida de soltera.

—Y...

—Y si se acostó conmigo sin ni siquiera saber mi nombre, ¿cómo sé que no ha hecho lo mismo cada noche, cada vez que actúa, con una clienta diferente?

—Es tan fácil como preguntárselo, cariño.

Derrotada y con la cabeza a punto de estallarle, Chloe se apoyó en el hombro de su amiga.

—¿No podríamos tener suerte con los tíos por una vez?

Sienna sonrió a su lado y aprovechó la cercanía para apartar del rostro de Chloe aquellos cabellos que la brisa marina hacía revolotear sobre sus ojos.

—A lo mejor si no estuviéramos tan condenadamente buenas...

Las dos rieron al unísono. A veces tendían a ahogarse en un vaso de agua y solían olvidar lo terapéutico que resulta pasar una tarde en compañía de tu mejor amiga.

—Y hablando de tíos buenos... ¿Has visto a ese? Al melenas de la tabla de surf con el que no me importaría surcar los siete mares no, ese otro. El que hace pilates sin camiseta. —Y para que Chloe no pudiera confundirlo con cualquier otro, señaló con el dedo sin disimulo alguno—. ¡Hay que joderse! ¿Has visto qué espalda?

A escasos metros del lugar donde ellas se encontraban, cerca de la orilla donde la arena es más dura y el mar lame los pies, se cernía una figura masculina que se movía con gracia bajo los rayos del sol de un domingo de primavera. El tipo llevaba unos pantalones oscuros que le llegaban por debajo de la rodilla, y de uno de los bolsillos traseros colgaba, arrugada, una camiseta. Una perfecta espalda musculada perlada de sudor se contraía cada vez que el chico realizaba uno de sus movimientos. Al fijarse bien, Chloe supo que no era pilates lo que estaba practicando, sino *capoeira*, una especie de arte marcial que combinaba diversas expresiones corporales como la danza y las acrobacias. Resultaba hipnótico y relajante ver cómo se movía, y si una se dejaba embelesar por la belleza de su cuerpo, incluso excitante.

Hasta que el chico se giró y Chloe pudo verle no solo el rostro, sino también el colgante que oscilaba sobre su pecho. Conocía muy bien aquella mariposa rosa, la que Jason no se quitaba ni siquiera cuando se acostaba con una mujer.

—Ay, por Dios...

—Lo sé —murmuró Sienna a su lado—. ¿También te has fijado en la uve que se le marca en la cintura? Bájate un poco más los pantalones, cariño...

A su lado, Chloe negó con la cabeza, incapaz de decir nada. De entre todos

los lugares de entretenimiento que ofrecía Los Ángeles, ¿tenía que cruzarse con Jason precisamente allí? ¿No bastaba con compartir trabajo?

—Deja de mirarle el paquete y fíjate en su cara —logró decir al fin.

A Sienna le llevó unos segundos identificarlo, pero, cuando al fin lo logró, ahogó un grito mientras pellizcaba el brazo de su amiga.

—¿Es él! —bramó—. ¡Es tu hombre, Chloe!

Intentando apartarse de las manos de su amiga, Chloe farfulló en voz baja, dando la espalda a Jason para evitar que la reconociera.

—¿Puedes gritarlo un poco más alto? Me parece que el vigilante no te ha oído desde su caseta.

—Lo siento. ¿No crees que deberías ir a hablar con él?

Trató de decirle que lo que de verdad le apetecía hacer era salir corriendo de la playa, volver a su apartamento y meterse en la cama con una tarrina de helado enorme, pero entonces la voz de Jason a su espalda pronunciando su nombre provocó que se quedara clavada en el sitio, totalmente petrificada.

—Vaya, ¡menuda coincidencia! —exclamó él—. Si te soy sincero, después de nuestro último encuentro no esperaba verte tan pronto, ni siquiera por los pasillos del estudio.

Odió a Sienna cuando esta la tomó por los brazos y la obligó a darse la vuelta para enfrentarse a Jason. Chloe maldijo una vez más su palidez por demostrar tan claramente su sonrojo. Mientras Jason caminaba hacia ellas, Chloe estaba segura de que había apreciado su rubor sin ningún tipo de dificultad. Sus mejillas estaban tan calientes que temió que empezaran a arder delante del chico.

—Es... es una coincidencia, sí —murmuró entre carraspeos—. ¿Te acuerdas de mi amiga Sienna? Ella es...

—La novia, lo recuerdo —la interrumpió Jason con una deslumbrante sonrisa. Acortando las distancias, se acercó hasta besar la mejilla de Sienna para después repetir lo mismo con Chloe. Si antes Jason no se había fijado en su rubor, ahora estaba segura de que acababa de notar el calor que desprendía su rostro bajo el contacto de sus labios—. Espero que estéis disfrutando del día.

—¡Oh, sí! —se apresuró Sienna a contestar—. Mucho más ahora que te hemos encontrado. —Ignorando el codazo que Chloe le propinó en un costado, Sienna continuó—: De hecho, le decía a Chloe que me muero de hambre, así que ahora que estás aquí, creo que voy a acercarme al mercado.

¡Te veo luego, Chloe!

Y sin más se marchó, con la coleta castaña ondeando bajo la brisa primaveral y una sonrisa traviesa y satisfecha por haber realizado su buena obra del día.

Era la primera vez que se quedaban a solas desde aquellos minutos que compartieron unos días atrás, cuando ella le confesó que jamás tendría nada con él. Había pensado mucho en aquel momento, y, en cierto modo, se arrepentía de lo brusca que había sido con él. Jason era un buen chico —o eso parecía—, pero sus propios miedos e inseguridades la frenaban, como siempre.

Se sentía inquieta, tanto que no se atrevía a mirarlo a la cara; en su lugar, optó por clavar la vista en su pecho sudoroso, que brillaba bajo los rayos del sol. Jason no solo era guapo, sino que además estaba dotado con un cuerpo por el que muchos artistas del Renacimiento hubieran matado por esculpir.

—¿Tan nerviosa te pongo que no eres capaz de mirarme a los ojos?

Sorprendida por su descaro, Chloe se atrevió a alzar la vista hasta su rostro. Se encontró con la sonrisa ladeada de Jason, y por su expresión supo que le estaba tomando el pelo.

—Muy gracioso —masculló ella, frotándose las manos—. Si vas a empezar a ligar conmigo, te advierto de que...

—No voy a ligar contigo, Chloe —le prometió él; inclinando la cabeza, Jason la repasó con la mirada—. Al menos no por ahora. No hasta que seamos amigos.

Ella puso los ojos en blanco y él soltó una carcajada.

—¿Nunca te das por vencido?

—No con las cosas que merecen la pena —le aseguró, guiñándole un ojo—. ¿Paseamos?

Con un suspiro, ella aceptó caminar a su lado. Jason no se molestó en ponerse la camiseta, algo que Chloe agradeció en silencio, pues de ese modo podía seguir admirando la perfección de sus músculos mientras el sol comenzaba a tostar su piel, esa misma que ella había recorrido con los dedos durante toda una noche.

Tras unos momentos en los que ninguno de los dos dijo nada, Chloe se lanzó a hablar.

—Lo hacías muy bien —murmuró; Jason la miró con una ceja levantada y una sonrisa socarrona pintada en los labios. Chloe tardó en darse cuenta de

que estaba pensando en la noche que bailaron juntos, en sus cuerpos desnudos y... —. ¡Eso no! —se apresuró a aclarar—. Me refiero a la *capoeira*.

Jason detuvo sus pasos un instante, sorprendido. Luego continuó la marcha a su lado.

—¿Sabías que era *capoeira*?

Chloe se encogió de hombros.

—Me gusta el deporte, aunque no lo practico.

Jason arrugó el entrecejo y volvió a recorrerla con la mirada. El cuerpo de Chloe era precioso y proporcionado, y él hubiera jurado que era fruto de machacarse varias horas a la semana en el gimnasio.

—¿En serio?

—Hay otras formas de sudar y mantenerse en forma —dijo con toda su buena intención, pero al escuchar la carcajada de Jason se dio cuenta del doble sentido de sus palabras—. ¡Olvida lo que acabo de decir! Yo... —Al ver que Jason se doblaba en dos por la risa, acabó por contagiarse ella también—. ¡Para de una vez! No se puede hablar contigo.

Divertido, él le dio un tironcito del pelo antes de recogerse tras la oreja.

—¡Pero si yo no he dicho nada!

Chascando la lengua, Chloe trató de darle un golpe en el brazo, pero calculó mal y acabó colocando la mano directamente sobre el estómago caliente de Jason. Intentó apartarse lo más rápidamente posible, pero era como si se hubiera pegado a él con un potente adhesivo. Sus dedos vagaron sobre la tersa piel antes de abandonar la caricia.

—Perdona, yo...

—No es la primera vez que tus dedos me tocan —susurró él—. Me gusta. Lo echaba de menos.

Chloe cerró los ojos y respiró hondo. Hablar con Jason la agotaba. En un mismo minuto pasaba de ser juguetón y divertido a ser un seductor nato para después hacerla creer que podían conversar como dos personas normales. No sabía cuál de sus facetas le atraía más.

—No deberías decir esas cosas.

—¿Por qué? —indagó él—. ¿Porque ahora trabajamos juntos y te avergüenza que puedan relacionarnos?

—¡Por supuesto que no!

Él se la quedó mirando esperando una respuesta mientras caminaban. Era

preciosa en la oscuridad, cuando su cuerpo temblaba bajo el suyo y sus labios gemían por él, pero a la luz del día Chloe poseía una belleza arrebatadora. Su piel era tan blanca que no era difícil encontrar en ella el rastro de algunas pecas; pensó que no le importaría volver a besar cada una de esas pecas, ni tampoco el pequeño lunar que tenía junto a la boca y que lo estaba volviendo loco. ¿Era un demente por haberse pillado con una mujer a la que apenas conocía? ¡Que lo condenaran! No podía dejar de intentar conquistar a la chica.

—Es complicado —acabó por decir.

—No lo fue esa noche —le recordó él; adivinándole el pensamiento, se apresuró a añadir—: Y no habías bebido tanto.

Chloe lo miró a los ojos, y Jason pudo ver deseo, arrepentimiento, miedo y también indecisión en ellos. De algún modo supo que el corazón de Chloe le dictaba que se comportara de una manera y su cabeza le decía todo lo contrario. La chica se encontraba en una encrucijada, y él no llegaba a comprender por qué una mujer independiente, atractiva y segura de sí misma como era Chloe podía sentirse así.

Para aflojar la tensión que parecía haberse adueñado de ella, Jason le dio un tironcito de un mechón de su melena.

—Te has cortado el pelo.

Chloe se llevó una mano a la cabeza, impresionada por que él hubiera notado el cambio en su *look*. Llevaba años luciendo su larga melena, e incluso a ella le estaba costando habituarse al cambio. Una vez, cuando era adolescente, se había teñido el pelo con mechas anaranjadas y su padre ni siquiera se había dado cuenta. Era natural que los hombres no se fijaran en esas cosas, pero que Jason lo hubiera hecho la había sorprendido para bien.

Suspiró mientras pensaba qué decirle.

—Hay quien afirma que para que la vida te cambie hay que empezar por un corte de pelo. —Se encogió de hombros—. Y yo lo estoy intentando.

Jason la miró con interés.

—¿Tan descontenta estabas con tu vida antes?

Una vez más, Chloe suspiró. A pesar de que no quería que nada la atara a él, le resultaba muy fácil hablar con Jason. A veces una simplemente necesita encontrarse con un desconocido para sincerarse y liberarse de esos pensamientos que ni siquiera es capaz de revelar ante uno mismo.

—¿Alguna vez has tenido la sensación de que por más que lo intentes, por

más que te esfuerces en hacer las cosas bien, solo consigues estropearlo todo un poco más?

Vio cómo Jason bajaba la cabeza, fruncía el ceño y sonreía.

—Constantemente —contestó—. Pero creo que precisamente de eso va la vida. Hay que remar a contracorriente para encontrarte con las cosas que de verdad merecen la pena.

«Por Dios, que deje de sonreír de esa manera», pensó Chloe. Si volvía a dedicarle una de esas sonrisas irresistibles mientras le decía cosas tan intensas como aquella, mandaría al cuerno todas sus reglas y se lanzaría a su cuello.

—Vaya. Eso es muy...

—¿Profundo?

—Pues... sí —convino Chloe, devolviéndole la sonrisa—. ¿Cuánto cobras por la consulta, doctor Jason?

Entre risas, él hizo un gesto con la mano para restarle importancia.

—La primera consulta es gratis. Pero no te confíes: querré algo a cambio la próxima vez.

Cuando Jason le guiñó un ojo, ella se sonrojó, pero esta vez, se propuso sostenerle la mirada.

—No sé si atreverme a preguntar el qué.

—Piensa un poco, Chloe. Eres una chica lista, seguro que encuentras algo que quiero.

Con el rubor a punto de estallarle en las mejillas, Chloe se mordió el labio inferior. Se estaba comportando tal y como se juró que no iba a hacer: estaba coqueteando con Jason. El tipo era peligroso, pero no por él mismo, sino por lo que conseguía que ella sintiera hacia él con tan solo estar a su lado.

—Lo tendré en cuenta —dijo al fin. Escuchar su insinuación fue para Jason todo un incentivo para seguir insistiendo. A Chloe no le pasó inadvertida la expresión de su rostro, como la de un niño la mañana de Navidad. Aclarándose la garganta, trató de encontrar un tema de conversación más inofensivo—. ¿Qué tal van los ensayos?

Mientras respondía a su pregunta, Chloe se dio cuenta de la profesionalidad que Jason adquirió al hablar de su trabajo.

—Todo sobre ruedas —le aseguró—. Ruby es una chica estupenda, aprende muy rápido. Es una alumna muy aplicada.

«No me digas...», pensó el demonio que habitaba dentro de Chloe. Además de ser una buena alumna, Ruby era alta, joven y guapísima. Chloe se

preguntó qué otras cualidades escondería la chica Disney en su menudo cuerpecito.

—Bailáis un chachachá, ¿verdad?

Jason asintió.

—Y es interesante, porque en realidad Ruby no...

El intenso zumbido de su móvil lo interrumpió antes de que Jason pudiera continuar hablando. Chloe no se perdió ni uno solo de sus movimientos cuando él se sacó el teléfono del interior de uno de los bolsillos de sus pantalones, porque, para qué negarlo ya, Jason tenía un cuerpo para pecar y no sentirse culpable por ello. Sin embargo, su perfecta anatomía no le impidió echar un vistazo y leer el nombre de quien lo llamaba. Una estúpida punzada de celos le azotó el estómago al reparar en que se trataba de una chica, una tal Kathy.

—Oh, mierda —farfulló Jason, dando golpecitos en la pantalla—. ¡Joder, ahora no!

—¿Qué pasa?

—Me he quedado sin batería —masculló, malhumorado. Tras guardarse el teléfono en el bolsillo, Jason se apartó el rebelde pelo húmedo de la cara, y Chloe sintió que se le secaba la garganta al ver cómo se contraían sus bíceps—. ¿Te importa que use el tuyo? Solo será un par de minutos. Es una llamada importante.

Chloe se lo quedó mirando como si le hubiera hablado en otro idioma. ¡Por Dios, tenía que dejar de babear por él!

—¿Eh?

Jason apretó los labios, reprimiendo la sonrisa al notar que Chloe se lo estaba comiendo con los ojos.

—Tu móvil —repitió—. ¿Podría usarlo?

Inmediatamente, Chloe agarró con fuerza su bolso, colocándolo a su espalda lo más lejos que pudo de Jason. Sorprendido por su extraña postura, alzó las manos a modo de disculpa.

—Tranquila, no pretendía importunarte.

—No te preocupes, es que...

¿Cómo le decía que no podía permitirse realizar ni una sola llamada más aquel mes porque se había gastado medio sueldo en una conversación con una vidente venezolana? ¡Iba a tomarla por una demente! Y con Jason ya había cubierto su cupo de estupideces.

—Lo utilizo como GPS, ya sabes... —Se excusó con voz aguda. ¿Pretendía sonar convincente? ¡Y un cuerno!

—No te preocupes, Chloe —le aseguró él con una sonrisa—. Lo mejor será que busque a Mark y regresemos también a la ciudad.

—¿Mark está aquí? ¿Sabes adónde ha ido?

Lo último que faltaba era que Sienna se encontrara con el compañero de Jason. Saltaban chispas entre ellos cada vez que estaban juntos, y a saber qué más habían hecho aquellos dos desde la despedida de soltera.

—Probablemente esté en el mercado de Civic Center. ¿Te gustaría acompañarme y de paso buscar a tu amiga?

Con el rostro visiblemente preocupado, Chloe asintió sin dudarlo.

—Por favor. Antes de que se maten esos dos.

10

MALIBU II

Como cada domingo, hiciera sol o lloviera, hubiera más o menos turistas en la zona, con o sin hambrientos surferos a los que alimentar, el Malibu Farmers Market daba la bienvenida a todos aquellos que estuvieran dispuestos a disfrutar de una jornada diferente en pleno corazón de Los Ángeles.

Fundado varias décadas atrás, el mercado dominical de Malibú se había convertido en una de las principales atracciones no solo para los foráneos, sino también para los vecinos de los alrededores que deseaban pasar una amena jornada entre puestos de artesanía, productos ecológicos y varias zonas donde uno podía relajarse mientras disfrutaba de todo tipo de comida grasienta o, por el contrario, experimentar con frutas exóticas traídas de otros países. No era extraño cruzarse con famosos como Robert Downey Jr., Cindy Crawford o Halle Berry realizando su compra semanal como cualquier ser humano.

Precisamente fue el colorido de los diversos tenderetes de fruta lo que atrajo la atención de Sienna. Desde que había decidido someterse a una estricta dieta que la ayudara a mantener la línea con vistas a la boda, lo único que le apetecía era comer una jugosa hamburguesa, patatas fritas y chocolate. Chocolate a todas horas. Por lo que haber encontrado aquel saludable sustitutivo era, como diría su abuela italiana, *un segno di Dio*.

Un amable vendedor le estaba ofreciendo un pequeño paquetito lleno hasta arriba de una variedad de frutos del bosque de diferentes tonalidades y ella, agradecida, aceptó el regalo. Acababa de meterse una frambuesa en la boca cuando sintió que se atragantaba.

—¿Es tan dulce como tú?

La piel de Sienna se erizó, los dedos de los pies se le doblaron en el interior de las Converse y la sangre de todo su cuerpo fue a parar a su cabeza. Al dejar a Chloe en la playa junto a Jason no se le pasó por la mente la idea de que tal vez el amigo de este también se encontrara allí.

Girándose sobre sus zapatillas, Sienna mantuvo la cabeza alta,

sosteniéndole la mirada mientras le mostraba cómo mordía la fruta.

—Nunca llegarás a saberlo.

Llevándose una mano al estómago, Mark echó el cuerpo hacia atrás en una ruidosa carcajada.

—No estabas tan arisca la última vez que nos vimos. ¿Qué pasa? ¿Ya se te ha olvidado? Si quieres, te lo recuerdo...

Decidida a que no le afectaran sus palabras, Sienna masticó un arándano al tiempo que continuaba caminando por el mercado como si nada. Por supuesto, sabía que Mark la seguiría; no era tan ingenua como para pensar que el tipo conservaba los modales de una persona educada, pues le había demostrado que lo suyo no era actuar como un hombre normal y corriente. La moral y la ética no iban con el bailarín.

—Vaya por Dios —masculló él a su lado cuando le dio alcance—. No me digas que te molesta verme aquí.

—Nada de lo que digas puede molestarme, capullo.

Divertido, Mark se rio al escuchar el insulto.

—¡Vaya! La gatita ha sacado sus uñas. ¿Te ha dejado tu novio que las afiles en su espalda o eso solo lo guardas para mí?

Sienna se paró de golpe y, pillando desprevenido a Mark, acabó plantándole un pisotón gracias al cual el chico estuvo viendo las estrellas durante casi un minuto entero.

—¡Vaya! —exclamó ella imitándolo—. No me digas que he estropeado tus pequeños piecitos y ya no podrás bailar. ¡Es una verdadera pena!

Con paso ligero y haciendo oscilar su coleta en un gesto airado, Sienna se alejó de él con la esperanza de no volver a verlo.

—¡Espera! —gritó Mark. Al darse cuenta de que ella lo ignoraba a propósito, insistió y, como pudo, caminó hacia ella dando unos estúpidos saltitos—. ¡Espera, joder!

Estaban formando un espectáculo en pleno mercado, algo que quedó patente cuando Sienna le enseñó el dedo corazón por encima del hombro; un grupito de señoras lanzaron exclamaciones de sorpresa.

—¿Quieres escucharme un segundo? —Cuando al fin la alcanzó, Mark trató de sujetarla del brazo, pero ella tuvo reflejos suficientes como para apartarse a tiempo—. Admito que tal vez me he pasado.

Ella se giró, demasiado enfadada como para preocuparse de que su coleta no lo azotara en el pecho.

—¡Claro que te has pasado, gilipollas!

—¡Pues tú tampoco eres una delicia, que digamos!

Sienna resopló.

—¡Eres un cerdo! —Al fijarse en el burrito pringoso que permanecía en la mano libre de Mark, Sienna arrugó la nariz en una mueca de disgusto—. ¿Qué demonios estás comiendo?

Al reparar en la cara de asco con la que Sienna miraba su tentempié de media mañana, Mark se propuso provocarla un poquito más. Con una sonrisa ladina, dio un gran mordisco al burrito, y forzó a su garganta para que tragara deprisa para no ahogarse con la risa al ver cómo los ojos de la chica se abrían de par en par cuando un hilillo de salsa empezó a recorrerle la barbilla.

—¡Por Dios! —bufó ella mientras rebuscaba el paquete de toallitas húmedas que siempre llevaba consigo en el bolso—. Límpiate, ¿quieres? No puedo creer que me acostara contigo.

—Y yo creí que acordamos no hablar jamás de ello —apostilló Mark entre risas mientras utilizaba la toallita que ella le había dado.

Sienna apretó los puños mientras contenía la respiración y contaba mentalmente hasta diez para evitar golpearlo. ¿Cómo podía un tío estar tan bueno y ser a la vez tan gilipollas? Había cometido un error al acostarse con él la noche de su despedida de soltera. Sí, Chloe había hecho lo mismo con Jason, pero en su caso era diferente. ¡Faltaban unas pocas semanas para su boda! Sin embargo, al mirar de nuevo a Mark supo por qué había sucumbido al deseo de satisfacer sus más bajos instintos.

El tipo estaba tremendo. ¡Se notaba que era bailarín! Con todos esos músculos fibrosos recorriéndole el cuerpo, la sonrisa peligrosa que prometía mil y un placeres, esa boca sucia que decía las mayores guarradas en la cama y que la habían puesto a cien, la mirada canalla y a la vez profunda en esos ojos del color del caramelo y la piel ligeramente tostada. ¿Cómo podría alguien culparla? Estaba prometida, pero no era ninguna monja. ¡¿A quién quería engañar?! Le había puesto los cuernos a Rob, y, por si no fuera suficiente, ahora estaba comiéndose de nuevo a Mark con la mirada.

—¿Te estás planteando volver a repetir conmigo, muñeca?

Al escucharlo, Sienna emitió un gemido cargado de frustración. ¡Mark la sacaba de quicio!

—En tus sueños, *muñeco* —intentó aplicar todo el desdén posible a su voz mientras se acercaba unos pasos hasta hundirle un dedo en el pecho—. Tú y

yo nunca hemos estado juntos. Ni siquiera hemos bailado. ¿Te queda claro?

Mark clavó la mirada en la menuda chica que trataba de aparentar una tranquilidad que él sabía bien que no sentía. Si alguien le preguntaba, no tendría reparos en confirmar que en realidad le ponía que una mujer tuviera el carácter de enfrentarse a él. Al mirar a Sienna a los ojos, una parte de él se reconoció en ella. Y aquello le gustó tanto como lo asustó, por lo que no tardó en volver a adoptar su pose chulesca.

Terminándose el burrito de un bocado, se tomó su tiempo antes de contestar, sabiendo que con ello solo conseguía crisparle un poco más los nervios a la chica. La vio cruzarse de brazos y golpear reiteradas veces el suelo con el pie mientras él lanzaba el envoltorio hacia la papelería más cercana. Encestando, por supuesto.

—¿Has terminado? —preguntó ella, molesta.

Él sonrió, y al ver el sonrojo que iluminaba las mejillas de Sienna, se dio por satisfecho. Incluso fue un paso más allá cuando le rozó la sien con los dedos para apartarle algunos pelillos que se habían soltado de su coleta. Su pecho se hinchó de orgullo cuando la sintió temblar.

Al final iba a resultar que no todo estaba perdido con ella.

—A ver si lo he entendido —murmuró al fin, con los ojos fijos en los de ella—. No quieres saber nada más de mí, de lo que pasó entre nosotros o de lo que podría seguir pasando si tú quisieras.

—¡No quiero!

—Uy... —Los labios de Mark se fruncieron de una forma deliciosa, y Sienna se obligó a sí misma a desviar los ojos de su sensual boca—. Has contestado demasiado rápido, cariño. ¿Seguro que no quieres que te dé unas clases de baile extra antes de tu boda?

Con un chasquido de disgusto, ella le apartó la mano que la acariciaba.

—El maldito baile otra vez... ¡No necesito más profesores, gracias! Ahora, ¿podrías, por favor, olvidarme?

A pesar de sus escasos encuentros, Sienna creía conocer lo suficiente de Mark como para atreverse a adivinar su siguiente movimiento: un coqueteo, una broma sin gracia, algún comentario ingenioso... Pero lo que hizo Mark la pilló completamente desprevenida. De repente se puso serio, la tomó de la mano y le preguntó en un tono solemne:

—¿Ese idiota te ha hecho daño? ¿Le has contado lo que pasó entre nosotros y la ha pagado contigo? Porque si es así te juro que me largo a Denver ahora

mismo y le parto las piernas.

A pesar de que una parte de ella se sintiera halagada por lo que acababa de oír y de lo severo que se había vuelto el atractivo rostro de Mark, Sienna apretó los labios para no sonreír. Así que, en el fondo, su desvergonzado corazón no lo era tanto, e iba a resultar que en su interior habitaba el alma de un caballero...

—No sabe nada —contestó ella al fin; no supo cómo, pero sus dedos acabaron entrelazados a los de Mark, de modo que aprovechó para darle un ligero apretón para calmarlo—. Y aunque me fastidie decir esto, no puedo echarle a ti la culpa de nada.

Mark frunció el entrecejo, intentando averiguar si le estaba diciendo la verdad.

—¿Seguro?

Ella asintió con la cabeza.

—Serán los típicos nervios antes de la boda —bromeó, sin sonar del todo convincente.

—¿Por eso has volado desde Colorado hasta California para unas pocas horas? ¿Solo por unos estúpidos nervios?

Toda la simpatía que había empezado a sentir hacia Mark se esfumó de repente, y acabó por soltarse de su mano.

—Claro, para ti debe de ser tremendamente estúpido el hecho de que me haya acostado con otro hombre antes de mi boda y que mi prometido tenga...

—Se obligó a callar—. ¿Sabes qué? Me largo.

—¡Sienna, espera!

Ella se giró para mirarlo.

—¡Que te den!

—Preferiría que lo hicieras tú.

Enfadada como no recordaba haberlo estado nunca, Sienna se preparaba para gritarle cuatro verdades a la cara cuando la voz de Chloe llamándola le impidió continuar con su propósito.

—¿Lo ves? —oyó que decía Jason a su espalda—. Todavía conservan sus cabezas. Me debes veinte pavos.

Chloe le propinó un manotazo en el estómago, agradeciendo que esta vez él se hubiera puesto la camiseta.

—¡Os habéis encontrado! —exclamó Chloe, fingiendo una calma que no sentía. Al ver el rostro crispado de su mejor amiga, se atrevió a preguntar—:

¿Todo bien?

—Si te refieres a este cretino, tiene suerte de seguir con vida.

—Tío, ¿qué le has hecho?

Mark se defendió como pudo del empujón que le dio su colega.

—¡No me jodáis! Aquí la novia a la fuga no es ninguna santa.

—¿Cómo me has llamado?

Chloe recibió el impacto del bolso de Sienna contra el pecho cuando su amiga se lo arrojó sin miramientos, dispuesta a lanzarse sobre Mark. Por suerte, Jason reaccionó justo a tiempo y pudo interponerse entre ambos.

—Vale, vale. ¿Qué tal si nos calmamos todos? Mark, ¿por qué no vas arrancando el coche, tío?

—¡Solo intentaba ser amable con ella por una vez! —se defendió el aludido.

—¡Pues vaya formas! ¡La próxima vez, búscate a otra a la que engatusar!

—Lo haría si supiera que no vas a ponerte celosa, cielo.

—¡En tus sueños, Casanova!

Chloe y Jason compartieron una mirada cómplice, y al comprobar que sus respectivos amigos no estaban por la labor de firmar una tregua, los dos llegaron al mudo acuerdo de acabar con el conflicto.

—Mark, el coche... —empezó a decir Jason.

—¿Sabéis qué? —lo interrumpió la voz de Sienna—. La que se va soy yo. —Recuperando el bolso, se atusó la coleta y resopló por la nariz—. Te veo en el aparcamiento, Chloe. Un placer volver a verte, Jason. —Y al mirar a Mark, casi le escupió—: La tienes como un cacahuete, que lo sepas.

Las carcajadas de Mark se escucharon por todo el mercado.

—¡Esa sí que es buena! —se rio—. Chicos, esa mujer me vuelve loco.

Acercándose a Jason, Chloe le preguntó:

—¿Siempre es así?

Él se pasó una mano por la cabeza, despeinándose.

—¿Y tu amiga?

Ella suspiró.

—Siempre —acabaron por decir los dos a la vez, y rompieron a reír.

Mientras veían a Mark alejándose en dirección opuesta a la que había tomado Sienna, los dos caminaron lado a lado hacia la salida.

—Supongo que aquí nos despedimos —murmuró ella. En cierto modo la entristecía despedirse de él. Jason había resultado ser un buen tipo, después

de todo.

—A decir verdad, hay algo que aún me queda por hacer. ¿Te importa acompañarme?

—Claro. ¿De qué se trata?

Extendiendo un brazo, Jason señaló una furgoneta amarilla con orejas y cola de felino.

—¿Y eso? —preguntó Chloe, intrigada.

—Vas a ayudarme a elegir un gato.

—¿Qué? —Entre risas, Chloe permitió que Jason colocara una mano en la parte baja de su espalda y la condujera al interior del vehículo—. Estás de broma, ¿verdad? ¡Yo no sé nada sobre gatos!

Una amable y regordeta mujer les dio la bienvenida nada más entrar.

—¡Gracias por visitar el *Catty Wagon*! Soy April, ¿en qué puedo ayudaros?

Chloe se olvidó de respirar cuando Jason le rodeó los hombros con un brazo y la acercó a su costado.

—Es aquí donde se hacen adopciones de cachorros, ¿verdad?

La encargada se apresuró a informar a Jason del proyecto que la asociación llevaba a cabo. Con el lema «Adopta, no compres» por bandera, los miembros del equipo promovían la adopción de gatitos por toda California. Habían acondicionado un autobús de forma que sirviera de cobijo a los animales mientras eran desplazados de una ciudad a otra por toda California; de ese modo, se aseguraban de que todos los gatos encontrarán un hogar en cualquier parte del estado. Era una iniciativa muy tierna, y a Chloe se le ablandó el corazón.

—¿De verdad vas a adoptar a uno de ellos? —quiso saber Chloe.

—Por desgracia solo puedo enseñaros a nuestra última chica —les informó April—. Normalmente a estas horas todos nuestros gatitos han encontrado dueño, pero a esta preciosidad parece que se le resisten los humanos.

Chloe se llevó una mano al pecho cuando la encargada puso sobre las manos de Jason una pequeña bolita de pelo negro. Era tan pequeña que se perdía entre sus dedos. Unos ojos redondos y verdes ocupaban casi toda su carita, la cejas estaban despeinadas, la nariz bicolor, mitad rosa mitad negra, y una boca diminuta oculta tras los bigotes hacían que a Chloe se le ablandara el corazón. Al quedar panza arriba, la gatita mostró su peluda tripita de color blanco. Al mirar a Jason y ver el brillo en sus ojos, Chloe supo que se había enamorado del animal en el acto.

—¿Por qué sigue aquí? —quiso saber él.

—Bueno, no a todo el mundo le gustan los gatos negros. Casi negros, en su caso.

A pesar de que el pequeño animal hubiera sido rechazado con anterioridad, a Chloe no le cupo duda de que al fin había encontrado un hogar junto a Jason.

—Te la quedas, ¿verdad?

La sonrisa de él no dejó lugar a dudas.

Mientras April rellenaba el papeleo de la adopción, Chloe eligió todos los accesorios necesarios para la vida del gatito, y se empeñó en pagarlos ella misma.

—No tenías por qué hacerlo —le aseguró Jason mientras la acompañaba al aparcamiento, con la pequeña gatita felizmente acomodada en un trasportín.

Ella se encogió de hombros.

—No he podido resistirme —le aseguró con una sonrisa—. ¿Cómo la vas a llamar?

—No me corresponde a mí decidirlo. Le hice una promesa a otra persona, y es ella quien debe elegir su nombre.

—Ah...

La decepción se pintó en el rostro de Chloe. ¿Se estaría refiriendo a la misteriosa Kathy que un rato antes lo había llamado por teléfono? Una molesta punzada de celos la sorprendió golpeándola en el estómago. Jason no era nada suyo; no tenía derecho a sentirse dolida porque otra persona ocupara su corazón.

—No es lo que imaginas, Chloe —murmuró él como si le leyera el pensamiento.

Ella forzó a sus labios a sonreír.

—No imagino nada —le aseguró—. Supongo que nos veremos por los pasillos del estudio uno de estos días.

—Supones bien —sonrió; sorprendiéndola completamente, Jason la besó en la mejilla, cerca de los labios—. Gracias por esto —susurró en su oído—. Por hoy.

Ella parpadeó varias veces para recuperarse mientras intentaba controlar el inoportuno revoloteo de las mariposas en su estómago.

—De nada, supongo.

No se dijeron nada más y, sin embargo, se lo dijeron todo con una última

mirada.

Jason no se marchó hasta que las chicas estuvieron en el interior del coche y Chloe puso rumbo a la autopista.

Después de aquel día junto a ella, a Jason no le quedaban dudas de que algún día Chloe cedería. Algún día sería suya, porque él ya le pertenecía.

11

LET'S GET STARTED

—¡Espera un segundo, Chloe!

Un desagradable chirrido resonó en los pasillos de la cadena cuando Chloe detuvo en seco sus altísimos tacones. Desde que había puesto un pie en los estudios a primera hora de la mañana, Chloe no había parado ni un solo segundo. Apenas quedaban unas horas para que la primera gala de *Shall we dance?*, como así habían decidido finalmente que se llamaría el concurso, diera comienzo, y la labor principal de Chloe era que todo saliera perfecto. *Necesitaba* que saliera perfecto. Por ello se había levantado al alba y había puesto rumbo al trabajo para dejarse la piel en él si era necesario.

Llevaba cuatro cafés en el cuerpo, y un incesante martilleo le golpeaba las sienes recordándole que necesitaba con urgencia un analgésico para el dolor de cabeza, pero, aun así, Chloe sabía que no podía parar. Todavía quedaba mucho antes de dar el trabajo por terminado, vestuarios que repasar, coreografías que ensayar, iluminación que comprobar... El hecho de que Roger le pidiera unos minutos de su valioso tiempo era, cuanto menos, inconveniente.

—Por favor, dime que ninguna otra concursante ha sufrido un ataque de pánico —le suplicó en un tono desesperado—. Después de aguantar esta mañana una rabieta de diva y una sesión de lloriqueos por parte de varias de las chicas, no creo que pudiera volver a soportarlo.

—Tranquila, no se trata de eso —le aseguró Roger con una sonrisa.

Chloe suspiró aliviada, recostándose contra la pared que había a su espalda. No quería ni pensar en todas las horas que le quedaban por delante antes de caer rendida en su cama. La carpeta que sujetaba entre los brazos le pesaba una tonelada cuando en realidad en su interior no había más que la programación del día. Necesitaba un nuevo chute de cafeína con urgencia.

Al mirar a Roger le molestó encontrarlo tan fresco y de buen humor. Llevaba el cabello tan bien peinado, con toda esa cantidad de gomina que se ponía, que era imposible que un golpe de viento se lo revolviera. No había ni rastro de bolsas azuladas debajo de sus ojos, y desde donde estaba, Chloe

todavía podía percibir el olor de su loción para después del afeitado. Una parte de ella lo odió por estar tan relajado y presentable mientras ella era un amasijo de nervios y cansancio.

—¿De qué se trata entonces?

—De esto. —Roger colocó una revista de cotilleos sobre la carpeta que ella sostenía—. ¿Reconoces a la pareja que aparece en la portada?

Llevándose una mano a la cabeza, Chloe recuperó las gafas con las que se sujetaba el pelo y se las colocó sobre los ojos. Antes de fijarse en la fotografía, leyó el titular:

**LORELEI BRADFORD, PILLADA
CON UN MISTERIOSO JOVEN**

¡Y LA COSA SE PUSO CALIENTE!

TE CONTAMOS MÁS EN EL INTERIOR

El reportaje incluía una extensa galería en la que aparecía Lorelei abandonando el Ivy, un conocidísimo restaurante de Los Ángeles frecuentado por las estrellas. La seguía un chico alto con ropa de *sport*, gafas de sol y gorra con visera. Hasta ahí todo normal, pero al pasar la página las imágenes se volvieron de alto voltaje cuando el acompañante de Lorelei la acorraló contra un coche, le puso las manos en el trasero y empezó a manosearla de arriba abajo para alegría de los *paparazzi*.

—¿Y bien?

Chloe se centró en la figura masculina. Había algo en él que le resultaba familiar y... Al pasar una nueva página obtuvo la respuesta.

—Espera un momento... ¿Ese es Mark? —La mandíbula corría riesgo de desencajarsele mientras hablaba con su jefe—. ¿Nuestro bailarín Mark?

Roger se cruzó de brazos mientras soltaba una profunda carcajada. Chloe no daba crédito a lo que escuchaban sus oídos.

—¿Te divierte que Mark se esté tirando a una de nuestras concursantes?

—¡Qué quieres que te diga! —exclamó Roger entre risas—. Nos está dando promoción antes de la primera gala. Todo el mundo habla de ello en Twitter.

—¡Se está tirando a Lorelei! Se supone que somos una cadena familiar, Roger. Esto es... Es...

—Es lo que necesitamos, Chloe. —Recuperando la compostura, Roger adoptó el papel de hijo del jefe—. No nos engañemos —mientras hablaba,

Roger se iba acercando hasta ella, con las manos metidas en los bolsillos de sus carísimos pantalones y una expresión de dureza pintada en el rostro—; arrastras demasiados fracasos televisivos como para permitirte fallar también con este proyecto.

Chloe no supo cómo, pero al final reunió el valor de enfrentarse a él.

—¿Me estás amenazando, Roger?

—Lo que te estoy pidiendo es que hagas a un lado tus principios y me apoyes en esto —masculló con los dientes apretados—. Mi padre ha accedido a delegar en mí algunas de las decisiones que se toman en la cadena, así que este jodido concurso tiene que ser un éxito. ¿Me entiendes?

«Así que de eso se trata», pensó Chloe. El bueno de Big Joe no se imaginaba que su hijo era un gusano. A Roger no le importaban la empresa, los proyectos ni los trabajadores; solo le interesaban los números. Al mirarlo a sus ojos de serpiente, Chloe se dio cuenta de que no se parecía en absoluto a su padre, y supo que si finalmente Roger conseguía obtener el control absoluto de la cadena, sus días allí estaban contados.

—Me importa un cuerno si esos dos se acuestan o no en realidad —continuó Roger—. Lo que quiero que entiendas es que cuantas más de nuestras concursantes sigan los pasos de Lorelei y se dejen ver por ahí con sus bailarines, mejor para todos. ¿Captas la idea?

Chloe suspiró. No era ninguna novata, pero hasta ahora no se había visto en la obligación de lidiar con un tipo como Roger. No tenía escrúpulos ni moral; tan solo le importaba ganar.

—No cuentes conmigo para tu campaña, Roger. Creo que nuestras chicas ya son mayorcitas para saber lo que se hacen.

—Pero no quiero que vayas por ahí echándoles el sermón, ¿me oyes? No te contraté para que fueras la voz de la conciencia de todos nosotros.

—¿Me contrataste tú o fue tu padre quien lo sugirió? —contraatacó Chloe, sosteniéndole la mirada con una ceja arqueada. Al ver que lo había pillado en fuera de juego y que le costaba dar con una réplica mordaz, Chloe se felicitó a sí misma por haber sido capaz de enfrentarse a su jefe. Y ahora, si me disculpas, tengo que seguir trabajando.

Se había alejado varios pasos haciendo resonar sus tacones por el pasillo cuando se giró para decirle:

—¿Sabes qué, Roger? Cada vez que te miro me recuerdas a un gusano.

Antes de continuar con el repaso de las coreografías, Chloe necesitó

tomarse unos minutos en la sala común para serenarse. ¿Qué demonios le estaba pasando? No se reconocía a sí misma. Estaba cambiando.

Primero se acostaba con un completo desconocido, se emborrachaba, le daba consejos amorosos a su mejor amiga —cuando lo normal era todo lo contrario— y ahora además le plantaba cara a su jefe, Ella nunca había sido así, pero lo cierto era que le gustaba el cambio. Se sentía... diferente. Podía ser que las piernas aún le temblaran tras el tira y afloja que acababa de mantener con Roger, pero estaba satisfecha consigo misma.

El café que su cuerpo gritaba por ingerir fue sustituido por una infusión para templar los nervios seguida de un analgésico. Decidió que si quería darle un cambio a su vida sería buena idea empezar por ella misma. Si Roger la despedía después de aquello... Bueno, al menos sabría que podía marcharse con la cabeza bien alta y los bolsillos vacíos.

Antes de continuar con la jornada le dio tiempo a echar un vistazo a la sección de horóscopos de la revista de cotilleos que aún conservaba.

«Cáncer: Empiezas una semana llena de retos. Lo mejor: estás preparado para encararlos. La peor parte: tus principios. Hazlos a un lado y ponle ritmo a tu rutina. La influencia de Venus en tu signo te augura una buena racha en el terreno amoroso. ¡Suéltate la melena y sorprende a tu pareja! Si aún no has encontrado a tu media naranja, recuerda: el amor está al caer».

Las mejillas de Chloe se calentaron cuando se encontró pensando en Jason tras leer lo que su horóscopo vaticinaba para ella. ¿Sería tan terrible conocer a la persona que se escondía tras el bailarín? Tal vez no fuera el momento más oportuno, ya que trabajaban juntos; quizá hubieran empezado construyendo la casa por el tejado acostándose en lugar de tener primero una cita, pero... El chico le gustaba; ¿tan mal estaba querer salir con él?

La frustración se apoderó de ella cuando miró el reloj y fue consciente de que el tiempo se le echaba encima. Aún le quedaba por repasar la programación con cada uno de los concursantes antes de que empezaran a arreglarse para la gala.

Por fortuna para Chloe, la sala de ensayos de Jason y Ruby no estaba muy lejos de allí. Dejó a la pareja para el final de forma premeditada porque necesitaba tiempo para mentalizarse antes de volver a ver a Jason. Siendo sincera, temía el momento de estar de nuevo junto a él, pero, por algún extraño motivo que Chloe no comprendía, tras el encontronazo con Roger lo

único que quería era que los ojos de Jason la miraran de aquel modo tan suyo que siempre conseguía calmarla y hacerla temblar al mismo tiempo.

La canción *Cake by the ocean* del grupo DNCE le dio la bienvenida nada más poner un pie en el estudio. La mitad de las paredes del lugar estaban cubiertas por espejos que iban desde el suelo hasta el techo, y al reparar en la brillante madera que pisaban sus pies Chloe se preguntó cómo era posible que los bailarines no resbalaran.

«Porque son profesionales, idiota», dijo una vocecita en el interior de su cabeza.

La profunda voz de Jason dando instrucciones a su pupila le llegó desde una de las esquinas de la estancia. La pareja se movía con agilidad frente a un espejo siguiendo el ritmo de la canción. Parecían tan enfrascados en el trabajo que Chloe no quiso interrumpirlos hasta que hubieran concluido el trabajo. La labor de los bailarines profesionales era la de crear una coreografía sencilla de no más de dos minutos de duración, utilizar canciones modernas que concordaran con las danzas y asegurarse de que las concursantes aprendieran correctamente cada uno de los pasos.

A juzgar por lo que sus ojos veían, Jason era un maestro entregado. Acababa de colocar las manos en la cintura desnuda de Ruby —desnuda porque vestía unas apretadas mallas y un minúsculo top deportivo— mientras ésta movía las caderas muy rápido y de una forma seductora.

—Eso es —oyó que decía Jason—. Extiende el brazo hacia atrás y coloca tu mano sobre mi muslo. Yo me meceré contigo hacia delante al ritmo que tú marques.

Jason estaba situado tras la chica, con una mano en su estómago y la otra por encima del pecho. Ruby asintió al escuchar las órdenes de Jason, y, como buena alumna que era, no titubeó cuando se colocó tal y como el bailarín le pedía, y los dos movieron la pelvis a la vez, hasta que Jason la hizo girar hacia un lado y después hacia el otro mientras cruzaban las manos de un modo tan ágil que Chloe apenas si lo vio, hasta que los dos llegaron al final, con Ruby inclinada hacia atrás, con la espalda curvada como un arco, sujeta por el fuerte brazo de Jason.

—¡Uau! —exclamó Ruby entre jadeos mientras intentaba recuperar el aliento—. ¿Qué te parece eso, eh? ¡Lo hemos conseguido!

—¡Ya te digo! Ruby, ¡eres fantástica!

La chica gritó de júbilo y se lanzó sobre Jason con la certeza de que él la

cogería. Chloe pensó que no debía de pesar más que una pluma, porque sus piernas y brazos rodearon a Jason como una mantis religiosa.

—Siento interrumpir —consiguió decir ella tras aclararse la garganta. Jason, al reparar en ella, soltó a Ruby de inmediato—. Habéis estado increíbles. ¡Enhorabuena!

—¡Caray, Chloe! ¡Muchísimas gracias!

Ruby se abalanzó sobre ella y la abrazó sin que le importara la carpeta que Chloe cargaba. Sorprendida, lo único que pudo hacer fue mirar a Jason por encima del hombro de la chica. ¿Quién seguía diciendo «caray» en pleno siglo XXI? Jason pareció leerle la mente, puesto que se encogió de hombros con una sonrisa.

—¡Qué bien que hayas venido! —continuó Ruby tras soltarla—. Estoy tan nerviosa que creo que me va a dar algo, pero Jason dice que lo tengo controlado. ¿A ti qué te parece?

Abrumada por el entusiasmo de la joven, Chloe parpadeó varias veces para aclararse la mente antes de darle una respuesta.

—Creo que parecéis profesionales —dijo al fin; mientras Ruby pegaba gritos y daba saltitos por la sala, Jason le guiñó un ojo y ella se estremeció—. De verdad, yo... Es estupendo veros bailar juntos. Vais a estar geniales esta noche.

—¡Eso espero! Oye, Jason, creo que voy a aceptar ahora ese descanso que me propusiste antes y voy a aprovechar para hacer una llamada. ¡Os veo luego!

Chloe la vio moverse por la sala como un polvorín, y antes de marcharse se acercó para besar la mejilla de Jason mientras murmuraba un tierno «gracias».

Un incómodo retortijón se apoderó del estómago de Chloe al contemplar la escena; un tanto resentida, no pudo evitar preguntar:

—¿De qué iba eso?

Jason acortó la distancia que los separaba hasta que estuvo tan cerca que Chloe pudo apreciar las motitas verdes que se mezclaban con el azul de sus ojos. Estaba guapísimo aquella mañana, con un atuendo deportivo consistente en pantalones de chándal y camiseta de tirantes, ambos de color negro. Tenía los brazos cruzados a la altura del pecho, con los músculos tensos por la postura; la piel le brillaba bajo una fina capa de sudor y unos rebeldes mechones rubios amenazaban con caer sobre sus ojos. Estaba tremendo, y si

no apartaba la mirada de él, el cuerpo de Chloe amenazaba con convertirse en un charco frente a sus pies.

—¿Celosa? —preguntó él, con sus labios curvados en una sonrisa ladeada.

Como respuesta, Chloe levantó una ceja, y él, al verla, soltó una carcajada.

—Es una buena chica, no te preocupes —le aseguró él un minuto después—. Me pidió consejo sobre un asunto y yo le di mi opinión, nada más.

Chloe lo miró de arriba abajo, centrándose en la expresión de su rostro para decidir si lo creía o no.

—Ya... —murmuró; luego decidió cambiar de tema—. ¿Nervioso? Lo que he visto antes es genial, es... —Chloe levantó la barbilla y lo miró a los ojos—. ¿No has pensado en levantarla?

Esta vez fue el turno de Jason de alzar una ceja interrogante.

—¿Levantarla?

—Ya sabes —Chloe alzó el brazo que libre—. ¿Cómo se llaman esas cosas? ¿*Portés*?

Al ver su gesto divertido mientras intentaba que él la entendiera, Jason sonrió.

—Te refieres a unas elevaciones. Sabes que bailamos un chachachá, ¿verdad? —Chloe asintió al tiempo que inclinaba la cabeza como si la hubiera tomado por tonta—. No es un baile que se preste a las elevaciones y... No tienes ni idea de baile, ¿a que no?

—¿Culpable?

Jason no pudo aguantar la carcajada que le sobrevino. No recordaba la última vez que se había reído tanto, pero cuando estaba junto a Chloe sentía que no podía parar. Ella le divertía y le transmitía paz al mismo tiempo, lo calmaba por dentro, le devolvía la ilusión perdida. Por eso debía convencerla de que salir con él era buena idea.

Ignorando sus protestas, Jason le quitó los papeles que ella llevaba consigo, la tomó de la mano y la condujo al centro de la pista.

—¿Qué haces? Jason, quítame las manos de encima. ¡Intento trabajar, por lo que más quieras!

Él eligió no escucharla; sostuvo sus manos con firmeza y agitó los brazos en tensión de la chica.

—No puedes trabajar si no sabes qué estás haciendo.

—¡Claro que lo sé!

—No, no lo sabes. El chachachá es un baile latino; puedes moverte como

desees, pero hay que seguir siempre el paso base. Así.

Chloe se quedó inmóvil cuando Jason se colocó a su espalda. La posición era la misma en la que ella lo había visto antes con Ruby, le colocó las manos en las caderas para guiarla mientras le daba instrucciones.

Su aliento caliente le hizo cosquillas en el oído.

—Uno-dos, un-dos-tres. O, si lo prefieres, uno-dos, chachachá. Los chicos empezamos con el pie izquierdo y las chicas, con el derecho. ¿Chloe?

—¿Qué? —preguntó distraída. En lo único que podía pensar era en que Jason estaba pegado a su espalda.

—Si no despegas los pies del suelo, no puedo seguir enseñándote.

Ella sintió que se ruborizaba. Se había quedado embobada contemplando el reflejo de ambos en el espejo, al ver las manos de Jason sobre ella, la cercanía de su cuerpo, su voz hablándole en susurros...

—Lo siento, perdona.

Él sonrió sobre su sien.

—Deja de disculparte. Cierra los ojos y déjate llevar. Uno-dos, chachachá. Eso es, una vez más...

Era la primera vez que recibía clases de baile, y sentía que el corazón se le iba a salir por la boca. No había música, pero estaba segura de que sus latidos marcaban el ritmo que necesitaban seguir sus pies. Era divertido, era emocionante, era... excitante. Jason no podía imaginar el modo en que ella se sentía cuando estaba con él. Al parecer, iba camino de convertirse en un especialista en conseguir que ella quisiera más, mucho más de lo que nunca se había planteado.

—Da un paso adelante —susurró junto a su oreja—. Ahora vuelve al sitio, marca un-dos-tres sin avanzar y da un paso atrás. ¡Eso es! Casi lo tienes. Vamos a probarlo de nuevo.

Afianzando sus manos sobre las caderas de ella, Jason la instó a mecerlas al ritmo que él marcaba. El suave bamboleo de su trasero contra él le provocó un fogonazo de deseo que le recorrió el cuerpo y encendió su mirada. Chloe pareció sentirlo, y por miedo a caer, colocó sus propias manos sobre las de Jason, entrelazando sus dedos a los de él.

—Me da vergüenza —logró decir al fin; sentía la boca seca y el corazón, a punto de escapar de su pecho—. Nunca antes he hecho esto.

—Solo tienes que dejarte llevar —murmuró él con los labios pegados al lóbulo de su oreja—. Confía en mí. Yo te guiaré.

A regañadientes, permitió que Jason soltara una mano para hacerla girar hasta quedar de cara a él.

Chloe no se atrevía a mirarlo. Con la vista clavada en su pecho y la respiración agitada, se concentraba en sus pies, que se movían con libertad y cierta soltura sobre el suelo.

Utilizando un par de dedos, Jason la tomó de la barbilla y la instó a mirarlo a los ojos.

—Sal conmigo, Chloe.

Ella suspiró.

—No puedo.

—Sí que puedes —convino él con una sonrisa—. Todavía tengo que enseñarte el paso de mambo.

A su pesar, Chloe no pudo evitar reír.

—Casi me has convencido.

—Es un buen comienzo. —Soltando su barbilla, Jason le acarició la mejilla y apartó un mechón de pelo de su cara—. Solo una cena. Prometo portarme bien.

Ella desvió la vista, que acabó posada sobre su carpeta, que yacía en el suelo. La revista de cotilleos sobresalía entre las páginas del programa.

Suspirando, Chloe se apartó de él.

—Me gustaría, de verdad.

Chloe no se podía creer que hubiera dicho eso. Unas semanas atrás habría sido imposible que se planteara tener algo con Jason. Pero para liberarse de toda esa tensión que no la dejaba dormir debía que empezar por ser sincera consigo misma. Y Jason le gustaba. Había llegado a la conclusión de que una noche con él no había sido suficiente.

—¿Pero?

Chloe recogió sus pertenencias y le tendió a Jason el *magazine*.

—No quiero acabar como tu amigo. No quiero aparecer entre los cotilleos de una revista cuando seas famoso y que toda mi vida se convierta en un circo. Quiero que me tomen en serio.

Jason echó un vistazo a las fotografías que acompañaban el reportaje y resopló.

—Voy a cargarme a Mark. Escucha, Chloe: esto no significa que nos vaya a ocurrir a nosotros.

Ella se cruzó de brazos y levantó las cejas.

—¿Ah, no?

—Claro que no. Yo... Para empezar, podríamos tener una cita privada, en tu apartamento, por ejemplo. O en el mío. Mark y yo acabamos de pillarnos un piso en alquiler. —Al ver que ella estaba dispuesta a protestar, Jason le aclaró—: Te juro que me guardaré las manos en los bolsillos y el pajarito en su jaula. Tan solo quiero conocerte. Chloe, dime que no sientes esta conexión que hay entre nosotros y te dejaré en paz. Pero no me pidas que me aparte a un lado cuando creo que lo que hay entre tú y yo puede ser lo mejor que vaya a pasarme en la vida.

Chloe suspiró. No se llevó una mano al pecho porque todavía ejercía cierto control sobre sus emociones, pero vaya si había sentido aquel golpetazo directo al corazón que Jason le había asestado... ¿Por qué demonios tenía que ser él? No lo esperaba, era inadecuado... Pero él llevaba razón, y sabía que se arrepentiría si no le daba una oportunidad a lo que quiera que estuviera creciendo entre ellos.

—¿Hay algún plan del que debas hacerte cargo después del programa esta noche?

La sonrisa de Jason se ensanchó y la esperanza iluminó sus ojos.

—Creo que tengo una cita con una chica preciosa por la que empiezo a sentir cosas.

Ella se mordió el labio.

—Te enviaré un mensaje con mi dirección.

Él asintió, conforme, sin perder la sonrisa.

Chloe caminó hacia la puerta, contoneando las caderas tal y como Jason la había enseñado a hacer unos minutos atrás. Estaba a punto de marcharse cuando escuchó que la llamaba.

—No me digas que crees en los horóscopos.

Los ojos de Chloe se abrieron como platos al ver el interés con el que Jason leía la página que había marcado con una esquina doblada.

—¿Cuál es el tuyo? Quiero ver lo que nos augura para esta noche.

—Ni sueñes con que te lo voy a decir.

Él soltó una carcajada.

—Está bien, leeré el mío: «Aries: ¡Estás en racha! Buena semana en el ámbito profesional, gracias a lo cual lograrás alcanzar aquello que más deseas. En el terreno personal tal vez sea momento de arriesgarse con tu opuesto. ¿Quién te dice que no merece la pena? Vuestros encuentros íntimos

serán ardientes y apasionados desde la primera noche». —Jason le devolvió la revista—. No pinta nada mal. ¿Quieres ser mi opuesto y tener encuentros apasionados conmigo?

—¿Eres... eres Aries? —preguntó Chloe de forma entrecortada. Todo el mundo sabía que Cáncer y Aries estaban destinados a no entenderse jamás.

Lo suyo con Jason no había empezado y ya se iba a pique.

—No creerás en serio lo que dice, ¿verdad?

Ella tragó saliva mientras negaba con la cabeza.

—Yo... Creo que... Tengo que pensarlo. Buena suerte esta noche.

Jason ni siquiera pudo pensar en interponerse en su camino. Chloe se marchó tan rápido que, de haber parpadeado él, se lo hubiera perdido. ¿A qué había venido todo eso? Esperaba que Chloe no fuera una de esas chicas que creía a pies juntillas lo que decía el horóscopo, pero, de ser así, para él no supondría ningún problema aplicarse a fondo para convencerla de que él era perfecto para ella.

Sonrió al pensar en lo que le deparaba esa noche. Pensaba darlo todo en la pista y después continuar en el punto en el que lo había dejado con Chloe. Se había marcado como objetivo enseñarle a bailar, y él quería ser su único maestro.

12

THE GREATEST SHOW

Chloe jamás había visto un espectáculo como aquel. Mirara por donde mirase, no encontraba más que caras sonrientes y llenas de ilusión, focos que iluminaban cada rincón del plató, buena música en directo, un público entregado y ritmo. Sobre todo mucho ritmo.

Llevaba casi diez años viviendo en Los Ángeles, tratando de hacerse un hueco en el mundo televisivo, pero nunca había trabajado en un programa tan vibrante como aquel, tan lleno de luz, tan prometedor... Y también tan falso como *Shall we dance?* Al menos en cuanto a la dirección se refería, por supuesto.

La primera gala estaba siendo todo un éxito; la mayoría de las concursantes no sabían cómo moverse para que el público pensara que lo hacían como profesionales, las clases no eran una pantomima con las que entretener al espectador, los nervios del directo tampoco eran fingidos... Todo eso era real, pero Chloe sentía que en el fondo no estaba siendo honesta consigo misma ni con el público. Las participantes cobraban un sueldo de cuatro cifras cada semana por distraer a la audiencia, había presiones desde arriba para conservar en plantilla a la bailarina más popular y, por si no fuera suficiente, Roger insistía en que sería bueno para el programa que las chicas se enrollaran con sus profesores.

A propósito, ¿dónde demonios se había metido el hijo de Big?

Escondida entre bastidores con su inseparable carpeta apretada contra el pecho, Chloe contemplaba la coreografía de Jason y Ruby. Hasta el momento, era la pareja que mejor se movía sobre la pista; los aplausos no cesaban, al ritmo de los sonos del chachachá que interpretaban, y para cuando Jason se abrió la camisa negra que llevaba, un coro de gritos y exclamaciones excitadas llenó por completo el plató.

Al ver cómo Ruby le sonreía y posaba las manos sobre su torso desnudo mientras sus cuerpos se mecían pegados el uno al otro, Chloe experimentó una extraña sensación en la boca del estómago. No pudo sino identificar aquello como celos. Unos celos inesperados y muy molestos. Jason y ella

habían compartido un momento íntimo durante el ensayo de la tarde, e incluso habían programado una cita para esa misma noche una vez que terminara el programa, pero aún no eran nada. No habían definido qué tipo de relación les unía, y pensar en la posibilidad de empezar algo con él le daba vértigo al mismo tiempo que la entusiasmaba.

Mientras el público vitoreaba sus nombres y recibían la valoración del jurado, Chloe se obligó a continuar con el trabajo. Aún quedaban un par de parejas por bailar además del recuento final de votos y la posterior fiesta para celebrar la primera gala. Una fiesta a la que ella no pensaba asistir. Por suerte para sus nervios, no tuvo tiempo de pensar más en Jason. El tango que Mark y Lorelei bailaron puso en pie a la sala y transmitieron erotismo y sensualidad a la audiencia que los veía desde casa.

Recibieron centenares de llamadas, fueron tendencia en las redes, y al final de la noche Roger estaba eufórico. El *show* había sido un éxito. Todo había salido a pedir de boca, y Chloe sentía que necesitaba una copa, un baño caliente y una cama. Por ese orden. Pero le había dado a Jason su palabra de que se verían esa noche, y dado que no lo encontraba por ninguna parte, supuso que la estaría esperando en su apartamento. Él y Ruby no habían resultado vencedores aquella noche, pero Chloe no dudaba de que pronto lo serían. La química que desprendían era aplastante, algo que sin duda se notaba en la pista de baile.

—¿Has visto eso? ¡Todo el mundo habla de nosotros! —Un entusiasmado Roger irrumpió en su despacho mientras Chloe comprobaba el plan de trabajo de la siguiente semana—. ¡Es increíble, Chloe! ¡Lo he logrado!

Mientras guardaba su tableta electrónica en el bolso, Chloe levantó una ceja al escuchar su comentario.

—Dirás más bien que lo *hemos* logrado.

—¡Por supuesto! —se apresuró a decir Roger, ofendido por que hubiera puesto en duda lo orgulloso que se sentía del equipo—. Las chicas han estado fantásticas; los bailarines, sensacionales, el público lo ha dado todo y la audiencia... —Roger se dejó caer en el sofá que ocupaba un rincón de la sala—. Dios, la audiencia. Te juro que, si pudiera, me casaba con ella.

—Me alegra verte tan feliz, Roger.

Chloe estaba cansada, y lo último que necesitaba era oír los suspiros de regocijo de Roger mientras veía cómo sus pupilas se transformaban en el símbolo del dólar.

—¡Estoy eufórico! —Se puso en pie de un salto, y antes de que Chloe pudiera apartarse, le rodeó la cadera con un brazo—. Salgamos por ahí a celebrarlo.

No fue premeditado, Chloe lo aseguraría delante de cualquier juzgado popular, pero en su boca se formó tal gesto de repugnancia que la sonrisa desapareció del rostro de Roger.

—¿Qué?

Zafándose de sus manos, Chloe continuó recogiendo su mesa. Tenía prisa por irse. Jason la esperaba.

—Roger, ¿es que ni siquiera te importa que te llamara gusano esta mañana?

Vio, molesta, cómo Roger ponía los ojos en blanco mientras se metía las manos en los bolsillos del caro pantalón de su traje.

—Chloe, querida, estábamos todos muy nerviosos por el estreno. Si lo que te preocupa es que te ponga de patitas en la calle, descuida. Todavía no se me ha pasado por la cabeza.

Presas de la frustración, no pudo más que apretar los puños y soltar un gruñido que estaba segura de que contrarió a su jefe.

—Me largo —farfulló. Cogió su bolso y caminó con paso decidido hacia la puerta.

—¡Espera! —Roger intentó retenerla sin éxito, y Chloe fue testigo de cómo el pie de su jefe quedó atrapado bajo la alfombra, lo que le hizo tropezar. Estuvo a punto de besar las punteras de sus zapatos. Chloe realizó un enorme esfuerzo para no reírse—. ¿No te unes a la fiesta? Estará todo el equipo. —Y alzando las cejas añadió—: Incluidos los bailarines.

Chloe resopló, cansada de escuchar los comentarios machistas de aquel tipo.

—Buenas noches, Roger.

De camino hasta su coche, Chloe comprobó su teléfono móvil. Resopló al ver las numerosas llamadas perdidas de su madre, de sus hermanos e incluso de Sienna. Aun así sonrió al imaginarlos pegados a la pantalla del televisor, embobados con las actuaciones y, sobre todo, con los bailarines. Leyó además un mensaje de Jason en el que le decía que había pasado de sus compañeros y que la esperaba en su edificio.

Una estúpida sonrisa se formó en sus labios mientras conducía hasta casa. A pesar de que había madrugado, del intenso día de trabajo y de que había pasado con mucho la medianoche, Chloe se sentía más despierta que nunca,

expectante como estaba por encontrarse con Jason. Tal vez no ocurriera nada; tan solo habían quedado para charlar, conocerse un poco. ¿No era eso lo que hacían los amigos?

—¿A quién quiero engañar? —se reprendió a sí misma cuando enfiló su calle.

Ella no iba acostándose por ahí con sus amigos, ni le apetecía quitarles la ropa a tirones cada vez que se encontraba con ellos.

Solo con Jason.

Dejó su coche aparcado en su plaza de garaje y, puesto que Jason no le había dado la llave a Jason, salió a buscarlo al exterior. La misma sonrisa tonta asomó a sus labios cuando lo vio recostado sobre una moto, esperándola. Estaba guapísimo a la luz de las farolas. Aún llevaba el pelo húmedo tras la ducha que debía de haber tomado después del programa, y unos cuantos mechones rubios le acariciaban la frente; vestía vaqueros ajustados y una camiseta blanca con cuello de pico sobre una cazadora marrón de cuero desgastado.

—¿También eres motero? —preguntó Chloe sin perder la sonrisa, comiéndoselo con los ojos.

Él se incorporó y echó la vista hacia atrás para contemplar la estupenda Harley que le había servido de apoyo durante la media última hora.

—No me queda mal, ¿eh? Pero la verdad es que he venido dando un paseo. —Caminando hacia ella, Jason se detuvo cuando solo los separaban un par de palmos de distancia—. Tus unos vecinos muy pijos.

Chloe rio al escuchar sus palabras. Lo quisiera o no, debía reconocer que Jason sumaba puntos a su favor para conseguir colarse en su vida. Además, los hoyuelos que se le formaban en las mejillas al sonreír le provocaban temblor en las rodillas.

—¿Qué es eso que llevas ahí?

Él levantó la bolsa de plástico que sujetaba con una mano.

—Supuse que no habías cenado todavía. —Y encogiéndose de hombros, añadió—: Espero que tengas hambre.

Chloe se mordió el labio inferior mientras sentía cómo se derretía su corazón. ¿Cuándo fue la última vez que alguien se preocupó por que hubiera cenado? Además de Sienna y su madre, no recordaba que nadie más le hubiera llevado comida, la hubiera hecho reír sin pedir nada a cambio o hubiera conseguido que sus latidos se aceleraran. ¿Cómo podía un tipo como

Jason ser tan tierno y sexy al mismo tiempo?

Sobrecogida por el torbellino de emociones que estaba sintiendo, Chloe lo invitó a subir a su apartamento. Debido a lo tarde que era, ninguno de los dos dijo nada hasta que se encontraron en el interior de su piso. Era espacioso y estaba decorado con estilo, pero resultaba evidente que Chloe no pasaba muchas horas allí.

—Prácticamente solo vengo por aquí para dormir —le explicó mientras se dirigía hacia la cocina para coger una botella de vino, un par de copas y un puñado de servilletas—. Estoy en la cadena la mayor parte del tiempo, y como casi todos mis amigos viven aún en Colorado, no se me presentan muchas ocasiones de invitar a nadie a casa.

Chloe se quedó sin habla cuando, al volver al salón, vio que Jason se quitaba la cazadora, la dejaba sobre el respaldo de una silla y, con sus bíceps bien formados a la vista, señalaba el sofá que estaba a su lado.

—¿Puedo?

Ella sostuvo con más fuerza de la necesaria las dos copas que llevaba en la mano, y se recordó a sí misma cómo hablar antes de conseguir que surgiera algún sonido coherente de su garganta.

—Claro... claro —carraspeó—. Dime, ¿cuál es el menú de esta noche?

Tomando asiento a su lado a una distancia prudencial de él para evitar entrar en combustión espontánea, Chloe le vio sacar cajas de comida mexicana de la bolsa. Jason le explicó que, dado a que aún no sabían mucho el uno del otro, había pedido que le sirvieran un menú normal y otro vegetariano en caso de que ella no comiera carne.

—Como carne —le aseguró Chloe, y él respiró aliviado—. Ya sabes, trato de cuidarme un poco. Como todos, supongo. Pero prefiero una fajita rellena de carne a comer un montón de lechuga.

—Y es por eso que me gustas un poco más.

Jason le guiñó un ojo, y ella no pudo evitar sonrojarse.

Charlaron animadamente mientras cenaban, intentando conocerse un poco más sin que resultara una conversación forzada. Chloe quiso saber cuándo aprendió a bailar, quién lo había enseñado a moverse así y cómo terminó bailando en despedidas de solteras. Descubrió que Jason se mostraba mucho más cómodo hablando de la primera parte de la historia que del desenlace.

—Mi madre es la dueña de una escuela de baile en Dallas. De ahí el nombre de los «Dallas Boys» —comentó con una tímida sonrisa. A Chloe le pareció

ver un atisbo de sonrojo en sus mejillas, cubiertas por un poco de barba—. Es la mejor bailarina que he conocido nunca. La mejor —continuó—. Me enseñó a bailar cuando era un renacuajo. Todos los recuerdos que tengo de mi infancia están relacionados que ver con la música, la danza y con un montón de alumnos ruidosos que solían llenar la academia de mamá en sus buenos tiempos.

Chloe sonrió con él, y se sintió transportada a aquella academia de la que él hablaba; oyó las risas, las canciones, los pasos resonando por el suelo a medida que los bailarines se deslizaban por la pista... Y vio a un niño rubio imitando frente al espejo los movimientos de su madre.

—Me enseñó todos los bailes que sabía —prosiguió Jason—. Bailes de salón, algunos pasos de ballet... Cuando fui lo bastante mayor empecé a formarme por mi cuenta, ya sabes... —La miró con una sonrisa pícaro en los labios—. ¿Qué chico de quince años puede ligar con una chica bailando el merengue? Así que me propuse aprender los bailes de la calle.

—¿Cómo te metiste en el grupo? Con los chicos de la despedida, quiero decir.

Recostándose sobre los cojines del sofá, con un brazo tras la cabeza, Jason suspiró.

—Siempre quise ser bailarín y vivir de ello. Sabía que sería difícil, pero, aun así, estaba empeñado en conseguirlo. De cada seis *castings* que al que te presentas, solo te llaman para que hagas un trabajo, eso si tienes suerte. Bailar para esas chicas paga las facturas.

Esta vez fue Chloe la que suspiró. Había comprendido que para él no era fácil verse obligado a quitarse la ropa delante de un grupo de mujeres cada semana para ganarse la vida. Ese no era su sueño, pero lo llevaba lo mejor que podía, y ella no era quién para juzgarlo.

Jason le explicó que además de su empleo como bailarín-barra-*stripper* también trabajaba eventualmente en bodas, bautizos y comuniones como parte de una pareja de exhibición para animar a los invitados. Para él era un alivio bailar vestido.

Chloe se esforzaba por prestarle atención mientras él continuaba hablándole de su profesión, pero su mente llevaba formulándose una pregunta recurrente que no la dejaba concentrarse. Decidió que lo mejor era soltarlo sin más.

—¿Te has acostado con muchas clientas o yo soy la primera?

Tuvo la impresión de que Jason se quedaba momentáneamente congelado

en el sofá, casi como si su cerebro se esforzara por asimilar la pregunta.

—¿Qué?

—Ya sé que no soy nadie a quien debas darle explicaciones —continuó ella, nerviosa, frotándose las manos contra la falda que cubría sus muslos—. Pero siento la tensión entre nosotros aunque trate de convencerme de lo contrario, y, si todo esto va a llevarnos a alguna parte, creo que debería saber...

Incorporándose en el asiento, Jason se inclinó hacia ella y le colocó los dedos sobre los labios para acallarla.

—No me he acostado con ninguna otra chica que haya conocido en el trabajo —le aseguró él, apenas en un susurro—. Solo contigo.

La miraba tan intensamente a los ojos que Chloe no albergó duda alguna de que decía la verdad. Aliviada, soltó el aire que había estado guardándose en los pulmones.

—Tenía unas cuantas reglas al respecto que rompí cuanto te vi contoneándote delante de mí aquella noche.

Ella soltó una risita nerviosa.

—Por favor, no me lo recuerdes. No puedo creer que hiciera eso.

Jason sonrió, encantado de verla bajar sus defensas. Separando los dedos de su boca, le acunó la mejilla caliente en la palma de su mano.

—Hiciste mucho más que eso —murmuró, derramando el aliento sobre su rostro—. Me llevaste a la cama.

—Estabas tardando en decirlo.

Jason soltó una pequeña carcajada.

—Tú misma acabas de decir que hay tensión entre nosotros, y como espero que nuestra incipiente relación vaya un paso más allá... —Fingiéndolo que se subía unas inexistentes mangas, se acomodó en el sofá y dijo—: Quiero que me lo des todo esta noche.

Chloe lo miró boquiabierta. Un molesto pitido se instaló en sus oídos, y se olvidó incluso de respirar.

—¡¿Qué?! —preguntó alarmada.

Al verla descompuesta, Jason rompió a reír con ganas.

—Deberías haberte visto la cara —se carcajeó—. Tranquila, Chloe. Esta vez quiero hacer las cosas bien contigo.

—¡Pero quieres que te lo dé todo esta noche! —protestó ella.

—Me refería a un juego inocente. —Divertido, Jason procedió a explicarse

—: Se trata de decirme lo primero que se te pase por la cabeza, algo sobre ti, por absurdo que te parezca. Después yo haré lo mismo, y así los dos nos conoceremos mejor al final de la cita. ¿Preparada?

Sin estar convencida del todo, Chloe terminó asintiendo con la cabeza. Optó por descalzarse y subir las piernas al sofá para abrazárselas contra el pecho. Pensó que así estaba más segura.

—Empiezas tú —le indicó Jason—. Tranquila, Chloe. Nadie va a juzgarte.

—De acuerdo... —Humedeciéndose los labios, Chloe trató de pensar qué decir—. Me gusta la música *country*.

Tras su confesión, vio que Jason inflaba los carrillos y que reprimía allí el aire.

—¿Qué?

—No puedes decirlo en serio. —Jason rompió a reír—. ¿Te gusta el *country*?

—Pues sí. Me parece que tiene unas melodías preciosas y unas letras tan...

—Deprimentes —la interrumpió Jason.

—¡Eso no es verdad!

Al ver la indignación pintada en su rostro, las carcajadas de Jason fueron a más.

—La mayor parte de las veces es imposible entender lo que dicen —le aseguró Jason—. Con esas eses tan marcadas, la mandíbula hacia fuera y...

—¡Oh, cállate ya! —Al ver que Jason se esforzaba por imitar los gestos de los cantantes de *country* con el rostro, Chloe no pudo aguantar la risa—. Te toca. ¿Qué me escondes?

Jason habló sin más, soltando lo primero que se le vino a la cabeza.

—Me gusta cantar en la ducha.

—Todo el mundo canta en la ducha. Seguro que se te ocurre algo mejor.

—Pero yo finjo ser Elvis y hasta muevo las caderas como él. Mira.

Para demostrarlo, se puso en pie y ejecutó una perfecta imitación de la pelvis del cantante.

—¡Buen movimiento! A ver... No me gusta la comida china.

—Menos mal que he comprado en un mexicano esta noche... —Jason se aclaró la garganta antes de realizar su siguiente confesión—. Cada vez que veo *El rey león*, finjo que necesito que ir a mear en la escena de la estampida para que no me vean llorar por la muerte de Mufasa.

Chloe lo miró pasmada.

—¡Estás de coña!

—¿Qué puedo decir? Soy un sentimental. Tu turno.

—Canto en un coro de góspel desde que cumplí seis años.

Esta vez fue Jason quien se quedó con la boca abierta cuando la oyó cantar unos acordes del *Jesus loves me*, una canción religiosa.

—¡Amén, hermana! Creo que me acabo de enamorar del todo de ti.

Ella sonrió, pero, a cambio, sintió que sus mejillas se teñían de rojo. Jason debía estar de coña.

—Me sé todas las coreografías de las pelis de *Step up*.

—Eso querré verlo algún día.

—Tendrás que ganártelo, muñeca. —Guiñándole un ojo, Jason la apremió a seguir.

—¿Recuerdas aquel día en la playa cuando me pediste usar mi móvil y yo no te lo presté? Estaba sin blanca porque la noche anterior me la pasé hablando con una vidente venezolana. Quería preguntarle por mi carta astral, pero se me ocurrió pensar en lo oxidado que está mi español.

—¡Lo sabía! —Recostándose en el sofá, Jason se abrazó el abdomen, que le dolía de tanto reírse—. Sabía que eras una chica cósmica. Veamos qué más hay por ahí... ¡Ah, sí! Fui la pareja de baile de mi madre en mi graduación de primaria. Patético, lo sé. Te vuelve a tocar.

Mordiéndose los carrillos, Chloe se esforzó por pensar en algo ocurrente que confesar.

—Te estoy esperando...

Nada, no había nada. Su vida había sido tan condenadamente aburrida en los últimos años que no se le venía a la cabeza nada divertido que poder contarle.

—Venga, Chloe. Suéltalo ya.

No lo pensó. Simplemente lo dijo.

—Mi exnovio rompió conmigo para irse con otra cuando yo creía que estaba a punto de declarármeme.

Cuando vio la expresión seria del rostro de Jason, Chloe pensó que ahí se acababa el juego. Acababa de meter la pata, como venía siendo costumbre en ella últimamente. Estaba desentrenada con los hombres, carecía prácticamente de vida social. Tal vez no hubiera sido buena idea invitar a Jason a su casa después de todo.

—Chloe, yo...

«Definitivamente —se dijo—, no es buena idea hablar de tu ex en la primera cita con otro tío».

Chloe se levantó y empezó a recoger la mesa. Necesitaba tener las manos ocupadas, pues no era capaz de mirar a Jason a la cara y ver reflejadas en sus ojos la lástima y la compasión.

—No es necesario que digas nada —le aseguró fingiendo una sonrisa y caminando hacia la cocina—. Está todo bien, de verdad. Ni siquiera es algo reciente, y ya no me afecta. Además es muy tarde, y deberías...

No pudo acabar. Sintió los dedos de Jason cerrándose alrededor de su muñeca cuando la hizo girar hasta quedar apoyada en su duro pecho mientras sus labios tomaban posesión de los de ella.

Estaban calientes, eran suaves y ponían todo su afán en conseguir que ella separara los suyos para poder probar su sabor. Besaba tan bien que Chloe se olvidó de todo lo demás y con un hondo suspiro se rindió a él, dejando caer al suelo las sobras de la cena y deslizando los brazos alrededor de su cuello para atraerlo más hacia sí.

—¿Te han dicho alguna vez que hablas demasiado? —le susurró él sobre los labios justo antes de introducirle la lengua en la boca.

Ella gimió su nombre antes de perderse por completo en ese beso. Se puso de puntillas para facilitarle el acceso a su boca, y cuando Jason la rodeó con los brazos para pegarla cuanto pudo a su cuerpo, Chloe deseó que la tomara en volandas e hiciera con ella cuanto quisiera.

Jason en cambio la soltó demasiado pronto, no sin antes lamerle los labios para asegurarse de que ella conservaba su sabor.

—Tú y yo debemos tomarnos las cosas con calma después de la última vez —murmuró con la voz ronca por el deseo.

—¿Por qué? —se quejó ella en un ronroneo, resistiéndose a apartarse de él. Jason soltó una carcajada.

—Porque no quiero que pienses que me aprovecho de la situación y que solo me interesas para el sexo.

Ella se mordió los labios mojados por la saliva de Jason.

—No lo pienso —le aseguró a media voz—. Tan solo estoy desentrenada. Después de lo de Mike, yo...

Él le dio un beso para acallarla.

—Después de Mike estoy yo. Y me alegro de que se comportara como un capullo al decidir romper lo vuestro. Ha dejado lo mejor de Chloe para mí.

Y para que no le quedara ninguna duda, se aferró con las dos manos a sus nalgas, acercándola a su pelvis para que sintiera la dura evidencia de su excitación.

Chloe ahogó una exclamación en su garganta mientras notaba cómo crecía la humedad entre sus piernas.

Aquello le dio valor, y más atrevida que nunca, se lanzó a decir:

—Tú has traído la cena. ¿Te parece si yo pongo el postre?

Jason echó la cabeza hacia atrás para verla bien y asegurarse de que iba en serio su propuesta, de que no se arrepentiría más tarde.

—¿Estás segura?

Por toda respuesta, Chloe estampó su boca sobre la de él, enredando la lengua con la suya al tiempo que deslizaba una mano hasta su entrepierna y le apretaba el duro bulto con los dedos.

—¿Tú qué crees?

Con un gruñido gutural, Jason la tomó a horcajadas y, siguiendo las indicaciones de ella, la llevó hasta el dormitorio.

Esta vez se lo tomaron con calma, plenamente conscientes de quiénes eran, dónde estaban y sin una gota de alcohol en sus cuerpos. Besaron, lamieron y acariciaron cada porción de piel que iba quedando al descubierto. Cuando Chloe lo instó a que se tumbara sobre la cama para hacerse ella con el control, Jason supo que le gustaba mucho más la Chloe sobria, la que no tenía dudas de que lo quería para ella.

Gimió su nombre y sostuvo su corta melena rubia entre los dedos cuando ella lo tomó en la boca, saboreando con la lengua y mordisqueando su dura longitud como si él verdaderamente fuera el postre.

—Dijiste que estabas desentrenada... —murmuró él entre jadeos.

El sonido que salió de su garganta al liberar su erección consiguió que se pusiera aún más duro.

—Al verte he recordado cuánto me gusta hacerlo. ¿Quieres que pare?

Jason asintió con la cabeza, luego negó y volvió a asentir. Si seguía chupándolo de esa manera, no quedaría mucho de él para darle.

Clavándole los dedos en las caderas, invirtió las posiciones hasta que Chloe quedó tumbada bajo su cuerpo. Extendió un brazo para dar con los pantalones que habían arrojado al suelo y sacó un condón del interior de uno de los bolsillos. Mientras se protegía, no perdió de vista el rostro ruborizado de Chloe, sus labios separados jadeando, esperando por él. Un minuto después

entrelazó sus dedos a los de ella a la altura de su cabeza y, para provocar un poco más su deseo, utilizó la mano libre para sujetar su miembro alzado y conducirlo directo hasta su sexo.

Los dos gimieron al unísono cuando él se clavó en su interior, hasta el fondo, de una profunda estocada.

La mariposa que colgaba de su cuello volvió a quedar refugiada entre los pechos de ella, y Jason se concentró en esa erótica imagen, grabándola para siempre en su memoria.

No tardaron mucho en correrse. Ella estalló en mil pedazos, apretándolo en su interior, pronunciando su nombre entre jadeos una y otra vez. Él, al escucharla, siguió su propio camino hasta el clímax.

—¿Vas a quedarte esta vez? —logró pronunciar él, con la respiración entrecortada.

Chloe se giró entre sus brazos hasta acomodar la mejilla en su pecho.

—Aunque quisiera, creo que no podría irme.

13

MAN! I FEEL LIKE A WOMAN!

Recuperar su vida sexual había supuesto un punto de inflexión en el día a día de Chloe. Como las flores cuando se acerca la primavera, tenía la sensación de que estaba extendiendo sus pétalos para recibir el ansiado impacto de los rayos del sol. Se sentía fresca, despejada, como si hubiera despertado de un largo periodo de letargo. Como si su verdadero ser hubiera renacido.

Llevaba una semana acostándose con Jason cada noche, y ahora se arrepentía de no haber empezado antes. El sexo con él era increíble, apasionado, erótico, sensual y tan, tan placentero... Ella jamás lo había vivido de aquel modo ni se había encontrado a sí misma deseando que pasaran rápido las horas para estar de nuevo entre sus brazos y fundir su cuerpo con el de él. Jason sabía muy bien lo que se hacía, y también sabía qué teclas tocar en su cuerpo para conseguir que temblara de deseo a su lado.

Tenía que admitir además que no solo ansiaba la llegada de la noche para simplemente meterse en la cama con él. Jason también la divertía, siempre le sacaba una sonrisa, y casi sin que fuera consciente de ello había comenzado a abrirse a él, contándole pequeñas anécdotas de la mudanza a Los Ángeles o cómo ella y Sienna se habían convertido en amigas inseparables. Una parte de Chloe no quería confiar en él por temor a que volvieran a hacerle daño, pero cuando Jason la miraba, le sonreía o lo escuchaba decir cualquier comentario estúpido buscando que ella pusiera los ojos en blanco para después romper en carcajadas, le resultaba muy difícil no bajar sus defensas y entregar una parte que era solo suya al carismático bailarín.

Después de su ruptura con Michael, Chloe supo que le sería muy complicado confiar de nuevo en los hombres; es más, no estaba dispuesta a que le rompieran otra vez el corazón. De modo que se había volcado en lo único que se le daba moderadamente bien: el trabajo. Rodearse del género masculino única y exclusivamente en el entorno laboral. Nada de escauceos, nada de romances. No necesitaba a ningún hombre para ser completamente feliz.

Pero el tiempo pasó sin que ella fuera del todo consciente, y, al parecer,

había sanado parte de sus heridas y su resentimiento. ¿Sería capaz de dar un paso un poco más allá? Jason y ella tan solo llevaban viéndose una semana fuera del trabajo, su relación era puramente física y, por supuesto, no le había puesto ninguna etiqueta a lo que quiera que estuviera naciendo entre ellos. Era prematuro aventurarse a hablar de un romance, pero... Un trocito del corazón de Chloe se sentía preparado para albergar a Jason en su interior.

Además había que sumarle un plus a su «no-relación» con Jason, y es que incluso ella había notado un cambio notable en su humor. Se enfadaba mucho menos, se reía más y las jaquecas que venía sufriendo casi a diario en el trabajo casi se habían esfumado. Si hubiera sabido que mantener relaciones sexuales iba a mejorarle la vida, las habría practicado mucho antes.

No había parado en toda la mañana. yendo de un lado a otro dentro del complejo de sets de la cadena, supervisando los vídeos que emitirían en el siguiente programa y echando un vistazo a las nuevas coreografías que las concursantes trabajaban ya con sus bailarines. A pesar de que una de las participantes abandonaba la competición cada semana, las chicas parecían estar tomándose muy bien la ausencia de sus compañeras, aunque de momento tan solo se hubieran marchado dos de ellas. Al verlas derramar lágrimas de cocodrilo frente a la cámara, Chloe no podía evitar pensar en la hipocresía de aquel grupo de mujeres, pues sabía de primera mano que solían ponerse la zancadilla las unas a las otras. Cada una de ellas quería ser la mejor.

Decidida a tomarse unos minutos de descanso, pensó en dejarse caer por el estudio de Jason y tal vez hacerle compañía un rato, y, si estaba solo, a lo mejor robarle unos cuantos besos y otras tantas caricias. Ella misma se sorprendía de la necesidad constante que sentía de pasar tiempo con él. Era ridículo, pues hasta hacía unos días ni siquiera se planteaba darle una oportunidad al chico. Que se hubiera colado con tanta facilidad en su vida era alarmante, pero al mismo tiempo le transmitía una sensación de calma y bienestar a la que Chloe no estaba dispuesta a renunciar.

De camino a la sala de ensayo, Chloe buscó en la tableta electrónica que siempre llevaba consigo su página de astrología favorita y consultó así lo que su horóscopo le auguraba para los siete próximos días.

«Cáncer: Brillas con luz propia gracias a que Venus acompaña a tu signo. Debes cerrar viejas heridas para abrirte a la vida. El amor es importante para ti; no te lo niegues. Si lo quieres, lo encontrarás al alcance de la mano. Estás en racha en el

terreno profesional. Verás cómo tus ahorros crecen, pero no te confíes: no es oro todo lo que reluce».

Chloe puso los ojos en blanco. Seguía creyendo a pies juntillas lo que su carta astral vaticinaba para ella, pero todavía le molestaba que le recordaran la desastrosa vida amorosa que había tenido. Todo a su alrededor insistía en repetirle una y otra vez lo maravilloso que sería para ella si abriera su corazón a... ¿A quién? ¿A Jason? ¿Estaba preparada para permitirle entrar en él?

Tan pronto como el nombre del bailarín apareció por su mente, Chloe se apresuró a leer la columna de Aries.

«Aries: ¡Carpe diem! Estás de buen humor, y se te nota. Se están cumpliendo todos tus sueños, y debes disfrutar del momento, pero... Mantén los pies en la tierra, y, sobre todo, recuerda: para conseguir aquello que más deseas debes ser sincero. Resuelve tu pasado para poder centrarte en tu ansiado futuro».

—¿Qué narices significa eso?

Contrariada por el místico mensaje que predecía el signo de Jason, Chloe se rascó la cabeza con un lápiz para después utilizarlo para recogerse el pelo y apartárselo de la cara.

Confusa como estaba, entró en el estudio de baile con el ceño fruncido, más concentrada en el horóscopo que en la coreografía que la pareja que tenía delante de ella realizaba frente a sus ojos. Hasta que la aguda voz de Ruby la devolvió a la realidad y lo que vio la dejó con la boca abierta.

—Hagámoslo otra vez, Jason —exclamó la chica, animada. Sus mejillas estaban sonrosadas por el esfuerzo, y dado que tan solo llevaba puesto un sujetador deportivo, era fácil apreciar el brillo de su piel bajo una capa de sudor. Al verla, Chloe no pudo evitar pensar que incluso cansada y desaliñada la chica estaba preciosa—. ¿Estás preparado? ¡No puedo creer que vayamos a bailar esto!

Ajeno a su presencia, Jason pulsó un botón del mando del estéreo y la animada voz de Jennifer López cantando la canción *Follow the leader* inundó todo el espacio mientras ellos se movían al ritmo de la salsa.

Chloe vio cómo Jason se situaba a la espalda de Ruby, con las manos sobre las caderas de la joven y el rostro tan pegado a ella que sintió un molesto revoloteo en el estómago. Al empezar los primeros acordes de la música, los dos empezaron a moverse frente al espejo; Jason recorría el cuerpo a Ruby con las manos antes de que esta se inclinara hacia delante, adoptando la

posición de *twerking*, antes de que entrelazaran sus dedos y ella girara para quedar cara a cara con el bailarín.

Al ver la rapidez con la que se movían y la fluidez de sus gestos, Chloe pensó que parecían profesionales. Por supuesto Jason lo era, pero al ver cómo Ruby levantaba una de sus largas piernas en lateral mientras Jason la ayudaba a girar sobre su eje, Chloe se quedó sin habla. Luego la alzó en el aire, sujetándola entre las piernas mientras daba un par de vueltas con ella en brazos antes de volver a dejarla de pie. Con una sonrisa traviesa pintada en los labios, Ruby abrió la camisa que Jason tenía a medio abrochar para revelar su perfecto abdomen musculado. Instantes después, los dos adoptaron la posición original de baile y empezaron a marcar los pasos de salsa.

No tardaron más de treinta segundos en realizar toda esa secuencia de pasos, y Chloe se preguntó cómo era que aún no habían ganado ninguna gala: se compenetraban tan bien que parecía que llevaban toda la vida formando pareja artística. Una molesta vocecilla en su cabeza le recordó que ella jamás podría bailar de ese modo con él.

«Eres una negada para el baile», resonó la voz de su subconsciente. Ella jamás había tenido ritmo, aunque le encantaba contemplar cómo las parejas profesionales se deslizaban por la pista con tanta facilidad y con suma elegancia.

Al mirar a Jason no le cupo duda alguna de que llevaba la danza en la sangre, y al ver su cara sonriente supo que aquello era lo que hacía realmente feliz al chico, que no podría vivir sin bailar y que necesitaba una compañera que sintiera la misma pasión y entrega que él por lo su profesión.

«Alguien como Ruby, tal vez», volvió a molestarla aquella desagradable voz.

Ruby y Jason continuaban realizando su coreografía a unos metros de ella. Dando vueltas, enredando los brazos sin soltarse de las manos... Hubo un momento en el que Jason elevó a Ruby antes de que su menudo cuerpo rodara por encima de su hombro, y Chloe vio cómo la muchacha se abría de piernas sobre el suelo sin el menor atisbo de dolor por su parte. Impresionada, Chloe pensó que la chica tenía un don para aquello. Chloe. Si no ganaba la competición, sería una injusticia tremenda. Sin embargo, y a pesar de su enorme talento, Chloe se centró en Jason. El modo en que mecía las caderas, cómo se dejaba caer al suelo y su cuerpo oscilaba de forma provocadora... Quitaba el aliento verlo contonearse de esa manera.

Hacia el final, Jason se arrodilló a los pies de Ruby y deslizó ambas manos por el contorno del cuerpo de la joven, rozándole las curvas de los pechos, recorriéndole el estómago plano, las nalgas... Un dolor agudo asaltó el pecho de Chloe, que se vio obligada a apartar la vista, incapaz de seguir siendo testigo de cómo Jason tocaba a otra mujer que no era ella.

—Eso solo un baile, Chloe —se recordó a sí misma—. Cálmate, por el amor de Dios.

La guinda a una ejecución perfecta la puso el *porté* final. Tomando a Ruby de la cintura, Jason la levantó y la hizo girar dos veces en sentido contrario a las agujas del reloj. Cuando la canción terminó, Jason se quedó clavado en el sitio, con Ruby colgada de brazos y piernas a él en una pose digna de ser fotografiada.

—¡Bravo! ¡Impresionante, chicos! ¡Inmejorable! —A su espalda, Roger se acercaba a la pareja aplaudiendo encantado.

Chloe no sabía cuánto tiempo había pasado allí Roger, pues no lo había oído llegar, pero, a juzgar de su entusiasmo, su jefe logró ver lo suficiente de la coreografía, ya que no cabía duda de que estaba más que satisfecho con el resultado.

—Increíble —les dijo a medida que se les acercaba. Tomando las manos de una nerviosa Ruby, se las llevó hasta los labios para besárselas. La chica dio unos saltitos, emocionada por los halagos del jefe—. Esto es lo que el programa necesita. ¡Espectáculo! Una pareja con tanta química como vosotros no pasará desapercibida en la próxima gala. ¿No estás de acuerdo, Chloe?

Como si acabaran de sacarla de un trance, Chloe parpadeó varias veces seguidas cuando Roger pronunció su nombre. Cuando cruzó la mirada con la de Jason, se dio cuenta de que a pesar de que sus labios se curvaban hacia arriba en una sonrisa, también había algo de culpa en su mirada.

—Yo... eh... —Carraspeó, y dando un paso al frente, acercándose a ellos, logró decir—: Sí, por supuesto. Ha sido fabuloso, chicos. Brilláis sobre la pista.

Más palmadas y saltos entusiastas por parte de Ruby. Al parecer, a la chica le encantaban los piropos. Sabía que era buena, pero necesitaba oír constantemente lo satisfechos que estaban con su evolución.

—¡Todo es gracias a vosotros!

Pillándola desprevenida, Ruby se lanzó contra Chloe para abrazarla. Esta

última hizo malabares para no perder el equilibrio e intentar que su tableta electrónica no acabara estrellándose contra el suelo por la impulsividad de la chica. Por suerte, Jason utilizó sus buenos reflejos y le sostuvo la tableta mientras ella se resignaba al cariño de Ruby.

—Si no hubiera sido por ti, Chloe, jamás hubiera acabado formando pareja con Jason —continuó Ruby—. Es un gran maestro y un tío estupendo. Te estoy muy agradecida por esta oportunidad, de verdad. Ahora sé que Jason siempre estará presente en mi vida.

Al pronunciar eso último, Ruby soltó a Chloe y se dio la vuelta para sujetar la mano del bailarín. Los dos se sonrieron, y Chloe volvió a experimentar aquellas molestas punzadas en la base del estómago.

—No me cabe duda de que ganaréis la próxima gala, chicos —les aseguró Roger—. Y ahora, ¿qué tal si nos tomamos un descanso? Ruby, cielo, hay unos cuantos periodistas esperando para hacerte unas cuantas preguntas. ¿Te importaría acompañarme?

Después de recoger sus cosas, Ruby se marchó dando pequeños brincos mientras caminaba. Roger, en cambio, se giró hacia ellos cuando ya estaba en el umbral de la puerta y dijo:

—Me alegra comprobar que has incorporado mis sugerencias, Jason. —Y tras realizar un gesto de pistolas con las manos, añadió—: Sigue así.

Una vez solos, Chloe se quedó mirando a Jason con una ceja levantada.

—¿Qué ha querido decir?

Dándole la espalda, Jason caminó hacia el equipo de música para recoger el CD que había estado usando durante la clase.

—No es algo importante, no te preocupes.

Comprendiendo que le estaba dando evasivas y que ni siquiera la miraba a los ojos, Chloe optó por conservar su pose de productora seria. Se cruzó de brazos y con su voz más grave pronunció su nombre.

—Jason... —En el escaso tiempo que hacía que se conocían, Chloe había comprendido dos cosas sobre él: que a pesar de tener un aspecto intimidante gracias a su impresionante físico era un tipo divertido que siempre buscaba su sonrisa con cada uno de sus comentarios y que, además, Jason no sabía mentir.

—Roger se pasó por aquí hace unos días —acabó por decir.

—Y...

Jugueteeando con la tableta entre las manos, Jason suspiró.

—Me sugirió que... Bueno, en vista de que soy «un tío que está bastante bien», debería enseñar más mi cuerpo en las galas. Ya sabes... Poner un poco de picante y conseguir más votos y llamadas del público.

Por un momento Chloe se quedó paralizada, mientras que sus ojos vagaban libremente por la amplitud del torso que la camisa de Jason dejaba a la vista. Estaba tan bueno que la boca se le hacía agua con tan solo recordar el camino que su lengua recorrió sobre esos abdominales la noche anterior. Era imposible no fijarse en él, porque, siendo justos, Jason estaba cañón. Pero al escuchar el tono entre cansado y culpable que había utilizado Jason, Chloe supo que no le gustaba que una vez más lo utilizaran como mero objeto de entretenimiento.

—¿Me has oído, Chloe?

—¿Qué? —Sintiéndose pillada, se humedeció los labios y apartó la vista—. Sí, perdona. Me había distraído.

Ella miró fugazmente su cuerpo; Jason, al seguir la dirección que marcaba su mirada, no pudo evitar sonreír.

—Puedo imaginar con qué.

Chloe dejó caer los hombros en un suspiro y se acercó a él.

—Jason, lo siento. Sé que es injusto que Roger os trate a ti y al resto de chicos de esa manera. Tiene la absurda idea de que cuanto más buenos estéis y más desnudos os mostréis, más audiencia obtendrá el programa y más dinero ganará. Pero, créeme, lo que importa es vuestro trabajo, vuestros bailes.

Él resopló. Entendía que Chloe quisiera conseguir que se sintiera valorado, pero también sabía que Roger era un tipo de esos a los que solo les importaban los números, no las personas.

—Hablaré con él, te lo prometo.

—Eh, eh... —Acercándose a ella, Jason le acarició la mejilla y la boca con el pulgar—. Vengo del mundo de la noche, ¿recuerdas? Estoy acostumbrado a que me utilicen por mi cuerpo.

Ella frunció los labios en un amago de puchero.

—Yo no te utilizo por tu cuerpo —sintió la necesidad de decirle, asegurándole que no estaba usándolo para su propio disfrute—. Si te soy sincera, es una de las cosas que me hacían dudar al principio.

Él sonrió.

—¿Preferirías que estuviera entrado en carnes y lleno de verrugas?

Chloe le dio un manotazo en el duro bíceps y él rompió a reír. Normalmente un hombre como él, tan guapo como desconocido, tan profesional como desesperado por encontrar un buen trabajo, jamás se hubiera mezclado con una chica tan seria como Chloe, tan formal, tan convencida de lo que estaba bien y lo que representaba el mal. Pero ahí estaban. Jason entendía que Chloe aún se mostrara reticente con respecto a lo que estaba naciendo entre ellos, pero a medida que iba descubriendo más acerca de ella, que rascaba un poco más en cada una de sus capas y comprendía los motivos de sus dudas, él sentía que caía rendido un poco más ante ella. Era una mujer a la que uno no podía dejar pasar de largo, eso sin dudas.

—No seas idiota —lo regañó ella, ahogando una risa—. Quiero decir que estás demasiado bueno para mí y... Dime, ¿qué hago yo con un hombre como tú, eh?

Él levantó las cejas varias veces con un aire divertido.

—Creí que anoche en la ducha lo tenías bastante claro. Jamás olvidaré cómo te deslizabas desnuda hacía abajo para coger mi...

Chloe le tapó la boca con una mano antes de que pudiera seguir hablando. Sentía las mejillas a punto de estallar al recordar cómo, llevada por un impulso que no sabía muy bien de dónde había salido, le pareció buena idea frotar sus pechos contra la incipiente erección de él.

—Sacas lo peor de mí, Jason Wells.

Jason le mordió la mano que aún cubría sus labios y estalló en una ronca carcajada.

—Yo diría que te inspiro, señorita Mitchell. ¿Te hace repetir esta noche?

Las rodillas de Chloe temblaron ante la perspectiva de pasar más tiempo junto a Jason. Cuando lo miró a los ojos y vio la expresión risueña y traviesa pintada en su rostro, Chloe no pudo más que reír con él.

—Veamos qué tenemos por aquí.

Antes de poder arrebatársela, Jason estaba echándole un vistazo a la última web que Chloe había visitado en su tableta.

—¡El horóscopo! —exclamó Jason, divertido—. Sabía que creías en estas cosas.

—Jason... ¡Jason, devuélvemela!

Él realizó una perfecta finta digna de un jugador de baloncesto y apartó el aparato de su alcance.

—¿Qué dice el mío? ¿Lo has leído? Apuesto a que sí lo has hecho después de leer el tuyo, claro.

—¡Jason!

Él se movía por el suelo entarimado con la gracia del bailarín que era mientras Chloe intentaba no resbalar con sus tacones al mismo tiempo que luchaba por recuperar su tableta. No le daba vergüenza admitir que consultaba su carta astral de vez en cuando —al menos no se avergonzaba tanto como antes—, pero sí le daba pudor que Jason supiera que había echado un vistazo a su signo.

—*Carpe diem!* —voceó Jason por la sala—. Sabes lo que eso significa, ¿no? Tengo que disfrutar el momento contigo, muñeca.

Y, tras decirlo, le guiñó un ojo al más puro estilo de un seductor de cine. Llevándose las manos a las caderas, Chloe abrió mucho los ojos antes de volver a gritarle.

—¿Quieres hacer el favor de devolvérmela?!

—Todavía no. ¿Cuál es tu signo?

—¿Y a ti qué más te da? Ni siquiera te crees lo que pone.

—Yo no he dicho eso. —Sujetando el aparato en alto, hasta donde Chloe no podía alcanzarlo, la miró a los ojos—. Si me cuentas cuál es tu horóscopo, te prometo que te la devuelvo.

Ella resopló.

—Es Cáncer. ¿Satisfecho? ¿Podrías darme mi herramienta de trabajo, por favor?

Pero Jason ya estaba leyendo lo que la pitonisa de aquella web auguraba para ella.

—Aquí pone que tienes el amor al alcance de la mano. —Tendiéndole la tableta, se llevó una mano al pecho mientras sonreía—. ¿Debo darme por aludido?

—No seas idiota. —Por alguna razón, Chloe no era capaz de sostenerle la mirada—. También dice que mis ahorros crecerán, y aún lo estoy esperando.

«¿Desde cuándo eres tan escéptica?», le susurró la voz de su subconsciente. Chloe decidió no oírla por ahora.

—En cualquier caso —continuó—, no es un secreto que Aries y Cáncer son signos totalmente incompatibles.

Jason se encogió de hombros como si todo aquello le importara tres pimientos.

—Los polos opuestos se atraen, ¿no? ¿Quién te dice que no al final no termino siendo el hombre de tu vida?

«El hombre de tu vida».

Qué bien sonaba aquello, y qué miedo daba. Chloe no estaba preparada para pensar en eso. Necesitaba tiempo; apenas acababa de empezar a abrirse de nuevo al género masculino. Aún no estaba lista para ir tan lejos ni para hablar de sentimientos más profundos. Ella y Jason disfrutaban de su mutua compañía, se lo pasaban bien, él le gustaba y...

«Para el carro», se dijo. Tenía que serenarse y volver a respirar.

—Deja de decir tonterías —masculló al final—. Solo venía para proponerte que te hicieras unas fotos más profesionales, eso es todo.

Él la miró con una ceja arqueada.

—¿Qué les pasa a mis fotos?

Poniendo los ojos en blanco, Chloe buscó en el dispositivo el currículum que Jason les entregó unas semanas atrás.

—Fíjate bien, Jason. —Le señaló las imágenes que él había adjuntado—. Parece que te las ha hecho tu madre después de que te despertaras con resaca tras una noche de fiesta.

Jason enterró los dedos en su pelo despeinado. Después de haber estado bailando toda la mañana se sentía sucio, y cuando unas cuantas gotas de sudor le recorrieron las sienes, supo que necesitaba una ducha con urgencia. Por un instante Chloe se distrajo al admirar su sexy perfil sudoroso.

—Había pensado en llamar a un fotógrafo amigo mío, Jack Mason. ¿Lo conoces? —Jason negó con la cabeza—. Pero no está disponible. Ahora vive en Londres con Rose, su chica, y creo que acaba de montar su propio estudio junto a su suegro o algo así. El caso es que necesitamos fotos tuyas. Que se vea lo profesional que eres.

Un tanto confuso tras el discurso de la Chloe profesional, Jason tan solo acertó a asentir.

—Veré qué se me ocurre.

—Avísame si necesitas ayuda.

Él dijo que sí de nuevo con la cabeza y la detuvo colocándole las manos en las caderas antes de que ella pudiera buscar cualquier excusa para marcharse.

—¿Sabes? Cuando Roger estaba alabando la buena pareja que formamos Ruby y yo, me ha parecido notar que te molestaba.

Chloe se ruborizó al escucharlo. Que supiera que no le había sentado bien

verlos juntos era para ella casi humillante, porque eso quería decir que Jason le importaba más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Intentó ganar tiempo y restarle importancia apartándose el pelo de la cara de forma descuidada, pero recordó que se había recogido su corta melena rubia con un lápiz y que ya no quedaban mechones tras los que escudarse.

—No digas tonterías.

Él se mordió el labio inferior, divertido al verla fingir.

—¿Seguro que no te has puesto un poco celosa?

Chloe negó vehementemente con la cabeza.

—Porque no tienes motivos para estarlo. —Jason le quitó la tableta de las manos, la depositó en el suelo y después la instó girar de forma que los dos quedaron situados frente al espejo, él tras ella—. Además, si tú quisieras, también puedo ser tu profesor. ¿Te gustaría que te enseñara a bailar?

Chloe se estremeció al sentir la mano izquierda de Jason rozándole el costado a través de la blusa, y los pezones se le endurecieron bajo el sujetador cuando los labios de él le acariciaron el cuello al hablar.

—La salsa es un baile latino muy sensual, ¿sabes? Mece las caderas, cariño. Así, como lo hago yo.

Jason comenzó a trazar círculos con la pelvis, dejando caer el peso de una pierna a otra mientras golpeaba suavemente contra el trasero de ella. Chloe no entendía mucho de bailes latinos, pero estaba segura de que aquello que estaban haciendo no podría catalogarse como uno de ellos. Sin embargo, y a pesar de que se encontraban en el trabajo y de que cualquiera podría entrar y sorprenderlos, Chloe no pudo evitar relajarse entre sus brazos y disfrutar del momento.

—Espero que no bailes así en la próxima gala —murmuró; llevando los brazos hacia atrás, enredó los dedos en la nuca de Jason—. No me cabe duda de que darías el espectáculo.

—Y ganaré el programa.

La mano de Jason se deslizó adelante y se aferró a uno de los pechos de Chloe. Ella soltó un gemido y apretó las nalgas contra el bulto que comenzaba a frotarse contra ellas.

—Y ganarás el programa.

Humedeciéndose los labios, invitó a Jason a que los besara. Jadeó cuando sintió que él introducía la lengua y la enredaba a la suya. No se sentía ella misma comportándose de aquella manera, y, sin embargo, era la mejor

sensación que había experimentado en años. Si Jason quisiera tumbarla sobre el suelo, levantarle la falda e introducirse en su interior, ella no se lo impediría.

—Jason, tío, ¿has cogido tú los cincuenta pavos que tenía en mi... —Mark calló al instante al contemplar el tórrido espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos— cartera?

Separándose de inmediato al verse descubiertos, Chloe se recompuso la ropa y recuperó su dispositivo electrónico del suelo.

—¿Es que no sabes llamar? —le espetó Jason a su amigo.

Fingiendo un arrepentimiento que no sentía, Mark se encogió de hombros sin molestarse en disimular su sonrisa de niño malo.

—Yo mejor me voy. —Pasando junto a ellos veloz como un rayo, Chloe no logró reunir el valor suficiente para mirarlos a los ojos—. Os veo luego.

—Tranquila, Chloe —exclamó Mark para que la oyera desde la puerta—. Vuestro secreto está a salvo conmigo, tortolitos. ¿Qué?

Jason le lanzó a Mark una mirada reprobadora.

—La has asustado.

—¿Que yo la he asustado? —Mark simuló sentirse ofendido al llevarse una mano al pecho—. Tío, deberías pensártelo mejor antes de meterle mano a la jefa a la vista de todos. Pero, oye, ¡tú mismo!

Jason negó con la cabeza mientras se abotonaba la camisa que hasta entonces había llevado abierta.

—¿Qué quieres, Mark?

—Me han desaparecido cincuenta pavos de la cartera y quería saber si los habías cogido tú. Últimamente no hago más que perder cosas: las gafas de sol, el reproductor de música... Confiesa, me has estado robando, ¿eh, mamón?

—¿Y para qué iba a querer yo todo eso? —Mientras hablaban, Jason empezó a recoger sus cosas de la sala—. ¿Te has parado a pensar en que a lo mejor te lo has dejado en casa de Lorelei?

Mark y su pareja de baile habían estado tonteando desde el mismo momento en que se conocieron, y no era raro que su amigo pasara las noches en la mansión de la actriz en Sunset Boulevard.

—Hostia, puede que lleves razón. Le preguntaré luego a ver si va a resultar que el servicio tiene las manos largas. Por cierto, ¿quieres un consejo?

—No.

Mark cogió la gorra de los Boston Bruins y la colocó sobre la cabeza de su colega.

—No cagues donde comes.

—¿Qué?

Mark puso los ojos en blanco y resopló. A veces sentía que tenía que explicárselo todo.

—Me refiero a Chloe. Esa chica te importa, y no me vengas con que son impresiones mías, porque te juro que esta noche, mientras duermes, te meto una mano en un cuenco con agua. —Jason se puso serio, y lo amenazó con el dedo.

—No te atreverás. Hablo en serio, Mark. Otra vez no.

—Y yo hablo más en serio aún. —Tras darle un empujón de colega, Mark continuó con su discurso—: Si quieres que las cosas salgan bien con ella, no la cagues.

Jason resopló.

—¿Se lo has contado ya? —indagó Mark.

Su amigo le rehuyó la mirada.

—¡Lo sabía! ¿A qué esperas, tío? No me seas cobarde y échale un par de huevos.

—Todavía es pronto —se defendió Jason—. Lo haré, de verdad que lo haré. Pero será a mi manera, y tú —le advirtió— vas a mantener la boca cerrada. ¿Me has oído?

Mark levantó las manos en señal de rendición.

—Tú mismo, Jas. Pero te aconsejo que no esperes demasiado y que lo hagas antes de que las cosas se pongan serias con la chica.

¿Antes de que las cosas se pusieran serias? Sonrió con ironía, pues para él su relación con Chloe ya era seria.

—¿Nos tomamos unas birras? —propuso Mark—. Pago yo... si logro encontrar mis cincuenta pavos. Tú llevas dinero, ¿no? Solo por si acaso, ya sabes...

A su pesar, Jason no pudo evitar sonreír.

—Tengo dinero, sí.

—¡Cojonudo! —Rodeándole los hombros con su fuerte brazo, Mark condujo a su amigo a la salida—. ¿Sabes? A veces te veo tan colgado por Chloe que me sienta hasta mal. ¿Quién es esa tía y qué intenciones se trae entre manos para con mi chico? Te toca contármelo todo, colega. Llevarás

pasta suficiente para dos rondas, ¿no?

Jason pensó que esa era la verdadera amistad. Aquella que te hace ver las cosas como son por mucho que duelan. Podía ser que Mark fuera un capullo la mayor parte del tiempo, pero era leal, y Jason sabía que lo único que pretendía era su bienestar..., aunque su vocabulario no fuera siempre el más acertado.

14

LOOK WHAT YOU MADE ME DO

El sol estaba a punto de perderse tras el horizonte. Los colores amarillos, rojos y anaranjados del atardecer pintaban la arena de la playa de Malibú en la que se encontraban, otorgando al ambiente un aire casi místico que invitaba a relajarse y a soñar con el futuro. El mar, tan sereno que el suave vaivén de las olas reflejaba los tenues rayos de luz sobre el pelo de la chica que tenía entre los brazos, le aportaba una sensación de calma que hacía tiempo que Mark no experimentaba.

En ese preciso momento, en aquel lugar, estaba en paz consigo mismo. Sentados sobre la arena húmeda, con el agua lamiéndoles los pies, Mark acercó la nariz a la cabeza de la mujer a la que mantenía abrazada por la espalda y aspiró su aroma. Olía a cerezas, a la brisa del mar y a algo más que solo le pertenecía a ella y a nadie más.

—¿En qué estás pensando? —quiso saber ella.

A su espalda, Mark suspiró.

—En que probablemente sea el tío más jodidamente afortunado del mundo aquí contigo.

Ella se giró entre sus brazos y le sonrió, encantada. Los ojos almendrados de Sienna le transmitieron todo el amor que sentía por él y al que aún no habían puesto palabras, pero él sabía que estaba ahí. Porque él también había averiguado con cierta sorpresa que la quería.

«¡Qué cabrón podía llegar a ser el destino!», murmuró la voz de su subconsciente. Precisamente él, que no quería saber nada de enamoramientos, que juró no volver a entregar su corazón a ninguna mujer después de la última vez, estaba allí, a merced de Sienna y de lo que quisiera que la chica tuviera planeado para él. ¿Lo mejor de todo aquello? Mark estaba dispuesto a tirarse de un puente sin arnés si Sienna lo estaba esperando abajo. Ella era todo cuanto su maltrecho corazón anhelaba, pues lo había devuelto a la vida.

Con los labios pegados a los de él, Sienna murmuró:

—Nunca creí que llegaría el día en que te escuchara decir algo tan...

—¿Pasteloso? Porque, si te apetece, me guardo otras facetas que me muerdo

por enseñarte.

Mark ahogó la risita de Sienna con su boca, en un beso voraz y hambriento. La pasión se había desatado entre ellos desde el primer momento, cuando se conocieron, y ahora que estaban juntos ese deseo incrementaba día tras día.

Elevándola como si no pesara más que una pluma, giró con ella hasta tumbarla boca arriba sobre la arena, ocultándole la puesta de sol cuando se colocó encima de ella y la instó a que abriera las piernas para dejarle espacio. Era extraño que no hubiera nadie caminando por la playa, pero Mark no se habría detenido aunque una excursión de turistas hubiera estado fotografiando el escenario. Nada habría podido disuadirlo en su determinación de hacerle el amor a Sienna.

Cuando sintió la curiosa mano de ella adentrándose en el interior de sus pantalones y agarrándole la caliente longitud de su erección, Mark se escuchó a sí mismo gemir el nombre de Sienna.

—¿Qué? —oyó que preguntaba la femenina voz.

Si Sienna continuaba masturbándolo de aquella manera, no iba a durar mucho, y por nada del mundo quería perderse sentir la estrechez de su cuerpo aferrándolo con firmeza hasta alcanzar el clímax.

Notó unos labios posándose con delicadeza sobre la cabeza hinchada de su miembro; aquello era más de lo que Mark podía soportar.

—Sienna... —la previno. Tenía que apartarse de ella antes de que acabara por correrse.

—¿Quién demonios es esa Sienna? ¿Es que acaso sigues dormido o qué?

Mark se despertó de golpe, y cuando sus ojos lograron enfocar correctamente, se encontró con la cabellera rubia y despeinada de Lorelei a la altura de su regazo mientras una de sus manos de uñas afiladas le sujetaba el miembro semierecto. ¡Por Dios! ¿Qué demonios acababa de ocurrir? Hasta hacía un instante había notado la calidez del cuerpo de Sienna entre sus brazos, pero ahora...

Parpadeó varias veces para ubicarse del todo. Estaba en el recargado dormitorio de Lorelei, desnudo sobre las revueltas sábanas de su cama y con la boca de la actriz a escasos centímetros de hacerle una mamada. ¿Cómo narices había permitido que le sucediera eso?

Asqueado, se deshizo de las manos de Lorelei mientras se ponía en pie y buscaba su ropa por la desordenada habitación.

—¿Se puede saber qué mosca te ha picado? —le espetó la rubia mientras se

desperezaba sobre el colchón sin el más mínimo atisbo de pudor—. ¿En serio vas a irte así?

Lorelei lanzó una hambrienta mirada a su media erección, y, por primera vez en mucho tiempo, Mark experimentó un punzada de rechazo mezclada con pudor. Encontró los *boxers* encima de una lamparita Tiffany y cubrió su desnudez.

—Deberías haberme despertado —masculló, aún con la voz ronca—. Ya sabes que no me gusta quedarme toda la noche.

—Lo sé, lo sé. —Fingiéndolo un falso recato, Lorelei cogió un extremo de la sábana y ocultó uno solo de sus pechos—. Pero tu amiguito llevaba un rato apuntándome al trasero. Pensé que te apetecía jugar antes de desayunar.

Mark gruñó como respuesta mientras se cerraba la cremallera de los vaqueros y volvía del derecho su camiseta. Estaba de mal humor, estaba tenso, y ni siquiera un polvo mañanero conseguiría aliviar la angustia que cargaba dentro del pecho.

—La próxima vez, me avisas primero.

Para su sorpresa, Lorelei soltó una carcajada.

—¿Quién es esa tal Sienna, por el amor de Dios? —Abrazándose las piernas, Lorelei apoyó la mejilla sobre las rodillas—. ¿De repente te preocupa estar pegándosela conmigo?

—No tienes ni idea —bufó Mark.

No lograba recordar dónde había dejado las llaves del coche la noche anterior, ni tampoco qué había hecho con las gafas de sol que estaba seguro de llevar colgadas del cuello de la camiseta cuando se metieron en el dormitorio.

Le llegó la voz de Lorelei amortiguada por un bostezo.

—Es solo sexo. Nos lo pasamos bien, eso es todo. —Y con una sonrisita añadió—: Y si salimos en la prensa, mejor para mi caché. ¿Sabías que desde que publicaron esas fotos en las que me metías mano me han llamado para protagonizar dos películas? De repente es como si recordaran que sigo viva. Eres mi talismán de la suerte, Mark.

Ganas de vomitar. Eso fue lo que sintió Mark cuando la oyó hablar de aquel modo. Normalmente no le importaba que las mujeres lo utilizaran; él hacía lo mismo con ellas, pero, de algún modo, que Lorelei le confesara que no era más que su juguete, su mascota, lo ponía de un humor de perros.

—Bien por ti. Yo me largo.

Estaba a punto de cruzar el umbral de la puerta cuando la voz de Lorelei lo detuvo.

—¿Admites un consejo? En esta profesión los escrúpulos no valen de nada, Mark. Si quieres llegar a ser alguien, debes arrastrarte hasta conseguirlo, y si por el camino encuentras algo de diversión —Lorelei dejó caer teatralmente la sábana que cubría su desnudez—, no dudes en aprovecharla, cariño.

Con una mueca de fastidio, Mark se dio la vuelta sin dedicarle una segunda mirada.

—Te llamaré. —Fue todo lo que acertó a decir.

—Sé que lo harás.

Experimentó un desagradable dolor en la boca del estómago a medida que descendía las escaleras hasta el piso inferior. A pesar de la caída de su popularidad, Lorelei Bradford se negaba a abandonar Beverly Hills, uno de los barrios más populares y caros de todo Los Ángeles. Desafortunadamente para ella, la falta de ofertas sustanciosas de trabajo, las cancelaciones de sus contratos publicitarios y su mala fama entre los agentes de la zona le hacían imposible conservar una mansión en Bel-Air, por lo que a Lorelei no le había quedado otro remedio que tragarse su orgullo y alquilar una casita adosada alejada del bullicio de Sunset Boulevard.

—Es indignante que una actriz de mi categoría se vea obligada a vivir en estas condiciones —se había quejado Lorelei unos días atrás—. Al menos puedo decir que Harrison Ford viene a menudo a pedirme sal.

Al salir al exterior, Mark maldijo su mala cabeza por no recordar dónde había metido las gafas de sol. El sol de finales de marzo brillaba con fuerza sobre su cabeza, y él se sentía como si acabara de pasar por la peor de las resacas. Cuando giró la esquina alzó la mano para saludar al vecino de pelo cano que en aquel momento limpiaba con una manguera su todoterreno negro.

Al contrario que Lorelei, el protagonista de *Indiana Jones* no tenía inconveniente en residir en una de las estupendas casas de dos pisos y aspecto hogareño tan cercanas al famoso parque Griffith. Durante uno de los descansos que hacían de los ensayos, Mark había oído decir que Lorelei había intentado hacerse con la que un día fue la residencia de Marilyn Monroe, pero que los propietarios, al conocer la identidad de quien se interesaba por la vivienda, se habían negado en redondo. Por lo visto, pensó Mark, había cosas que ni siquiera el dinero o la fama podían comprar.

Dado lo apartado del lugar, Mark decidió tomar un taxi hasta el centro. Por fortuna, a aquella temprana hora el trayecto hasta el corazón de Los Ángeles no le llevó más de quince minutos. Nada más apearse del vehículo imaginó que si se veía rodeado del bullicio de la ciudad tal vez pudiera poner en orden sus ideas. Al cruzar Wilshire Boulevard y ver los conocidos toldos del hotel que aparece en la película *Pretty Woman*, Mark puso los ojos en blanco al pensar en lo irónico que era sentirse como Julia Roberts en el papel de Vivian, utilizada por su cuerpo sin que al resto del mundo le importara una mierda.

A él nunca le había molestado que las chicas lo usaran para el sexo. «Al menos, no en los cinco últimos años», se dijo. Acababa de cumplir los treinta y dos, se encontraba en plena forma, y más que preparado para satisfacer a las mujeres —siempre que estuvieran de acuerdo, por supuesto— y tomar cuanto ellas tuvieran a bien darle. Nunca se arrastraba por ellas, nunca daba más de lo que estaba dispuesto a ofrecer y jamás se obsesionaba con ninguna de ellas.

¿Qué demonios le pasaba entonces con Sienna? Había tenido un sueño que, al principio, no podía catalogar más que como romántico, y Mark sabía muy bien que por sus venas no corría ni una sola pizca de romanticismo. Ya no. Él no se abrazaba amorosamente a un cuerpo femenino, no pregonaba que su felicidad iba ligada a la de una mujer. ¿Por qué narices había hecho todo eso con Sienna en su subconsciente? ¡Por el amor de Dios! Le había faltado ponerse de rodillas y pedir su mano en matrimonio.

—Eso sí que no —se dijo a sí mismo—. Tras abandonar el famoso bulevar, Mark giró hacia la izquierda para bajar por Burton Way en dirección al apartamento que compartía con Jason—. Ni loco vuelvo a pensar en ponerme esa sogá al cuello.

En el sueño, después del momento moñas, pasó a ponerse cariñoso con Sienna. Muy cariñoso. Tanto que hasta se había empalmado como un jodido quinceañero en la litera de su cuarto. Había sido bochornoso... y frustrante al despertar y encontrarse a Lorelei ocupando el lugar en el que él deseaba que estuviera Sienna.

No entendía por qué no lograba sacarse a la testaruda chica de la cabeza. Era desquiciante, malhablada —aunque tenía que reconocer que cuando empezó a decirle guarradas en la cama durante la única noche que pasaron juntos lo había puesto a cien— y, ¡cojones!, estaba comprometida. Aunque,

por experiencia, Mark sabía que la promesa de una mujer valía muy poco en ese sentido. Debía encontrar la forma de eliminarla de su sistema.

La madera del suelo crujió como de costumbre nada más poner un pie en el apartamento de la avenida Croft que Jason y él tenían alquilado. Era tan condenadamente pequeño que podía recorrerlo de punta a punta en menos de cinco segundos, cronometrados. Constaba únicamente de dos habitaciones, un baño y un salón que compartía espacio con una diminuta cocina, pero a ellos les bastaba. A fin de cuentas, se pasaban casi todo el día ensayando las nuevas coreografías en la cadena, y al caer la noche, Jason solía largarse al piso de Chloe, y él... Cualquier cama era bienvenida si la dueña en cuestión merecía la pena.

Encontró a Jason sentado en el desvencijado sofá tratando de arreglar las conexiones del cable del portátil con el que él había tropezado el día anterior. Tras tirarse de cualquier modo en el sofá junto a su amigo, Mark subió los pies encima de la mesa y resopló.

—¿Todavía estás con eso? Ya te he dicho que te compraré uno nuevo... un día de estos.

Jason emitió un bufido y después rio. Mark era su mejor colega, pero a esas alturas sabía que no podía contar con él para arreglar los desaguisados que iba creando allí por donde pasaba.

—Eso dijiste del retrovisor de mi coche que te cargaste hace dos meses y del *brick* de zumo que te terminaste y dejaste vacío dentro de la nevera.

—¿Qué puedo decir? No soy un mal tío, pero soy despistado.

Jason no pudo evitar soltar una carcajada al escucharlo. La mariposa que llevaba colgada al cuello se meció con el vaivén de su risa mientras centraba sus esfuerzos en conseguir que los cables sueltos que sostenía se mantuvieran unidos.

—Pensaba que estarías en casa de la rubita. ¿Qué pasa, ya se ha cansado de ti?

Por el rabillo del ojo, Jason acertó a ver cómo la gatita que había adoptado un par de semanas atrás trepaba por la pierna de Mark hasta hacerse un ovillo sobre el pecho de su amigo, buscando sus mimos. Era tan pequeña que no sabía muy bien cómo lograba arreglárselas estando tantas horas sola. Al ver cómo la manaza de Mark acariciaba su suave pelaje, pensó que pronto tendría que llevársela a casa, a Dallas, donde su familia pudiera encargarse de ella.

—Su hermana ha venido a pasar un par de días, y Chloe quiere llevarla de

compras y enseñarle el plató. —Girándose hacia él, Jason frunció el entrecejo cuando reparó en el aspecto cansado de Mark—. ¿Y tú? ¿Por qué estás tan mustio?

—¿Qué dices? Yo no estoy mustio. Y me ofende que me compares con una planta.

—Lo que tú digas.

—Lo digo muy en serio.

—Te creo.

Sin añadir nada más, Jason volvió a centrarse en su tarea. Conocía a Mark desde hacía casi diez años, y sabía que cuando se cerraba en banda no había forma de mantener una conversación con él. Lo mejor era dejarlo a su aire, casi fingir indiferencia; tarde o temprano Mark siempre acudía a él en busca de consejo, y esa vez iba a ser más pronto que tarde.

Mark se incorporó; con cuidado colocó a la gatita dormida sobre uno de los cojines, apoyó los codos sobre las rodillas y empezó a frotarse las manos.

—¿Cómo te las apañas?

—Muy fácil. Tan solo pelo los cables y luego...

—Me refiero a lo tuyo con Chloe. Tío, con todo lo que has pasado, me pasma que estés aquí, tan tranquilo, sabiendo que te has liado con una tía a la que no conoces y que creas que vas en serio con ella.

—Voy en serio con ella —le aseguró.

—Sí, ya. Por eso todavía te guardas lo mejor de ti, ¿no, campeón? ¡No me jodas, Jas! Te lo estoy diciendo en serio.

Apartando a un lado las herramientas, Jason se limpió las manos sobre los muslos y se acomodó para mirar de frente a Mark. La mariposa que llevaba colgada al cuello osciló con el movimiento, lanzando destellos rosados en todas las direcciones.

—¿Qué es lo que te preocupa exactamente? —quiso saber—. ¿Que haya conocido a una chica y quiera estar con ella? ¿Que crea que lo que tenemos puede llegar a algo serio?

—No, yo... —Mark se pasó las manos por el oscuro pelo, despeinándose en todas las direcciones—. ¡Es que no lo pillo, tío! Os veis por primera vez en una despedida de soltera, echáis un par de polvos, te quedas pilladísimo por ella. Luego la pierdes, la vuelves a encontrar y la convences para que salga contigo. ¡Y hasta se os ve bien juntos! ¿Estamos locos o qué? ¿Por qué? ¿Por qué no te la sacaste de la cabeza?

Jason se esforzaba por entender lo que de verdad escondía el discurso de Mark. Mientras hablaba, su amigo se había puesto en pie y no dejaba de caminar de un lado a otro, mesándose de nuevo el cabello. Estaba nervioso, alterado. ¿Y todo por su relación con Chloe?

—A ver si lo he entendido... —Jason se sentó en el borde del sofá—. ¿Estás así porque no puedes sacarte de la cabeza a una mujer?

—¿Ahora eres alguna clase de adivino, estilo Houdini o algo así? —Mark se apoyó en la encimera con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Tu histeria te delata, tío.

—¡Yo no estoy histérico!

Jason se mordió los labios para no romper a reír a carcajadas. Le parecía de lo más irónico que un mujeriego como Mark estuviera así por una chica.

—Y supongo que es Sienna la causante de tus pesares.

Al escuchar el nombre, Mark soltó un bufido, pero al cabo de unos minutos se vino abajo y terminó tomando asiento junto a su colega.

—No puedo sacármela de la cabeza, Jas. Y me saca de quicio —matizó—. Ella me saca de quicio. Con su boquita contestona, su pose remilgada, su...

—¿Te has pillado?

—¡No! Sí. No... no lo sé. Y tú tienes la culpa.

Jason se llevó una mano al pecho, divertido.

—Me has descubierto. Susurro su nombre en tu oído mientras duermes a ver si así se te graba en el cerebro.

Mark chascó la lengua.

—Si no te pasearas por ahí, tan satisfecho contigo mismo, con esa sonrisita estúpida que se te pinta en la boca cada vez que estás con Chloe, no se me hubiera contagiado toda esa tontería del amor.

—¿Estás enamorado de Sienna, Mark?

—¡Y un cojón! —explotó—. No sé para qué se me ocurre contarte nada. —Recuperando sus llaves, Mark enfiló hacia la puerta—. Olvida todo lo que te he dicho, ¿de acuerdo?

Intentando no reírse, Jason asintió.

—¿Te vas?

—Tus vapores del amor me enferman.

No había terminado de bajar los escalones hasta la calle y Mark aún escuchaba las ruidosas carcajadas de Jason.

Le frustraba no haber encontrado una solución a su particular problema.

Sienna no podía convertirse en una obsesión. Él no la necesitaba. No necesitaba contar con una mujer en su vida que le demostrara amor y a quien ofrecerle no solo su fidelidad, sino también su corazón durante el resto de su vida.

Le tocaba mover ficha si quería acabar cuanto antes con aquella locura.

Mientras caminaba sin rumbo fijo tomó una decisión.

Tenía que volver a verla. A Sienna. Debía volver a encontrarse con ella.

15

OOPS!... I DID IT AGAIN

—Estoy jodido —murmuró Jason con la mandíbula apretada—. Estoy realmente jodido.

Cabreado como hacía tiempo que no lo estaba, Jason arrojó la revista contra la pared de espejos de la sala de ensayo.

Había decidido iniciar el lunes saliendo a correr por los alrededores de Beverly Grove cuando aún no habían empezado a despuntar las primeras luces del día en el horizonte. Multitud de camiones de reparto abarrotaban las aceras mientras descargaban su mercancía a las puertas de los infinitos comercios que inundaban la zona. A pesar de la temprana hora, el tráfico era ya moderadamente denso, y Jason tuvo que esquivar a varios grupos de trabajadores de los almacenes Bloomingdale's que esperaban, fumándose un cigarro, a que comenzara su turno.

A pesar de que Los Ángeles era la ciudad idónea para quien buscaba hacerse con una oportunidad en el mundo del espectáculo, Jason sabía que aquel no era su lugar. Demasiada gente, demasiadas prisas; todo era una locura, sin importar la hora del día. La noche anterior se había despertado de madrugada con el canto de una pareja de gorriones. ¡Ni siquiera los pájaros descansaban en Los Ángeles! Jason a menudo se encontraba añorando su hogar en Dallas.

Tal vez era el momento de hablarle a Chloe de su familia, puede que incluso de llevarla a Texas para que la conociera. ¿Sería eso dar un paso demasiado serio para ella? ¿Se asustaría?

—Solo hay una manera de comprobarlo —se dijo en voz alta.

No quería volver a fastidiarla, con Chloe no. Había puesto todas sus esperanzas e ilusiones para que esa vez saliera bien.

Aminoró su carrera cuando pasó junto a un estudio de baile un poco alejado del apartamento que compartía con Mark. El Beverly Hills Ballroom Dance Studio ofrecía clases de bailes de salón a niños desde los tres años de edad además de un bono especial para los adultos. Asimismo, en el cartel publicitario presumían de haber enviado a varios alumnos a algunos de los

campeonatos de danza más importantes del país.

Jason lanzó un hondo suspiro, sintiendo cómo el corazón se le aceleraba en el pecho, al pensar que aquello era justo lo que él aspiraba a conseguir algún día. Regentar su propia academia, enseñar a moverse a las nuevas generaciones. En definitiva, volver a disfrutar del baile.

Una llamada entrante en su teléfono móvil lo sacó de sus ensoñaciones. Su corazón, hasta el momento agitado, se congeló en el momento en el que escuchó la grave voz de Mark.

—Yo que tú compraba un ejemplar del *L. A. Gossips* —le sugirió—. Sales en portada, tío.

Preocupado, Jason entró en la primera tienda que encontró y fue directo a la sección de prensa. No le llevó mucho tiempo encontrar lo que buscaba: allí, junto a los periódicos del día, estaba él junto a Ruby en un extenso reportaje fotográfico que daba a entender que entre la actriz y el bailarín existía algo más que una relación profesional.

No tenía ni idea de cómo habían conseguido aquellas fotos, pero Jason llegó a la conclusión de que los *paparazzi* debían de haber estado siguiéndolos desde hacía varios días. Había fotos de ellos dos saliendo de la sala de ensayos, de él acompañándola al coche, de los dos dándose un abrazo de despedida; también de aquella vez que se cogieron un descanso para tomar algo y Ruby lo convenció para ir a comprar un par de zumos *detox* no muy lejos del West Hollywood. Los dos aparecían sonrientes en las fotografías, pero no había nada entre ellos que pudiera malinterpretarse. Tan solo eran un par de amigos que compartían confidencias y hablaban de trabajo. Eso era todo.

Sin embargo, estaba seguro de que Chloe no lo vería del mismo modo, y aquello lo destrozaba por dentro.

Antes de que comenzaran su relación, ella le había dejado muy claro que no quería rollos de ese tipo después de haber visto en esa misma revista cómo Mark le metía mano a Lorelei. Ella no quería formar parte de ese circo, y aunque Roger estaba encantado con esa promoción extra para el programa, Jason sabía que esa faceta de su jefe a Chloe le repugnaba. Necesitaba aclarar las cosas con ella enseguida, antes de que el rumor de su supuesta relación con Ruby llegara a sus oídos y de que ella viera las fotografías.

Tomó el primer taxi que encontró y puso rumbo a la cadena. Sin embargo, nada más llegar a los estudios, le dijeron que Chloe aún no había llegado.

Quien sí estaba allí era Ruby; se la veía tan preocupada como lo estaba él.

—Lo siento mucho, Jason —se disculpó una vez más—. No tenía ni idea de que nos seguían, y yo... Lamento de verdad que te veas metido en todo esto. Tú solo estabas siendo un buen amigo.

Jason se fijó en que Ruby estaba pálida y ojerosa. Su aniñado rostro parecía más frágil que de costumbre sin todo ese maquillaje que solía llevar. El corazón de Jason se enterneció al mirarla.

—No es culpa tuya —le aseguró.

—Lo sé, pero... Hablaré con Roger personalmente. No permitiré que esto afecte a tu carrera, ni a la mía, ni tampoco a la competición, y...

—Ruby, no te preocupes. Recuerda que somos algo más de lo que mostramos en televisión. Tenemos una vida; eso es lo que debemos proteger.

Lanzando un hondo suspiro, Ruby asintió y abandonó la sala de ensayo para reunirse con Roger y convencerlo de que no usara aquel reportaje para conseguir más audiencia a costa de ellos.

Harto de esperar, Jason arrojó la revista al suelo y decidió ir a buscar él mismo a Chloe para aclarar las cosas. A esas alturas, ella ya debería estar en su despacho o haciendo su ronda de control de las coreografías de esa semana. Lo quisiera o no, iban a hablar.

Se obligó a sí mismo a serenarse al llegar a su puerta. Su nombre estaba grabado en un letrero plateado, y Jason utilizó los nudillos para llamar. Sin embargo, no esperó a recibir una respuesta; entró sin más fingiendo una calma que en realidad no sentía.

Chloe estaba inclinada sobre su escritorio, con las manos apoyadas en la mesa, examinando unos papeles con aparente atención, puesto que llevaba puestas sus gafas de montura azul. Nada más verla y a pesar de su estado de nervios, Jason experimentó una punzada de deseo en el bajo vientre. Estaba preciosa, subida a aquellos elegantes zapatos de tacón, con una falda ceñida que marcaba sus curvas y una blusa blanca sin mangas que revelaba el inicio de unos pechos que a él le cortaban la respiración. Un lápiz le sujetaba el pelo en lo alto de la cabeza, y sus ojos azules lo taladraron durante el segundo y medio que se molestó en mirarlo.

—Estoy ocupada, Jason —murmuró, concentrada de nuevo en el trabajo—. Ahora no puedo perder el tiempo contigo.

—Tenemos que hablar —dijo él, firme, casi como si no la hubiera oído. Dándole un ligero toque con el pie a la puerta, la cerró tras de sí—. Ahora,

Chloe.

—Ya te he dicho que no puedo. Varias concursantes y otros tantos de tus compañeros se han quejado porque les han desaparecido varios objetos personales, algunos de valor. Como comprenderás, no puedo perder el tiempo escuchando tus excusas, así que te agradecería que te marcharas. Estoy segura de que todavía te queda mucho por enseñar a Ruby.

«Uau», pensó Jason. No sabía si estaba más enfadada que celosa o al revés. O puede que una mezcla de las dos cosas, lo que convertía a Chloe en una bomba a punto de explotar. Pero no podía culparla. Le había asegurado que se tomarían las cosas con calma, que no le haría daño, e inconscientemente sabía que le había hecho daño.

Echando un vistazo a la mesa de Chloe, Jason reparó en que su *tablet* estaba encendida y que en la pantalla aparecía la web de la revista del corazón que había publicado sus fotos con Ruby.

—Chloe... —suspiró—. Por favor, necesito que me escuches durante un minuto.

Tras quitarse las gafas, Chloe las dejó sobre el escritorio dando un golpe en la superficie.

—¿Y para qué, Jason? ¿Para que me digas que no es lo que parece?

—¡Es que no es lo que parece!

Chloe resopló, y un par de mechones sueltos le revolotearon sobre los ojos.

—Roger lleva toda la mañana felicitándome por haberte convencido para que te liaras con Ruby y permitieras que os sacaran unas fotos. Por lo visto, le están lloviendo las ofertas de no sé cuántas marcas para que Ruby, tú y él promocionéis no sé qué y no sé cuánto.

Con paso indeciso, Jason se acercó a ella. Chloe, al ver que su intención era sujetarla de la mano, se apartó hacia atrás.

—No me toques —siseó—. Dijiste que no lo permitirías. Que podía confiar en ti.

—Y puedes confiar en mí —le aseguró él, consciente de que su voz sonaba desesperada—. No tenía ni idea de que nos estaban siguiendo, Chloe. Dime que me crees, por favor. Entre Ruby y yo no hay nada.

Chloe levantó una ceja.

—Permíteme que lo ponga en duda. Os he visto en los ensayos, Jason. La complicidad que hay entre vosotros es...

—Admito que hay conexión —la interrumpió él—. Pero es solo porque

Ruby es una bailarina estupenda y porque resulta muy fácil trabajar con ella. Créeme, ella no es mi tipo.

Lanzando un gemido desesperado, Chloe abrió el cajón de su escritorio y sacó la caja de bombones que guardaba para los casos de emergencia. Y aquel, decidió, era uno de extrema urgencia. Agotada, se dejó caer en el sofá con la esperanza de que el chocolate calmara sus nervios.

—Pasáis muchas horas juntos —continuó ella como si no lo hubiera oído—. Es normal que entre vosotros surja algo.

—No ha surgido nada, te lo aseguro. Yo...

—Porque, ya ves —prosiguió Chloe—, no es la primera vez que me cambian por otra. Lo que me fastidia es que he vuelto a ser tan ingenua como para no darme cuenta de que me la estaban pegando de nuevo. ¡Y debería haberlo sabido!

—Chloe...

—Tantas risitas, tanto lanzarse a tus brazos a la más mínima oportunidad, tantos «¡Dios mío, Jason, ¡eres fantástico!»—. —Chloe trató de imitar la voz de Ruby, pero tenía la boca tan llena que acabó pareciéndose a un ogro enfurecido—. Debería haberlo visto venir.

A pesar del enfado y la preocupación que lo carcomían, Jason no pudo evitar encontrar divertida la escena que se desarrollaba frente a sus ojos. Una atractiva y elegante productora de televisión, tirada de cualquier modo en el sofá comiendo bombones mientras disertaba sobre el supuesto final de su relación.

—¿Puedo hablar, por favor?

—¿Para qué? —Chloe se incorporó ligeramente apoyándose en un codo—. Ruby es preciosa y joven. —«Más joven que yo», pensó—. Estoy más enfadada conmigo misma que contigo, porque me juré que no volvería a confiar en un hombre, y, sin embargo... —Suspiró—. Deberías habérmelo dicho, capullo.

—¿Ahora soy un capullo?

—Pues sí, y si lo que te preocupa es la posibilidad de perder tu empleo, te advierto de que...

—¡Por el amor de Dios!

Acercándose hasta el sofá, Jason le arrebató la caja de bombones y la hizo a un lado y tomó asiento junto a Chloe.

—¿Quieres escucharme de una vez? No hay nada entre Ruby y yo, ¿me

entiendes? Tan solo somos compañeros, y, sí, también amigos —le explicó—. La razón por la que hemos compartido tanto tiempo últimamente es porque Ruby estaba pasando un mal momento con su chico y necesitaba consejo.

Chloe parpadeó confundida. Hasta donde ella sabía, a la chica Disney no se le conocía ningún novio, pero siempre la acompañaban rumores de una supuesta relación con otros conocidos adolescentes de la factoría.

—¿Ruby tiene novio?

—¿Te sorprende? Llevan juntos desde el instituto, pero su representante no cree conveniente que sus fans lo sepan, porque puede perjudicar a su carrera. —Levantando una mano, Jason le limpió con los dedos una mancha de chocolate de la mejilla.

Chloe ni siquiera parpadeó.

—No lo sabía.

Jason se encogió de hombros, pero en lugar de apartar la mano, dejó que su pulgar acariciara los labios de la chica.

—Ruby me contó que su chico estaba preocupado por su relación ahora que su popularidad empezaba a crecer, y que se ponía celoso cada vez que la relacionaban con algún cantante o actor de moda. Yo solo intentaba aconsejarla, nada más. Chloe, no hay nada entre Ruby y yo. Tú eres la única para mí.

Cuando Chloe se humedeció los labios la punta de su lengua rozó los dedos de Jason. Lo vio contener la respiración y removerse en el asiento, igual que hacía cuando se excitaba. Y era por ella. Por nadie más.

—Pue... puede que me haya precipitado un poco —logró decir al fin.

Jason sonrió.

—Sabía que habías visto las fotos y que estabas enfadada.

—Yo no estaba...

—Estabas molesta —la cortó—. Y celosa. Y también dolida. Chloe... —Acunándole la mejilla en la palma de la mano, Jason pronunció su nombre en un susurro—. Te conozco lo suficiente, y sé todo lo que necesito sobre tu pasado como para comprender por qué has sacado una conclusión precipitada.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Debería —le aseguró él sin perder la sonrisa—. No quiero que dudes de mí, Chloe. No en esto, no con lo que existe entre nosotros. Para mí es serio,

cariño. ¿Y para ti?

Ella tragó un par de veces, de repente alterada. ¿Qué podía decirle? ¿Sería capaz de mentirle al afirmar que no lo echaba de menos cuando no estaba con ella? ¿Que no deseaba pasar todas las noches a su lado y despertarse sintiendo su respiración a su espalda? Después de lo de Mike se juró a sí misma que no volvería a caer rendida ante un hombre, pero Jason se lo había puesto muy difícil.

—Para mí también —logró decir al fin—. Puede que necesite un poco de tiempo para adaptarme, pero quiero estar contigo.

A Jason el corazón le dio una voltereta dentro del pecho cuando la escuchó pronunciar aquellas palabras. Sabía que se estaba enamorando de una chica con un caparazón difícil de atravesar, pero que Chloe acabara de confesarle que estaba dispuesta a apostar por su relación le hacía sentir el hombre más feliz de la tierra. Pensó entonces que lo que tenían era importante. Ya era hora de que empezaran a conocerse de verdad.

Colocándole una mano en la nuca y la otra en la cintura, Jason la atrajo hacia sí y estampó su boca contra la suya. Chloe apenas pudo reaccionar; tan solo acertó a separar los labios y permitir la intrusión de la lengua de Jason.

Mientras le mordisqueaba los labios pensó que Jason besaba como nadie. Era ardiente, apasionado, pero a la vez tierno y sensual. Jason no dudaba a la hora de poner en palabras lo que sentía por ella, pero también sabía expresarlo con sus besos y caricias.

Chloe dejó caer la cabeza hacia atrás cuando la mano que Jason tenía en su cadera ascendió hasta su pecho y lo apretó entre los dedos de forma suave pero firme.

—Jason...

Era consciente de que estaban en el trabajo, pero todo parecía pasar a un segundo plano para ella cuando Jason la tocaba.

Él se apartó lo justo para mirarla a los ojos. Al ver sus labios entreabiertos, hinchados por sus besos, sonrió con malicia cuando le pellizcó un pezón y ella gimió su nombre.

—Solo un poco más —jadeó él sobre su boca entreabierta—. Ha sido nuestra primera pelea. Tenemos que hacer las paces.

Chloe quiso protestar, pero él volvió a besarla, enredándole la lengua y apoderándose del todo de su boca.

Chloe sintió que él le abría los primeros botones de la blusa y que le

descubría una de las copas de su sujetador blanco de encaje; siempre se había sentido un poco acomplejada por el tamaño de su pecho, pero al ver la devoción con la que Jason la admiraba, apartando la tela para liberar el rosado pezón, se sintió tan perfecta como él la veía.

—Preciosa... —susurró.

Él inclinó la cabeza y besó con reverencia el rosado montículo. Chloe enredó los dedos en su rubia cabellera y lo instó a que permaneciera besándola un poco más.

—Debemos parar —logró decir entre jadeos—. Cualquiera puede entrar y vernos así.

Jason levantó la cabeza y se lamió los labios mientras sonreía.

—¿Y no te parece excitante?

Ella soltó una carcajada. A regañadientes y sintiendo la protesta de su húmeda entrepierna, Chloe consiguió reunir fuerzas para apartarlo hacia atrás.

—Luego —le prometió al tiempo que se cubría de nuevo el pecho—. Puedes venir a casa si quieres y enseñarme, no sé..., tal vez unos cuantos pasos de baile.

—Lo estoy deseando.

Jason se puso en pie para recolocarse la incipiente erección que se marcaba bajo los pantalones de su chándal justo en el momento en el que se abría la puerta y Mark aparecía tras ella.

—Me han dicho que Jason estaba aquí y... —Al reparar en el bulto que marcaba la bragueta de su amigo y en las mejillas ruborizadas que delataban a Chloe, Mark comprendió que acababa de pillarlos en un momento íntimo—. ¡Joder, tíos! La próxima vez, molestaos en correr el pestillo.

Chloe y Jason intercambiaron una mirada cómplice. «Pillados», resonó en la cabeza de Chloe, y mientras ella recuperaba la compostura y volvía a colocarse tras su escritorio, dejó que Jason se ocupara de su amigo.

—¿Qué narices quieres, Mark?

—Veo que ya habéis hecho las paces, tortolitos —bromeó en un tono socarrón—. Me alegro por vosotros, pero no vengo a verte a ti, Casanova, sino a Chloe.

Sorprendida, Chloe se llevó una mano al pecho. Desde que el inicio del programa Mark siempre había mantenido las distancias con ella, e incluso llegó a mostrarse de un modo protector con Jason.

—¿A mí? Está bien. Si hay algo en lo que pueda ayudarte, yo...

—Desde luego que hay algo en lo que me puedes ayudar. —Sentándose en la silla que quedaba frente a Chloe, disparó la bomba—: Necesito que me des el teléfono y la dirección de tu amiguita.

—¿De Sienna? —Chloe parpadeó confundida—. ¿Para qué ibas a querer tú saber todo eso? Te recuerdo que la última vez que os visteis casi llegasteis a las manos.

—Eso es cosa de tu amiga y mía. —Mark se giró para pedirle a su colega que le echara un cable—. Díselo tú, tío. Dile que necesito verla.

Con los brazos en jarras, Jason puso los ojos en blanco.

—Tiene razón, Chloe. Me parece que esos dos deben poner en orden lo que quiera que haya pasado entre ellos. Pero de un modo civilizado, ¿estamos?

Mark levantó las manos en señal de paz.

—Entonces, qué, rubita. ¿Me los das o no?

Titubeante, Chloe terminó por escribir el teléfono de Sienna en un papel.

—Esta es la dirección de la tienda en la que trabaja —le indicó Chloe tras entregarle el papel—. Si te doy la de su apartamento y Rob está con ella, no saldría nada bueno de allí.

—Cojonudo.

—Sé amable, Mark —le pidió Chloe—. Hace unos días que no hablamos, y estoy preocupada por ella.

—No hay problema. —Poniéndose en pie, Mark felicitó a su colega colocándole la mano en la espalda y le guiñó un ojo antes de marcharse—. Ya puedes entrar a matar, campeón.

El portazo que Mark dio ahogó las carcajadas de Jason.

—¿Es siempre así? —preguntó Chloe.

—Hoy está de buen humor. —Sentándose en el filo de la mesa, Jason le quitó el lápiz que le sujetaba el pelo y disfrutó viéndolo caer sobre su rostro—. ¿Tienes planes a la vista este fin de semana?

—Pensaba pasarlo contigo, pero si vas a estar ocupado...

Él sonrió, encantado.

—¿Te apetecería acompañarme a casa? He prometido que los llevaría a la gata y, además, mi familia está deseando conocerte.

Los ojos de Chloe se abrieron como platos por la sorpresa.

—¿Le has hablado a tu familia de mí?

—Claro, ¿tú no?

Ella arrugó la nariz en una mueca.

—Bueno... Se lo he contado a mi hermana, y estoy segura de que gracias a ella a estas alturas ya lo sabe mi madre y medio Denver. ¿Eso cuenta?

—Yo diría que sí. —Inclinándose hacia delante, Jason le dio un beso rápido en los labios—. ¿Qué me dices? ¿Lo hacemos oficial?

Chloe no se dio la oportunidad de pensárselo dos veces. Al mirar a Jason y redescubrir ese verde que salpicaba sus ojos azules, supo que volvía a estar preparada.

—De acuerdo. Que sea oficial —accedió, entrelazando los dedos a los de él—. ¿Crees que les gustaré?

Él le acunó las mejillas y pegó su frente a la de ella.

—Van a caer rendidos a tus pies. Igual que lo he hecho yo.

16

KATHY'S SONG

—¡Madre mía, qué calor!

Cambiándose de mano el trasportín de la gatita, Chloe intentó quitarse la chaqueta que había llevado durante el vuelo, pero solo consiguió deshacerse de una manga. Con los brazos ocupados y el sudor recorriéndole el cuerpo, aún pudo lanzarle una mirada asesina a Jason cuando lo escuchó reírse.

—¿Te parece divertido? ¡Me estoy asando!

—¡Bienvenida a Dallas en primavera! —exclamó él, divertido—. Tan pronto te asas como te cae un aguacero. Espera, dame un segundo y te ayudo.

Haciendo malabares con la cazadora, la gata y el bolso de viaje, Chloe se las apañó hasta que vio a Jason lanzar las maletas a la parte trasera de una vieja *pickup* de color azul que, aunque limpia y de aparente buen aspecto, había conocido tiempos mejores.

—Deja que te coja eso.

Solícito, Jason tomó el equipaje y la cabina del animal, liberando a Chloe para que pudiera refrescarse. Era la primera vez que la veía sin la habitual ropa elegante que utilizaba en el trabajo, y la verdad era que el cambio no podía gustarle más. Vestía unos cómodos pantalones vaqueros, zapatillas de deporte y una camiseta blanca con el logo de Guns & Roses bajo la chaqueta que acababa de quitarse. Llevaba la media melena rubia ligeramente ondulada y sujeta en la parte alta de la cabeza por unas modernas gafas de sol y ni una pizca de maquillaje en el rostro. Cuando sus ojos se encontraron, el corazón de Jason dio un vuelco en su pecho. Era preciosa, y estaba loco por ella.

—¿Siempre dejas la camioneta en el aparcamiento del aeropuerto? Debe de costarte una fortuna.

—Claro que no. —Mientras Chloe ocupaba su lugar en el asiento del copiloto, Jason acomodó a la gatita a su lado; después de eso él se acomodó tras el volante—. Mi madre suele traer la *pickup* hasta aquí la noche antes de que aterrice mi vuelo. Cosas de madre. —Le sonrió—. ¿Estás preparada?

¿Que si estaba preparada? Las náuseas no habían abandonado a Chloe

durante las tres horas que duraba el trayecto entre Los Ángeles y Dallas. ¡Iba a conocer a los padres de un chico con el que apenas llevaba saliendo un mes! ¡Se había vuelto completamente loca! Recordó que en el tiempo que duró su noviazgo con Michael llegó a posponer el momento de encontrarse con su familia tanto como pudo. Prefería estar segura de que su relación era lo suficientemente sólida como para dar ese paso. En cambio, con Jason estaba a punto de lanzarse a la piscina. ¡Y ni siquiera sabía si había agua en ella!

Jason debió de notar su incertidumbre, puesto que se giró hacia ella y le colocó las manos sobre las suyas para darle un reconfortante apretón.

—Ey, escúchame. —Al comprobar que continuaba con la cabeza gacha, le sostuvo la barbilla entre los dedos y la instó a que lo mirara a los ojos—. Van a adorarte, Chloe. Deja de preocuparte.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Tú y yo apenas nos conocemos, y ahora fíjate dónde estamos: a punto de presentarme a tus padres, y yo...

—A mi madre —la corrigió él—. Mi padre hace tiempo que se largó. —Se apresuró a acariciar con los dedos los labios de Chloe al ver que esta, sorprendida por la revelación, se disponía a hablar—. Es una historia muy larga, pero te prometo que te la contaré, ¿de acuerdo?

Aturdida, Chloe tan solo acertó a asentir. Quiso decir algo más, pero su teléfono móvil vibró con insistencia en el interior de su bolso justo cuando Jason giró la llave en el contacto y arrancó la *pickup*.

—¡Vaya! —exclamó Chloe, asombrada.

—¿Buenas noticias?

Jason la miró un segundo antes de volver su atención a la carretera; Chloe sonreía mientras se mordía una uña.

—No estoy muy segura. Es un mensaje de Sienna —le explicó, alzando sus cejas—. Quiere que le pase el número de teléfono de Mark, y me pide que no pregunte nada al respecto.

Al oírla, Jason golpeó el volante, riendo a carcajadas.

—¡Te lo dije! Esos dos están hechos el uno para el otro.

Guardándose el teléfono en el bolsillo de los vaqueros, Chloe resopló inquieta.

—Solo espero que esta vez se comporten. ¿Crees que debería preocuparme?

—Eh... —Sujetando el volante con una mano, Jason extendió el otro brazo para acariciarle la rodilla—. Este fin de semana es nuestro. Nada de preocupaciones.

—Pero...

—Son adultos, Chloe. Se las arreglarán.

Chloe no estaba tan segura, pero al final consiguió relajarse durante los escasos cuarenta minutos que duró el trayecto hasta el hogar de Jason. A Chloe el camino por la autopista le pareció eterno; no veía más que kilómetros y kilómetros, coches que transitaban en dirección contraria y algún conglomerado de edificios diseminados a ambos lados de la carretera. El paisaje mejoró algo a medida que se acercaban al centro de Dallas; se volvió urbanita, con altos edificios, largas avenidas y gente caminando de aquí para allá.

Un cartel verde con letras blancas les dio la bienvenida al vecindario de Pleasant Grove, y solo cuando Jason le colocó una mano sobre las piernas, Chloe se dio cuenta de que no había dejado de moverlas desde el último cuarto de hora.

—Relájate, Chloe. No van a comerte —murmuró con su sensual voz ronca—. Además, ya es tarde para echarse atrás. Hemos llegado.

Jason estacionó el coche junto a una señal de *stop* al final de la calle Algoquin. Cuando Chloe miró por la ventanilla, sus ojos se toparon con una pequeña casa de dos plantas de estructura cuadrangular. Las envejecidas lamas de la fachada otrora fueron blancas, y ahora lucían un desgastado color amarillo; un par de sillas de jardín flanqueaban la entrada principal, y junto a esta se situaban las puertas de un garaje tan pequeño que Chloe dudaba que cupieran dos bicicletas a la vez. Las dos ventanas del piso superior conservaban los postigos originales de la vivienda, pero lo que a Chloe le llamó la atención fueron las guirnaldas navideñas y las calabazas decorativas de Halloween que convivían en armonía adornando el reducido jardín delantero. La voz de Jason cerca de su oído la sacó de su estado de abstracción.

—Este es el lugar donde crecí —murmuró.

Al girarse, Chloe juraría haber atisbado cierto brillo de disculpa en los ojos de Jason por haberla llevado a un sitio que ella debía de considerar humilde. El corazón de Chloe estalló dentro de su pecho en una sensación tan extraña como reveladora: estaba enamorándose de él. Con las emociones a flor de piel y a punto de confesarle sus sentimientos, Chloe se aferró al asa del trasportín de la gatita, pero Jason la detuvo.

—Escucha, Chloe —prosiguió—. Hay algo que debo decirte antes de que

entremos. Algo importante sobre mí, sobre mi vida, y... Verás, yo...

Justo antes de poder continuar con su confesión, se escuchó el chirrido metálico de una puerta al abrirse y la voz aguda de una niña que gritaba el nombre de Jason.

—¡Has venido, has venido, has venido!

Bajándose de un brinco de la *pickup*, Jason recibió el impacto de un torbellino rubio que colisionó directamente contra su torso, y se dejó estrechar entre sus brazos.

Sin entender nada, Chloe sostuvo el trasportín al tiempo que se apeaba de la camioneta. A sus pies, sobre el descuidado césped del jardín, Jason se revolcaba con la pequeña intrusa. Los dos parecían encantados de verse, y las risas, las cosquillas y las pedorretas que ambos se dedicaban resonaban por toda la calle.

—Te dije que vendría, ¿no? —escuchó decir a Jason.

La pequeña, subida a horcajadas sobre él, se apartó el pelo de la cara. Era tan rubio como el de aquel personaje de Disney que convertía en hielo todo lo que tocaba.

—También me has dicho muchas veces que no me crea nada que no pueda ver —protestó la niña—. ¡Te he echado millones de menos!

—Y yo a ti, renacuajo. —Rodeando su menudo cuerpo con un brazo, Jason la levantó en volandas y juntos dieron un par de vueltas sobre el descuidado césped hasta que él se la subió sobre un hombro como si no fuera más que un saco—. Y esta vez me acompaña una amiga. ¿Quieres conocerla?

Los curiosos ojos de la cría se centraron entonces en Chloe, que permanecía inmóvil junto a la *pickup*.

Dejándola en el suelo, Jason colocó las manos sobre sus pequeños hombros, y mientras miraba a Chloe fijamente dijo:

—Chloe, esta es Kathy. Kathy, te presento a mi amiga Chloe.

Mientras se obligaba a forzar una sonrisa, Chloe pensó que la pequeña no debía de tener más de siete años. Vestía unos pantalones cortos, una camiseta con el escudo del Capitán América y le faltaban los cuatro dientes delanteros. El pánico se instaló en el estómago de Chloe al reparar en el parecido que la niña guardaba con Jason.

—Yo... —¿Qué se suponía que debía decir ahora? No podía montar una escena delante de una cría. Así que hizo lo único que le pareció civilizado en aquel momento—. Encantada de conocerte, Kathy.

Kathy miró con extrañeza la mano que Chloe le tendía. Alzó la cabeza hacia Jason, y cuando este asintió, ella se encogió de hombros y estrechó con sus dedos la palma sudorosa de su nueva amiga.

—¿Qué llevas ahí, Chloe? —preguntó Kathy con su inocente frescura. Jason se agachó a su lado y le recogió tras las orejas su despeinada cabellera.

—Ya sabes lo que siempre dice la abuela cuando visitas a alguien por primera vez, ¿verdad?

Kathy asintió sin titubear.

—Que nunca hay que presentarse con las manos vacías. —La boca mellada de Kathy se abrió de impresión—. ¿Me has traído un regalo?

Divertido, Jason se puso en pie y se acercó a Chloe. Cuando colocó una mano en la parte baja de su espalda, la sintió ponerse rígida y retroceder, apartándose así de su contacto.

—¿Por qué no le enseñas a Kathy lo que has traído?

Chloe se fijó entonces en que la voz de Jason había perdido todo rastro de diversión. Debía de haber notado su incomodidad; para ser sinceros, ella misma estaba realizando enormes esfuerzos por no echarse a llorar, pero no quería asustar a la niña.

Con dedos temblorosos, Chloe abrió la portezuela del trasportín y extrajo la peluda bolita de pelo negro y blanco que era la gatita.

—Espero que te guste, Kathy.

Los enormes ojos azules de Kathy brillaron de emoción cuando Chloe depositó al animal en sus pequeñas manos.

—¿Para mí de verdad? ¿Un gatito? ¡Gracias, gracias!

A Chloe la pilló desprevenida el abrazo que la niña le dio. Con la carita apretada a su cadera, Chloe creyó escucharla decir que era «la mejor» justo antes de salir corriendo en dirección a la casa.

—¡Abu, Abu! —gritaba una exaltada Kathy—. ¡Me han regalado un gatito!

Chloe tuvo reflejos suficientes para lograr apartarse antes de que Jason pudiera tocarla.

—Chloe, yo...

—¿Era eso lo que estabas a punto de decirme antes de bajar del coche? ¿Que eras padre una hija?

—Yo no...

—¡Os esperaba más tarde, chicos!

Una mujer delgada de cabello rizado y cobrizo caminaba a ellos mientras se

quitaba unos guantes de horno. Era la versión femenina de Jason, de modo que Chloe dedujo que debía de ser su madre. Sin embargo, cuando la mujer se acercó lo suficiente, Chloe pensó que era tan joven que no le extrañaría si Jason le dijera que era su hermana, o, visto lo visto, hasta su hija.

—Tú debes de ser Chloe. —La mujer le dedicó una cálida sonrisa—. He oído hablar muchísimo de ti en las últimas semanas.

—Chloe, esta es Abigail Wells —anunció Jason—. Mi madre.

La mujer agitó los guantes en el aire.

—Déjate de formalismos, Jason, por el amor de Dios. Llámame Abby, por favor. ¿Por qué no pasáis dentro? Debéis de estar cansados tras el viaje. Habéis llegado justo a tiempo: la lasaña está casi lista.

—Yo... no puedo.

Madre e hijo se giraron para ver a Chloe negando con la cabeza una y otra vez. Su pálido gesto había perdido la expresión y unas repentinas lágrimas se habían instalado tras sus ojos; las manos le temblaban, le costaba respirar. Si no se marchaba de allí, iba a terminar por explotar delante de unos completos desconocidos.

—¿Chloe? —Jason quiso acercarse a ella, abrazarla contra su pecho, pero una dura mirada por parte de Chloe le dio a entender que no era bien recibido.

—Necesito estar sola, por favor. Yo... —Suspiró—. Simplemente, ahora no puedo.

Tenía que largarse de allí, no sabía adónde, pero debía poner distancia para aclarar sus ideas.

Con el corazón en un puño, Jason la vio marchar calle abajo, con su corta melena ondeando bajo la suave brisa primaveral, sintiendo que la perdía a medida que se alejaba.

El dolor en el pecho quedó mitigado momentáneamente por el golpe que su madre le dio en la nuca.

—Déjame adivinar: no le habías hablado de Kathy y se ha llevado una sorpresa al verla.

Jason hundió los hombros tras dar un profundo suspiro.

—¿Aprenderé alguna vez a no cagarla, mamá? Con ella necesito que salga bien. Necesito que salga bien porque sé que es *ella*.

Al verlo tan abatido, Abby se apiadó de él como solo una madre puede hacer con un hijo. Rodeando con un brazo las anchas espaldas de Jason, lo

instó a seguirla al interior de la casa.

—Dale tiempo, chaval. Chloe debe procesar todo lo que ha visto, y tú tienes que meter gasolina en ese cuerpo tuyo. —Con un par de golpecitos en sus duros abdominales, Abby consiguió arrancar a su hijo una tímida sonrisa—. Después irás a buscarla.

—Pero...

—Hazle caso a tu madre. Chloe no se irá a ninguna parte, no sin hablar contigo.

Por fortuna para Chloe, la madre de Jason vivía en una zona lo suficientemente apartada del bullicio de la ciudad como para que ella pudiera pasar unos momentos a solas. No sabía adónde se dirigía ni le importaba; lo único que quería era perder de vista a Jason. ¿Cómo podía haberle mentado de aquella manera? ¿Acaso pensó que ser padre de una niña no era algo lo suficientemente importante como para habérselo contado?

Caminó calle abajo, sin rumbo fijo; no había tráfico ni tampoco una sola alma con la que cruzar sus pasos. Chloe tan solo se encontró una hilera de casas diseminadas por la acera de su derecha y un enorme edificio que, supuso, debía de ser una escuela. A juzgar por los coches antiguos y las viviendas pequeñas y de aspecto modesto, Chloe supo que el barrio de Pleasant Grove se encontraba en una de las zonas menos afortunadas de Dallas. No eran pobres ni vivían en la miseria, pero la apariencia humilde y sencilla de sus construcciones y de las gentes que allí habitaban hablaban por sí solas del nivel de renta de sus residentes.

Pensó que Jason debió de haber luchado mucho hasta conseguir convertirse en bailarín profesional. Pero aquello no lo eximía de la culpa por haberle ocultado la existencia de Kathy. No habían llegado aún a hablarlo abiertamente, pero a ojos de todo el mundo y de ella misma eran una pareja. «Y las parejas se cuentan las cosas», se dijo.

Le dolía más el hecho de que le hubiera ocultado una información tan importante como aquella que el que Jason fuera padre soltero. No era capaz de deshacer el lío en el que se había visto envuelta, la cabeza le iba a estallar y se sentía en mitad de un laberinto, incapaz de encontrar una salida.

—¡Espera, Chloe!

La voz de Jason resonó a su espalda. Mientras deslizaba los dedos por las

altas rejas del colegio, Chloe escuchó el ruido de las pisadas de él al correr, tratando de darle alcance. Ella no quería que la siguiera, pero sabía que no le quedaba otra alternativa.

Detuvo sus pasos frente a la reja cerrada del edificio principal y ni siquiera se molestó en mirar cuando Jason llegó hasta ella y resopló, inclinado hacia delante con las manos en sus muslos.

—¿Adónde ibas?

Ella simplemente se encogió de hombros.

—No quiero hablar contigo.

Aquella simple y serena respuesta provocó que Jason se irguiera. Al fijarse en su rostro no encontró ni rastro de las lágrimas que él había esperado encontrar, y aquello le preocupó. Le había hecho daño, y se sentía miserable por ello.

—Escucha, Chloe. Yo...

—¿Era eso lo que estabas a punto de decirme en el coche antes de que Kathy apareciera? —lo interrumpió ella. No lo miraba; con los dedos sujetos a la valla metálica, Chloe examinaba las ventanas del colegio—. ¿Por qué no me dijiste antes que Kathy existía?

Y entonces, al escucharla, como si hubiera recibido un mazazo en pleno pecho, Jason lo entendió todo. Obligándola a soltarse del enrejado, la tomó de las manos y, no sin dificultad, buscó sus ojos con los suyos.

—Mírame, Chloe. —Ella rehuía su contacto—. No, mírame. Necesito que me mires a los ojos mientras escuchas lo que estoy a punto de decirte. —Con un hondo suspiro, Jason se tragó el nudo que se había formado en su garganta—. Kathy no es hija mía. No es mía, Chloe.

Ella arrugó el entrecejo, impactada por lo que acababa de oír, al mismo tiempo que se resistía a dar crédito a su confesión.

—Mientes otra vez —le espetó ella en un tono seco—. ¿Creías que no lo entendería? ¿Que huiría de ti? Todos tenemos un pasado, Jason. Bien conoces el mío, y sabes cuánto me cuesta a veces abrirme a ti, confiar en ti.

—Lo sé, lo sé. —Las manos le sudaban bajo el contacto con las de ellas; se le resbalaban, y Jason no podía permitir que aquello sucediera—. Sé que debí decírtelo, pero necesito que comprendas bien esto. Kathy es la hija de Leslie; es la hija de mi hermana.

—¿Qué? —Los labios de Chloe temblaban, lo que la llevó a mordérselos para evitar echarse a llorar.

—Ven, sentémonos. Deja que te cuente toda la historia.

Entrelazando sus dedos a los de ella, Jason la condujo al borde de la calzada y se sentó a su lado sobre la acera, todo sin soltarle las manos.

—Leslie era ocho minutos mayor que yo —comenzó Jason—. Éramos mellizos, y, desde que puedo recordar, siempre estuvimos muy unidos. Ella y yo. —Sonrió con nostalgia—. Incluso nos unimos todavía más si eso era posible cuando nuestro padre se largó. Creo que no éramos mucho mayores que Kathy ahora —le explicó, sabiendo que eso era lo que Chloe quería preguntar—. Lo hacíamos todo juntos, hasta volver loca a mi madre. Sin embargo, durante el último año de instituto Leslie cambió; empezó a relacionarse con gente poco recomendable. Esas malas amistades fueron a más, y yo debí haberme dado cuenta, pero estaba tan centrado en convertirme en bailarín, en uno de los buenos, que no lo vi venir.

El verde que salpicaba los ojos azules de Jason se oscureció bajo los recuerdos del pasado, y Chloe contempló el brillo emocionado de su mirada mientras continuaba con su relato.

—La perdimos. Un día se marchó y no volvimos a saber nada de ella hasta varios años después, cuando recibimos la llamada del *sheriff* de Sacramento para pedirnos que la recogiéramos del calabozo en el que había pasado un par de días. Estaba colocada, Chloe. Y lo peor: colocada y embarazada. Tan delgada, tan demacrada que no se parecía en nada a la hermana que yo conocía.

—Oh, Jason...

—La trajimos a casa, la lavamos, la alimentamos... Y a la mañana siguiente descubrimos que se había largado. La siguiente vez que la vi fue cuando me llamaron para reconocer su cadáver en el depósito. —Una lágrima solitaria recorrió la mejilla de Jason. Con el corazón roto en dos mitades, Chloe le limpió el rostro con los dedos.

—¿Sobredosis?

Jason asintió.

—¿Qué pasó con Kathy?

—La encontraron sola, llorando y muerta de hambre en el motel donde Leslie vivía con un hombre. Tenía solo siete meses.

—Dios mío...

—El Estado le entregó la custodia a mi madre, y desde entonces la hemos criado los dos juntos. Es una niña feliz, Chloe. No existe nada que no daría

por ella.

Comprendiendo el dolor que debía de sentir Jason, Chloe olvidó su enfado, sus rencores, sus miedos. La vida de Jason no había sido fácil; ahora entendía su temor a hablarle de Kathy.

—Siento no haberte hablado de ella. —Tomándola de la mano, Jason se la llevó a los labios y la besó en el interior de la muñeca—. Me daba miedo que te apartaras de mí. Eres la primera mujer a la que le cuento todo esto. La primera que quiero que conozca cada parte de mí, incluidas mis miserias.

Apoyando su frente en la de Jason, Chloe suspiró. Permanecieron así varios minutos, en silencio, permitiendo que sus dolores, sus penas y sus temores conversaran dejando que se comprendieran para poder así sanar juntos.

—Se parece a ti —murmuró a ella al cabo de un tiempo.

Aquel comentario le arrancó una sonrisa.

—Ese pequeño diablillo... Mi vida entera se reducía a una niña de siete años. Todo lo que hago es por ella.

—Lo entiendo.

—Hasta que tú llegaste —continuó Jason—. Ahora las dos sois las que movéis mi mundo, y yo bailo al ritmo que vosotras marcáis.

¿Cómo no iba a enamorarse de él? Abrazándolo con todas sus fuerzas, lo mantuvo pegado a ella mientras sus bocas se fundían en un beso tan apasionado como cargado de amor.

—Me encantará pasar este fin de semana conociendo a tu familia, Jason —dijo al fin.

—¿Estás segura?

Ella, sonriente y con los ojos brillantes de emoción, asintió sin dudar.

De vuelta a la casa, Chloe se sentía más ligera que nunca, como si al fin hubiera encontrado el lugar correcto que le correspondía ocupar. Kathy jugaba en el salón, junto a la ventana, con la pequeña gatita, que se movía de un lado a otro con paso tambaleante. Al ver a Jason sentado en el sofá con una mano extendida mientras le acariciaba el pelo a su sobrina, su corazón se derritió.

—Todavía no tiene nombre —se quejó Kathy—. Deberíamos ponerle uno.

Arrodillándose a su lado, Chloe deslizó los dedos por el suave pelaje del animal.

—¿Cómo te gustaría que se llamara?

Kathy se encogió de hombros.

—Me gusta tu nombre, Chloe, pero sería un poco difícil saber a quién llamamos cuando tú estés aquí.

—Bien pensado.

Kathy se incorporó para tomar asiento en el regazo de su tío. La pequeña acarició distraída la mariposa que Jason llevaba al cuello mientras pensaba.

—Podría llamarla Nat, como la Viuda Negra. O Diana, como la prota de *Wonderwoman*.

Al escucharla, a Chloe no le quedó ninguna duda de que la niña era una gran fan de los superhéroes. Debía reconocer que aquella afición le encantaba. ¿Quién dice que las chicas no saben pelear?

Frente a ellos la gatita se deslizó por el suelo tratando de atrapar desesperadamente un rayo de luz.

Chloe soltó una carcajada. Era apenas un bebé, pero muy divertida.

—¡Fijaos! Mirad cómo intenta perseguir su sombra, como Peter Pan en el cuento. —Kathy se puso en pie de repente, sin soltar el colgante de Jason; el pobre chico se llevó la mano a la garganta para no quedar decapitado ante tanto ímpetu.

—¡Eso es! —exclamó Kathy, entusiasmada—. ¡La llamaremos Wendy!

Como si el animal la hubiera entendido, se acercó trotando a su nueva dueña, y cuando Kathy la tomó en brazos, la colmó de mimos mientras se marchaba a la cocina.

—El gato va fuera de mi cocina —oyeron la advertencia de Abby cuando entró en el salón—. Me alegra que estés de vuelta, Chloe. Te quedas todo el fin de semana, ¿verdad?

—Si no es mucha molestia...

—¡Tonterías! No esperaba menos. Además, necesitaré ayuda para preparar la fiesta de cumpleaños de Jason.

Chloe lo miró con una ceja arqueada.

—¿Es tu cumpleaños? ¡Jason! ¿Por qué no me lo dijiste antes?

Él le quitó importancia agitando la mano en el aire.

—No me gustan las fiestas, y de todos modos es solo un año más. No necesito que mi madre organice nada.

—Es mi casa, y haré lo que me dé la gana —anunció Abby con los brazos en jarras—. A pesar de lo que diga mi hijo, no todos los días se cumplen veintiocho años.

—¡¿Qué?!

La garganta de Chloe se quedó seca, y ni siquiera fue capaz de mover un pie del sitio.

—¿Tienes veintiocho años? —preguntó, una octava más aguda de lo normal.

—No los cumpliré hasta el próximo lunes —le informó la madre de Jason—. Pero ya que estáis en casa, lo celebraremos todos juntos. Ahora lavaos las manos. Es hora de comer. ¡A la mesa!

Cuando Abby se marchó, Chloe le clavó los dedos a Jason en el brazo.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —murmuró, molesta.

—¿Decirte qué?

—¡Que eres un veinteañero! —exclamó, revolviéndose el pelo—. Jason, por Dios. ¡Te saco cinco años!

—¿Y?

—¿Cómo que «y»? Todo el mundo pensará que soy una asaltacunas. Me siento mayor.

Divertido, Jason rompió a reír a carcajadas.

—¿Te parece divertido?

—Lo siento, Chloe —farfulló entre risas—. ¿Qué más da la edad que tengamos? Me gustas, yo te gusto. Quiero estar contigo, tú quieres estar conmigo. ¿Qué problema hay con que sea un par de años menor que tú?

—Cinco —le recordó, molesta—. Eres cinco años más joven que yo. Es que... —resopló—. Me siento mayor.

—Entonces déjame que te recuerde algo.

Agarrándola de la cintura, Jason la hizo girar en una pirueta hasta tumbada entre sus brazos mientras le daba un beso de película. Cuando Chloe sintió su lengua caliente enredándose en la suya, relajó el cuerpo y se permitió derretirse entre sus brazos.

—Vaya...

Con la diversión aún pintada en el rostro, Jason le dio un besito en la nariz antes de soltarla.

—Te propongo un trato —le planteó—. Yo presumiré de ser el novio joven de una mujer mayor y tú te aprovecharás del increíble aguante en la cama de tu chico, ¿te parece?

—Mi... mi chico.

—Eso he dicho. —Besándola una vez más, Jason entrelazó sus dedos a los de ella y tiró de Chloe hasta el comedor—. Ahora vamos a comer. ¡Me muero

de hambre!

—Pero...

Jason le guiñó un ojo y bajó la voz para que ni su madre ni su sobrina pudieran oírle cuando dijo:

—Tranquila. Tú serás el postre.

Chloe no veía la hora de que llegara ese momento.

ROLLING IN THE DEEP

—Respira hondo. Respira hondo. Respira hondo... —se repetía Sienna una y otra vez—. Elimina todo rastro de impulso asesino que puedas sentir por la novia y límitate a hacer tu trabajo.

En el almacén de la tienda guardaban el ochenta por ciento de los vestidos de novia que poseían, y Sienna se encontraba sepultada por multitud de tules, encajes y crepés mientras maldecía una y otra vez contra la clienta que la esperaba en el salón. Ponía todo su empeño en buscar el vestido perfecto para ella, pero dudaba que en Little White Dress tuvieran lo que buscaba.

—Estás hablando sola otra vez —murmuró la voz de Laurel, una de sus compañeras, desde el perchero de al lado—. ¿Se te ha torcido el día?

Sienna resopló, disgustada; a punto estuvo de plantar la cara en el suelo cuando la funda del vestido que había elegido se enganchó con otra y la desestabilizó hasta casi perder el equilibrio.

—Me ha tocado la novia petarda. ¿Contesta eso a tu pregunta?

Laurel le dedicó una mueca cargada de compasión.

—Venga ya, Sienna. La chica no puede ser tan mala. Le he echado un vistazo al venir aquí y me ha parecido de lo más normal. Además, no trae un séquito acompañándola.

Recobrando la compostura tras echarse el vestido al hombro, Sienna se permitió el lujo de poner los ojos en blanco.

—La hermana está empeñada en llevarle la contraria a la novia. A la madre no le parece bien nada de lo que sugiero: que si la abotonadura de la espalda es demasiado larga, el encaje no es lo suficientemente fino, el modelo le queda grande... Y si te hablo de la novia petarda...

Laurel rio, divertida.

—¿Cuántos vestidos se ha probado ya?

—¿Contando este? —Sienna alzó el que cargaba—. Veintiséis, uno por cada año que ha cumplido. Y ninguno le parece el adecuado. Por lo visto, se ve a sí misma como la hija de un emperador o algo parecido, y quiere una boda por todo lo alto. —Suspiró, agotada—. ¿Me la cambias por la tuya?

—¡Ni loca! Me ha tocado una buena, para variar. ¡Buena suerte, cariño!

Sienna pataleó como una niña pequeña con una rabieta. Precisamente aquel día tenía que tocarle lidiar con una novia problemática. Reconocía que esas eran las que daban audiencia al programa que emitía la televisión local de Denver, pero había veces que la sobrepasaban.

Mientras bajaba las escaleras de la tienda, una vieja iglesia de principios del siglo xx reconvertida en *boutique* nupcial, Sienna comprobó una vez más su móvil. Llevaba toda la mañana intentando contactar con Mark para aclarar la situación entre ellos, pero el móvil del bailarín nunca estaba operativo. Se sentía frustrada, impotente y enfadada, y no todo era debido a la petarda que la esperaba en la sala de pruebas.

Tras darle muchas vueltas, había llegado a la conclusión de que, por mucho que tratara de convencerse, lo suyo con Mark iba más allá de un simple revolcón en una noche de borrachera. Trató de convencerse a sí misma al pensar que lo ocurrido en su despedida de soltera no fue más que fruto del desenfreno y la diversión, que estaba enamorada de Rob y a punto de casarse con él; sin embargo, llevaba unas semanas que no podía sacarse al bailarín de la cabeza. Mark la provocaba con sus comentarios irónicos, la sacaba de quicio con su falsa modestia, la ponía de los nervios con esa sonrisita sexy y despreocupada capaz de derretir un iceberg entero. Sabía que eran polos opuestos, y en cambio no podía dejar de sentir la necesidad de volver a estar cerca de él.

Ni siquiera los preparativos de su boda conseguían ilusionarla tanto como la idea de encontrarse de nuevo con Mark. Faltaba menos de un mes para el enlace y cada vez que pensaba en él sentía ganas de vomitar. Desde el encontronazo que tuvieron a raíz de las clases de baile, ella y Rob se pasaban los días discutiendo, y cuando lo miraba ya ni siquiera se le parecía a su adorado James Bay. Apenas se veían si no era durante las horas de trabajo, y cuando ella se metía en la cama, Rob ni siquiera había llegado a casa. ¿Sería un error continuar con la boda?

Respiró hondo y pintó una perfecta sonrisa fingida cuando entró en el salón y se encontró de nuevo con sus clientas. Antes de que pudiera entrar en el probador y enseñarle a la petarda el vestido que había elegido para ella, Rob se interpuso en su camino.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? Uno de los chicos acaba de decirme que lo has echado del almacén cuando iba a filmarte. Hemos parado

la grabación por tu culpa, Sienna.

En un gesto impaciente, Sienna utilizó la mano libre para apartarse un mechón castaño de la cara. Cada vez que miraba a Rob a los ojos sentía una repentina rabia creciendo en su interior.

—Necesitaba estar unos minutos a solas. Esa novia va a acabar conmigo.

—Ya, pues esto no funciona así, y lo sabes —le espetó Rob, y señalando con el dedo la cortina del probador, añadió—: Y si vas a ponerle el mote de «la petarda», como estoy seguro de que has hecho, quiero que la cámara esté presente.

El enfado de Sienna fue en aumento.

—Tú no eres el jefe, Rob. Empiezo a cansarme de que me des órdenes.

—Y yo empiezo a estar cansado de que te creas mejor que el resto. Pon los pies en el suelo de una vez, Sienna. Volvamos al trabajo.

Sienna infló los carrillos y se concentró en respirar por la nariz para evitar escupir a Rob a la cara.

—De acuerdo, chicos —escuchó gritar a su prometido—. Empezamos a grabar... ¡Ahora!

Sin molestarse en fingir simpatía, Sienna entró en el probador donde la esperaba Lydia, la novia insufrible.

—¡Sí que has tardado! —le espetó la petarda sin perder la sonrisa—. Espero que eso signifique que has encontrado mi vestido.

Sienna colgó el vestido de la percha y se apartó a un lado cuando empezó a deslizar la cremallera de la funda para que el cámara pudiera enfocar el modelo que había elegido.

—Eso creo. Es un modelo de corte princesa, tal y como pediste al principio. Podemos probar cómo te queda y ver... ¿Qué pasa?

Lydia retorció entre los dedos el cordón de la bata de seda que llevaba puesta. Se mordisqueaba los labios, nerviosa, sin atreverse a decir lo que pensaba.

—La verdad es que... Sinceramente, no creo que ese sea mi estilo. Quiero algo que me haga deslumbrar, que me sorprenda. Quiero sentirme única, y no sé si estos vestidos estarán a la altura. Me entiendes, ¿verdad?

«A la mierda», pensó Sienna. Le importaba un comino el programa o la posibilidad de que Cate, su jefa, la pusiera de patitas en la calle. Pensaba tirarse encima de la petarda y arrancarle uno a uno los pelos de su rubia cabellera. Eso o cantarle las cuarenta; desde luego, no pensaba dejarla ir sin

decirle verdaderamente lo que pensaba de ella.

—¿Sabes qué, Lydia? No creo que vayas a encontrar hoy tu vestido. ¿Quieres saber por qué? Porque eres la novia más gilipo...

—¡Corten! —oyó gritar a Rob desde el salón—. ¿Se puede saber quién está armando tanto jaleo ahí fuera?

Saliendo del probador, Sienna ahogó un grito cuando vio aparecer a Mark por la puerta. Caminaba con paso decidido, tanto que los vaqueros se le ajustaban a los muslos con cada zancada. No se había quitado las gafas de sol ni tampoco la cazadora de cuero negro que llevaba sobre una camiseta blanca de algodón. A Sienna se le secó la boca, no sabía si por la sorpresa o por la excitación de volver a verlo.

—¿Quién cojones es ese? —Rob se puso del revés la vieja gorra de béisbol que siempre utilizaba durante los programas—. Tío, estamos trabajando. No deberían haberte permitido la entrada sin...

—¿Y tú quién coño eres? —Quitándose las gafas, Mark señaló a Sienna con ellas—. Vengo a verla a ella.

Sienna se llevó una mano a la garganta; sintiendo sobre ella las miradas de Mark, su prometido y todas las clientas y compañeras de la tienda, notó cómo las mejillas se le encendían.

«Pues sí —se dijo a sí misma—. Ese pedazo de tío me busca a mí».

—¿Nena? ¿Tú lo conoces?

Sienna ni siquiera había dado cuenta de que Rob se le acercaba hasta que reparó en la posesiva mano que él le colocaba al final de la espalda. Fue instantáneo, como un fogonazo, pero se apartó de él como si su mero contacto le causara rechazo.

—¿Qué haces aquí, Mark?

El aludido extendió los brazos a los lados como si la respuesta fuera más que evidente.

—¿Tú qué crees? Tú y yo tenemos un asunto pendiente, y me gustaría que lo solucionáramos. Ahora. Si vienes conmigo, podemos...

—¡Y una mierda! —exclamó Rob, rodeando los hombros de Sienna con un brazo—. Ella no va a ir a ningún sitio contigo, imbécil.

Dando un paso al frente con actitud amenazante, Mark se preparó para propinarle un puñetazo en plena cara a aquel tipo. A él nadie lo insultaba, y aún menos trataba a una mujer como si no fuera más que un objeto de su propiedad. Sienna, al comprender cuál era su intención, se escabulló del

brazo de Rob y se interpuso entre ambos.

—Creo que lo mejor será que nos calmemos todos. —Con una mano sobre el tonificado torso de Mark, Sienna ejerció una ligera presión para intentar tranquilizarlo—. No queremos montar una escena, ¿verdad?

—Yo sí —gruñó Mark.

—Gilipollas...

Ella rezó una plegaria en silencio. Lo último que necesitaba era una pelea de gallos frente a las cámaras.

Disculpándose con las clientas, convenció a los dos hombres para que la siguieran hasta el almacén, lejos de los ojos curiosos que los rodeaban.

—¿Qué demonios quieres? —exigió saber Rob.

—Ya te lo he dicho, capullo. Quiero hablar con Sienna, y tú estás de más, así que ya estás largándote o...

—¿O qué, eh?

Sienna no daba crédito a lo que veía. Delante de sus ojos tenía a su prometido y al chico que no podía sacarse de la cabeza, pecho contra pecho, empujándose como dos machos cabríos. Empezaba a estar harta.

—¡Parad ya los dos, pedazo de imbéciles! —gritó, desesperada—. Y dejad de comportaros como si yo no estuviera aquí. No os pertenezco —los señaló con el dedo—, a ninguno de los dos. ¿Os queda claro?

El silencio inundó la habitación. Los dos hombres se miraron desafiantes, retándose mutuamente.

Armándose de paciencia, Sienna respiró hondo antes de hablar.

—Mark, ¿te importaría decirme a qué narices has venido? Llevo intentando llamarte desde ayer, pero o tu teléfono está muerto o has decidido pasar de mis mensajes y...

—Me he pasado las quince últimas horas metido en un puto coche para plantarme aquí y verte —la interrumpió él—. Me he quedado sin batería a mitad de camino, y me he olvidado el cargador. Créeme, cariño, no hay nadie más interesado que yo en que hablemos.

Sienna suspiró. ¿Había conducido desde Los Ángeles solo para verla, sin que se imaginara que ella estaba tratando de localizarlo? Su corazón se aceleró ante la perspectiva de que hubiera estado pensando en ella tanto como ella había pensado en él.

—Si eres paciente por una vez en tu vida y me das un poco de tiempo para solucionarlo todo aquí, tal vez podamos vernos en un par de horas.

—¡Y una mierda! —explotó Rob—. No voy a permitir que te largues con esta especie de... —lanzó a Mark una mirada despectiva— de *gigoló* mientras yo me quedo en casa esperándote. ¡Soy tu prometido!

—Tú cállate, Rob —lo amenazó Sienna con el dedo—. No me hagas recordarte lo tuyo con Cindy.

Fuera de sí, Rob se quitó la gorra y la lanzó al suelo antes de pisotearla.

—¡Cindy no tiene nada que ver con esto! Ya te he dicho que solo es una amiga y que se ofreció a darnos unas clases gratis antes de la boda.

—¡Me importa una mierda! —estalló Sienna, apretando los puños—. Me importan una mierda Cindy y sus habilidades secretas para el baile. ¿Te crees que soy idiota?

—¡Cindy es una profesional! —la defendió Rob.

—Sé usar internet, Robert. La he *googleado* y resulta que tu amiguita se ha labrado una reputación con sus espectáculos en Las Vegas. No la juzgo, que conste. Te juzgo a ti por engañarme.

—Ya te he dicho que...

—¿Quién cojones es Cindy y qué pinta en todo esto?

Mark empezaba a perderse en la conversación, y ya estaba cansado de ser tan solo un espectador. Había oído lo suficiente como para empezar a atar cabos; por lo que sabía, ni Rob ni Sienna habían sido del todo fieles a su promesa de amor.

—Cindy, la bailarina contorsionista de Las Vegas —le explicó Sienna, asqueada—. Nuestra profesora de baile particular. ¿Verdad, Rob?

Las mejillas de su prometido se tiñeron de rojo. Nervioso como estaba, Sienna lo vio llevarse las manos a la cabeza hasta despeinar sus cabellos oscuros.

—Esperad, esperad... ¿Habéis dicho Cindy, la contorsionista? —Pasándose una mano por la barba de un par de días, Mark resopló—. La conozco... ¡Vaya que si la conozco! Los chicos y yo hemos compartido escenario con ella un par de veces, y te aseguro, cariño, que a esa chica se le dan muy bien muchas cosas además de bailar. En mi vida he visto a nadie tan flexible como ella.

Los ojos de los prometidos se cruzaron a mitad del discurso de Mark. Había decepción en la mirada de Sienna, vergüenza en la de Rob. Tristeza en la de ambos. «La crónica de una muerte anunciada», pensó Sienna.

—¿Puedes esperarme fuera, Mark? —pidió ella—. Saldré en cuanto pueda.

—Claro.

Esperó hasta que Mark se hubo marchado para sentarse sobre una de las cajas que aún estaban sin abrir.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Rob. Ella utilizó la goma que llevaba en la muñeca para recogerse el pelo en un moño alto—. ¿Quieres dejarlo, Sien? Cometí un error acostándome con Cindy, pero te juro que me arrepentí en cuanto salí de su academia. Si me perdonas, podemos...

—Me acosté con Mark la noche de mi despedida de soltera —confesó, mirándolo a los ojos—. Era uno de los bailarines.

No le sorprendió que Rob le diera la espalda, pero sí el silencio que siguió a su revelación. Al cabo de lo que a ambos les pareció una eternidad, la voz de su todavía prometido preguntó:

—¿Estás enamorada de él?

—No.

Y fue totalmente sincera. No amaba a Mark, no como creía quererlo a él. Pero era innegable que entre los dos había surgido algo más que simple sexo.

—Pero no puedo sacármelo de la cabeza —se sinceró—. Siento habértelo ocultado, Rob. No estaba segura de lo que sentía y...

Rob se giró y alzó una mano para detenerla.

—Tal vez nos precipitamos cuando decidimos casarnos. Puede que no estuviéramos preparados y... —Al mirarla a los ojos suspiró—. De verdad te he querido, Sienna.

«Te he querido». A Sienna no le pasó desapercibida la fórmula de pasado que utilizó Rob. No se puede dejar de amar a una persona en cuestión de minutos por más enfadado o decepcionado que se esté con ella. El amor es así de complicado.

Poniéndose en pie, Sienna se quitó el anillo de compromiso y se lo tendió a Rob.

—Y yo no pretendía que te sintieras mal por mi culpa, de verdad. La infidelidad nunca debería ser la causa del fin de una relación, pero en nuestro caso supongo que nunca hemos estado enamorados —suspiró, sin saber qué más podía decir—. ¿Sin rencores?

Humedeciéndose los labios, Rob asintió.

—Estamos en paz, Sien.

Mirando a su alrededor, todo cubierto por vestidos de novia, Robert no pudo evitar soltar una irónica carcajada.

—Supongo que al final nuestro destino no era cumplir con el «felices para siempre», por mucho que los astros se empeñaran en decir lo contrario.

Mientras lo veía marchar, Sienna se dio cuenta de que de verdad le dolía que las cosas hubieran terminado así para los dos. No mucho tiempo atrás, ella creyó que Rob era el hombre de su vida, pero una no traiciona el amor y la confianza de un hombre solo por pasar una noche de pasión con otro. Durante el rato que estuvo en el almacén a solas con sus pensamientos, Sienna se dio cuenta de que la punzada que sentía en el pecho era la pena por haber perdido a un buen amigo y no a su verdadero amor.

—Si no te duele tanto que incluso te cuesta respirar si él no está contigo, es que no era el adecuado.

Sienna no pudo ir en busca de Mark hasta que la última de las clientas se hubo marchado. Al salir de la tienda, se encontró con el bailarín sentado en las escaleras que conducían a la calle, con los brazos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha en actitud pensativa.

—¿Cómo has sabido dónde trabajaba?

Mark alzó la mirada hacia ella, y la vio tomar asiento a su lado.

—Chloe —se limitó a decir—. ¿Cómo has sabido mi número?

—Chloe.

Él sonrió al advertir su expresión de culpabilidad. Una parte de su corazón se ablandó al reparar en lo cansada que parecía. Sus ojos estaban tristes y lo mataba saber que era por su culpa.

—Lo siento.

Sienna abrazó el bolso contra su pecho, observando el perfil del bailarín con atención.

—¿Por qué?

—Por lo de ahí dentro. —Mark señaló la puerta que quedaba a sus espaldas—. En realidad por todo. No debería haberme presentado aquí sin más, sin avisarte. No soy un acosador, Sienna. La mayor parte de las veces actúo por impulso —se explicó, jugueteando con las gafas de sol entre las manos—. Pensé que sería más fácil verte que hablar por teléfono. Me conozco, y si no te tenía cara a cara, no sería capaz de decirte todo lo que necesito.

—Está bien, Mark. Yo también metí la pata al no intentar contactar directamente contigo, y no creo que seas un acosador.

—Eso ayuda.

Intercambiaron una sonrisa tímida, casi culpable. Sienna pensó que era la

primera vez que lo veía fuera de esa actitud de macho cavernícola y presumido. Hubiera dicho que casi parecía vulnerable allí sentado a su lado, conteniendo su temperamento natural para comportarse como un ser civilizado.

—No voy a preguntarte si tú y Rob lo habéis arreglado, porque le ha faltado escupirme como una llama al salir de aquí —suspiró—. Eso también lo siento.

—Tampoco es culpa tuya. Lo mío con Rob ha sido como un esprint en lugar de haber sido una carrera de fondo. —Empezó a frotarse los dedos y a jugar con el anillo de compromiso. Se sorprendió al no encontrarlo allí—. Yo me acosté contigo, él se acostó con Cindy y, antes de eso, tú te acostaste con ella.

—Y el círculo queda cerrado. —Acercándose a ella, Mark le dio un empujoncito con el hombro—. ¿Estás bien?

Ella se lo pensó durante unos segundos.

—Debería sentirme hecha polvo y no aliviada —confesó—. Imagino que lo que me atraía era la idea de organizar una boda. De sentirme, por una vez, la protagonista de algo importante.

Mark gruñó y arrugó la boca en una mueca extraña.

—Por eso odio las bodas. No son más que una excusa estúpida para gastar dinero, dar de comer a unos gorriones y firmar unos papeles que no necesitas. Porque, a ver, si quieres a una tía, la quieres y ya está. No necesitas que unos documentos te digan que debes amarla más por ponerle un estúpido anillo en el dedo.

Sienna no pudo evitar estallar en carcajadas al verlo tan molesto. Mark casi parecía enfadado al hablar del matrimonio, y a ella le entró curiosidad por conocer qué motivos lo llevaban a esa conclusión.

—¿Y tú qué sabrás? Nunca te has casado. —Él la miró fijamente, con una ceja levantada, y el gesto divertido de Sienna se desvaneció—. ¿O sí?

Mark levantó una mano, le acarició la mejilla con el dorso de los dedos y le recogió un mechón de pelo tras la oreja. Sienna cerró los ojos y soltó un jadeo entrecortado al sentir la descarga eléctrica que le recorrió el cuerpo bajo su cálido contacto. Eso era lo que debería haber experimentado cuando Rob la tocaba, pero aquella sensación jamás llegó.

—No quieras saberlo todo siempre —replicó él, con una sonrisa ladeada pintada en los labios—. ¿Qué vas a hacer ahora?

«Alejarme de ti», se dijo. Pero no fue capaz de pronunciarlo en voz alta.

—Encontrarme a mí misma, supongo.

—Qué profundo.

—Hablo en serio. —Recorrió su rostro con la mirada; tan guapo, tan moreno, tan peligroso...—. Necesito estar sola un tiempo, Mark. No puedo empezar otra relación ahora.

—¿Quién te ha dicho que soy un hombre de relaciones?

Sienna se carcajeó, y Mark no tardó en seguirla. Divertidos, llenaron toda la calle de risas hasta que Sienna se llevó una mano a la tripa y se quejó de dolor.

—¿Te das cuenta de que esta es la primera vez que mantenemos una conversación normal como personas civilizadas?

—Que no se te suba a la cabeza —comentó ella en tono jocosos—. Sigues pareciéndome un capullo.

Él batió las pestañas en un gesto coqueto que no casaba para nada con su personalidad. Sienna lo empujó hacia atrás mientras se ponía en pie.

—Se suponía que esta noche íbamos a probar el menú de la boda —resopló—. Supongo que me tocará pasar mi tiempo libre cancelándolo todo.

—¿Quién dice que debas cancelarlo?

Sacándose las llaves del coche del interior del bolsillo de sus vaqueros, Mark señaló el Mustang que Jason le había prestado.

—¿Pretendes venir conmigo a probar el menú?

Mark se encogió de hombros.

—Somos amigos, ¿no?

Sienna lo miró reticente.

—¿Tú y yo?

—¡Venga ya, morena! Ya hemos pasado por lo más difícil. —Le dio un repaso con la vista—. Te he visto desnuda, nos hemos peleado... Creo que el siguiente paso es ir a cenar.

—Visto así, lo hacemos todo al revés.

Acercándose a ella, Mark le rodeó los hombros con un brazo. Mentiría si no dijera que su corazón se aceleró al sentirla tan cerca. ¡Olía tan bien! Y encajaba perfectamente en su costado.

—Si quieres, monto una escena después de los postres para conseguir que te devuelvan la fianza.

Sienna rompió a reír una vez más.

—¿Harías eso por mí?

—Que no se te suba a la cabeza. —Al llegar al coche, Mark lo rodeó para abrirle la puerta del conductor—. ¿Sabes conducir?

—¿Es una pregunta con trampa?

—Cielo, me ha costado más llegar a este sitio que conducir desde Los Ángeles. No tengo ni idea de dónde estamos, y me muero de hambre.

Divertida, Sienna se sentó tras el volante y se colocó el cinturón de seguridad.

—¿Estás seguro de que quieres ponerte en mis manos?

Tras tomar asiento a su lado, Mark le dedicó una sonrisa lobuna.

—Nena, me moría de ganas de escuchar esa frase de tus labios. Para cuando acabe el fin de semana serás toda mía.

—En tus sueños, chaval. —Y arrancó el coche, con la idea de que, tal vez, Mark no fuera tan mal tío después de todo.

18

Us

—Jason, este sitio es estupendo. —Maravillada por la amplitud de la estancia, Chloe se permitió dar unas vueltas sí misma un par de veces—. No imaginaba que fuera tan grande.

—Pues espera a ver el piso superior. Tenemos hasta un salón de actuaciones.

Acercándose a ella, Jason le rodeó la cintura con un brazo mientras que enredaba los dedos de su mano libre a los de ella y la hacía girar como a una bailarina.

Aquella mañana al despertarse, tras disfrutar de un copioso desayuno típico americano preparado por Abby, Jason quiso enseñarle la escuela de danza que había regentado su madre durante los treinta últimos años de su vida. Ahora Abigail Wells trabajaba a tiempo parcial en una cafetería, lo que compaginaba, además, con su empleo como cocinera en el instituto del vecindario.

—Pagan las facturas a final de mes —le había confesado a Chloe por la mañana—. La mayoría de mis alumnos en la academia eran amigos, y pagaban cuando podían. Pero esa boca hay que alimentarla, cariño.

Dándose por aludida, Kathy les dedicó una gran sonrisa mellada. Chloe comprendía ahora que la danza era una profesión vocacional que se llevaba en la sangre, pero que no ofrecía garantías si no se contaba con un golpe de suerte.

Aquella mañana durante el desayuno Kathy no había parado de insistir hasta que consiguió que su tío y Chloe la llevaran con ellos a la academia; en ese momento Kathy jugaba en el suelo de una de las habitaciones mientras Wendy, la pequeña gatita, correteaba a su alrededor. En apenas unas horas, Chloe había llegado a cogerle verdadero aprecio a la niña. Veía absoluta adoración entre Jason y la niña cuando estaban juntos, y se notaba que Kathy lo echaba de menos cuando él estaba fuera. Chloe pensó que, a su manera, eran una familia.

Centrándose de nuevo en cada recoveco del local, Chloe hizo un repaso de

sus instalaciones. El ahora vacío edificio contaba con dos plantas más un sótano. A Chloe le había sorprendido lo grande que era, pues cuando Jason le habló del estudio de baile de su madre, ella se imaginó un anexo pequeño junto a su casa o un almacén alquilado en las afueras de la ciudad. Nada más lejos de la realidad. La escuela de baile de Abigail Wells era magnífica, con las paredes acristaladas que dejaban pasar la luz del sol que se reflejaba en los espejos frente a los que ensayaban los alumnos. Los suelos de madera estaban un poco gastados, y las paredes necesitaban unas cuantas reparaciones aquí y allá, así como varias capas de pintura. Pero Chloe no dudaba de que había potencial en ella. Podía imaginarse a Abby dando clases allí, incluso a Jason. Sonrió al pensar en lo sexy que se vería su chico como instructor de bailes latinos.

—Es estupendo, de verdad —le aseguró ella después de recibir un tierno beso en los labios—. Y enorme. No me puedo creer que tu madre no se sienta tentada de reabrir la academia.

Vio que Jason se paseaba alrededor de la sala. Imaginó que todos los recuerdos de su infancia estaban encerrados entre aquellas paredes. Él le había aprendido a bailar antes que a caminar sin tropezarse. Sus lágrimas y su sudor mojaron aquel suelo desde que no era más que un crío hasta que se marchó para intentar labrarse un futuro en la profesión. Ver las puertas cerradas de lo que para él fue toda su vida debían de llenarlo de un sordo dolor.

—Algún día me gustaría dirigir todo esto —se oyó decir.

No tenía ni idea de dónde había salido aquella confesión, pero al decirlo en voz alta sintió que una parte de él se liberaba. Era algo a lo que llevaba tiempo dando vueltas, pero jamás lo había llegado a admitir, ni siquiera ante sí mismo.

Al mirar a Chloe se dio cuenta de que ella lo contemplaba con una sonrisa tierna pintada en los labios, con la cabeza ladeada y una expresión serena en los ojos. Era como si ella ya lo supiera sin necesidad de que él lo pronunciara en voz alta.

—Creo que serías un magnífico profesor —declaró ella, mientras se sentaba en el suelo y apoyaba la espalda contra los sucios espejos—. Ya eres un fantástico bailarín, Jason. Tal vez sea hora de perseguir tus sueños. La vida es demasiado corta para no ser quien eres.

Jason se acomodó a su lado, colocó la palma de la mano hacia arriba y

esperó hasta que Chloe entrelazó los dedos a los suyos.

—No será fácil —prosiguió él, recorriéndole los nudillos en una suave caricia de su pulgar.

—Nunca lo es. —Acercándose más, Chloe apoyó la cabeza en su hombro—. Confío en ti, Jason.

Respiró hondo al escucharla; no sabía si Chloe se refería a su capacidad para sacar sus planes adelante y a sus dotes de bailarín o a que creía a ciegas en su relación. A pesar de que tan solo habían pasado unos días desde que se había reconocido a sí mismo que estaba enamorado, todavía experimentaba un cierto vértigo ante la posibilidad de estropearlo todo y hacerle daño. Cargaba a sus espaldas toda una vida que aún tenía que contarle a Chloe, y sabía que algunas de las decisiones que había tomado en el pasado podían ahuyentarla, que incluso corría el riesgo de perderla.

—Eso me da fuerzas —murmuró con los labios pegados a su cabello—. Cuando bailo no finjo. A veces creo que es únicamente cuando puedo mostrarme como soy realmente. Me siento... libre.

Ella sonrió.

—Te imagino correteando por aquí cuando eras un niño. Copiando las coreografías de tu madre.

—Y debo decir que no se me daba del todo mal —le aseguró él—. Mientras mis compañeros de clase admiraban a MacGyver o al comando de los Power Rangers, yo fingía ser Johnny Castle—. Chloe levantó la cabeza y lo miró sorprendida—. Ya sabes, el prota de *Dirty Dancing*, el que...

—¡Sé quién es Johnny Castle! —exclamó ella, divertida—. ¿Te estás quedando conmigo? ¿En serio? No me digas que sabes hacer el salto...

—Bueno... —Jason se pasó la mano por el corto pelo de la nuca—. Quítate esa idea de la cabeza, porque no, no vamos a hacerlo ahora.

Los labios de Chloe formaron un puchero.

—¿Por quééé?

Negando con la cabeza, Jason se puso en pie. No dejaba de sonreír mientras sacaba el móvil del interior de sus vaqueros.

—Porque no he calentado y tú no sabes bailar.

Chloe lo miró con una ceja arqueada.

—No profesionalmente —matizó él—. ¿Y tú? ¿Tu sueño siempre ha sido producir programas de televisión?

Chloe se tomó unos segundos para pensarlo. Al graduarse en la universidad

en Administración y Dirección de empresas, nunca pensó que sus pasos la llevarían a Los Ángeles. Le gustaba el mundo del espectáculo. Ya en el instituto había dirigido un par de obras de teatro, e incluso llegó a convencer al director para que organizara un par de bailes solidarios. Pero jamás se imaginó en la tele.

—La verdad es que lo que de verdad me entusiasma es la idea de crear algo —admitió al fin—. Pensar en una idea, darle un millón de vueltas y ver que tras mucho esfuerzo tus planes salen tal y como tú querías. Supongo que la tele ofrece esa oportunidad.

—Pero no siempre trabajas en algo con lo que te sientas cómoda o realizada, ¿me equivoco?

Chloe lo miró. Sabía a lo que Jason se refería. Aquel programa en el que trabajaban, sin ir más lejos. Ella odiaba seguir las directrices de Roger, y, sin embargo, ahí estaba. Acatando sus órdenes porque necesitaba el trabajo.

—Basta de ponernos serios —declaró Jason dando una palmada—. Ahora ven aquí. ¡Kathy! —gritó—. ¿Quieres ser el tocadiscos de Chloe?

La pequeña se metió a la gatita en el bolsillo de canguro de su sudadera y corrió hasta ellos. Sus grandes ojos azules brillaban entusiasmados y la corta coleta con la que Chloe le había sujetado el pelo antes de salir de casa se movía graciosamente de un lado a otro.

—No sé lo que es eso. Pero vale.

—Pon las manos así. —Jason se las puso a modo de cuenco, con las palmas hacia arriba, y dejó su móvil sobre ellas—. Cuando yo te diga, dale al *play*. Voy a enseñar a Chloe a bailar.

Kathy sonrió encantada.

—¡Guay!

Señalándola con el dedo índice, Jason le indicó a su chica que se acercara.

—Vas a ser benévolo conmigo, ¿verdad?

Cuando la tuvo a dos palmos de distancia, Jason le colocó la mano derecha a mitad de la espalda y la empujó hasta pegarla a su pecho. Chloe soltó un grito de impresión. Después él entrelazó los dedos a los suyos a la altura del corazón.

—¡Eh! Esto sí que sé hacerlo —le dijo Chloe al ver que comenzaban a mecerse juntos—. ¿Qué vamos a bailar?

—No seas tan preguntona y relájate. —Dirigiéndose a su sobrina, señaló—. Dale ahora, colega.

Al instante, los primeros acordes de *I get to love you*, la romántica canción de la artista Ruelle llenaron la sala. Chloe sintió que la piel se le erizaba; cerró los ojos emocionada, y, de repente, Jason la hizo girar hacia un lado para volver a tirar de ella y abrazarla de nuevo. Fue un movimiento tan rápido y fluido que sus pies se deslizaron con facilidad por el suelo.

—Eso es —le susurró él, satisfecho—. Arquea la espalda hacia atrás y déjate caer. Yo te sujeto.

Confiada, Chloe obedeció, y su cuerpo realizó un semicírculo perfecto y elegante en el aire. Cuando volvió a su sitio, fue Jason quien realizó una vuelta perfecta, y al recuperar la postura, la pilló desprevenida al rodearle los hombros y dejarla caer de nuevo entre sus brazos.

—Qué bonito, Chloe... —murmuró bajito sobre sus labios—. Ahora agárrate a mí; flexiona las piernas, colócalas entre las mías y mira hacia un lado.

—¿Qué viene después?

Jason sonrió.

—Girar. Un, dos, tres. Un, dos, tres... ¡Sí, así!

Fue perfecto. Lo fue para ambos y para la pequeña espectadora, que se mecía al mismo ritmo que la pareja. Jason la guiaba con la seguridad y la destreza de un bailarín profesional, y Chloe simplemente permitía que él la guiara, disfrutando de cada momento. En el último giro, Jason le rodeó la cintura con un brazo y la tumbó suavemente sobre su muslo flexionado. Antes de que pudiera incorporarse, se inclinó sobre ella y la besó en los labios.

—Enhorabuena, señorita Mitchell. Acaba de bailar su primer vals vienés.

Chloe se llevó las manos a las mejillas calientes.

—¿De verdad?

Jason asintió, feliz de verla tan contenta.

—¡Y ha sido genial! —exclamó Kathy; le entregó el móvil a su tío y corrió a abrazarse a la cintura de Chloe; la gatita Wendy maulló como protesta cuando se vio aplastada entre las dos—. Prométeme que bailaremos juntas antes de que te vayas.

Enternecida, Chloe jugueteó con la coleta rubia de la niña.

—Claro que sí. Le buscaremos unos zapatos de baile a Wendy para que ella también nos acompañe.

—¡Sííí! —Después de entregarle la gatita a Chloe, trepó por la pierna de

Jason, y se agarró a él con brazos y piernas como un mono hasta que consiguió que su tío la subiera a sus hombros—. ¿Podemos irnos ya a comer, por favor? Me estoy muriendo de hambre, en serio.

Soltando una carcajada, Jason asintió.

—Eres una peliculera.

—¡No lo soy! —protestó la pequeña—. La abuela dijo que prepararía burritos y perritos calientes y dijo que habría helado y...

—Vale, renacuaja. Me has convencido. ¡Vamos a comer!

Chloe fue testigo de cómo los amigos de la infancia de Jason y su familia se reunían en el patio trasero de la casa familiar para festejar su cumpleaños. A pesar de su enfado inicial al saber que su chico era varios años menor que ella y que aún no había entrado en la treintena, al ver a Jason tan entusiasmado, rodeado de todos los suyos, Chloe se olvidó de cualquier resquicio de resentimiento que pudiera conservar hacia él. Por primera vez en mucho tiempo reconoció que era feliz, verdaderamente feliz. Jason era un hombre honesto, divertido, capaz de amar incondicionalmente como le demostraba a cada momento cuando estaba junto a Kathy. El hecho de que le hubiera ocultado la existencia de su sobrina había mermado un tanto su confianza en él, pero al comprender que todo había sido por temor a perderla y para proteger a la pequeña, tan solo le corroboró una vez más a Chloe que Jason se preocupaba por los suyos. Si su relación seguía adelante, estaba segura de que querría a Kathy como si fuera de su propia sangre.

A media tarde, cuando los estómagos ya estaban saciados tras el abundante almuerzo en la barbacoa y los cuerpos por fin relajados, Abby apareció en el jardín cargando una enorme tarta de chocolate, y todos entonaron el cumpleaños feliz en honor a un ruborizado Jason, que se esforzaba por esconder su rostro bajo la visera de su gorra de los Bruins.

—¡Pide un deseo! —le recordó Kathy mientras Jason la cogía en brazos para que apagarán juntos las velas.

Chloe tomó varias fotografías del momento, contenta por poder estar entre ellos y compartir la alegría del cumpleaños junto a sus seres queridos. Todo el mundo estalló en carcajadas cuando Kathy metió la mano en el pastel y embadurnó de chocolate la boca y las mejillas de Jason. Chloe pensó que eran tal para cual cuando lo vio restregar la cara por el cuello de su sobrina.

—Ni se te ocurra —le advirtió a Jason al comprender cuáles eran sus intenciones—. Podrás darme un beso después, cuando te hayas limpiado.

—Está bien. —Encogiéndose de hombros, Jason aceptó la servilleta que su madre le ofrecía—. Quiero algo a cambio.

Chloe levantó una ceja en actitud interrogante.

—¿Qué tal si nos cantas algo a todos? —propuso Jason; sabiendo que ella intentaría escabullirse poniendo mil excusas, añadió—: No puedes decir que no al chico del cumpleaños. —Sonrió maliciosamente—. Yo te he enseñado a bailar. Ahora es tu turno de mostrarnos a todos tu talento, chica del góspel.

Chloe se llevó las manos a la cara cuando el resto de invitados comenzó a corear su nombre. Nunca cantaba en público como solista; odiaba ser el centro de atención, sentir que todo el mundo se fijaba en ella, que la juzgaba... Pero se trataba de Jason; era capaz de hacerlo por él.

A Jason no le sorprendió que eligiera una canción *country*. Lo que sí lo conmovió fue su elección de la canción de Lee Ann Womack, pues la letra parecía escrita especialmente para él.

Promise me that you'll give faith a fighting chance

And when you get the choice to sit it out or dance

I hope you dance

I hope you dance

Al escuchar su suave voz aterciopelada diciéndole con música cuánto creía en él, cuánto confiaba en él, Jason apenas le dio la oportunidad de terminar la última estrofa. Se lanzó hacia ella y besó su boca de un modo tan apasionado que arrancó vítores y aplausos entre todos los presentes.

—Te quiero —le susurró sobre sus labios—. Te quiero, Chloe.

Hacía mucho tiempo que no oía esas palabras sabiendo que eran sinceras. Alzando una mano, Chloe le acarició la suave barba y, emocionada, dejó que su frente descansara sobre la de él.

—Y yo te quiero a ti.

La fiesta se alargó hasta casi el anochecer, cuando, previendo todo lo que habría que limpiar después, Abby ordenó que todo el mundo se marchara a sus casas. Mientras Jason y Kathy metían los platos sucios en el lavavajillas, Chloe recogía junto a Abby el desastre en que se había convertido el jardín.

—Ha sido un día precioso —comentó Chloe mientras doblaban un mantel entre las dos—. Jason no ha parado de sonreír en ningún momento. Me gusta verlo así.

La madre de Jason la miró fijamente.

—Algo me dice que tú eres la culpable de su felicidad. No recuerdo cuándo fue la última vez que mi hijo sonrió tanto.

Ruborizada, Chloe se centró en recoger los vasos olvidados en los alféizares de las ventanas.

—Jason me ha contado que eres aficionada a la astrología —prosiguió Abby sin intención de incomodarla—. Es extraño en una chica joven como tú.

—Es solo una afición tonta. —Chloe le restó importancia con un gesto de la mano—. Supongo que me acostumbré a leer el horóscopo y que se ha convertido en algo habitual. Pero sí, creo que hay algo de verdad en ello.

—¿Te gustaría que echáramos un vistazo a lo que dicen las cartas?

Los ojos azules de Chloe se abrieron con sorpresa al ver que Abby extraía del bolsillo trasero de sus vaqueros una baraja de tarot.

—¿Tú echas las cartas?

La madre de Jason se encogió de hombros.

—A veces —contestó sonriente—. Solo cuando creo que lo que pueden decirme es algo positivo.

Indecisa, Chloe se mordió los labios. Por un lado se moría de curiosidad, pero por otro... ¿Y si no le auguraban nada bueno?

—¿Ya estáis otra vez?

La voz de Jason acercándose no le dio opción a decidirse.

—Mi novia cree en el horóscopo y mi madre es una bruja. ¡Ay! —se quejó cuando su madre le quitó la gorra y le golpeó con ella en la cabeza—. ¡Era una broma!

—Guárdate tus gracias para otra, muchacho —lo amonestó Abby, aguantándose la risa—. Chloe estaba a punto de decidir si le apetece consultar las cartas o no. Así que vete.

Rodeando la cintura de Chloe con un brazo, Jason la pegó a su costado. Luego le dio un cariñoso beso en la sien.

—¿Y qué pueden decir? Ella es Cáncer y yo, Aries. Somos astrológicamente incompatibles.

—¡Tonterías! —bufó Abby—. Sé reconocer a dos almas destinadas a encontrarse cuando las veo.

El corazón de Chloe se saltó un latido al escucharla.

—¿Tú crees?

Enternecida ante la inocencia de su mirada, Abby le dio unas maternales palmaditas en las manos.

—Estoy convencida, cielo. —Le guiñó un ojo—. Bien, ahora que estáis los dos y que nos hemos quedado a solas, quería informaros de que he puesto en venta la academia. — Al ver que su hijo se sorprendía y escandalizaba a partes iguales, Abby alzó una mano y le impidió hablar—. Ya sé lo que vas a decir. Que no te lo he consultado y que debería haber tomado ninguna decisión sin contártelo primero. Pero era mi negocio, Jas. Me faltan energías, por no hablar de liquidez, para seguir con él, y es demasiado grande. El dinero nos vendrá bien para cuando Kathy vaya a la universidad.

—¡Para el carro, mamá! —Jason se llevó una mano a la nuca. ¿Su escuela de danza? ¿La que él pretendía dirigir algún día? ¿En venta? Todos sus sueños y sus planes se venían abajo. Dejando caer los hombros, suspiró—. No puedes.

Acercándose para besar a su hijo en la mejilla, Abby le sonrió. Una sonrisa triste y cargada de entendimiento.

—Puedo. Bien lo sabes. Simplemente piensa en ello, cariño. Siempre has sido un buen muchacho, y sé que me comprenderás.

Cuando Abby regresó al interior de la casa para atender a Kathy y comenzar con la rutina de su baño antes de acostarla, Jason aún seguía en un estado de total desconcierto.

—Vaya —murmuró Chloe, colocándole una mano sobre el hombro—. Tu madre sí que sabe cómo lanzar una bomba y salir airosa de la onda explosiva. Al escuchar a su chica, Jason explotó.

—¡No puedo creerlo! —Caminaba nervioso de un lado a otro, moviendo las manos sin ton ni son, como si no supiera qué hacer con ellas—. De haber conocido sus intenciones, jamás se lo hubiera permitido.

Incapaz de permanecer callada, Chloe se atrevió a dar su opinión al respecto.

—Tal vez por eso mismo no te dije nada. Porque sabía que no estarías de acuerdo y que intentarías que cambiara de opinión.

—¡Por supuesto que habría tratado de convencerla! —exclamó, furioso y frustrado—. Esa academia albergaba todo mi pasado, y mi futuro estaba puesto en ella.

—A lo mejor no la vende. —Entrelazando sus dedos a los de él, Chloe lo obligó a calmarse con roces suaves—. Si no aparece ningún comprador, quizá

la conserve. —Jason resopló de mala gana, como si aquella posibilidad estuviera completamente descartada—. No pienses en eso ahora. —Acercándose a él, Chloe deslizó las manos por la amplitud de la espalda de Jason hasta colocarlas sobre su prieto trasero—. Es tu cumpleaños.

Su voz melosa, sus caricias, la llama de la pasión ardiendo en sus ojos azules... fue suficiente para avivar el deseo de Jason. Tomándola de la nuca, presionó los labios de ella con un beso hambriento y voraz.

—Ven conmigo.

Juntos caminaron hasta el pequeño cobertizo situado en un extremo del jardín. Chloe había supuesto que lo utilizarían como trastero para guardar viejos chismes o tal vez para esconder los regalos de Navidad a la pequeña Kathy, pero cuando Jason prendió la luz, le sorprendió encontrarse con una estancia prácticamente diáfana salvo por los diversos espejos colocados en un lateral, un viejo sofá situado en el extremo opuesto y un anticuado equipo de música.

—Esto es...

Jason se alejó unos pasos y tomó asiento en el sofá.

—Mi madre y yo solíamos ensayar aquí las coreografías que montábamos juntos —le explicó—. Ahora vengo aquí con Kathy cuando intento enseñarle algunos pasos.

—Qué tierno.

Chloe avanzó un par de pasos en su dirección. Cuando estuvo lo suficientemente cerca, Jason acomodó las palmas de las manos en su trasero y la empujó suavemente hasta sentarla a horcajadas sobre su regazo.

—Quiero mi regalo de cumpleaños —murmuró, con la voz ronca por el deseo.

—¿Aquí? —Colando los dedos bajo el dobladillo de su camiseta, Chloe lo instó a levantar los brazos para quitársela—. ¿Ahora?

Él asintió; en un abrir y cerrar de ojos la rodeó con los brazos y giró su esbelto cuerpo hasta tumbarla boca arriba en el sofá. Chloe soltó un grito que al instante fue acallado por la insaciable boca de Jason.

Sentía entre las piernas la urgencia de su deseo dándole una turgente forma a su miembro excitado. Las manos de Jason estaban por todas partes: en su cuello, apretando sus pechos, en los muslos levantándole las piernas para subírselas a las caderas. No estaba siendo tierno ni paciente y lo sabía, pero al contemplar el rubor que cubría las mejillas de Chloe, su boca entreabierta

jadeando su nombre, supo que a ella no le importaba.

Arrodillándose frente a ella, Jason le abrió los pantalones y tiró de ellos por los tobillos para quitárselos en un rápido movimiento. Cuando sus ojos se encontraron, Chloe tuvo la impresión que de que se encontraba a merced de un lobo hambriento dispuesto a darse un festín con su cuerpo.

—¿Qué vas a hacer? —se oyó preguntar con la voz ronca por el ardor del momento.

Toda ella se agitó bajo la intensa mirada de Jason. Los destellos rosados que lanzaba la mariposa que llevaba al cuello resaltaban la perfección de su torso musculado. La boca se le hizo agua al imaginarse recorriendo con la lengua esos trabajados pectorales en dirección descendente.

—Luego —declaró Jason como si le hubiera leído el pensamiento, y le bajó las braguitas en un movimiento tan rápido que acabó por romperlas.

El gemido que Chloe lanzó al sentir su lengua entre las piernas fue desgarrador. Ella estaba húmeda, resbaladiza, y el contacto con su traviesa lengua caliente casi la llevó al orgasmo al primer contacto.

—Date prisa... —lo apremió, aferrándose a sus cortos cabellos.

Jason mordisqueaba, lamía y succionaba sin piedad. La mantenía abierta utilizando los dedos, sujetando sus pliegues para alcanzar el capuchón hinchado que exigía toda su atención, reclamando más caricias, más placer. Sin embargo, cuando notó que ella se contraía buscando la liberación, se apartó de inmediato.

Sacándose un condón del bolsillo de los vaqueros, se bajó los pantalones y se protegió el potente miembro erguido.

—Quiero que te corras conmigo dentro —declaró.

De una profunda y certeza estocada, Jason la penetró. Supo que había encontrado el punto exacto de gozo en el interior de Chloe cuando sintió los dientes de ella clavándose en su hombro desnudo.

Los dos estaban tan excitados que apenas bastaron media docena de envites para que alcanzaran el éxtasis más puro que puede conocer el ser humano. Fueron rudos, salvajes; lo único que les preocupaba era obtener la satisfacción del clímax.

—No te apartes... —le susurró ella, con los labios pegados a su cuello, al ver que intentaba echarse a un lado—. Unos minutos más.

Cuando los músculos internos de Chloe le apretaron el miembro todavía encajado en su sexo, Jason no consiguió reunir las fuerzas suficientes para

soltarla. Finalmente, cuando comenzó a sentir que volvía a endurecerse, salió de ella y dejó el condón en el suelo.

—¿Por qué llevas una mariposa colgada al cuello?

Acababa de desvestirla, y cuando volvió a tumbarse junto a ella, Chloe comenzó a jugar con sus morenos pezones y la cadena que descansaba entre ellas.

—Kathy la encontró en una caja de cereales —le explicó, con la respiración calmada al fin—. Cuando se enteró de que pasaría algunas temporadas fuera de casa, insistió en que me lo quedara. De esa forma siempre me acordaría de ella.

Chloe suspiró, se inclinó y besó las alas de la mariposa y la piel caliente que había debajo.

—Es una niña increíble. —Alzando la cabeza despeinada, lo miró a los ojos—. Kathy es afortunada por tenerte en su vida.

Juguetando con los mechones de su pelo, Jason sonrió distraído. Chloe sintió de repente que una parte de él se encontraba lejos de ella. Pasados unos segundos, él le confesó aquello que le rondaba el pensamiento.

—Quiero adoptarla —le dijo muy serio—. Algún día quiero que sea verdad. Que Kathy tenga una familia y una estabilidad. Por eso necesitaba el trabajo en el programa, Chloe. Nadie en su sano juicio entregaría la custodia de una niña a un tío que se gana la vida quitándose la ropa todas las noches.

Las caricias de Chloe cesaron y sus dedos descansaron inmóviles sobre el pecho de él. La adopción era un asunto muy serio, pero, a juzgar por la expresión de seguridad pintada en el rostro de Jason, supo que él ya había sopesado los pros y los contras y que había asumido la responsabilidad que acarrearía criar a un hijo. Recordando los momentos que ella misma había presenciado durante el día en los que tío y sobrina se comportaban más como un padre y una hija, la complicidad existente entre ambos y la devoción que Jason sentía por Kathy, no le cupo duda de que todo les iría sobre ruedas porque siempre estarían juntos. Jason no permitiría que fuera de otra manera.

—No quiero que haya secretos entre nosotros, Chloe —continuó él—. Soy muy consciente del ejercicio de fe que estás haciendo conmigo, y me duele saber que no estoy siendo del todo sincero sobre mi pasado. —Acariciándole el rostro con el dorso de los dedos, Jason le acunó la mejilla en la palma de la mano—. Pero no me pidas que te lo cuente esta noche —le rogó—. Deja que seamos solo tú y yo durante unas horas más.

Conmovida por sus palabras, Chloe apretó los labios y asintió. Una parte de ella temía lo que Jason pudiera revelar, pero la otra estaba total y absolutamente entregada a él. Todo su ser lo amaba. En aquel tiempo que llevaba a su lado había comprendido que valía la pena arriesgarse por quien merece la pena ser amado.

—Gracias a ti vuelvo a sentirme yo misma —murmuró cerca de su boca—. Ahora me sorprende escuchándome reír a cada momento, pensando en positivo en lugar de agobiarme. La antigua Chloe no sabía disfrutar de todo lo bueno que la rodeaba, y tú me has enseñado que se necesita muy poco para ser feliz. Así que gracias por eso.

Sonriente, él la besó.

—De nada.

Acurrucados, Chloe le habló del mensaje que había recibido durante la fiesta en el que Roger la citaba con urgencia para concretar los detalles de las últimas semanas de la competición. A Jason no le gustó demasiado que Chloe tuviera que marcharse antes de tiempo.

—Pero tú puedes quedarte —le aseguró, totalmente convencida—. Te mereces disfrutar del tiempo con tu familia. Te veré en la ciudad en unos días, y así puedes aprovechar y pensar en lo que quiera que sea que aún no me has contado.

Recogiéndole un mechón de pelo, él la miró con absoluta admiración.

—¿Qué he hecho yo para merecerte?

Chloe soltó una risita.

—Supongo que, después de todo, estábamos destinados a encontrarnos.

Mientras se besaban, Jason dio gracias al cielo por poner a Chloe en su camino. Solo esperaba estar a la altura de sus expectativas y ser lo suficientemente bueno para ella. De existir un Dios, bien debía saber que no había nada que él no estuviera dispuesto a hacer por ella.

Perdido entre sus brazos, rezó en silencio para que su pasado no le arrebatara el futuro que tanto ansiaba crear con Chloe.

19

NEED THE SUN TO BREAK

Mark se estiró a lo largo sintiendo las piernas acalambradas y un molesto tirón en el cuello. Cuando se incorporó entre los numerosos cojines para sentarse y apoyó los codos en las rodillas, lanzó una maldición al oír el crujido de su espalda. Frotándose los ojos como un niño pequeño, se quejó de dolor al comprobar que las escasas horas que había dormido no habían servido en absoluto para que su cuerpo descansara. El sofá de Sienna era una pieza coqueta de estilo minimalista, pero no había sido diseñado para que un tío de un metro ochenta y cinco se tumbara en él. La cabeza le iba a explotar, notaba agarrotado hasta el más pequeño de los dedos de los pies, y, sin embargo, no se arrepentía de nada de cuanto llegó a hacer o a decir en las veinticuatro horas pasadas.

Al pensar en el eterno viaje que había realizado conduciendo desde Los Ángeles hasta Colorado solo para ver a una chica y mantener los pantalones en su sitio, Mark quiso soltar una irónica carcajada. No recordaba la última vez que había pasado, estando soltero, una noche entera bajo el mismo techo que una mujer que lo excitaba, que le atraía física y sexualmente, sin tocarle un solo pelo de su cabellera. ¿Estaría perdiendo facultades? Cuando la imagen de Sienna aparecía en su mente, notaba un pinchazo directo en el corazón, algo que se juró no volver a permitirse experimentar por muchos años que viviera. El amor, el afecto, era algo que Mark se había prohibido sentir. Porque dolía, de un modo tan intenso que prefería mil veces que le clavaran astillas bajo las uñas. Pero cuando Sienna estaba cerca, sus fuerzas flaqueaban. Ella lo tentaba, lo provocaba, sacaba su yo más profundo a la superficie... Y aquello le asustaba. ¿Por qué aquella chica era tan diferente del resto? Había viajado hasta Denver con la intención de descubrirlo, pero aún no había desentrañado el misterio de su intensa atracción hacia ella.

—Si sigues haciendo eso, vas a quedarte calvo antes de cumplir los cuarenta —oyó que le decía la adormecida voz de Sienna—. Sin que sirva para alimentar tu ego, creo que tienes una mata de pelo estupenda.

Mark dejó de mesarse los cabellos y levantó la cabeza justo para ver cómo

Sienna se cerraba la bata de seda burdeos alrededor de la cintura. Apoyada en el marco de la puerta con los brazos cruzados, Mark se olvidó de respirar al ver su rostro aún somnoliento. Los ojos de Sienna brillaban de un modo sereno, y una tímida sonrisa asomaba a sus labios. Era como un rayo de sol despuntando a través de las nubes que lo rodeaban. Tan pronto como ese pensamiento cruzó por su mente, se odió a sí mismo por estar convirtiéndose en un cursi sentimental. Pero estaba despeinada, y tan preciosa que cuando Mark reparó en el escote que la bata y el camisón revelaban, necesitó unos segundos para recobrar la compostura. Se había quedado sin habla, y se vio obligado a aclararse la garganta antes de hablar.

—No es lo único que tengo estupendo —comentó en tono jocoso con las cejas levantadas—. Tú ya lo sabes, cariño.

Sienna puso los ojos en blanco y se acercó para tomar asiento en el brazo del sofá. Al cruzar las piernas, el camisón se le subió hasta medio muslo, y a juzgar por la sonrisa ladina de Mark, supo que el bailarín apreciaba las vistas.

—¿Has dormido bien?

Mark estiró los brazos hacia arriba; Sienna no pudo evitar humedecerse los labios cuando toda esa piel desnuda, de un apetecible tono acaramelado y marcados abdominales, se mostró ante ella. No era conveniente alabar la excelente forma física de Mark, pero era imposible no fijarse. No existía fuerza divina que consiguiera que dejara de mirar ese cuerpo perfecto y bien formado.

—¿En tu sofá de Barbie Malibú? —ironizó él—. ¿Tú qué crees?

Sienna torció la boca en un gesto arrepentido.

—Lo siento. Ya ves que no hay habitación de invitados, y el espacio es...

—Podías haber sido una mejor anfitriona e invitarme a tu cama.

Sin pensarlo, Sienna le golpeó en el hombro. Mark se rio con ganas y ella se arrepintió de inmediato de haberlo hecho, pues el calor que irradiaba su piel le traspasaba la carne y calaba muy hondo en ella. No sin gran esfuerzo se obligó a apartar la mano.

—No sé cómo te las apañas, pero cada vez que pienso que hay un caballero dentro de ti, la cagas con comentarios como ese.

La carcajada de Mark resonó por el minúsculo apartamento. Sienna llevaba razón: prácticamente vivía en una caja de zapatos. A su favor había que decir que, dadas las escasas dimensiones de su piso, lo había decorado con mucho gusto. Aunque todo estuviera adecuado a la menuda estatura de Sienna.

—Soy un caballero —le aseguró él—. De lo contrario, no hubieras dormido plácidamente, y ahora lucirías un precioso aspecto cansado después de tanto sexo.

Sienna bufó; aun así su mente evocó las imágenes de aquella noche que pasaron juntos en su despedida de soltera. Recordó lo apasionado que había sido Mark, todo un amante entregado que exigía tanto placer como daba. Se sorprendió a sí misma anhelando repetir esa experiencia con él. Podía ser que fuera un error, pero el sexo con Mark era una experiencia casi religiosa.

En lugar de ofrecerse a él, se oyó preguntar:

—¿Siempre eres así?

—¿Cómo? —Mark se inclinó para calzarse las deportivas—. ¿Tan increíblemente sexy e irresistible?

Sienna quiso reír y llorar al mismo tiempo. ¡Era imposible tener una conversación normal con ese tipo!

—Tan capullo —farfulló entre risas—. Me refiero a si nunca hablas en serio. Parece que todo cuanto te preocupa está relacionado con bailar o con...

—¿Con follar? —terminó Mark por ella el ver que sus mejillas se teñían de un ligero rubor—. Soy bueno en las dos cosas. Pero no estoy aquí por eso.

Las piernas de Sienna comenzaron a moverse deprisa sobre la alfombra que cubría el suelo. Atraído por el esmalte rojo de sus uñas, Mark se fijó en los pies descalzos de la chica, en la elegante curva que formaba su empeine hasta el tobillo. Pensó que tenía madera de bailarina. Deslizándose la mirada por su cuerpo, se le hizo la boca agua al llegar a las rodillas y subir hasta el cuello. Se dijo que no solo sus mejillas mostraban un color escarlata; también unas manchas rojizas cubrían la parte superior de su pecho, y el propio nerviosismo la llevaba a morderse los labios una y otra vez.

—No hagas eso —se oyó murmurar. El jadeo ahogado que Sienna lanzó cuando le tocó la boca con los dedos le llegó muy adentro—. Acabaras lastimándote.

Para mantener las manos ocupadas, Sienna se remitió el pelo detrás de las orejas. La cercanía del cuerpo de Mark la alteraba, quería arrojarse a sus brazos y apartarse de él al mismo tiempo. Acababa de romper el compromiso con el hombre con el que estaba a punto de casarse; no estaba bien que se liara con otro apenas unas horas después.

—Ayer, cuando estabas esperándome a la salida de la tienda... —carraspeó—. Dijiste que habías venido hasta aquí para decirme algo a la cara, pero no

terminaste de contarme qué era eso tan importante que no podías expresar por teléfono.

El suspiro de Mark llenó todo el salón. Creyó que, con todos los acontecimientos del día anterior, Sienna se olvidaría de aquello, pero una vez más había menospreciado la memoria de la chica. A fin de cuentas, iba confesarse antes o después, y aquel momento le parecía tan bueno como cualquier otro. Cogiendo la camiseta que había dejado tirada en el sofá, Mark se la puso, ocultando así su torso desnudo. Era una tontería, pero no le parecía bien pavonearse delante de una mujer a la que, por primera vez en mucho tiempo, estaba a punto de hablarle de sus sentimientos. Tal vez no fuera nada que debiera tomarse muy en serio, pero al mirar a Sienna, que parecía esperar con expectación lo que fuera que él pensaba decirle, sintió que debía ser bueno con ella, amable, sincero. A pesar del carácter fiero que mostraba con frecuencia, Sienna no merecía otra cosa.

—Quería comprobar por mí mismo si al estar frente a ti experimentaba la misma sensación de ahogo que cuando estás lejos —confesó, sin desviar la mirada del intrincado dibujo de la alfombra.

Los ojos de Sienna se abrieron de la impresión, y una ligera capa acuosa acudió a ellos, pugnando contra sus fuerzas por derramar un par de lágrimas.

—¿Q... qué?

—¡Oh, vamos! —Mark se levantó, alzando los brazos en un gesto nervioso—. Las chicas entendéis de qué va esto, ¿no? No se me da bien ponerles palabras a los sentimientos, pero lo que sí sé es que te has colado aquí. —Girándose para mirarla, se golpeó varias veces en el pecho—. No entiendo cómo cojones ha pasado. Yo no soy un tío que crea en los flechazos ni en todas esas mierdas románticas. Lo que quiero saber es por qué te has metido en mi sistema, por qué cuando te miro siento que es ahí donde debes estar y al mismo tiempo trato de buscar una cura, sacarte de dentro de mí, aunque eso me mate. ¿Lo entiendes ahora?

Sienna únicamente parpadeaba. Era la declaración más violenta y menos romántica que le había hecho nunca, y aun así le parecía perfecta. Jamás en la vida se hubiera imaginado que un tipo como Mark pudiera fijarse en alguien como ella fuera de la cama. Al ver su rostro contraído, no sabía muy bien si por miedo, preocupación o tal vez interés, Sienna supo que no estaba mintiendo y que al mismo tiempo no quería hacerle daño. Eran tan diferentes que una hipotética relación entre los dos estaba abocada al fracaso. Sin

embargo, su corazón latía acelerado ante la perspectiva de intentarlo con Mark, a pesar de los pesares, ante la incertidumbre de un futuro entre dos seres tan incompatibles como ellos.

—¡Menuda mierda! —resopló Mark, dejándose caer en el sofá con las manos en la cabeza—. ¿No dices nada?

Sienna se sujetó las mejillas, sintiendo en las palmas el ardor que desprendían.

—Yo... No sé qué decirte. —Él bufó—. ¡Es que no me lo esperaba! —se defendió ella—. Admito que me sorprendió verte ayer, pero no podía imaginarme que yo era el único motivo por el que habías conducido desde Los Ángeles. Yo... —Mordiéndose los labios, Sienna lo miró de soslayo—. ¿De verdad piensas en mí?

Mark gruñó mientras se frotaba la cara. Era absurdo sentir vergüenza por lo que acababa de decirle; debía reconocer que una parte de él aún se mantenía inocente después de todo.

—¿Tú qué crees? —le preguntó—. Y me jode, porque yo no soy así. Ya no. Escucha —Echándose hacia delante, extendió los brazos y sujetó las manos de Sienna entre las suyas—. No te estoy pidiendo que seas mi chica, no voy a hablarte de amor si es lo que esperas. Solo quiero saber si, por algún remoto capricho del destino, tú sientes lo mismo que yo.

Ella lo miró con atención. Los ojos de ambos tenían una tonalidad muy parecida, de un color intermedio entre la miel y el caramelo, pero no fue aquello lo que provocó que Sienna se viera reflejada en ellos: había verdad en su mirada, también incertidumbre y pasión, pero sobre todo había sinceridad. Mark debía de haber sufrido un fuerte desengaño en el pasado para comportarse así, como si lo estuvieran torturando en un potro en lugar de estar abriéndole su corazón.

—Joder... —resopló; sentándose junto a él en el sofá, apoyó la cabeza en el hombro de Mark.

Él, al escucharla, soltó una carcajada.

—Esa boquita... —murmuró, con los labios rozándole la sien—. No me des ideas...

—No empieces ahora —le advirtió ella; alzando la vista, Sienna se fijó en su mentón cuadrado cubierto por una suave capa de barba oscura—. Yo también me siento así, y desde que nos acostamos también he pensado en ti más veces de las que estoy dispuesta a admitir. —Sentado tan cerca a su lado,

Sienna notó que se reía.

—¿Y qué hacemos ahora, morena?

Sienna suspiró.

—Iba a casarme en dos semanas, Mark. Creía que amaba a Robert, y me he dado cuenta de que lo que de verdad quería era ese cuento que nos venden desde niñas.

—El «felices para siempre».

—¡Sí! —Nerviosa, Sienna soltó una de las manos que Mark le sujetaba y comenzó a retorcerse un mechón de pelo—. Me gustas, Mark. Me pones de los nervios, me encantaría abofetear esa cara arrogante que pones a veces y aun así me siento atraída por ti.

—Pero... Porque siempre hay un pero.

Acercándose a él, Sienna se sentó en su regazo y le acunó la mejilla. Cuando Mark le rodeó la cintura con un brazo, sintió que estaba en casa.

—Creo que debo estar sola un tiempo y encontrarme conmigo misma. Demostrarme que soy capaz de seguir adelante sin un hombre al lado.

Para aligerar la tensión del momento, Mark forzó a sus labios a curvarse en un fingido puchero.

—¿Al menos podemos ser *follamigos*?

Sienna estalló en carcajadas.

—Buen intento, Casanova. —Acto seguido, se abrazó a su cuello y estampó su boca contra los cálidos y carnosos labios de Mark. No hubo lengua, y sus sexos tampoco se excitaron; en cambio, el corazón de cada uno pareció estallar en el pecho del otro.

Para cuando se separaron, la intensidad de la mirada de Mark era tal que Sienna ahogó un sollozo emocionado.

—Debería irme —murmuró, derramando el aliento sobre su rostro—. Me espera una paliza en la carretera.

—Claro, lo entiendo.

Sin embargo, ninguno se movió durante unos minutos que a ambos les parecieron eternos, bebiendo de sus respiraciones mezcladas y alimentándose de los latidos que resonaban al unísono.

—Hay que joderse —masculló Mark con una irónica sonrisa—. Al final resultará que soy un sentimental después de todo.

Sienna se carcajeó y volvió a besarlo antes de dejarlo marcharse.

—¡Eh, oye! —lo llamó cuando Mark se estaba poniendo la chupa de cuero

y buscaba sus nuevas gafas de sol en el interior de los bolsillos—. ¿He de preocuparme por esto?

Cuando sus ojos lograron enfocar, Mark le echó un vistazo a la revista que Sienna sujetaba en la mano, aquella en la que él aparecía en la portada junto a Lorelei.

Torció el gesto y chascó la lengua contra el paladar.

—Eso no es nada. —Le restó importancia con un gesto de la mano; cuando Sienna levantó una ceja, en actitud recelosa, Mark insistió—. En serio, no lo es. Un lío pasajero que ya se ha acabado —acabó confesando—. Prometo que me esforzaré por portarme bien.

Esta vez fue Sienna quien puso los ojos en blanco.

—Como si pudieras evitarlo.

Desde la puerta, Mark le lanzó un beso y un guiño.

—Te llamaré, morena. No dudes que te llamaré.

Solo cuando se hubo marchado y se quedó sola, aovillada en un rincón del sofá, Sienna se encontró deseando que esa llamada se produjera cuanto antes.

Diez horas más tarde, con unas cuantas paradas a la espalda para poder estirar las piernas y comer algo, cuando estaba a punto de llegar a Las Vegas, Mark recibió la llamada de Jason preguntándole si podía pasar a recogerlo en Arizona. Según le contó Jason, Chloe había tenido que marcharse a Los Ángeles, y con ella se había llevado también el billete de avión que Jason debía usar para volver a la ciudad. Con las prisas y la poca antelación, la compañía aérea tan solo pudo facilitarle un pasaje hasta el aeropuerto de Phoenix. Al llegar allí, recordó convenientemente que su colega comentó algo sobre conducir hasta Colorado para ver a Sienna, así que pensó que la improvisada excursión les recordaría los viejos tiempos en la carretera.

—Eres un cabrón —le espetó Mark cuando se montó en el coche—. ¿Te haces una idea de la cantidad de horas que llevo con el culo pegado tras el volante?

—¿Quieres que te dé el relevo?

—¡Y una mierda! —exclamó Mark mientras mascaba chicle—. Por mis cojones que el viaje lo termino yo.

Incómodo, Jason se removió en el asiento para descubrir que se había sentado sobre un bote de patatas fritas y un sándwich a medio comer.

—¡Qué asco, tío! —protestó—. Más te vale limpiarlo cuando lleguemos al apartamento. No quiero problemas con el tío que nos lo alquila.

—Sí, mamá. ¿Cómo te ha ido?

Colocándose las gafas de estilo aviador sobre los ojos y ajustándose la visera de la gorra de los Bruins que llevaba, Jason puso morritos al tiempo que asentía con la cabeza.

—Mejor de lo que esperaba —confesó al fin—. Iba a contarle lo de Kathy antes de entrar en casa, pero entonces ella apareció y todo se fue a la mierda. Chloe pensó que era hija mía.

—¡JA! —se mofó Mark—. ¿Cómo está mi futura esposa? —preguntó en referencia a Kathy—. ¿Ya le han salido las...?

—¡Cuidado con lo que dices, animal! —lo previno Jason señalándolo con el dedo.

—¡Iba a decir las paletas! —se defendió el aludido—. La última vez que la vi ni siquiera podía morder una galleta. ¡Dios, tienes la mente sucia, hermano!

Jason puso los ojos en blanco. Con Mark nunca se sabía por dónde iba a desarrollarse la conversación.

—¿Por eso Chloe se largó antes de tiempo? —sondeó su amigo.

Jason negó con la cabeza y le explicó todo lo sucedido durante el fin de semana, desde el malentendido con su sobrina, pasando por la fiesta de cumpleaños, hasta llegar a los papeles de adopción y a los «te quiero». Mark silbó cuando Jason llegó a esa parte.

—La cosa va en serio, ¿eh? ¿También le has contado lo de Grace?

Por el rabillo del ojo, Mark vio que su colega se levantaba las gafas de sol para frotarse los ojos con el puño.

—Oh, mierda —gruñó—. No lo has hecho.

—No podía, tío. No cuando acababa de decirle que la quería, no cuando admitió que ella sentía lo mismo.

—Te la estás jugando, Jas... —le advirtió Mark—. Y esta vez en serio. Esto no se puede comparar con lo de Kathy. Cuando Chloe se entere...

—Se lo contaré todo. En cierto modo, ya la he puesto sobre aviso. Lo haré en cuanto la vea, ¿de acuerdo? ¿Ya estás más tranquilo?

A su lado, con la vista fija en la carretera, Mark negaba con la cabeza.

—No se decepciona a quien quieres.

Jason suspiró.

—Lo sé. ¿Qué tal te ha ido a ti?

Una sonrisa ladina apareció en el rostro de Mark.

—De puta madre —masculló, tras lo cual se sacó un clínex del bolsillo de los vaqueros y escupió el chicle en él. Ya lo tiraría más tarde cuando pararan a echar gasolina—. Esa chica tiene algo, Jas. Y pienso descubrir qué es.

Jason se movió, inquieto, en su asiento, asombrado por la confesión de su amigo. Desde que conocía a Mark, jamás lo había visto tan interesado por una mujer. Todas las que pasaban por su vida lo hacían de un modo pasajero, sabiendo de antemano lo que podían esperar de él y acordando ambas partes no involucrarse emocionalmente. Esta vez, en cambio, Mark parecía haber quitado el freno e ir cuesta abajo a toda pastilla.

—¿Te has enamorado? ¿En serio?

—¡Qué dices! —gritó, como si la idea le espantara—. Ya sabes que esa palabra que se escribe como Roma, pero al revés, y yo somos enemigos acérrimos.

—¿Entonces?

Mark alzó un hombro mientras cambiaba de marcha.

—Me gusta, ¿de acuerdo? —reconoció al final—. Y yo le molo a ella, así que...

—Te recuerdo que va a casarse.

—Ya no. —Sonrió como un niño que acaba de cometer una travesura—. El cabrón le puso los cuernos con una bailarina.

—Y ella se los puso antes contigo.

—Lo que demuestra que esa tontería del amor es una estupidez.

—Lo que tú digas, tío.

Permanecieron en silencio unos minutos. Las luces del día se iban apagando, y por la ventanilla vieron pasar el cartel que les daba la bienvenida a California.

—Voy a llamarla —dijo Mark al cabo de un tiempo, rompiendo el silencio—. Incluso puede que vuelva a Denver para verla.

—¿Vas a reformarte, Mark?

El aludido arrugó la nariz.

—Nna... —masculló. Y Jason lo interpretó como un no—. Solo quiero ver adónde me lleva todo esto.

«Ya te diré yo lo que consigues», pensó Jason. Su amigo estaba pillado hasta las trancas, y el muy capullo ni siquiera era consciente de ello.

—¿Y tú? —contraatacó Mark—. ¿Vas a contarle a Chloe lo de Grace?
Reclinando la cabeza contra el respaldo del asiento, Jason resopló.

—Chloe es la mujer de mi vida. Si quiero que lo nuestro tenga un futuro, más me vale poner las cartas sobre la mesa.

—¡Así se habla! —sentenció Mark dándole una palmada a Jason en la rodilla—. Estoy canino. ¿Paramos y metemos gasolina a estos cuerpos de infarto que Dios nos ha dado?

Jason estalló en carcajadas y sintió que por fin se relajaba.

—A veces pienso que estás demasiado pagado de ti mismo, pero, con respecto a la comida, mi respuesta es sí. Es lo más inteligente que has dicho desde que me he subido al coche.

—Ya sabes que a veces me gusta decirte moñerías al oído —bromeó Mark—. ¿Hamburguesa doble, patatas, nachos y postre?

—¡Que sea triple esa hamburguesa!

20

ALWAYS REMEMBER US THIS WAY

—Debe de tratarse de una broma —protestó Chloe, presa de la indignación—. Roger, no puedes estar hablando en serio.

—¿Por qué no te sientas de una vez y te calmas, Chloe? —contraatacó su jefe usando un tono exasperado—. Tal vez así puedas comprender la magnitud del proyecto que estoy a punto de poner en tus manos.

¿Que se tranquilizara? Chloe le lanzó una dura mirada; de haber podido, hubiera lanzado rayos láser con los ojos para fulminar a Roger. Esta vez había cruzado el límite; cuando creía que el hijo de Big Joe no sería capaz de sorprenderla más, recibía una llamada telefónica para citarla en la sala de juntas de la cadena. Una vez reunidos, Roger no tardó ni dos minutos en proponerle un último despropósito de tales dimensiones que la cabreaba e indignaba a partes iguales. Y esta vez ella no estaba dispuesta a ceder.

Llevándose las manos a las caderas, Chloe se giró para encararse a él.

—¿Pretendes que me calme? A ti se te ha ido la cabeza, Roger. No puedes amañar el concurso solo porque te despertaste una mañana y decidiste que, como eres el hijo del jefe, puedes hacer cuanto te venga en gana.

—A mí no me hables así —le advirtió Roger, amenazándola con el dedo—. Recuerda que si estás aquí todavía es por expreso deseo de mi padre. Si fuera por mí, ya habríamos prescindido de tus servicios.

Chloe apretó los puños tan fuerte que empezó a sentir un agudo dolor en las palmas de las manos al clavarse las uñas. Si no se contenía, probablemente acabaría arrojándose sobre Roger para estrangularlo y conseguir así que se callara de una vez.

—Créeme, Roger, es algo que sé desde hace tiempo. Pero todavía sigo aquí. Este programa iba en contra de mis principios, pero, gracias a mí —se llevó una mano al pecho para que le quedara claro a su jefe que era ella la única responsable de su éxito—, hemos conseguido que el público se vuelque con él. La audiencia está subiendo, los televidentes están entusiasmados con la recta final. No pienso permitir que te cargues todo eso.

—¡Me importa una mierda! —estalló Roger, levantándose de su silla.

Era la primera vez que Chloe lo veía perdiendo los papeles. Un par de mechones de su engominado pelo se habían escapado de su sitio y ahora danzaban, rebeldes, sobre sus ojos de serpiente; las mejillas se le habían coloreado de rojo y el sudor comenzaba a bañarle las sienes.

—El programa es mío, y vas a hacer lo que yo te diga. Quiero a Jason y a Ruby fuera de la competición. Cuanto antes. Tengo planes para ellos.

Cruzándose de brazos, Chloe irguió la espalda y lo miró con la barbilla alzada.

—¿Lo sabe tu padre? Dime, Roger, ¿qué le parece a Big todo esto?

Roger le lanzó una sonrisa amarga.

—El viejo ya no puede meter sus condenadas narices en todo esto. Además, todos salimos ganando. Tú te llenas aún más los bolsillos, la cadena gana popularidad, el concurso consigue ser un éxito y tu bailarín se convierte en el Fred Astaire del siglo XXI. ¿Qué te resulta tan terrible?

—Eres una miserable rata rastrera, Roger —le escupió Chloe, apretando los dientes.

Al oírla, Roger se carcajeó.

—¿Me lo dices tú, que te estás tirando al chico desde el principio?

Los ojos de Chloe se abrieron como platos. Él no podía saber que Jason y ella eran pareja. En la cadena seguía siendo una profesional y se centraba en el programa, manteniendo las distancias con Jason, aunque él a veces no se lo hubiera puesto fácil. Aquello era su vida privada, y no influía en absoluto a su trabajo. Pero las palabras de Roger destilaban veneno, y Chloe supo que la estaba chantajeando.

—Eso no es asunto tuyo.

—Oh, claro que lo es —declaró Roger. Reconponiendo su aspecto, se abrochó el botón de su carísima americana—. Porque vas a ser tú quien le diga a Jason que vamos a prescindir de él. —Y riendo, añadió—: Anímate, Chloe. Siempre puedes darle la noticia después de echar un polvo.

Roger no lo vio venir, y ella tampoco. Lo siguiente que Chloe supo fue que se había acercado a él y que su mano derecha impactaba con todas sus fuerzas con la bien afeitada mejilla de Roger. Ella pensó que debió de dolerle cuando vio la marca rojiza de sus dedos en la piel recién rasurada.

—Voy a dejarlo pasar esta vez —farfulló Roger moviendo la dolorida mandíbula—. Todavía te necesito, Chloe. Me guste reconocerlo o no, eres buena en tu trabajo.

Escondiendo las manos tras la espalda, con los dedos todavía temblándole como si no se creyera que acababa de abofetear a su jefe, Chloe reunió el valor suficiente para poner los ojos en blanco.

—¿Ahora vas a halagarme?

Masajeándose la zona dolorida, Roger sonrió irónicamente.

—Eres una chica lista, Chloe. Sabrás ver el lado bueno de todo esto.

—¿Eliminando a una de las parejas más brillantes del concurso solo porque a ti se te ha antojado?

—Comprendiendo que esto es lo mejor para todos. La fama de Jason y Ruby ha subido como la espuma en las últimas semanas desde que se publicaron esas fotografías de los dos juntos. La junta directiva ha decidido...

Chloe lo interrumpió sin rastro de arrepentimiento.

—Dirás más bien que tú has decidido y los has convencido a ellos.

—*Hemos* decidido —matizó Roger— que es hora de dar un paso más. La cadena está viviendo uno de sus mejores momentos, y queremos apostar por un proyecto más ambicioso. La creación de un sello cinematográfico propio.

Chloe no se creía lo que escuchaban sus oídos.

—¡¿Qué?!

—Ahí es donde entran Ruby y Jason —prosiguió Roger—. Vamos a aprovechar el tirón que está teniendo todo esto del baile para lanzar una película con ellos como protagonistas. Dada su relación, el marketing se hará prácticamente solo, y el éxito está más que asegurado. Sobre todo entre el público joven.

—¡Te has vuelto completamente loco! —clamó Chloe, llevándose las manos a la cabeza—. ¿Los echas del concurso porque sí y pretendes que se comprometan contigo a grabar una película? ¡Si ni siquiera existe una relación entre ellos, por el amor de Dios!

—A la gente no le importa si es verdad o no —replicó Roger, cada vez más enfadado—. Tu tarea es no dejarte ver con Jason y asegurarte de que tanto él como Ruby consienten en aceptar el trato y en fingir que son una pareja, digamos, hasta el estreno de la cinta. Si realmente surge algo entre ellos durante el rodaje, mejor para nosotros, por supuesto.

—¡Y una mierda! —se escuchó gritar Chloe.

Roger no solo pretendía amañar el concurso de baile, sino que además intentaba quitarle el novio. ¿Cómo podía un ser humano ser tan ruin y mezquino como él? Bajo sus carísimos trajes y su aspecto cuidado se

escondía un hombre retorcido al que no le importaba destruir cuanto encontraba a su paso si así lograba alcanzar sus objetivos.

—¿Disculpa?

Recogiendo su bolso y los montones de papeles con los que siempre cargaba, Chloe negó enérgicamente con la cabeza. Ya había oído suficiente; tenía que largarse de allí.

—Me has escuchado perfectamente, Roger. La respuesta es no. No voy a hacerlo. Va en contra de mis principios engañar a la gente. Ya es suficiente.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Si abandonas ahora, no volverás a trabajar para una cadena nacional. Se te cerrarán todas las puertas, Chloe. ¿Es eso lo que quieres?

Si antes Chloe había albergado alguna duda, ahora le quedaba completamente claro que Roger la estaba chantajeando.

—Lo que quiero es hacer bien mi trabajo y dormir por las noches con la conciencia tranquila.

Roger soltó una amarga carcajada.

—Son negocios, Chloe. Aquí no sirven las medias tintas. Es o todo o nada.

—No siguiendo tus reglas.

—Piénsalo al menos —insistió su jefe—. No aceptaré ninguna respuesta que me des ahora. Puede que tú y yo no nos entendamos, pero sé que este proyecto es perfecto para ti, que es justo lo que necesita tu carrera. Lo entenderás antes o después.

Chloe ni siquiera se molestó en contestarle. Se marchó de allí notando la bilis subiéndole por la garganta. ¿Cómo podía Roger ser tan cínico? Cuando empezó a trabajar en la cadena, sumergiéndose de lleno en el mundo del espectáculo y la televisión, disfrutaba de cada nueva faceta que descubría. Cada día era diferente, emocionante. Los riesgos que asumía como productora de pequeños programas, la tensión por conocer las cifras de audiencia, incluso los fiascos profesionales la estimulaban para quisiera seguir adelante e intentarlo de nuevo. Ahora que la SFE estaba prácticamente en manos de Roger, que era él quien decidía y movía los hilos, ya no estaba tan segura de que quisiera seguir trabajando allí.

Llevaba meses sin disfrutar de su profesión. No le ilusionaba llegar al estudio y enfrascarse en la extenuante tarea de dirigir un programa. Cada vez había más competición, los índices de audiencia y popularidad lo eran todo, y aunque el *show* que estaba en antena fuera de calidad, si a la gente no le

gustaba podía considerarse un cadáver televisivo. Luego estaban los directivos, que se vendían al mejor postor sin con ello conseguían llenarse un poco más los bolsillos. ¿Dónde quedaban la ética, la moral? Tenía treinta y tres años y se sentía como cuando acabó la universidad y un futuro incierto la esperaba. Chloe se preguntó si sería capaz de seguir trabajando para una industria tan compleja como lo era la del espectáculo.

Al llegar a casa pensó en Jason. ¿Cómo iba a decirle que Roger pretendía despedirlo? Él era bailarín por encima de todo, y ahora que lo conocía bien, que había pasado tiempo con su familia y sabía por cuánto habían pasado, Chloe supo que no podía engañarlo. Jason necesitaba un empleo estable y bien remunerado que le permitiera conseguir la adopción de su sobrina. Kathy lo era todo para él, y Chloe se prometió que haría todo cuanto estuviera al alcance de su mano por ayudarlo.

Tal vez Jason aceptara la propuesta de Roger de protagonizar una película junto a Ruby; sin duda aquello le proporcionaría dinero rápido y fama mundial. Podría convertirse en padre de Kathy incluso antes de lo que él había imaginado. Pero algo en el interior de Chloe le decía que Jason no era de ese tipo de hombres que se dejaban comprar tan fácilmente. Si finalmente rechazaba la oferta, a lo mejor ella podría echarle una mano, tirar de alguno de sus contactos para conseguirle un puesto en el cuerpo de baile de algún programa o en algún musical de la zona, quizá en Nueva York. Chloe no quería separarse de Jason, pero los mejores espectáculos estaban en Broadway, y ella entendía que, al igual que el baile, para Jason Kathy lo era todo.

Sintiéndose abatida y frustrada, Chloe se sentó en el sofá, dispuesta a ocupar su mente con cualquier otro tema durante un par de horas. Contestó *mails* que tenía pendientes, puso al día su agenda e incluso llamó a su madre antes de que esta comenzara a quejarse de los escasos mensajes que recibía de su hija.

Cuando Chloe le confirmó que salía con un chico, Susan gritó de entusiasmo al otro lado de la línea, y Chloe tuvo que apartar el auricular de su oreja para no quedarse sorda.

—¿Es un buen chico? ¿Te trata bien? —se interesó su madre—. Tu hermana me dijo que estabas viéndote con alguien, pero no que fuera algo serio.

Mordiéndose una uña, distraída, Chloe asintió como si su madre pudiera

verla.

—Lo es, mamá. No sé muy bien qué etiqueta ponernos, pero algo me dice que tal vez Jason podría ser el definitivo.

Era imposible que Chloe lo supiera, pero estaba segura de que su madre se había puesto a dar saltitos en el suelo.

Susan carraspeó antes de hablar, obligándose a serenarse para no alarmar a su hija.

—Con que tú estés bien, a nosotros nos vale, cariño. ¿Me permites un consejo?

Chloe suspiró. Como si su madre no fuera a dárselo, lo quisiera o no.

—Céntrate en lo que a ti te hace feliz, Chloe. Si ese chico es lo que quieres, entonces entrégate a él. Tu padre y yo estamos orgullosos de ti, cielo. Sé que a veces me comporto como una madre chapada a la antigua y que no te lo digo todo lo que debería, así que ahí va: no necesitas a un hombre para ser perfecta. Tú ya lo eres.

—Ay, mamá...

Su madre no podía saberlo, pero con aquellas palabras Susan había conseguido que Chloe recuperara la confianza en sí misma en un día tan difícil.

Tras una lacrimógena despedida, Chloe decidió echar un vistazo a su horóscopo. Hacía días que no lo consultaba, desde que Jason y ella empezaron a ir en serio en su relación. Era curioso pensar que lo que había sido una costumbre para ella ahora no era más que un pasatiempo casi olvidado. Tal vez ella ya había alcanzado su destino, después de todo.

«Cáncer: Prepárate para vivir una época de cambios en tu vida. Lo que antes estaba bien para ti ahora no te llena como debería. Tiempo para reflexionar y establecer prioridades. Piénsatelo dos veces antes de actuar. Nada es lo que parece. Sé paciente con tu pareja: él o ella te lo compensará».

Con el entrecejo arrugado, Chloe se quedó pensando en el enigmático mensaje de su signo. Era cierto que su futuro profesional pendía de un hilo, que estaba replanteándose su carrera, pero en cuanto a lo personal... Jason y ella estaban mejor que nunca. No habían tenido ocasión de verse desde que regresaron de Dallas, pero volverían a encontrarse dentro de unas horas y todo seguiría igual que siempre. Jason le había enviado un mensaje pidiéndole que aquella noche se pasara por su apartamento para poder estar

juntos. La pasión se desataría entre ellos, de nuevo saltarían chispas que prenderían sus cuerpos y sus corazones.

Mientras se duchaba, bajo el chorro de agua caliente Chloe recordó lo enigmático que Jason se había puesto la última vez que estuvieron juntos. Él quería decirle algo, pero le pedía más tiempo. Y confianza; sobre todo necesitaba que confiara en él. A pesar de su mala experiencia en su relación anterior, Chloe no tenía dudas de su amor hacia Jason, por lo que aceptó ser paciente, darle espacio y esperar a que él estuviera preparado para confesarle lo que quisiera que necesitara revelar.

Eligió un primaveral vestido con una falda semivaporosa que le llegaba a la mitad del muslo y completó su atuendo con unas cómodas bailarinas planas que le resultarían muy prácticas en caso de que Jason quisiera continuar con sus clases particulares. Le estaba enseñando los pasos básicos de baile. Adelante, de lado, cerrar y atrás. Luego de lado otra vez y cerrar... Y siempre, siempre, utilizar la parte interior de la planta del pie, nunca apoyar el talón. Chloe estaba entusiasmada, y ya era capaz incluso de realizar pequeñas coreografías. Siempre con Jason como pareja, claro.

Para cuando llegó al apartamento de Jason en la avenida Croft casi había anochecido, y Chloe sintió que el corazón se le aceleraba ante la perspectiva de volver a estar entre los brazos del hombre al que amaba.

Utilizó los nudillos para llamar a la puerta y esperó. Escuchó la voz de Jason indicándole que pasara, y ella no lo dudó dos veces. Había estado con anterioridad en el piso que Jason y Mark compartían, pero siempre le sorprendía lo pequeño que era. No entendía cómo dos tíos del tamaño de esos dos bailarines podían moverse por ese reducido espacio.

—Está bien, de acuerdo —oyó que decía Jason. Venía caminando hacia ella con el móvil pegado a la oreja—. Llámame en cuanto llegues, ¿vale?

Besó a Chloe en los labios, apenas un roce de su boca. Luego se giró y, con un resoplido, se sentó en el sofá tras colgar el teléfono.

—Hola a ti también. —Chloe se acercó hasta él y se sentó a su lado—. ¿Un mal día?

Jason bufó; se llevó una mano a los ojos y se los restregó como un niño pequeño. En aquella postura, los pectorales se le marcaban bajo la camiseta de algodón blanco; Chloe se mordió los labios y, sin poderlo evitar, colocó una mano sobre su pecho y comenzó a acariciarlo sobre la ropa.

—Puedes contármelo si quieres.

Jason abrió los ojos y la miró.

—Eres preciosa —murmuró; tras arrojar el móvil a un lado, alzó la mano para acariciarle la mejilla—. Por algún extraño milagro que todavía no comprendo has decidido quererme.

Sin entender muy bien a qué venía todo aquello, Chloe no puso objeción a que le rodeara la cintura con un brazo y tirara de ella hasta pegarla a su costado.

—Jason, ¿estás bien? —Chloe le colocó los dedos sobre la frente para comprobar si tenía fiebre—. Las parejas se dicen las cosas, y ahora me tienes aquí.

—Lo sé —murmuró con los labios sobre su cabeza—. Es solo que veces me da la sensación de que le fallo a todo el mundo.

—¿Qué estás diciendo? —Chloe apoyó una mano sobre sus abdominales, sorprendiéndose una vez más de su firmeza—. Eres más que suficiente, Jason. Para mí, para Kathy...

Él desvió la mirada al escuchar el nombre de su sobrina, y Chloe se alarmó.

—¿Le ha pasado algo a Kathy? Por favor, dime que no.

Él se apresuró a negar con la cabeza; aun así, su rostro seguía serio y la mandíbula apretada.

—¿Recuerdas la mariposa?

—¿La que te dio Kathy? Sí, claro. Nunca te la quitas y... —Al fijarse bien, Chloe advirtió que no la llevaba al cuello—. ¿Dónde está?

—No lo sé. Después de ensayar con Ruby, fui a los vestuarios para darme una ducha, como siempre. Dejé el colgante en mi taquilla y cuando volví ya no estaba. Sé que te parecerá una tontería, pero esa mariposa es importante para mí. Es de mi niña, y le prometí que siempre la llevaría conmigo.

El corazón de Chloe se encogió al escucharlo hablar de ese modo de Kathy. «Su niña», se repitió a sí misma. Supo en ese momento que haría cualquier cosa por Jason y por ella, que estaría a su lado hasta el final, cuando ambos se convirtieran oficialmente en una familia de la que, si tenía suerte, llegaría a ser un miembro más.

—Ruby, Mark y yo hemos estado buscándola un buen rato —prosiguió Jason—. Pero no aparece.

Distraída, Chloe comenzó a acariciar los mechones rubios de Jason con la esperanza de que el contacto calmara los nervios de su chico.

—Han desaparecido varias cosas en el estudio desde que empezó el

programa. No sé si son robos o si se trata de otra cosa. Pero te prometo que la encontraremos —le aseguró, besándolo en la sien—. Dime cómo puedo ayudarte.

Con un suspiro, Jason la apretó más contra sí.

—Cuéntame algo para distraerme.

Mordiéndose los labios, un tanto indecisa, Chloe se decidió al final a hablarle del proyecto de Roger, de cómo quería eliminarlo del programa y rodar una película con él y Ruby como protagonistas. Mientras le relataba su encuentro con Roger, Chloe sintió que se exaltaba otra vez. ¡Aquel miserable no carecía de escrúpulos!

—Es indignante —continuó Chloe—. Primero con la idea de que las concursantes fueran solo mujeres bailando con tíos buenos, ahora pretendiendo amañarlo y... ¿Te estás riendo? ¡Jason, no tiene gracia!

A su lado, Jason se incorporó para no atragantarse con su propia risa.

—Lo siento, es que... —No era capaz de evitar el ataque de carcajadas que le sobrevino—. ¿De verdad le has pegado? ¿En toda la cara?

Chloe sintió que se ruborizaba.

—Fue una bofetada. Y pequeña, además.

—No lo fue si le dejaste la cara roja. ¿Lo hiciste? —Al ver que su sonrojo se acentuaba, un nuevo ataque de risa le sobrevino—. ¡Esa es mi chica! Menudo gilipollas. No me sorprende. Se pasa a menudo por la sala de ensayo para insinuarnos a Ruby y a mí que enseñemos más piel y que las coreografías sean más sensuales.

Chloe notó que la rabia y la indignación crecían un poco más en su interior.

—Lo siento mucho, Jason. Puedo intentar frenar a Roger, pero al final acabará saliéndose con la suya. Sé que necesitas el trabajo y que la película puede abrirte las puertas de la fama, así que, si quieres aceptar...

Jason utilizó los dedos índice y pulgar para hacer pinza sobre los labios de Chloe y conseguir que se callara de ese modo.

—¿Te he dicho ya que estás mucho más guapa cuando callas? —bromeó—. No quiero aceptar. Ni siquiera necesito pensarlo. No soy actor, y bailar es mi vida, pero no voy a quedarme allí donde no me quieren, y mucho menos si uno de los requisitos es olvidarme de mi novia y fingir que quiero a otra.

—Pero...

—Tú eres mi única pareja de baile. ¿Lo has entendido?

Aturdida, Chloe asintió. ¿Qué podía contestar a eso? Jason le cortaba la

respiración y la dejaba sin palabras. Por primera vez en toda su vida sabía lo que era sentirse realmente amada.

Lo vio levantarse del sofá y caminar hasta el equipo de música que estaba junto a la puerta. Le bastó con pulsar un botón para que la canción *These arms of mine*, de Otis Redding, llenara todo el apartamento.

—Ven —le susurró Jason, tendiéndole una mano—. Baila conmigo.

Con la garganta seca, Chloe tan solo acertó a sujetarse a sus dedos mientras permitía que la condujera al centro del salón, donde los escasos muebles no pudieran molestarlos.

Su cuerpo se estremeció con las caricias que Jason le regalaba al final de la espalda. Cuando acomodó la mejilla en el hueco de su cuello, Chloe apreció su aroma a jabón limpio, colonia y algo más que solo le pertenecía a él. Inspirando hondo besó suavemente la piel que quedaba expuesta en la zona inferior de su mandíbula.

—Para... —murmuró él con la voz ronca— o acabarás tumbada sobre la moqueta con la falda arrugada sobre las caderas.

Ella soltó una risita coqueta y sostuvo con los dientes el lóbulo de su oreja.

—¿Qué era eso que querías contarme en Dallas? —preguntó ella; mientras tanto, Otis seguía cantando a sus solitarios brazos, necesitados de su amada—. Algo sobre tu pasado. Acabo de recordarlo.

Abrazada a él, Chloe notó que Jason aguantaba la respiración durante unos segundos. Utilizando los dedos, él la sujetó de la barbilla para instarla a que lo mirara a los ojos.

—Mi pasado está viajando justo en este momento hasta aquí —le susurró—. Tal vez te haga daño, Chloe, pero créeme cuando te digo que tú eres lo más importante para mí. Que Kathy y tú sois lo más importante. —Y añadió—. Si estoy haciendo esto, es por nosotros, porque quiero solucionarlo de una vez por todas para poder construir un futuro contigo.

Chloe parpadeó varias veces, confusa.

—No estoy entendiendo nada, Jason. ¿Podrías ser más claro?

Él se mordió los labios y negó con la cabeza.

—Te lo contaré todo en cuanto hable con ella —le prometió; después volvió a abrazarla para seguir danzando al son de la música—. Te doy mi palabra. Pase lo que pase, nos recordaré siempre de este modo.

—¡Pero has dicho «ella»! —exclamó al tiempo que se ponía en pie, notando que un incómodo nudo se instalaba en su garganta—. ¡No puedes

dejarme así, Jason!

Él se levantó; tras varios intentos en los que Chloe no se lo puso fácil, consiguió tomarla de las manos.

—Confía en mí, por favor.

—Jason, si hay otra ,me gustaría saberlo ahora. Yo... —Desligando sus dedos de los de él, se llevó una mano a la cabeza—. Dios..., ¿por qué tengo la sensación de que nos estamos despidiendo?

Jason no hizo nada por ocultar su rostro angustiado.

—Dame un poco más de tiempo. Es lo único que te pido.

¿Qué era aquello que lo atormentaba de esa manera y que le hacía pensar que podría separarlos para siempre? ¿Tan poco confiaba en sus sentimientos? Ella lo amaba, y estaba segura de que él la quería del mismo modo. Lo justo sería que pelearan juntos para que lo suyo funcionara, para alcanzar ese futuro del que Jason hablaba. Pero debía ser sincero con ella, o de lo contrario llegaría un momento en el que Chloe se plantaría, por mucho que le doliera.

Le daría lo que le pedía. Esperaría unos días más. Si Jason no le contaba la verdad, entonces sería ella quien tomara la decisión por los dos.

«Te lo contaré todo cuando hable con ella». Las palabras resonaban una y otra vez en la mente de Chloe, que rezaba por que esa *ella* la mujer que acabara con sus sueños de una vida al lado de Jason.

21

I CAN SEE CLEARLY NOW

Año Nuevo, vida nueva.

A efectos prácticos, aquel dicho podía aplicarse a la nueva rutina de Sienna. Con el verano a las puertas y un compromiso roto, sentía la necesidad de establecer un punto de inflexión en su día a día. Por ello decidió que la fecha en la que se suponía que Rob y ella tenían que contraer matrimonio era el momento perfecto para dejarlo todo atrás. Se despidió de su trabajo en la *boutique* de vestidos de novia, dijo adiós a su familia e hizo la maleta para poner tierra de por medio con todo lo que la ataba en Denver. Había telefoneado a Chloe unos días atrás; su amiga le aseguró entonces que podría encontrarle un puesto como asesora de vestuario en el programa que ella producía. Con su experiencia en el sector, sus opiniones serían muy valoradas por el personal, y aunque el propio futuro profesional de Chloe estaba contra las cuerdas, supo que su amiga no le fallaría.

Iba a empezar de cero; la expectativa de no saber qué le depararía el porvenir la asustaba e ilusionaba a partes iguales. Por primera vez en mucho tiempo sentía que volvía a controlar las riendas de su vida. Le sorprendía no echar de menos a Robert. Después de un año saliendo juntos, tras todos los planes de boda que habían compartido, no extrañaba al que un día fue su prometido. En cierto modo era... triste, pero el corazón es así de caprichoso, y simplemente no se le puede forzar a amar.

En cambio en quien no dejaba de pensar era en Mark. Por irónico que pareciera el bailarín, se había colado en sus pensamientos, en sus sueños e incluso en su presión sanguínea. Le bastaba con rememorar la última vez que estuvieron juntos, el modo en que él la hacía reír, en que la provocaba hasta el enfado o en cómo la excitaba con sus besos y caricias para que el corazón se le acelerara. Era del todo inconcebible que estuvieran juntos, puesto que ambos eran tan opuestos como el día y la noche. Sin embargo, ella no podía sacárselo de la cabeza, y él había conducido quince horas solo para verla. Si eso no significaba algo...

La perspectiva de trasladarse a Los Ángeles y pasar más tiempo con él,

descubrir hasta dónde podían llegar, nunca le había parecido más atractiva. Por fortuna para ella, Chloe estaba dispuesta a acogerla en su habitación de invitados. Aunque resultara extraño al tratarse de su mejor amiga, jamás habían compartido piso, ni siquiera durante sus años en la universidad. Ahora las dos se contarían cómo les había ido la jornada frente a una copa de vino todas las noches, verían películas juntas y harían cosas de chicas, como hablar de un par de bailarines que las traían locas, y tratarían de arreglar el mundo, porque nunca había que subestimar el poder de una mujer.

Cuando Chloe le presentó a sus nuevos compañeros en la cadena, Sienna supo enseguida que aquel era su lugar. La sección dedicada al vestuario de los programas de la SFE era tan grande como la mitad de un campo de fútbol; todo estaba lleno de brillos y lentejuelas, y de fondo sonaba la música de Madonna. ¿Qué más podía pedir? El resto del equipo, formado por una supervisora, dos costureras y tres diseñadores —dos chicas y un chico—, le dio la bienvenida, y la trataron como a una más. Sienna apenas tuvo tiempo de ponerse al día; el ritmo en una cadena de televisión era frenético, y prácticamente se necesitaba un cambio de vestuario casi cada semana. No fue consciente de lo rápido que pasaban las horas, pero para cuando miró por la ventana, el sol comenzaba a perderse por el horizonte.

—No es lo único que se pierde —murmuró entre dientes mientras caminaba por los pasillos del estudio—. Este sitio es la leche de grande.

Quería irse a casa, pero antes pretendía pasarse por el despacho de Chloe para preguntarle a su amiga si le apetecía salir a cenar algo juntas. ¡Se moría por descubrir la vida nocturna de Los Ángeles!

—¡Ay! —exclamó, llevándose una mano a la garganta cuando algo grande y duro impactó contra su costado—. ¡Serás bruto! ¡Mira por dónde vas!

Una ronca carcajada precedió a los torneados brazos morenos que le rodearon la cintura desde atrás.

—Vaya, vaya... Así que los rumores eran ciertos. Una gata de lengua afilada se incorpora a la plantilla.

«Mark», resonó en el interior de su cabeza. Había estado tan ocupada que ni siquiera había tenido tiempo de pensar en él. Quiso avisarlo cuando llegó a la ciudad un par de días atrás, pero creyó conveniente esperar un poco hasta haberse asentado. No pensó que los dos compartirían el mismo lugar de trabajo y que el encuentro sería inevitable.

Todo su ser tembló cuando sintió que se pegaba más a ella. Al levantar la

mirada lo vio sonriéndole de medio lado, creyéndose el rey del mundo.

—Así que al final te has decidido a venir a buscarme, ¿eh, morena?

Soltando una risita nerviosa que no tenía ni idea de dónde había salido, Sienna le colocó una mano en el pecho y lo empujó hacia atrás, no sin antes reparar en la firmeza de sus pectorales, cubiertos por una ajustada camiseta de tirantes negra.

—No te hagas ilusiones, precioso. He venido aquí por trabajo, eso es todo.

Mark se dobló hacia delante, presa de un estallido de carcajadas.

—¿Acabas de llamarme «precioso»? Creo que eres la primera mujer que usa ese adjetivo para referirse a mi innegable belleza.

Sienna cruzó los brazos a la altura del estómago, arqueando una ceja en su dirección.

—¿«Capullo» y «creído» también te valen?

—Está bien, de acuerdo. —Alzando las manos en señal de paz, Mark trató de reponerse—. Me alegra verte de nuevo, Sienna.

Ella suspiró. Mark conseguía que todo su mundo se pusiera patas arriba. De pronto era un imbécil y un presuntuoso y al momento siguiente estaba serio y casi tierno cuando estaba con ella. Sin embargo, creía haber logrado descifrar su personalidad. Mark no era tan gilipollas como se esforzaba por hacer creer a los demás; tan solo era una pose, algo tras lo que se protegía de no sabía muy bien qué, pero que escondía su verdadero ser. A veces, cuando estaban a solas, esa parte de él salía a relucir, y Sienna no podía evitar caer rendida ante ella.

—¿De verdad? Porque creí entender que ibas a llamarme.

Mark torció el gesto en una mueca disgustada. Era cierto que le había prometido que estarían en contacto, pero prefirió darle unos días de margen para que se acostumbrara a su recién estrenada soltería.

—¿Y por qué no me has llamado tú? —contraatacó él, acercándose de nuevo a ella—. Tienes mi número.

Sienna chascó la lengua.

—¿Vamos a comportarnos como dos críos de quince años, en serio? Porque tú y yo ya...

Colocando una vez más las manos en sus caderas, Mark la interrumpió.

—Hemos echado un par de polvos, sí. —Ladeando la cabeza, la miró directamente a los ojos castaños y dijo—: Pero entre tú y yo hay algo más, ¿verdad, morena? Por eso estás aquí.

Sienna tragó saliva un par de veces antes de hablar.

—Estoy aquí porque quiero mejorar mi vida —murmuró, y cerró los ojos al notar que el aliento de Mark caía directamente sobre sus mejillas—. Tú no eres el único motivo —insistió—. Pero la cuestión es que me gustaría saber si tú querrías formar parte de ella. Sin presiones —se apresuró a aclarar—. Yo tampoco te estoy proponiendo matrimonio.

Sienna rio ante su propio chiste. Recordó las palabras que Mark le dijo unos días atrás, cuando le confesó que empezaba a albergar sentimientos por ella. En cambio, su sonrisa se borró al reparar en el rostro serio de Mark, cuando notó que le clavaba los dedos en las caderas.

—Pero ya veo que no quieres. Si me disculpas, voy a ir a buscar a Chloe.

Intentó zafarse de sus manos, pero Mark se lo impidió.

—Yo no he dicho eso —masculló.

—No has dicho nada. —Sienna evitaba mirarlo a la cara—. Es prácticamente lo mismo.

—Ay, Sienna...

Mark la sorprendió cuando posó su frente en la de ella. Aquel sentido gesto cargado de significado la emocionó hasta el punto de llenarle los ojos de lágrimas. Por un segundo pensó que sufría trastorno de la personalidad, pero luego recordó que Mark era así: imprevisible, sarcástico, bromista, enigmático... Tal vez una pequeña parte de su ser pudiera llegar a albergar romanticismo. Sienna quería descubrir cada una de sus capas, si él se lo permitía.

—Estoy defectuoso —lo escuchó murmurar; sus labios le acariciaban la piel—. No soy una persona tóxica ni destructiva, no te asustes. No recuerdo la última vez que hice esto, y no sé si sabré, si podré, estar a la altura.

Sienna cerró los ojos y suspiró; su aliento se mezcló con el de Mark.

—No es un secreto que he estado con bastantes mujeres —continuó él—. Pero todas querían lo mismo de mí que yo de ellas: un rollo que no significara nada serio, un rollo sin complicaciones. Algo pasajero. Pero contigo... —Levantando la mano, Mark le acarició la mejilla con el dorso de los nudillos—. He llegado a conocerte lo suficiente como para comprender que me importas demasiado y que no quiero decepcionarte o hacerte daño.

Ella se mordió los labios, nerviosa.

—Joder...

Al escucharla, Mark no pudo evitar reír a pesar de lo profundo del

momento.

—Joder —repitió él—. Y supongo que te preguntarás: «¿Por qué cojones has tenido que ser tú?».

—Eso es exactamente lo que estaba pensando. —Sonrió—. ¿Qué tal si vamos despacio? —sugirió con cautela—. Salir a tomar algo como un par de amigos, empezar a conocernos de verdad, explicarme por qué eres tan capullo...

—¡Eh!

Sienna le dedicó una tímida risita.

—Y creo que deberíamos saltarnos la parte del sexo. Quiero decir, ya que vamos a ir poco a poco, lo mejor es que...

—¡Y una mierda! —exclamó él, acunándole el rostro entre las dos manos—. Puedo hacer las dos cosas a la vez —le aseguró—. Espero que seas paciente conmigo.

—Solo si tú lo eres conmigo.

Mark besó la sonrisa que se dibujó en los labios de Sienna. Le abrió la boca con la suya, enredó la lengua a la de ella, se alimentó de su sabor y le arrancó un par de jadeos. Porque Mark no sabía besar de otro modo si no era entregándose por completo a ese beso.

—Fíjate lo que tenemos por aquí —los interrumpió la grave voz de una mujer—. Parece que ya me has encontrado sustituta, cariño. ¿Esta cuál es? ¿La cuarta? ¿La quinta después de mí?

Al girarse para enfrentarse a la intrusa, Mark se topó con la menuda figura de Lorelei contemplándolos con desdén. Su pareja de baile ni siquiera se había presentado a los ensayos de aquel día; por ese motivo le sorprendía encontrarla allí.

—¿Qué más te da, Lorelei? Lo que tú y yo sabemos hacer es bailar bien. El resto ahora no importa.

La veterana actriz soltó una amarga risotada.

—Si yo fuera tú, no me crearía ilusiones, cariño —murmuró señalando a Sienna—. Nos engatusa a todas, pero a la hora de la verdad nunca se queda. Te lo dice una que ha probado todo lo que puede ofrecer.

Sienna se zafó del brazo con el que Mark le rodeaba los hombros. Notaba la tensión de su cuerpo, pero si pensaba que podía retenerla, estaba muy equivocado. Dando un paso al frente, acertó la distancia que la separaba de la concursante.

—Sé lo que pretendes —le aseguró, colocando los brazos en jarras.

Lorelei alzó la cabeza en una pose altiva.

—Ni siquiera sabes con quién estás hablando —le espetó.

—Oh, claro que te conozco. Y también sé que buscas provocar una pelea de gatas y todo eso. Ya sabes, tirarnos de los pelos por Mark. Siento decirte que no lo vas a conseguir. Ningún hombre merece que dos mujeres se peleen por él.

—¿Ni siquiera él?

Lorelei desvió la mirada hacia Mark.

—Ni siquiera él. En lo que a mí respecta, a ti y a mí no nos une nada salvo la cadena en la que trabajamos. —Sonriéndole, antes de volverse hacia Mark, añadió—: Espero que pase una buena noche, señora Bradford.

No se giró para ver cómo Lorelei se alejaba por el pasillo, echando chispas y soltando una sarta de improperios por lo indignada que estaba con «el nuevo personal de la cadena», pero sí se permitió sonreír con satisfacción cuando Mark dio una sonora palmada mientras rompía a reír en escandalosas carcajadas.

—Deja de reírte —lo acusó ella, divertida—. Seguro que estás decepcionado porque no he sacado las uñas por ti, pero te diré que, por muy bueno que estés, una mujer siempre debe conservar su orgullo.

—No me río por eso. —Inclinado hacia delante, Mark se sujetó las rodillas para recuperar el aliento—. ¡Ha sido la hostia! —No podía evitar desternillarse delante de ella—. Dios mío, si creyera en el matrimonio, te pediría que te casaras conmigo ahora mismo.

Sienna permitió que la rodeara con sus brazos y la atrajera de nuevo hacia su pecho.

—¡Nada de matrimonio! —exclamó, divertida—. Ya he tenido suficiente por una temporada.

—Y yo, créeme. —Más sereno, Mark la miró a los ojos—. No te has peleado por mí.

—No lo he hecho.

—Pero sí has demostrado que confías en mí. A pesar de mi pasado...

—¿Promiscuo? —Mark chascó la lengua—. Si pretendo salir contigo, he de confiar en ti. ¿Qué me dices? ¿Te parece que merezco la pena?

—¡Vaya que sí! —La besó de nuevo, con todo su ser y con las ilusiones recuperadas—. Vámonos por ahí tú y yo.

Como pudo, Sienna se zafó de sus manos e interpuso una distancia segura entre ambos antes de que Mark volviera a atraparla.

—Esta noche no. Iba a buscar a Chloe para proponerle un plan de chicas, y tú tienes pene, así que...

—Demos gracias por ello —bromeó Mark—. ¿Mañana, tal vez?

—Mañana —le aseguró ella—. ¡Y llámame esta vez!

Con el corazón estallándole de júbilo dentro del pecho, Sienna puso rumbo al despacho de Chloe. Por fortuna, al girar una esquina descubrió que en todas las puertas había un letrero con el nombre de su ocupante, y no le llevó demasiado tiempo encontrar el de su amiga.

Chloe estaba sentada tras su escritorio, con sus gafas de pasta roja sobre la punta de la nariz y la expresión concentrada mientras escribía frenéticamente en su portátil.

—Pareces una profesora sexy a punto de fustigarme por olvidarme los deberes en casa —bromeó Sienna, tomando asiento en el incómodo sofá—. ¿Qué haces?

Chloe levantó un dedo para indicarle que esperara un minuto.

—Intentar no mandarlo todo a la mierda y evitar llamar a la policía para ahorrarle un drama a Roger —resopló, reclinándose en el respaldo de su silla mientras se quitaba las gafas.

—Que le den al gilipollas de tu jefe —escupió Sienna—. ¿Tan grave es?

Chloe suspiró; estaba agotada, y no veía el momento de salir de allí y tomarse una copa junto a su mejor amiga.

—Llevan semanas desapareciendo cosas en los estudios. Pendientes, bolsos, reproductores de música... Nada aparentemente de valor, pero Jason ha perdido el colgante que le regaló su sobrina y que lleva siempre consigo. Es importante para él.

Sienna asintió. Comprendía la situación de su amiga; Chloe siempre solucionaba los problemas de los demás, pero nadie nunca se ocupaba de los de ella. Hasta que Jason apareció en su vida, Chloe siempre lo hacía todo sola, y ni siquiera Mike cuidó de sus desvelos durante el tiempo que pasaron juntos. No conocía mucho a Jason, pero Sienna agradecía que el tipo quisiera tan bien a su mejor amiga. Reconocía el cambio que se había producido en Chloe desde que salía con el bailarín. Sonreía más, se había soltado la melena... Por no hablar del cutis tan perfecto que lucía últimamente y que sin duda era gracias al increíble sexo que practicaba todas las noches. Jason le

caía cada vez mejor.

—Tiene toda la pinta de que hay un amigo de lo ajeno entre los miembros del equipo —comentó Sienna, retomando la conversación—. Pero no vas a arreglar nada hoy. —Levantándose del sofá, caminó hacia la mesa e ignoró las protestas de Chloe cuando le cerró el portátil—. Tú y yo nos vamos por ahí a celebrar que soy tu nueva inquilina, que estamos vivas y que un par de bailarines que están como un queso beben los vientos por nosotras.

Chloe arqueó una ceja en un gesto inquisitivo.

—¿«Un par»? —interrogó—. ¿Significa eso que tú y Mark...?

Sienna se encogió de hombros.

—No diré nada si no es delante de un Cosmopolitan bien cargado. Toma. —Le tendió su bolso antes de abrirle la puerta—. Tú primero. Este sitio es enorme, y jamás encontraré la salida por mí misma.

Sienna caminaba hacia atrás, gesticulando exageradamente mientras le explicaba a Chloe cómo había sido su encuentro con Mark y Lorelei. Estaba tan enfrascada en su relato que no vio venir a la chica que se acercaba hacia ellas desde el aparcamiento, y acabó golpeándola en la cabeza con una mano.

—¡Ay, perdona! —se disculpó Sienna—. A veces me olvido de que soy un peligro cuando voy por la calle.

La desconocida negó varias veces con la cabeza, restándole importancia al momento.

—No te preocupes —le aseguró—. Ha sido un choque tonto.

Chloe, al reparar en que la frente de la chica estaba roja como un tomate, se sintió responsable por no haber advertido a Sienna a tiempo.

—Deja que te compensemos —propuso—. Estábamos a punto de ir a tomar algo. ¿Te apetece unirse a nosotras?

La mujer les dedicó una sonrisa tímida. Chloe se fijó en lo guapa que era. Con una larga melena rubia, los ojos marrones ligeramente rasgados y un rostro aniñado que la hacía parecer casi angelical.

—Me encantaría, de verdad. Pero he quedado con una persona, y le prometí que lo avisaría cuando estuviera por aquí, así que...

Con un gesto afligido, la chica se disculpó ante ellas.

—Tal vez en otra ocasión, si volvemos a coincidir.

Era tan amable que Chloe deseó encontrarse con ella pronto.

—¿Necesitas que te echemos una mano? —se ofreció—. Mi amiga y yo trabajamos aquí. Si estás buscando a alguien en concreto, a lo mejor podemos

ayudarte.

—¿No os importa? El chico de seguridad me ha dicho que podía entrar sin problemas, pero me he quedado sin batería y no puedo avisar a Jason, así que...

Sienna levantó una mano, interrumpiendo el resto de su frase.

—Espera, espera... ¿Has dicho «Jason»? —La muchacha asintió—. ¿Y por casualidad ese Jason es bailarín?

—¡Sí! ¿Lo conocéis? —Llevándose una mano al pecho, respiró aliviada—. Qué agobio. Por un momento pensé que tendría que marcharme. Estoy buscando a Jason Wells —especificó—. ¿Sabéis quién es?

—¡Claro que sí! Chloe es su jefa. ¿Verdad, Chloe?

Sienna le propinó un codazo en el costado a su amiga. Chloe se había quedado sin habla, con la vista fija en la guapa desconocida. Un mal presentimiento la asaltó, y ni siquiera supo cómo fue capaz de hablar.

—Yo... Sí, algo así.

—¿Tú eres Chloe? —Recogiéndose sendos mechones de pelo detrás de las orejas, la recién llegada se acercó hasta ella y le estrechó la mano con efusividad—. ¡Cuánto me alegra conocerte al fin! Jason me ha hablado mucho sobre ti. Es una suerte que te haya encontrado.

Con los ojos muy abiertos a causa de la impresión, Chloe ni siquiera notó que la chica la soltaba.

—Igual te parece una pregunta tonta, pero... —consiguió decir al fin—. ¿Quién eres tú?

—¡Soy Grace! —exclamó—. La mujer de Jason. No sabes cuánto he oído hablar de ti, Chloe. De verdad, estoy encantada de conocerte.

Chloe no era capaz de moverse. Estaba clavada en el sitio, y ni siquiera recordaba cómo respirar. Aquella chica preciosa acababa de decirle que estaba casada con Jason, con *su* Jason, y además sabía perfectamente quién era ella. ¿Cómo era posible que Jason hubiera olvidado mencionar que tenía una esposa? Uno no se levantaba una mañana y le confesaba a su novia que estaba casado con otra.

Una rabia dolorosa se entremezcló con la pena y las ganas de llorar. Sin embargo, Chloe no gritó ni derramó ni una sola lágrima. Permaneció allí donde estaba, sin decir ni una sola palabra, demasiado conmocionada como para reaccionar.

Grace debió de notar el *shock* en el rostro inexpresivo y carente de color de

Chloe, porque de inmediato se puso seria, colocándole una mano en el hombro para reconfortarla.

—Jason no te había contado nada, ¿verdad?

Cerrando los ojos, Chloe negó con la cabeza.

—¡Maldita sea! —masculló Grace—. Ahora sí que voy a necesitar esa copa.

I'M NOT THE ONLY ONE

Jason habría debido estar pletórico, pero no podía forzar a su corazón a entregarse a una felicidad que él realmente no sentía. A su lado, Ruby saludaba al público, agradeciendo con sonrisas todo el apoyo que les habían brindado aquella noche. A pesar de que intentaba conectar con la alegría de su compañera, Jason no lo conseguía, pues sabía muy bien que acababan de realizar uno de sus últimos bailes en el concurso. Habían ganado esa gala, pero él conocía los planes que Roger tenía para ellos, y con toda probabilidad Ruby y él caerían eliminados la próxima semana. El único consuelo que le quedaba era la satisfacción del trabajo bien hecho y el haberse alzado con la victoria tras bailar un vals vienés, el mismo que él y Chloe bailaron unas semanas atrás en la academia de su madre. Se había inspirado en aquellos pasos, en las emociones que desprendían sus movimientos, en el amor que sentía por Chloe. Incluso había utilizado la misma canción; con unas cuantas piruetas por parte de Ruby, la coreografía era prácticamente la misma, y la audiencia había quedado encandilada.

Solo esperaba que Chloe los hubiera visto deslizarse por la pista. Llevaba un par de días sin saber nada de ella. Ni siquiera habían hablado por teléfono, pues Chloe no respondía a sus llamadas. Jason confiaba en que su chica estuviera demasiado ocupada con el trabajo y que no fueran otros motivos los que la mantuvieran separada de él. Jason le prometió que le contaría la verdad sobre él y su pasado, y estaba casi listo, pero a pesar de que estaba decidido le daba demasiado miedo perder a Chloe una vez que la verdad saliera a la luz. Ella era todo cuanto él quería, y guardaba la esperanza de que pudieran llegar a formar una familia junto a Kathy en el futuro. El baile, el trabajo... Todo lo demás podía esperar, pero no soportaría seguir adelante sin Chloe a su lado.

Por pura costumbre, se llevó una mano al cuello para acariciar el colgante de mariposa que lo acompañaba siempre; la desilusión se apoderó de él al comprobar que ya no estaba allí. Por más que lo pensaba, no lograba recordar cómo lo había perdido; o tal vez habría desaparecido junto con el resto de

objetos personales de sus compañeros. Jason era consciente de que resultaría muy difícil volver a recuperarlo, por lo que tomó la decisión de sustituirlo para siempre, y ya había decidido cómo. Lo consultaría primero con Chloe, por supuesto, pero estaba decidido a llevar su plan a cabo.

Nada más poner un pie en la zona reservada para los concursantes, cuando el programa terminó, Jason recibió el impacto del cuerpo de Ruby cuando la chica lo abrazó con brazos y piernas. La liviana falda de su vestido de baile se le enredaba en los tobillos, y Jason casi se quejó de dolor cuando le clavó los tacones en la parte baja de la espalda.

—¡No me lo puedo creer! ¡Lo hemos hecho! —exclamaba ella cerca de su oído—. ¡Hemos ganado, Jason! ¿Crees que pasaremos a la final?

Sin intención de parecer descortés, Jason se desembarazó sutilmente de la chica. Le había arrugado la chaqueta del elegante traje gris que llevaba, y se entretuvo en abotonársela para no verse obligado a mirarla a los ojos y decirle la verdad: que estarían fuera de la competición muy pronto.

—Has estado genial, Ruby —le aseguró—. Te has movido como una auténtica bailarina.

—¡Qué guay! —gritó la joven emocionada, dando una serie de palmaditas.

Jason sonrió enternecido. A veces, cuando miraba a Ruby, le parecía estar viendo a Kathy en unos años, aún tan inocente y tan llena de vida, como un polvorín.

Al girarse para coger una botella de agua, Jason se fijó en que el novio de Ruby la esperaba junto a la puerta. El chico no debía superar los veinte años y era todo lo opuesto a ella: tímido, con gafas y vestido con una camisa de cuadros pasada de moda.

—Te están esperando —le señaló con un gesto de la mano—. Ve a celebrarlo con él.

Soltando una coqueta risita, Ruby se acercó para besar a Jason en la mejilla antes de marcharse dando saltitos.

Una vez solo, Jason miró a su alrededor en busca de Chloe, pero no encontró ni rastro de ella. Supuso que probablemente estaría discutiendo con Roger los pormenores de su salida del concurso y decidió marcharse a su camerino, darse una ducha y después ir en su busca. Sin embargo, nada más poner un pie en la pequeña habitación que el programa asignó para él desde el principio, descubrió que no estaría solo mucho tiempo.

Grace, su mujer, lo estaba esperando, y a juzgar por su entrecejo fruncido,

Jason hubiera dicho que no se alegraba mucho de volver a verlo. A pesar de que habían hablado por teléfono un par de veces en los últimos días, Jason suponía que no la vería tan pronto, al menos no hasta que ella lo hubiera avisado de su llegada, cosa que Grace no había hecho.

—Gracie —murmuró, cerrando la puerta a su espalda—. ¿Cómo has entrado aquí? Creí que me mandarías un mensaje con la hora a la que aterrizaba tu vuelo.

Ella giró el rostro cuando Jason se inclinó sobre ella para besarla en la mejilla. Lanzando un profundo suspiro, colocó sobre el tocador junto al espejo el enorme bolso que hasta entonces había estado en su regazo.

—Tenemos que hablar, Jason —fue la respuesta de ella—. Y esta vez en serio. Nada de medias tintas. Tú y yo debemos aclarar un par de cosas.

Jason caminó hasta el extremo opuesto del camerino para coger una pequeña banqueta que llevó junto a Grace; tras quitarse la chaqueta tomó asiento a su lado.

—Después de tanto tiempo sin vernos, ¿eso es todo lo que vas a decirme?

Ella arqueó una ceja, como siempre solía hacer cuando sus bromas dejaban de parecerle divertidas.

Grace no había cambiado prácticamente nada desde que terminaron el instituto. Ella siempre había sido una chica preciosa de largas piernas, lo que la llevó a convertirse en la capitana del equipo de animadoras, y de un corazón tan puro que era difícil no amarla. La típica historia para muchos. Él no era el *quarterback* del equipo de fútbol, pero consiguió enamorar a la chica más popular con unos cuantos pasos de baile. Estaban locos el uno por el otro, e incluso habían hecho planes de irse a vivir juntos una vez se graduaran. Sin embargo, Jason decidió seguir sus sentimientos y acabó pidiéndole matrimonio la noche del baile de fin de curso. Nadie se sorprendió cuando ella dijo que sí; a ojos de todo el mundo, Grace y Jason formaban la pareja perfecta. Se casaron aquel mismo verano, justo antes de que Grace comenzara sus estudios de enfermería en Nueva York, y se prometieron que no permitirían que la distancia los separara. ¿Qué podían saber un par de críos de lo que suponía mantener una relación cuando cada uno vivía en un estado diferente? Poco más de un año después, los dos acordaron seguir con sus caminos por separado. A pesar de que su historia no duró para siempre y aunque aún sentían un mutuo cariño el uno por el otro, ahora preferían ser solo amigos.

—Déjate de juegos, Jas —le increpó ella—. Estoy aquí por ti, por Kathy y también por Chloe.

Jason exhaló hondo y tomó las manos de Grace entre las suyas. Como era habitual en ella, sus dedos estaban fríos como témpanos, y él se encontró frotándolos entre los suyos igual que cuando aún eran novios.

—Lo sé —susurró—. Y te lo agradezco. Lo que has hecho por Kathy y por mí, accediendo a no romper nuestro matrimonio en todos estos años...

—Porque creía que con eso te ayudaría a conseguir la custodia de Kathy. Pensé que sería la vía más fácil. Pero... Jason —Grace le dio un apretón a sus manos—: es hora de que nos separemos.

Humedeciéndose los labios, él asintió. Al bajar la vista, Jason reparó en el sencillo solitario que adornaba el dedo anular de Grace.

—Tienes razón —murmuró, acariciando el pequeño diamante con el pulgar—. Samuel ha esperado demasiado.

Grace suspiró.

—Mi compromiso es solo un motivo más para que demos el paso. —Acunando la mejilla de Jason, Grace lo instó a que la mirara a los ojos—. Jason, ¿qué pasa con Chloe?

—Chloe es la mujer de mi vida —confesó con toda la sinceridad posible—. Por eso te he llamado, Grace. Necesitaba poner todo lo nuestro en orden antes de contarle que hemos estado casados durante los diez últimos años.

Grace giró la cabeza para evitar ver la expresión preocupada de Jason. Con un gesto de culpabilidad pintado en el rostro, se obligó a decirle la verdad.

—Has esperado demasiado para explicárselo. Jason, ella ya lo sabe.

Levantándose de golpe de la banqueta, Jason se llevó las manos a la cabeza y la contempló atónito.

—¿Qué quieres decir con que lo sabe? —preguntó, tragándose el nudo que le oprimía la garganta—. ¿Cómo?

Grace empezó a morderse los labios, nerviosa, sintiendo unas repentinas ganas de llorar al ver a Jason casi fuera de sí. Conocía a Jason desde que era casi una niña, y tan solo lo había visto así cuando Leslie, su hermana, falleció, y él y su madre tuvieron que encargarse de Kathy. Chloe debía de ser para él más importante de lo que ella había imaginado en un principio.

—Me la encontré ayer por la noche en el aparcamiento cuando vine a buscarte —confesó—. Quiso ayudarme a dar contigo, y cuando supe que era ella, me alegré tanto de conocerla al fin que di por sentado que sabía quién

era yo y...

—¡Por Dios, Grace! —exclamó Jason, paseándose como un loco por el interior del camerino—. Te dije que me llamaras en cuanto aterrizaras. Quería evitar precisamente esto.

Jason no podía creer lo que estaba oyendo. Ocultándose el rostro entre las manos, no podía quitarse a Chloe de la cabeza. ¿Cómo se habría sentido al saber que él era un hombre casado? Ahora comprendía por qué lo había estado evitando durante los dos últimos días, por qué ni siquiera había llegado a contestar ni una sola de sus llamadas. Estaría enfadada; colérica, más bien: la conocía lo suficiente como para saber que le habría infligido un daño que esperaba que no fuera irreparable. La amaba demasiado como para soportar la idea de lastimarla. Ella no se lo merecía, y él no había sabido cuidarla.

—No me hagas responsable de tus actos, Jason Wells —espetó Grace señalándolo con un dedo amenazador—. Esa chica estaba en su derecho de saber la verdad, y tú no la compartiste con ella. Si tanto la quieres, deberías...

—Grace —la frenó él, con los dientes apretados—. Ni se te ocurra poner en entredicho lo que siento por ella.

—No soy yo quien desconfía de tu amor, Jas —murmuró ella, con la voz calmada—. Chloe merece una explicación, y no es mi responsabilidad dársela. He intentado aclararle la relación que nos une, pero no es de mí de quien está enamorada, Jason. Ella te necesita.

Jason se dejó caer contra la pared, deslizando la espalda sobre ella hasta quedar sentado en el suelo. «La he perdido», resonó en el interior de su cabeza. Después de todo por lo que Chloe había pasado en su relación anterior, de repente lo asaltó la certeza de que la mujer de su vida se le escapaba de entre sus dedos. Y todo por su culpa. Lo único que Chloe le había pedido era honestidad, y él no había sido lo suficientemente valiente como para dársela. Era un ser miserable y egoísta que no merecía perdón.

—La he perdido —dijo esta vez en voz alta—. Se ha acabado.

Compadeciéndose del hombre al que quiso una vez, Grace se agachó a su lado, colocando las manos sobre las rodillas de Jason.

—No digas eso. Eh, mírame.

Con los ojos vidriosos por las lágrimas, Jason obedeció.

—El chico que yo conocí jamás se rendía. Peleaba. Luchaba con uñas y dientes y no se rendía hasta conseguir su objetivo, y cuando las cosas iban

mal, apretaba los dientes y seguía hacia delante. Siempre daba la cara y hacía frente a los problemas. ¿Vas a empezar a ser un cobarde ahora?

Jason utilizó la manga de la camisa para limpiarse la nariz; luego negó con la cabeza.

—Nunca —musitó—. No con ella.

Poniéndose en pie de nuevo, Grace se acercó al tocador y recuperó su bolso, del que extrajo varios documentos.

—Toma. —Le tendió dos copias del acuerdo de divorcio que sus abogados habían redactado unas semanas atrás—. Yo ya los he firmado. Solo falta tu firma.

Palpándose el pecho y los bolsillos en busca de algo con lo que garabatear su nombre, Grace se fijó en que le temblaban las manos a causa del nerviosismo. Rebuscando de nuevo en su bolso, dio con un bolígrafo y se lo tendió. Jason no perdió un segundo y estampó su firma en ellos.

—Soy consciente de que la asistente social no te pondrá las cosas fáciles cuando descubra que pretendes ser un padre soltero —continuó Grace, recuperando el duplicado que le pertenecía—. Ni se te ocurra contarle a Samuel que he dicho esto, pero tú necesitas el divorcio más que yo. Enséñale esos papeles a Chloe y, sobre todo, sé sincero con ella. Si es la mitad de lista de lo que me ha parecido, lo entenderá.

—¿Lo crees de verdad?

El miedo y la esperanza se mezclaban en los ojos azules de Jason, y Grace se enterneció al reconocer al muchacho que fue una vez y que ella quiso tanto.

—¿Te he mentado alguna vez?

A pesar del difícil momento, Jason le sonrió.

—No que yo recuerde.

—Pues entonces no sé por qué sigues aquí plantado hablando conmigo en lugar de correr como un loco en busca de tu chica. ¡Vete!

Tras recuperar su chaqueta y guardar en un bolsillo interior los documentos que lo convertían de nuevo en un hombre libre, Jason estrechó a Grace entre sus brazos y se dejó envolver por el familiar olor a fresas que siempre la acompañaba.

—Te debo una —murmuró, besándola en la sien.

Ella se rio.

—Te pediré que tú y los chicos bailéis en mi despedida de soltera.

Jason soltó una carcajada. No le dio tiempo de darle su palabra, puesto que la puerta del camerino se abrió, dando un sonoro golpe contra la pared, permitiendo el paso a un acelerado Mark, seguido de Sienna.

—¡Mierda! —exclamó Mark entre jadeos—. Hemos llegado tarde.

Volviéndose hacia él, Jason se encogió de hombros en actitud interrogante.

—¿Qué estáis haciendo los dos aquí?

—El que pregunta aquí soy yo —lo señaló Mark—. ¿Qué cojones estás haciendo tú? Tío, ¿y Chloe? ¿Por qué cojones no me has contado antes que Grace iba a venir? —reparando en ella, Mark le guiñó un ojo—. Me alegro de verte de nuevo, Gracie.

La aludida apretó los labios y alzó una mano para saludar a los recién llegados.

—¿Te has vuelto loco? —le espetó Jason—. ¿A qué viene todo esto? Grace solo ha venido a traerme los papeles del divorcio.

Mark se permitió tomarse un minuto entero para procesar la información. Cuando lo comprendió todo, sus hombros se destensaron.

—Ah...

—Te dije que te estabas precipitando —lo acusó Sienna a su lado—. Esa chica es un encanto, pero tú... —Sienna acusó a Mark con un dedo al tiempo que le lanzaba una dura mirada—. ¡Eres el rey de los idiotas! ¿Cómo no se te ocurrió decirle a mi amiga que estabas casado?

—Yo...

—Déjate de excusas y mueve tu prieto trasero a la voz de ya. Chloe no quiere ni verte, y se ha largado de aquí en cuanto ha podido —le explicó una malhumorada Sienna—. No te lo mereces, pero ella necesita una explicación antes de que te dé la patada para siempre.

Al reparar en que su chica estaba perdiendo el resuello, Mark optó por frotarle la espalda para serenarla.

—Te estás poniendo azul.

Sienna ignoró su comentario y continuó con su discurso.

—Está en casa —le dijo—. Pensando en largarse a Denver, así que yo que tú iba cagando leches hacia allí antes de que se marche.

Jason parpadeó varias veces para asegurarse de que había captado el mensaje. Miró a Grace, después a Mark y por último a Sienna.

—¡Corre! —le gritó esta.

No necesitó que se lo dijera dos veces. Tras palmear la espalda de Mark,

Jason pasó por su lado como una exhalación, rezando en silencio para que no fuera demasiado tarde. Necesitaba que Chloe lo escuchara, que quisiera abrirle la puerta y concederle al menos unos minutos para contarle toda la verdad. Si después decidía que no lo quería en su vida, le destrozaría el corazón, pero se consolaría con pensar que ella sabía la verdad.

Pero ojalá que lo quisiera. Ojalá que lo perdonara.

Si perdía a Chloe, lo perdía todo.

SORRY SEEMS TO BE THE HARDEST WORD

Con los brazos en jarras Chloe lanzó un suspiro y contempló la maleta que descansaba abierta sobre la cama. «¿Qué estás haciendo?», se preguntó. Su primera acción nada más entrar en su apartamento fue la de buscar la maleta y rellenarla con cualquier cosa que encontrase a su paso mientras accedía a internet para comprar el primer billete de avión que saliera hacia Colorado. «Está ocurriendo otra vez», pensó. Huía, ponía tierra de por medio y se marchaba al único lugar y a los únicos brazos que sabía que nunca iban a fallarle: los de su familia,

Cuando Michael la dejó por otra ella lloró, gritó, entró en una espiral de autocompasión de la que no quería salir, pero solo su orgullo quedó herido, no su corazón. Con Jason todo era diferente; sentía una profunda presión en el pecho y los ojos pesados, pero las lágrimas se negaban a acudir a ellos. Estaba dolida, triste, enfadada... Esta vez la traición había sido distinta, y mucho más dolorosa. En esta ocasión ella amaba al hombre que no había confiado lo suficiente en su relación como para contarle algo tan importante como que ya estaba casado con otra mujer.

Ocultando el rostro entre las manos, Chloe se concedió unos minutos para asimilar la compleja situación que estaba viviendo. Unos años atrás se hubiera hundido, jurando incluso que nunca jamás volvería a tener una relación con un hombre, de ningún tipo. Sin embargo, ella ya no era la misma. No iba a huir, no iba a salir corriendo ni a lamentarse de su mala fortuna. Era una mujer adulta a la que nadie había regalado nada; su trabajo, su apartamento... todo eso lo había conseguido ella, solo ella, valiéndose de su propio esfuerzo, su tenacidad y sus ganas por alcanzar la mejor versión de sí misma.

Lo de Jason no había sido una infidelidad como la de Michael. No; él llevaba meses ocultándole que estaba casado con su novia del instituto, que su matrimonio duraba ya varios años. Ni siquiera se lo había contado cuando su relación de pareja empezó a ponerse seria y se confesaron sus mutuos sentimientos. Aquello dolía, la deslealtad de él para con la maltrecha

confianza de ella. Chloe sabía que Jason la quería bien, pero también sabía que no sabía cómo manejar su pasado ni cómo encajarlo en su presente. No podía permitir que en su afán por conseguir sus propósitos acabara pisoteándola a ella, llevándosela por delante sin considerar qué era lo que ella pensaba o sentía al respecto.

Decidió que esta vez se quedaría, que sería como uno de esos resistentes muros de piedra que soportan el fuerte impacto de las olas en mitad de una tormenta. Después de esto, si debía endurecer su corazón, lo haría. Se enfrentaría a todo cuanto estuviera por llegar, incluido a Jason.

«A lo mejor adopto un gato», se dijo mientras empezaba a recoger el desastre que ella misma había originado en su habitación. A la antigua Chloe no le duraban mucho las plantas ni los peces, pero su nuevo yo estaba dispuesto a cuidar de otro ser vivo. Después de todo, no le había ido tan mal con Wendy, la gatita de Kathy; quizá el hecho de llegar a casa del trabajo y encontrarse con una bolita peluda restregándose por sus piernas en busca de cariño le sirviera para volver a abrirse al mundo y recuperarse del mazazo emocional que suponía perder a Jason.

Cuando unos nudillos golpearon con insistencia su puerta, Chloe supo exactamente de quién se trataba. No era ninguna ingenua, así que supuso que, tras encontrarse con Grace, Jason había llegado a la conclusión de por qué ella había estado evitándolo durante los últimos días, y que cuando comprendiera los motivos de su enfado, él acudiría raudo y veloz en su busca.

Se obligó a no sentir nada, forzando a su rostro a que adoptara una expresión neutra, carente de emoción, cuando le abrió la puerta a Jason. El bailarín permanecía cabizbajo, con los faldones de la chaqueta gris que llevaba colgando a ambos lados de sus costados y las manos apoyadas en el marco de la entrada. Fue como si un puñal se le clavara en el corazón cuando el hombre del que aún estaba enamorada la miró al fin a los ojos.

—Chloe, yo...

Ella apretó los labios y alzó una mano para hacerlo callar.

—No necesito que digas nada, Jason —murmuró en un suspiro—. Ya sé todo lo que necesitaba saber.

Decidida a dar por concluida la conversación, Chloe comenzó a cerrar la puerta, pero Jason fue más rápido que ella. Colocando un pie entre la hoja y la jamba, Jason la frenó.

—¿Es que quieres que te rompa el pie y que no puedas volver a bailar? —

protestó ella.

—Me importa una mierda el baile ahora mismo —espetó Jason; jadeaba, y Chloe supuso que habría ido corriendo hasta su apartamento—. Solo quiero hablar contigo, Chloe.

—Pues yo no. —Chloe se cruzó de brazos y evitó mirarlo a los ojos, porque, de hacerlo, se partiría en mil pedazos—. Lo único que quiero es que te marches.

—Cinco minutos, Chloe —le suplicó él—. No pido más, aunque sé que no me los merezco.

—Tienes razón, no te los mereces.

A regañadientes se apartó a un lado para dejarlo pasar. Se dijo que nada de lo que Jason pudiera decirle le afectaría ahora que conocía la verdad de su pasado. Se convenció de que ambos necesitaban mantener esa última conversación como despedida en honor a aquello tan profundo y especial que habían compartido. No sería más que un adiós, y ella podría continuar con su vida sin que él.

Girándose para hacerle frente, Jason sopesó la idea de sentarse en el sofá para que los dos pudieran estar lo más cómodos posible mientras hablaban, pero al reparar en que Chloe permanecía en pie, abrazándose el cuerpo y mirándolo con una expresión de serena frialdad, supo que lo mejor sería que se quedara donde estaba.

Por estúpido que pareciera, Jason se sentía tan nervioso como un crío que debía soportar a la reprimenda de su madre tras haber sido pillado cogiéndole un par de billetes del bolso. Sabía lo que iba a decirle, pero su boca se negaba a encontrar las palabras adecuadas que pudieran justificar sus actos y que le ayudaran a sonar convincente. Ni siquiera sabía qué hacer con las manos, que le temblaban cuando extrajo del interior de su chaqueta los documentos que Grace le acababa de entregar.

—¿Qué es esto? —preguntó Chloe cuando Jason se los tendió.

Él se frotó las palmas sudorosas en la parte de atrás de los pantalones.

—Son los papeles del divorcio —le explicó—. Soy libre, Chloe. Grace y yo estamos oficialmente separados y tú y yo podemos...

—Basta. —Chloe no le permitió terminar su frase. Su voz sonaba cansada cuando le devolvió las hojas sin ni siquiera molestarse en echarles un vistazo—. No quiero seguir escuchando. Estoy cansada, Jason. Por favor, vete a casa y déjame en paz.

Confuso, Jason volvió a guardarse el escrito, y dando un paso vacilante hacia ella, lo intentó una vez más.

—Hace mucho tiempo que entre Grace y yo no hay nada —insistió, desesperado—. Tan solo accedió a no pedirme el divorcio para que yo pudiera conseguir la custodia de Kathy. Era mucho más fácil que me concedieran la custodia siendo un hombre casado. —Y añadió—. Grace solo pretendía ayudarme. Es solo una buena amiga, Chloe.

—Lo sé —exhaló Chloe, afligida, tomando asiento en el brazo del sofá—. Todo eso lo sé, Jason. Grace me lo contó todo. Si crees que esto es solo un ataque de celos, estás muy equivocado.

Jason no soportaba por más tiempo la distancia que Chloe se empeñaba en interponer entre ambos. Agachándose a su lado, se atrevió a cubrir con las suyas las manos de Chloe que descansaban en su regazo. Para su sorpresa, ella no se apartó. Tampoco encontró rastro alguno de las lágrimas que él había esperado ver en su rostro. Estaba demasiado triste, demasiado defraudada como para llorar.

—No te engañé —se aventuró a decir—. Al principio no pensé en la posibilidad de que mi matrimonio fuera a suponer un obstáculo entre nosotros. Admítelo, Chloe; fuiste muy dura conmigo, no querías saber nada de mí. Ni siquiera mi nombre.

Chloe desvió la mirada. Aquello era cierto; cuando se conocieron, Chloe estaba tan asustada y tenía demasiados prejuicios para dejarse llevar y arriesgarse a conocerlo.

—Pero luego me diste esperanzas —continuó Jason; notaba la garganta tan seca que, por más saliva que tragara, no era suficiente para eliminar del nudo opresor que le impedía respirar—. Te fuiste colando en mi vida, en mi corazón, y sé que te ocurrió lo mismo conmigo. Quería decírtelo, te lo juro —insistió él, apretando los dedos de ella entre los suyos—. Te lo juro, Chloe. Cuando me convencía de que había encontrado el momento adecuado para contarte la verdad, me entraba el pánico. Pánico, Chloe. ¿Sabes lo que es eso?

Ella apretó los labios, cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Tuviste muchas oportunidades, Jason.

—¿Crees que no lo sé? Pero permití que mis inseguridades hablaran por mí.

—¿Tus inseguridades? —Presa de una repentina chispa de indignación, Chloe apartó las manos de las de él—. ¿Precisamente tú, que te has hecho a ti mismo, me hablas de inseguridad?

Él se puso en pie y trató de volver a atraparla. No soportaba estar alejado de ella.

—Soy inseguro cuando se trata de ti —murmuró—. No he aspirado a conseguir grandes cosas en mi vida, Chloe. Una casa, un buen trabajo, una familia... Pero tú eres mi mayor ambición. Haría lo que fuera por ti.

Ella se volvió para mirarlo.

—¿Incluso mentirme?

Jason reconoció el dolor que había dolor en sus ojos. Se odiaba a sí mismo por ser el causante de su pesar.

—Lo siento —musitó en un suspiro—. Temía tanto perderte, que de repente un día desaparecieras igual que mi padre, como Leslie, que yo... — Jason se frotó los enrojecidos ojos con los nudillos—. No me atrevía a hablarte de Grace porque sabía que existía la posibilidad de que te marcharas.

Chloe se llevó una mano al pecho al sentir que el corazón le latía desbocado. Era consciente de que si continuaba escuchando a Jason ella jamás se recuperaría. Debía ponerle fin a aquello.

—Entonces no me conoces tan bien como creías —espetó, alzando la barbilla para mostrarse lo más firme y serena posible, aunque su interior estuviera resquebrajándose—. No se trata de mi pasado con Michael, del tuyo con Grace o de lo maltrecha que era mi confianza en los hombres cuando te conocí —suspiró, luchando con las ganas de llorar—. La cuestión es que por miedo a que lo nuestro terminara preferiste dejarme vivir en una mentira a decirme la verdad y afrontar las consecuencias. ¿Qué garantías tengo de que eso no vuelva a suceder en el futuro, Jason? Tú tienes tus inseguridades y yo las mías. La gente normal las acepta y aprende a vivir con ellas.

Era admirable la entereza que Chloe estaba mostrando frente a él, a pesar de que él sabía que su alma se desgarraba por dentro. Se negaba a admitirlo, pero en lo más profundo de su ser reconocía que aquello era el fin.

—Te quiero, Chloe —farfulló, sin saber qué más decirle—. Estoy enamorado de ti. Quiero tu risa nerviosa, tu pelo alborotado por las mañanas, la manera en que te brillan los ojos cuando eres feliz y hasta tus uñas clavándose en mi espalda; quiero tu voz susurrada en mi oído y tus carcajadas de júbilo. Por favor, dime qué tengo que hacer para que me perdones.

Una molesta y solitaria lágrima recorrió la mejilla derecha de Chloe, y ella se la apartó con la mano. No quería que Jason la viera llorar. No quería seguir escuchando. En su corazón había comprendido que él era el amor de su vida,

pero también supo que antes de entregarse a él debía quererse a sí misma, reconciliarse con todas las partes de su ser y sanar sus heridas para poder volver a confiar en alguien.

—Nada. No puedes hacer nada —se oyó decir; a su espalda le llegó el suspiro de un Jason hundido—. Necesito tiempo, y necesito estar sola. Lo comprendes, ¿verdad?

Se tragó su pena cuando lo vio asentir, cabizbajo. Era hora de que Jason se marchara; lo supo cuando los ojos azules de él se oscurecieron bajo el mar que creía tras sus párpados. Caminando hacia la entrada, Chloe abrió la puerta y lo invitó a que se marchara.

—¿Volveremos a vernos? —le preguntó él al pasar junto a ella. Los labios de Chloe temblaron en un puchero.—. Nadie merece tanto ser feliz como tú —dijo Jason en su lugar; dando un paso hacia ella, se acercó y besó su húmeda mejilla cerca de la comisura de la boca—. Cuídate, por favor. Por favor...

Mientras lo veía alejarse, Chloe pensó en su olor; aquella sería la última vez que percibiría su aroma a colonia mezclado con la íntima esencia de Jason. Era adicta a su olor, a él. Pero las adicciones se superan con esfuerzo y también con dolor. Ella superaría la suya, resurgiría de nuevo y tal vez, con el tiempo, pudiera recuperarse y crear algo sólido, resistente.

Con o sin Jason a su lado.

24

BUTTERFLY

La última semana del mes de mayo resultó ser inesperadamente lluviosa para estar a las puertas del verano. Sabiéndose a resguardo tras la pared acristalada del local, Jason contemplaba las carreras de los transeúntes en la calle, ansiosos por encontrar un lugar en el que refugiarse de la tormenta. Pensó con cierta ironía que el tiempo parecía haberse congradado con su estado de ánimo. Llevaba unos días que no conseguía levantar cabeza; se equivocaba con los pasos de baile de la nueva coreografía, había perdido apetito y no conseguía dormir bien por las noches. Si le hubieran amputado un brazo, incluso una pierna, o le hubieran dicho que no podría volver a bailar en lo que le quedaba de vida, Jason estaba seguro de que no le dolería tanto como la certeza de que Chloe ya no estaba con él.

Le parecía patético pasarse los días compadeciéndose a sí mismo, lamiéndose las heridas como un gatito malherido. Odiaba lamentarse por algo por lo que él era el único culpable. Lo peor de todo era seguir adelante sabiendo que había hecho daño a Chloe. Era consciente de que ella necesitaba tiempo, y no sería él quien la privara de espacio; para ser sinceros, cada día procuraba no salir de la sala de ensayo que le habían asignado a él y a Ruby hasta la hora de volver a casa. Si veía a Chloe, si ella se encontraba con él, no estaba seguro de qué podría salir de todo aquello.

Solo le quedaba esperar, y aunque lo intentaba con todas sus fuerzas, la paciencia no se hallaba entre sus virtudes.

Acurrucándose aún más en el sillón de cuero marrón del restaurante, Jason lanzó un largo suspiro que acabó empañando el cristal de la ventana.

—Esto... Sigo aquí, ¿sabes?

Alzando la vista, Jason reparó en que Grace lo miraba con atención, con una de sus bonitas cejas rubias levantadas. Probablemente llevaba un rato observándolo, incluso hablando con él, y ni siquiera le había prestado atención.

—Perdona, Gracie —se disculpó, incorporándose en el sitio—. Me he perdido por un minuto. ¿Qué decías?

Su exmujer resopló al tiempo que tamborileaba con las uñas en la taza de porcelana que sujetaba entre las manos. De haber estado de humor, Jason hubiera flipado con aquel sitio; el 101 Coffee Shop de la avenida Franklin era un *diner* decorado al más puro estilo de los años 50. Tenía las paredes repletas de fotografías familiares, había vinilos antiguos por todas partes y junto a la puerta habían colocado una máquina de discos para que los clientes pudieran elegir la banda sonora del local. En aquel momento sonaba *Only the lonely*, la canción que Roy Orbison les dedicaba a las almas solitarias como Jason. Si cerraba los ojos podría imaginarse a sí mismo tomando café con Booth y Brennan, los protagonistas de la serie de televisión *Bones*.

El carraspeo de Grace atrajo a Jason de nuevo al presente .

—Sigues pensando en ella, ¿eh?

Desviando la mirada, Jason se entretuvo jugueteando con el bote de ketchup colocado en la mesa junto a la pared; luego se encogió de hombros.

—¡Por el amor de Dios, Jason! Espabila de una vez. Todos sabemos que la has cagado, tú el primero. Pero no puedes andar por ahí como alma en pena solo porque Chloe te ha pedido tiempo.

Solo cuando oyó el nombre de Chloe, Jason le clavó la mirada a su ex.

—¿Solo porque me ha pedido tiempo? Tú no lo entiendes, Grace. Le he hecho daño. Confió en mí y luego la engañé. Chloe no va a perdonarme.

Recostándose en su asiento, Grace resopló.

—Es una chica lista, Jas —replicó ella—. Tan solo debes ser paciente y respetar sus decisiones.

Jason resopló como un niño pequeño enfadado; Grace, al verlo, ocultó su diversión tras el borde de la taza.

—¿Estabas así de triste cuando me marché a la universidad? —indagó ella con una sonrisa cariñosa pintada en los labios—. Seguro que no. Lo nuestro fue...

—Puro fuego —terminó Jason por ella, riendo a su vez—. Te quise, Gracie. No me gustaría que pensaras lo contrario.

—Tranquilo. Lo sé —le aseguró; extendiendo el brazo sobre la mesa esperando a que Jason sujetara su mano, añadió—: Me alegra ver que por fin has encontrado a tu alguien especial.

—Dirás si la recupero.

—Sé que lo harás.

Grace le guiñó un ojo, se colgó el bolso al hombro y tras lanzar un par de

billetes junto a la carta, se puso en pie para irse.

—Llámame siempre que me necesites, ¿de acuerdo?

Jason asintió. Grace era una de las mejores personas que había conocido.

—¿Me invitarás a tu boda? Prometo no llegar tarde esta vez.

Grace soltó una carcajada al escucharlo y se acercó hasta él para besarlo en la mejilla.

—Serás mi dama de honor principal —le aseguró—. Buena suerte, Jas.

Con el ánimo aún por los suelos pero sintiéndose ligeramente esperanzado, Jason se pasó el resto de la mañana ensayando con Ruby. Aquella semana les habían asignado una danza contemporánea cargada de emoción, lo que les permitía una mayor libertad de movimientos. Jason había planeado un espectáculo que fuera un momento memorable para el público y el jurado, pues sabía que la siguiente vez sería la última que Ruby y él bailaran juntos en el programa. Después de eso, ya se vería. Estaba seguro de que la chica obtendría el éxito que se merecía, pero en cuanto a él... Solo quería una cosa, y no estaba en su mano alcanzarla.

Al ritmo de los acordes de la canción de The Police *Every breath you take*, Jason creó una secuencia de pasos tan sumamente emotivos, naturales y sencillos que Ruby tuvo que pedirle un par de veces que se tomaran un descanso.

—Tú lo que quieres es que todos acabemos llorando el día de la gala —bromeó la joven secándose disimuladamente las lágrimas—. Pensé que la danza contemporánea era algo parecido al ballet, un poco encorsetado, pero esto... Jason, haces magia en la pista. ¿Alguna vez has pensado en dedicarte a esto, a planear coreografías? Personalmente, creo que serías un profesor estupendo.

La sugerencia lo pilló desprevenido. Una de las partes que más le gustaban de su trabajo era la de imaginar historias y transmitir las a través del baile. La elección de la música, los giros y piruetas. El cuerpo humano puede decir tanto sin necesidad de hablar... Siempre se había visto bailando, pero nunca ideando coreografías para otro.

—Y yo creo que exageras —contestó él entre risas, como si se hubiera tomado a broma su propuesta—. ¿Podemos retomar el ensayo, señorita? Tenemos una gala que ganar.

Sin embargo, la idea no desapareció de su cabeza ni siquiera cuando enfilaba la entrada de su apartamento. ¿Y si no era tan descabellado, después

de todo? Tal vez si lo hablaba con Mark podrían planear algo entre los dos.

El interior del piso estaba sumido en la más absoluta penumbra, y habría reinado el silencio de no haber sido por los gemidos quedos que se escuchaban no muy lejos de allí. Al encender la luz, Jason sorprendió a su amigo, con el torso descubierto, tumbado sobre el cuerpo de Sienna en el sofá. Al saberse pillada, la chica gritó de asombro y empujó a Mark hacia atrás, desestabilizándolo tanto que acabó sentado en el suelo. Jason, al verlo, estalló en ruidosas carcajadas.

—¿Y tú de qué te ríes, capullo? —protestó Mark, poniéndose en pie y recuperando su camiseta—. Podías haber llamado.

—Vivo aquí —se defendió Jason, que se encogió de hombros mientras tomaba asiento junto a Sienna—. ¿Vosotros no estaríais más cómodos en la habitación?

Mark resopló, fue a la pequeña cocina y extrajo dos botellines de agua del frigorífico; luego se reunió con su amigo y su chica y le tendió uno de los botellines a ella.

—Cuando uno tiene prisa... ¿Cómo es que has llegado tan tarde? Pensaba que estarías llorando las penas por los rincones, tío.

Jason se estremeció al escuchar su nombre. Notó que Sienna se atusaba el pelo y lo miraba por el rabillo del ojo, visiblemente incómoda.

—No quiere saber nada de mí. Al menos por ahora.

—Qué putada —soltó Mark—. Pero te lo dije: no cagues donde comes.

Sienna, que estaba bebiendo un sorbo de agua, casi se atraganta al escucharlo.

—¿Tú le dijiste eso? Tienes la sensibilidad en el culo.

Mark le lanzó un besito.

—Me encantas cuando te pones fina.

Sienna puso los ojos en blanco y Jason aprovechó para preguntar por Chloe. Si quería recuperarla, más le valía empezar a mover ficha y utilizar todos los recursos a su alcance.

—¿Cómo está?

Sienna se giró hacia él y suspiró.

—Triste, por supuesto. Está cansada, igual que tú, pero es una superviviente. Lo superará.

Aquella afirmación hizo saltar todas las alarmas de Jason. Él no quería que lo superara, quería que volviera a él.

—¿Crees que yo podría...?

Sienna se apresuró a negar con la cabeza antes de que Jason terminara de hablar.

—Necesita tiempo —le dijo—. Se siente herida, Jason. Puede que no conscientemente, pero para Chloe la lealtad lo es todo. —Y, levantando una ceja, no perdió tiempo en añadir—: Y si estás aquí sentado tan tranquilamente y todavía conservas tu pene intacto entre las piernas —señaló su paquete—, es solo porque odio la sangre y porque sé que a Chloe le importaría. Así que yo que tú me quedaba aquí sentadito y esperaba. ¿Entendido?

Perplejo, Jason solo pudo asentir con la cabeza.

Con los ojos abiertos como platos tras escuchar el sermón, Mark dio una palmada.

—¡Toma ya! —se carcajeó, y, acercándose a Sienna, le robó un beso húmedo—. ¿Te he dicho alguna vez cuánto me gustas?

Sienna cambió su expresión de asesina en serie por otra más coqueta y lanzó una risita mientras se ponía en pie.

—Algo había notado. Ahora me voy, y a vosotros dos —los señaló desde la puerta— más os vale portaros bien.

Cuando Sienna se hubo marchado, Mark silbó entre dientes.

—Tiene carácter —comentó Jason.

—Y me vuelve loco.

Su amigo lo miró con una ceja arqueada.

—¿En el buen sentido?

La sonrisa que Mark le dedicó lo decía todo.

Tras echar un vistazo a su reloj, Jason maldijo entre dientes.

—¡Joder! —masculló—. Llegamos tarde. Levanta. —Golpeó las piernas de su colega—. Nos vamos.

—¿Adónde? ¿Es legal?

Había ya anochecido cuando llegaron al West Hollywood. Durante el camino Jason no había dicho una sola palabra del lugar al que se dirigían hasta que detuvo sus pasos en el cruce con la avenida Fountain. Mark protestó cuando chocó contra la amplia espalda de su amigo, pero enmudeció de inmediato al vislumbrar el local que Jason le señalaba con el dedo.

—¡Estás de coña! —exclamó, divertido.

Jason negó con la cabeza mientras cambiaban de acera.

—Nada de bromas. Voy muy en serio con esto.

El High Voltage era uno de los estudios de tatuaje más famoso y con mejor fama de todo Los Ángeles. El exterior presentaba un aspecto recatado, con una fachada roja y un cartel amarillo que anunciaba el nombre del negocio. El interior, en cambio, no se parecía en nada. Les dio la bienvenida una inesperada y amplísima sala pintada de color rosa, recargada hasta los topes con gruesos cortinajes borgoña, reluciente suelo brillante y una enorme cantidad de guitarras eléctricas y obras de arte de diferentes estilos colgadas en todas las paredes. La mesa semicircular de la recepción estaba tallada en madera; recordaba a los palcos de la ópera y hacía las veces de lugar de bienvenida y de venta de *merchandising* de la marca, además de ofrecer los portafolios de los diseños de todos los artistas que allí trabajaban. Era un lugar extravagantemente ecléctico, donde convivía lo moderno con lo *vintage*, los instrumentos musicales con las hornacinas para santos y hasta un altar dedicado a Mozart.

—Hay que joderse... —murmuró Mark—. ¿Y tú quieres tatuarte aquí?

Jason lo mandó callar propinándole un pisotón que le arrancó a Mark un aullido de dolor. El bailarín siguió quejándose cuando un sonriente chico tatuado hasta la cabeza se acercó a saludarlos.

—Tú debes de ser Jason, ¿verdad? —preguntó, extendiendo la mano hacia él para darle un apretón—. Eres nuestro último cliente de hoy —le informó—. Te estábamos esperando. —Abriendo el cordón de terciopelo que daba acceso a la sala, como aquellos que se usan en los museos, el tatuador los dejó pasar—. Soy Mikey, por cierto.

Se adentraron en el moderno salón, y Mikey los condujo hasta una de las camillas de cuero negro que ocupaban el lugar.

—¿Sabes ya el dibujo que quieres?

Jason asintió sin dudar.

—Una mariposa —contestó—. Justo aquí. Tan grande como puedas.

Levantándose la camiseta, Jason se señaló toda la zona del esternón. A Mark se le desencajó la mandíbula.

—¡Se te ha ido completamente la olla, tío! —gritó, sobresaltado.

Jason puso los ojos en blanco.

—Haz como si no estuviera aquí —le dijo a Mikey—. Mi hija me dio un colgante que he perdido. Es importante para ella —le explicó—. De este modo siempre la llevaré conmigo.

El tatuador asintió, completamente de acuerdo con él.

—Hagamos que tu niña se sienta orgullosa entonces. Túmbate en la camilla —le ordenó mientras se ponía unos guantes de nitrilo negros—. ¿Quieres que sea en color o con tinta negra te va bien?

—Si pudiera tener algunos trazos en rosa, estaría genial. Y, si es posible, me gustaría que añadieras unas iniciales en cada ala. La C y la K. ¿Podría ser?

El chico le dijo que sí de inmediato.

—¡No hay problema, tío!

Jason acomodó su cuerpo a las dimensiones de la camilla y colocó un brazo bajo la cabeza mientras Mikey le desinfectaba el torso y el abdomen.

Nervioso como si fuera él mismo quien estaba a punto de tatuarse, Mark no le quitaba la vista de encima a Mikey, negándose a perderse uno solo de sus movimientos mientras llenaba el intrincado aparato de tinta y cambiaba la aguja puntiaguda del extremo.

—Ahora viene lo más difícil —le informó el tatuador, a punto de comenzar su trabajo—. Relájate y no te muevas.

Jason respiró hondo, cerrando los ojos cuando la pistola empezó a vibrar y a clavarse sobre su piel.

—¡Dios! —oyó que exclamaba Mark—. No puedo mirar. ¿Te duele mucho, Jas?

Abriendo un poco el ojo derecho, Jason miró el rostro pálido de su amigo.

—Me duele que seas tan gallina —susurró, evitando moverse demasiado—. Siéntate de una vez y cálmate, ¿quieres?

A medida que el dibujo tomaba forma sobre el esternón de su amigo, Mark se relajó. El trabajo que Mikey estaba realizando en la piel de Jason era una pequeña obra de arte. De repente se preguntó qué opinaría Sienna si él decidiera tatuarse. A lo mejor le gustaba. Si elegía un dibujo chulo, quizá a su chica le pusiera vérselo en tinta en el cuerpo.

Paseándose por el salón vio a la famosísima Kat Von D. realizando el retrato de Edgar Allan Poe sobre el antebrazo de una chica. La mujer era tan buena que si Miguel Ángel y Leonardo vivieran, habrían sentido celos de ella. Aquello le dio una idea a Mark.

—¡Eh, Kat! —la llamó; ella no se giró hasta que hubo completado el bigote del escritor—. ¿Crees que a mi chica le molaría si me tatuara su cara en el pecho?

Kat resopló, y su flequillo revoloteó sobre sus ojos y dejara a la vista el grupo de estrellas que llevaba tatuadas en la sien izquierda.

—¿Le has dicho ya que la quieres?

Mark hizo una mueca con la cara, como si la idea le pareciera muy remota.

—Entonces no cuentes con ello, cariño.

Volviendo a su labor, la tatuadora se olvidó del intruso, y Mark continuó vagando por el estudio, contemplando los cuatros. Algunos eran pinturas de lo más extrañas; otros, dibujos realizados por los propios trabajadores. Sin embargo, Mark se fijó en el mapamundi que permanecía enmarcado en un rincón. Cuando contempló con atención la zona de Europa, fue como si hubiera experimentado una iluminación.

—¡Ya lo tengo!

Caminó hacia Jason justo cuando Mikey le estaba aplicando sobre el dibujo recién terminado un poco de pomada antibacteriana.

—Te ha quedado guapo, tío —alabó Mark al ver la mariposa; esta extendía sus alas bajo los pectorales de Jason, y en cada una de ellas ponía apreciarse a la perfección las iniciales de Chloe y Kathy.

—Gracias. ¿Qué es lo que tienes?

—Mi diseño —le explicó Mark mientras veía cómo Mikey protegía el estómago de Jason con un vendaje—. Yo también quiero tatuarme.

Jason lo miró extrañado.

—¿Se te ha ido la pinza? Hace media hora querías vomitar al verme a mí.

—Eso era antes. —Mark le restó importancia con un gesto de la mano—. Si quiero que Sienna comprenda que voy en serio, necesito ese maldito tatuaje. Esta ciudad nos ha cambiado, Jas —comentó en un tono de voz profundo, ayudando a Jason a vestirse—. Los Ángeles y sus mujeres.

—En realidad son de Colorado.

—¡Qué más da! Por ellas estamos dispuesto a todo. —Y palmeándole la espalda, añadió—: Alegra esa cara. ¿Chloe no era la chica de los horóscopos? Serendipia y todo eso, hermano. Los astros os sonreirán. Ahora levanta de ahí. ¡Es mi turno!

Jason se encontró riendo a su pesar. Notaba el pecho dolorido, pero no era nada comparado con la opresión que sentía a la altura del corazón. Los astros, Chloe... ¿Lograrían enderezar su relación? Si era cierto que su futuro estaba escrito en las estrellas, Jason rezaba para que el suyo estuviera entrelazado al de Chloe. Pero mientras la chica se decidía lo mejor sería que él volviera a

casa. A Dallas. Y a Kathy.

THE SHOW MUST GO ON

La noticia de la eliminación de Jason y Ruby del concurso no fue una sorpresa para Chloe, pero sí lo sintió como una injusticia. Habían creado magia en la pista aquella noche, deslizándose por el suelo con una elegancia pocas veces vista durante la competición. Chloe no pudo evitar derramar unas lágrimas al contemplarlos bailar con tanto sentimiento. Se había jurado a sí misma que mantendría las distancias con Jason, pero cuando el encargado de anunciar su actuación pronunció los nombres de la pareja en el plató, Chloe se apresuró hacia el estudio y permaneció oculta en un rincón solo para verlo aunque fuera durante un par de minutos. Jason tenía un estilo propio; era un bailarín con tanto talento y tantas ganas de seguir formándose y trabajando en el gremio que Chloe quiso zarandear a Roger hasta hacerlo entrar en razón y conseguir que lo readmitiera en el programa.

Cuando la música cesó y la coreografía llegó a su fin, los ojos de Jason conectaron durante unos segundos con los de Chloe, y ella notó que el corazón se le paraba dentro del pecho. Comprendió entonces que, por más que sufriera, por más palabras que empleara para intentar autoconvencerse de que estaba mejor sin él, ella no podía dejar de amarlo tan fácilmente. Debía poner en orden muchos aspectos de su vida, y aunque sabía que Jason era un buen hombre, una buena persona, también era consciente de que no estaba lista para volver a aceptarlo a su lado. Antes debía cambiar algunas cosas.

No se quedó para ver cómo expulsaban a la pareja ni tampoco quiso estar presente en el momento en el que Roger les comunicó qué pensaba hacer con ellos. Tal vez aceptaran ser los nuevos Kristen Stewart y Robert Pattinson del panorama cinematográfico y se hicieran mundialmente famosos y millonarios, pero Chloe se negaba a ser testigo de cómo los chicos hundían sus vidas de aquella manera. Durante los últimos meses había comprendido que todo lo que se movía alrededor del espectáculo televisivo era una farsa. No importaban los esfuerzos que se hicieran, lo duro que se trabajara... Nada era real, todo estaba amañado, y ella no estaba dispuesta a seguir engañando al público, y mucho menos a sí misma.

Tenía una cita importante con Big Joe al día siguiente. El gran jefe la había hecho llamar para solicitar su presencia en una reunión privada en la que tan solo estarían los dos y quizá también Roger. Chloe no sabía qué era lo que Big quería de ella; normalmente, el anciano mandamás solo aparecía en las juntas de directivos, y cada vez delegaba más sus funciones en su hijo. A pesar de que estaba a un paso de la jubilación, Big Joe aún poseía la mayor parte de las acciones de la SFE y, por lo tanto, su palabra seguía siendo ley. Por ese motivo estaba casi segura de que no iba a permitir que nadie volviera a pisotearla a ella o a sus decisiones nunca más.

A pesar de la tila doble que se preparó antes de meterse en la cama, Chloe no logró templar los nervios, y terminó sintonizando el canal de astrología donde una vidente leía las cartas del tarot. Era tal su dependencia al horóscopo que se preguntó si su vida giraba en torno a las predicciones que este le auguraba. ¿Y si ella se comportaba según lo que su signo pronosticaba?

Incapaz de dormir, desbloqueó su *tablet* y tecleó en ella hasta dar con su web de videncia favorita.

«Cáncer: Antiguos miedos dificultarán que te centres en los aspectos positivos que te rodean, que te condicionarán y no te permitirán vivir con alegría. Debes mantener la cabeza fría y pensar antes de actuar. Se abre ante ti una gran oportunidad de dar un paso hacia delante, y solo tú decides qué dirección tomar. La influencia de la Luna en tu signo te ayudará a aliviar tensiones. No te precipites. Escucha a tu corazón».

«¡Como si fuera tan fácil!», pensó Chloe. Desde que había roto con Jason tenía la sensación de que se limitaba a dejar pasar los días, que actuaba como un robot, porque si se permitía un solo segundo de flaqueza sabía que se rompería en mil pedazos. Necesitaba algo con lo que volver a ilusionarse; lo único que le faltaba era encontrar ese *algo*.

Llevada por un repentino impulso, deslizó el dedo por la pantalla táctil hasta dar con el signo de Jason y empezó a leer:

«Aries: Estás acostumbrado a no dar cuentas a nadie y a hacerlo todo tú solo. Has sido el apoyo de muchos durante mucho tiempo, pero es hora de cambiar. Escucha a los que te rodean y no olvides que, cuando una puerta se cierra, se abre una ventana. Buen momento para empezar a formar una familia».

Una punzada de remordimientos asaltó el estómago de Chloe. Tal vez el destino de una persona no estaba reflejado en los astros, pero ella seguía

pensando que había algo más que se escapaba a su capacidad de comprensión. Al cerrar los ojos recordó el fin de semana que pasó con Jason y su familia. Desde luego que no podía decir que la vida de los Wells hubiera sido fácil; en muchos sentidos Jason era el pilar fundamental para su madre y su sobrina. No quería ni imaginar el dolor tan insufrible que debió de experimentar cuando perdió a su hermana. Entendía que él quería lo mejor para su familia, solo que a veces se equivocaba en el modo de actuar.

Cuando cerró los ojos, Chloe fantaseó con esa hipotética familia que predecía el horóscopo de Jason. Lo vio a él, corriendo por el jardín de su casa con Kathy subida a sus hombros; luego la escena cambió a una mucho más tierna, en la que los dos bailaban en uno de los salones de la escuela de su madre. La emoción le sobrevino cuando se vio a sí misma acudiendo al encuentro de tío y sobrina. Lloró sin ser consciente de que lo hacía y se quedó dormida cuando las primeras luces del alba despuntaban en el horizonte.

Enfilando el pasillo que llevaba a la sala de juntas, con el repiqueteo de sus zapatos de tacón como único acompañante, Chloe respiró hondo una vez más mientras se pellizcaba las mejillas por enésima vez en lo que iba de mañana. Estaba tan nerviosa como la primera vez que pisó los estudios de la cadena, cuando repetía en su cabeza una y otra vez el discurso que se había preparado para conseguir que los jefes la contrataran. Gracias a su profesionalidad y a pesar de sus fracasos como productora, Chloe había logrado meterse a Big Joe en el bolsillo, pero el hecho de que la hubiera convocado tan repentinamente, con el concurso a punto de acabar, era algo que superaba a sus maltrechos nervios.

Apenas había pegado ojo, pero durante la corta cabezada que dio sobre la almohada no había dejado de soñar con Jason y un montón de niños correteando a su alrededor. Se recordó que no debería volver a ojear el horóscopo si quería conservar su salud mental. Leyéndolo solo había conseguido un insistente dolor de cabeza y unas ojeras que ni siquiera el maquillaje pudo disimular. Deseó no tener que quitarse las gafas de sol, pero cuando entró en la amplia estancia acristalada y su jefe la miró con las pobladas cejas blancas arqueadas, Chloe lloriqueó para sí y terminó por descubrir su rostro.

—¡Vaya por Dios! —se carcajeó Big Joe mientras tomaba asiento a la cabecera de la mesa—. ¿Una noche difícil, Chloe?

Ella suspiró, colocándose a la derecha del anciano.

—Unos meses complicados —se limitó a decir Chloe—. Este programa va a acabar conmigo. —Extendiendo un brazo hasta colocar la mano sobre la del hombre, Chloe le dedicó una sonrisa—. ¿Cómo estás, Big?

—Casi jubilado. Te lo recomiendo, jovencita. La vida me sienta bien. —Y para corroborarlo, Big Joe se dio unas palmaditas en el prominente estómago. Chloe rio con él y permitió que el hombre le sirviera un café bien cargado—. ¿Qué tal van las cosas con mi hijo? ¿Os entendéis bien? El concurso está recibiendo un gran apoyo por parte del público, y ya sabes lo que eso significa...

—Si el público está contento, tú lo estás y, por ende, nuestros bolsillos —recitó Chloe, rememorando el lema de su jefe.

Big Joe soltó una ruidosa carcajada al tiempo que volvía a sentarse a su lado.

—Por eso eres mi chica favorita y mi persona de confianza aquí —le confesó con una cálida mirada—. Pero todavía no me has contestado. Sé sincera conmigo, Chloe. ¿Cómo te sientes trabajando con Roger?

Chloe se concentró en las ondas que se creaban sobre la superficie de su café a medida que ella iba removiéndolo con la cucharilla. No podía decirle a Big que detestaba al misógino de su hijo ni tampoco que no aprobaba su proceder para con los empleados ni que aborrecía su forma de despreciar a la audiencia. ¿O sí podía? Si Big Joe le tenía tanto aprecio era porque ella se lo había ganado mostrándole siempre la verdad, por dura que esta fuera.

Llenando de aire sus pulmones, se dispuso a contárselo todo.

—Roger es un hombre complicado —declaró al final, eligiendo con cuidado sus palabras. A fin de cuentas, iba a poner verde a un hijo frente a su padre—. No atiende a razones, todos debemos hacer lo que él considera que es lo mejor para la cadena. Juega sucio, Big —expuso ya sin tapujos—. Me he pasado los últimos meses siendo su marioneta, trabajando en un formato en el que no me siento cómoda y en el que ni siquiera puedo dar mi opinión. ¿Te ha hablado de su nuevo proyecto?

—¿El de crear una pequeña productora de cine? —Esperó a que Chloe asintiera para encogerse de hombros—. ¿Qué problema hay, Chloe? Podría ser muy beneficioso para nosotros.

—¡No con Roger al frente! —explotó, poniéndose en pie.

El color había vuelto a sus mejillas de forma natural gracias a la rabia que se apoderaba de ella cada vez que pensaba en Roger. Big Joe era su padre, pero Chloe jamás hubiera esperado que el hombre lo defendiera tan fervientemente. Big Joe la contempló durante un largo minuto, completamente en silencio, mientras ella le exponía los argumentos por los que lanzarse a producir cine de la mano de Roger sería una auténtica locura que ni por asomo saldría bien.

—Simplemente no, Big —continuó Chloe, apartándose el pelo de la cara—. Si sigues adelante, yo me bajo aquí. —El hombre la miró como si nada hasta que una sonrisa comenzó a asomar en las comisuras de sus labios. Chloe abrió los ojos, sorprendida—. Supongo que era de esperar esta reacción —murmuró—. A fin de cuentas, Roger es tu hijo.

Levantando las manos, Big Joe le impidió que se marchara.

—Siéntate, Chloe —le pidió—. Necesito que te calmes para que escuches lo que tengo que decirte. —De mala gana, Chloe obedeció—. Sonrío porque, de haber sido mi hija, no podrías parecerte más a mí. Has llegado al meollo de la cuestión tú sola.

—¿Y es...?

—Roger, tú y la cadena, por supuesto. Soy viejo, Chloe. No quiero morir y que las limpiadoras me encuentren hecho un fiambre a la mañana siguiente, ¿entiendes? Quiero vivir, pero también quiero que el lugar que yo mismo levanté tantos años atrás quede en buenas manos.

—Ya te he dicho que Roger...

Big Joe la interrumpió.

—No es de Roger de quien estoy hablando. Me refiero a ti, Chloe.

Ella parpadeó, muda de la impresión.

—¿A mí?

Con una profunda y ronca carcajada, el jefe asintió.

—¿Crees que no sé que Roger no tiene ni idea de lo que tiene entre manos y que le importan un comino los trabajadores y esta casa? Es mi hijo, Chloe. Soy muy consciente de cuáles han sido mis errores como padre, pero no puedo mirar hacia otro lado en lo que a él se refiere.

Confusa, Chloe tomó la goma que siempre llevaba a modo de pulsera y se sujetó el pelo con ella en una pequeña coleta.

—¿Adónde quieres llegar, Big?

Echándose hacia delante, el anciano puso las cartas sobre la mesa.

—Estoy dispuesto a dejarte el cuarenta por ciento de las acciones si accedes a trabajar codo con codo con Roger. Los dos en las mismas condiciones. Él el otro cuarenta será para mi hijo, y yo me reservo el veinte restante en caso de que mi actuación sea necesaria. ¿Qué te parece?

Chloe se llevó una mano a la garganta, intentando encontrar la voz que se le había perdido. ¿Acaso seguiría soñando? ¿Sufriría alucinaciones? Big Joe no podía estar ofreciéndole en bandeja de plata la mitad de la cadena. Impresionada, tan solo acertó a preguntar:

—¿Por qué yo?

Big Joe ladeó la cabeza y la miró como un entrañable abuelote.

—Porque la SFE está segura en tus manos, querida. Solo tienes que decir que sí. Ya he redactado los documentos. Puedes firmarlos hoy mismo si quieres.

¿Que si quería? Ese había sido su mayor sueño desde que llegó a Los Ángeles. Ser un pez gordo de una importante cadena de televisión, que le ofrecieran la posibilidad de crear espectáculos de calidad que ilusionaran al público, que lo hicieran vibrar, reír, llorar... Deseaba que hablaran de ella como de la mujer que revolucionó la industria, que implantó un antes y un después en el medio... Cerró los ojos e intentó imaginarse todo eso y mucho más, pero, cuando lo hizo, descubrió sin mucha sorpresa que la idea no la emocionaba del modo en que debería. ¿Estaba segura de que eso era lo que quería realmente? Recordó además que su trabajo estaría supeditado al de Roger, que debería soportar sus desplantes, sus salidas de tono y sus ideas extravagantes, y que con todo ello se sentiría incómoda.

Aquel mundo fue su mayor anhelo una vez; ahora sabía que su futuro, tanto el profesional como el personal, no se encontraba entre esas paredes.

—No —se oyó murmurar—. No voy a firmar nada, Big.

El rostro del hombre cambió de expresión de inmediato, su sonrisa desapareció y unas pronunciadas arrugas aparecieron en su entrecejo cuando la miró con aspecto airado.

—¿Cómo dices?

—He dicho que no, Big. —Levantándose de la mesa, Chloe se subió la correa del bolso al hombro—. Rechazo tu oferta.

—¡Niña ingrata! ¡No puedes negarte!

Apretando los labios, Chloe se tragó las lágrimas que acudieron a sus ojos. Odiaba tener que despedirse de aquel modo de un hombre que había sido su

mentor.

—Puedo, Big —le aseguró—. Te estoy muy agradecida. Es un honor que hayas pensado en mí, pero... Mi sitio ya no está aquí. Es hora de mover ficha y seguir adelante.

—¿A qué te refieres?

Ella simplemente se encogió de hombros.

—Dimito con dos semanas de preaviso. Gracias por enseñarme todo lo que sé. Te llevaré siempre conmigo, Big Joe.

Mientras caminaba hacia la puerta, ignorando la voz de su jefe, que le gritaba que se arrepentiría de su decisión, Chloe sintió que había dejado una pesada carga en el interior del despacho. Por primera vez en mucho tiempo se sentía liberada y fuerte, capaz de sacar adelante cualquier cosa. Lamentaba haber terminado su relación con la cadena de aquella manera, pero las circunstancias lo ordenaban, y ella se alegraba de estar en la nueva versión mejorada de sí misma.

Era el momento de empezar de cero, y sabía exactamente por dónde hacerlo. Recuperando su teléfono móvil, buscó el número de la inmobiliaria que le vendió su apartamento unos años atrás. Era hora de abandonar Los Ángeles y emprender una nueva aventura; no necesitaba su piso allá adonde iba, pero sí el dinero que podía conseguir tras su venta. Enfilaba ya el camino hacia la salida cuando le llegaron unas voces que gritaban con tono irritado.

—Largo de aquí de una vez —exclamó una de ellas, y Chloe reconoció a Bill, uno de los guardias de seguridad—. Y da gracias de que no llamemos a la policía.

—¡Llamad si os atrevéis! —desafió Lorelei—. No tenéis nada contra mí. Sois basura.

Al girar una esquina, Chloe fue testigo de cómo dos de los chicos que velaban por la seguridad del estudio trataban de conducir a Lorelei a la puerta que daba a los aparcamientos. La veterana actriz braceaba al tiempo que gritaba improperios contra los muchachos, que estaban al borde de perder la paciencia.

—¿Qué pasa aquí? —exigió saber, utilizando su tono de jefa autoritaria. —«Exjefa», se recordó, pero ellos no todavía no lo sabían.

Lorelei se giró hacia ella con un melodramático gesto con el que golpeó el rostro de los vigilantes con el pelo postizo que llevaba sujeto a la cabeza.

—La que faltaba —bufó la mujer, llena de desprecio—. Tú no eres quien

manda, niñita. Ya puedes irte por donde has venido.

Chloe miró a Bill buscando una explicación, y el hombre le respondió con un suspiro cansado.

—Revisamos las cintas de seguridad tal y como usted nos sugirió, señorita Mitchell —replicó Craig, el compañero de Bill—. Sorprendimos a la señora Bradford guardando en su bolso algunos de los objetos desaparecidos.

—El resto estaba en su taquilla —informó Bill alzando la bolsa casi llena que cargaba en una mano.

—¡Eso es mentira! —gritó Lorelei, fuera de sí—. Se os va a caer el pelo. ¡Tendréis noticias de mis abogados!

—Lorelei —terció Chloe, acercándose a ella—. ¿Por qué no te marchas y lo dejas estar?

—El jefe no quiere mala prensa, y ha decidido no denunciar —anotó Craig—. Pero la señora Bradford se niega a marcharse.

Chloe lo intentó de nuevo.

—La señora Bradford tampoco quiere un escándalo, ¿verdad? Ya sabemos que su carrera está en descenso, y ser acusada de ladrona es lo último que necesita.

La mujer, muy enfadada, alzó la barbilla en una pose muy digna.

—Tú y tu amiguita no sois más que unas estúpidas malcriadas y consentidas. —Y para dar más énfasis a sus palabras, decidió escupir en el suelo, a sus pies—. ¡Os maldigo a todos! ¡A todos!

Lanzando gritos en todas las direcciones, Lorelei abandonó la cadena bajo la incrédula mirada de Chloe y los vigilantes.

—Recuérdame que jamás vaya a ver una película de esa mujer —le dijo Craig a su compañero—. ¡Está loca!

A su pesar, Chloe no pudo evitar sonreír.

—¿Habéis recuperado todos los objetos perdidos?

—No lo hemos comprobado aún, señorita. Pero parece que la señora Bradford tenía debilidad por las gafas de sol. ¡Hay montones! Salvo algún dispositivo electrónico y un colgante, no hemos visto mucho más.

—¿Un colgante?

Bill extrajo la cadena con la mariposa rosa que Jason siempre llevaba al cuello. Al verla, el corazón de Chloe se detuvo para volver a latir con renovadas fuerzas.

—Sé a quién pertenece —murmuró, sujetándola entre los dedos—. ¿Podría

quedármela y devolvérsela a su dueño?

El jefe de seguridad se encogió de hombros.

—Usted misma, señorita. Solo espero que esa mujer no vuelva por aquí en una larga temporada.

—Algo me dice que no lo hará —les aseguró Chloe—. Gracias por todo, chicos.

Mientras caminaba hasta su coche, Chloe no dejó de apretar la mariposa en el interior de su puño, tan fuerte que casi se la tatuó en la palma de la mano.

Chloe pensó que aquello era una señal. Un indicio de que las cosas sucedían por una buena razón. Tal vez la mariposa le trajera suerte. Tal vez aquel día fuera el inicio de una nueva vida.

26

LOVE YOU HOME

Tumbado boca arriba en el suelo del diminuto salón de su apartamento, Mark contaba mentalmente los abdominales que con esfuerzo realizaba. Desde que Jason se había largado de vuelta a Dallas con su familia, la casa se le caía encima. Se había pasado los últimos años de su vida al lado de Jason, recorriendo en coche cada estado del país, bailando juntos... Los dos formaban un tándem casi perfecto, pero ahora Mark tenía la impresión de que le habían arrancado un brazo que todavía podía sentir. Estaba tan acostumbrado a convivir con Jason que le resultaba muy difícil habituarse a la idea de que su colega ya no se encontraba allí.

—Treinta y ocho, treinta y nueve... —farfullaba entre jadeos—. Estúpido capullo. Mira que largarte ahora...

No quería admitir que lo echaba de menos, y, sin embargo, la verdad era que odiaba la soledad que en aquel momento lo rodeaba.

Desde que habían salido del estudio de tatuajes Jason no se había comportado como de costumbre. Era como si, en lugar de tinta, a su amigo le hubieran introducido una potente droga bajo la piel que lo incitaba a actuar de un modo raro. La ruptura con Chloe resultó ser un mazazo para Jason, pero su expulsión del programa causó un gran revuelo de sorpresa para todos salvo para el propio Jason. Mark no entendía por qué; su colega había bailado como nunca, y aunque jamás lo diría en voz alta, él nunca conseguiría ser tan bueno como Jason. El tío vivía para bailar, sentía cada paso que daba... ¿y lo dejaban fuera del concurso? Definitivamente, el mundo se iba a pique.

No era justo que él siguiera compitiendo en lugar de Jason. Por un momento pensó que a él también lo echarían sin miramientos cuando la cadena descubrió que era Lorelei quien había estado sustrayendo varios objetos personales entre sus compañeros. ¡Le había costado una pasta en gafas de sol! Pero aunque Roger no pretendía generar ningún escándalo demandando a la actriz, tampoco quería levantar polémica cuando la prensa se enterara de lo ocurrido. De modo que, tras insistir en que Lorelei visitara a varios especialistas que constataron que lo suyo no se trataba de cleptomanía

sino más bien de una irreprimible necesidad de llamar la atención, Roger accedió a no ponerla de patitas en la calle, e incluso dio su palabra de que permanecerían en el programa hasta el final. Así pues, su trabajo estaba salvado. Por ahora.

A oídos de Mark llegó el rumor de que fue Roger, el mandamás, quien dio la orden de su eliminación. Al parecer, el tipo tenía planes a gran escala preparados para Jason, pero cuando Mark le preguntó por ellos, Jason simplemente se encogió de hombros y le restó importancia.

—¿Qué más da ahora? —dijo—. Me voy a casa, tío.

—¿Qué? ¿Es que te has vuelto loco? —protestó Mark, sin salir de su asombro—. ¿Por qué?

—Porque es el mejor lugar para empezar de cero.

Recordando la última conversación que mantuvo con su amigo, Mark bufó entre dientes. Estaba empapado en sudor y los músculos comenzaban a resentirse bajo el esfuerzo que realizaban, pero no pensaba parar. Iba a machacarse hasta acabar agotado; solo así evitaría coger el coche y conducir directo hasta Texas para traer de vuelta a su colega. A rastras si era necesario.

—Para empezar de cero... —masculló, apretando la mandíbula—. Podías haberlo hecho aquí, idiota.

Mark estaba tan molesto como un novio celoso, y detestaba sentirse así. ¡Era su mejor colega! Estaba en su derecho de enfadarse, ¿no? A veces pensaba que, de no haber aceptado bailar en aquella despedida de soltera, él y Jason aún trabajarían juntos, se irían de juerga juntos, los Dallas Boys seguirían juntos...

¿A quién quería engañar? No haber bailado para aquel grupo de chicas supondría que él no hubiera recobrado la esperanza en el amor y que Sienna y él no se hubieran conocido. Mark ya no lo imaginaba factible, pero gracias a ella volvía a creer en la posibilidad de ser feliz junto a otra persona, junto a una mujer. Por un revés de su pasado se convirtió en un escéptico en cuanto al otro género se refería; por eso comprendía tan bien las razones que llevaron a Chloe a distanciarse de Jason. Su ex la había herido de un modo que resulta muy difícil de sanar. Cuando la confianza en una pareja se rompe, nadie entiende que el dolor que produce es tan desgarrador como una herida abierta. Claro que sus circunstancias eran muy diferentes a las de Chloe. Jason le mintió por omisión, sin pretender lastimarla; en el caso de Mark, su novia fue mucho más allá. Claire llegó a destrozarle el corazón,

estropeándolo para cualquier otra que llegara después de ella.

Mark había estado con docenas de mujeres; todas ellas especiales a su manera, y él las respetaba profundamente. Pero ninguna lo había hecho sentir como Sienna. Junto a ella quería volver a arriesgarse, saltar a la piscina sin que le importara saber si había agua en ella o no. Algo dentro de su pecho le decía que ella era la chica indicada para él. Estaba muerto de miedo, pero, si no lo intentaba, se arrepentiría durante toda su vida. Además, para que lo suyo funcionara, debía abrirse a Sienna, contarle aquella carga que llevaba años arrastrando. Solo así obtendría una pequeña garantía de éxito con la chica que se colaba todas las noches en sus sueños.

Completamente agotado, se dejó caer boca arriba en el suelo, jadeando como si acabara de correr una maratón. Su pulso aún no había recobrado un ritmo normal cuando volvió a acelerarse después de que la puerta del apartamento se abriera, golpeando contra la pared y precediendo la entrada de Sienna. La chica iba cargada como un camello en el desierto, y a duras penas era capaz de arrastrar la pesada maleta hacia el interior.

—¿Vas a ayudarme o piensas quedarte ahí tumbado viéndome sufrir? — espetó entre resoplidos.

Mark se puso de pie en un salto y acudió en su ayuda.

—¡Madre mía! —exclamó al tomar la bolsa de flamencos rosas que ella llevaba al hombro—. ¿Qué traes aquí, a todo el equipo de los Bruins?

Pesaba una tonelada, y cuando Sienna le pasó un segundo macuto, él se quiso morir.

—¿Te has vuelto loca? ¿A qué viene todo esto?

Con un puntapié, Sienna cerró la puerta; tras soltar la maleta de ruedas en un rincón, se sentó en el sofá de una forma muy poco elegante. ¡Estaba rendida!

—Me mudo —pronunció casi sin aliento. Los bultos que Mark sujetaba cayeron al suelo en un ruidoso estrépito—. ¡Cuidado! —se quejó Sienna, alzando la cabeza—. Algunas cosas son delicadas.

—¿Te has vuelto loca? ¿Cómo que te mudas?

Mark apartó las maletas a un lado con el pie y caminó hasta sentarse junto a ella. Cuando olió su jabón de ducha y el perfume de cerezas que Sienna utilizaba, Mark tomó consciencia del estado en el que se encontraba. Con la camiseta negra de tirantes pegada al cuerpo sudoroso y los pantalones de chándal por la rodilla, no daba la imagen que uno quería ofrecer a la chica

con la que salía.

—Me mudo —repitió ella; extendiendo un brazo, Sienna le pasó los dedos por el pelo mojado—. Chloe se marcha; ha puesto en venta su piso y yo no tengo dónde quedarme. A ti te sobra una habitación, así que he pensado que...

—Espera, espera, espera... —Echándose hacia atrás, Mark la miró sorprendido—. ¿Chloe se marcha?

Incorporándose hasta adoptar una posición más adecuada, Sienna asintió con la cabeza.

—¡Y yo qué sé! —exclamó, encogiéndose de hombros—. No me preguntes, porque no sé demasiado —le advirtió—. Se ha despedido de la cadena, se ha deshecho del apartamento, ha cogido el dinero y se ha largado. Se supone que soy su mejor amiga, y lo único que la muy capulla se ha dignado a decirme es que ya me llamará. ¿Te lo puedes creer? —bufó—. Ahora que acababa de trasladarme me deja tirada. Te juro que nunca la había visto tan rara.

—¡A mí qué me vas a contar! Desde que rompieron, Jason no ha parado de pasearse como un fantasma a mi alrededor. Él también se ha largado.

Los ojos de Sienna se abrieron como platos, y Mark se alejó de ella cuando sintió las uñas de la chica clavándosele en el antebrazo.

—¿Crees que están juntos?

Mark chascó la lengua.

—Nah... Esos dos todavía tienen asuntos que solucionar. Lo que me recuerda...

Fijándose en la dirección que marcaba la mirada de Mark hacia sus maletas abandonadas, Sienna se apresuró a aclarar:

—No será por mucho tiempo. Solo hasta que encuentre algo asequible cerca del trabajo.

Acomodándose en el sofá, Mark la contempló de frente mientras sujetaba sus manos con fuerza, acariciándole los nudillos.

—Puedes quedarte tanto tiempo como quieras. No estoy asustado.

Ella lo miró con una ceja levantada.

—¿Ah, no?

Él soltó una risotada.

—Puede que un poco sí, pero también quiero apostar por lo nuestro, por un futuro.

—¿Lo dice el hombre que no cree en el «felices para siempre»?

—Y no creo. —Se corrigió—: No creía. Pero para eso existe una explicación.

Sienna trató de soltarse de él para agitar las manos y que entendiera que no era necesario que le contara nada.

—No necesito escuchar algo que no estás preparado para decir.

—Estoy preparado —le aseguró él, afianzando sus dedos en los de ella—. La razón por la que no he querido comprometerme, por la que no creo en el matrimonio es porque... —Mark cerró los ojos y respiró hondo, otorgándose unos segundos antes de continuar—. Me dejaron plantado en el altar el día de mi boda. —«Ya está, ya lo he dicho», pensó. Fue como si alguien explotara una burbuja de aire que llevaba años flotando a la deriva. Se sintió liberado, listo para comenzar una nueva etapa en su vida.

Una perpleja Sienna lo miraba casi sin parpadear, preguntándose si había oído bien. ¿Toda esa pose de gallito despreocupado era porque su prometida lo abandonó cuando estaban a punto de casarse? ¡No podía creérselo!

—¿Literal?

Humedeciéndose los labios, Mark asintió. Miraba fijamente a Sienna, ansioso por conocer su reacción.

—Claire y yo nos conocimos cuando íbamos a la universidad —le explicó; al reparar en que ella volvía a alzar las cejas, él puso los ojos en blanco—. Lo creas o no, soy arquitecto, pero esa es otra historia. Me enamoré de ella como un idiota. Era perfecta, lista, preciosa, con un corazón que pensé que era puro, pero... —Suspiró—. Debí haberlo visto venir, pero supuse que sus ausencias se debían a los nervios por los preparativos de la boda. Cuando llegó el día, yo estaba allí, rodeado de mis testigos, familiares y amigos, nervioso como no lo había estado nunca, pero también deseando darle el «sí, quiero».

Mark bajó la vista hasta sus dedos entrelazados.

—Claire no apareció. Ahora vive en Atlanta con su marido; me parece que son padres de un par de críos, de un par de gemelos. En ese momento aprendí que no podía confiar en nadie, ni siquiera en la persona que amaba.

Durante unos minutos reinó el silencio en el apartamento. Permanecieron allí, con las manos unidas, acompañados únicamente por el sonido de sus respiraciones.

—Ay, Mark... —se lamentó Sienna—. De haberlo sabido, no hubiera sido

tan dura contigo.

Él le sonrió para tranquilizarla.

—Fuiste desagradable —la corrigió, y se aguantó las ganas de reír cuando vio su ceño fruncido—. Y creo que eso fue lo que me animó cambiar. Me desafías constantemente, no me has puesto en ningún pedestal. Eres humana y cometes los mismos fallos que yo, que cualquiera. Si debe ser con alguien, ha de ser contigo.

Presas de la emoción, los labios de Sienna temblaron en un puchero.

—Y tengo algo para demostrártelo —la interrumpió él antes de que ella pudiera decir nada.

Soltándola por fin, Mark se puso en pie, se subió la camiseta y comenzó a bajar el elástico de la cinturilla de sus pantalones.

—¿Qué haces?! —exclamó Sienna, con los ojos abiertos como platos.

—¿Quieres callar? —pidió él entre risas—. El *striptease* te lo hago después si quieres, pero ahora necesito que veas esto.

Descubriéndose la cadera, Mark le mostró el dibujo que decoraba su piel bronceada.

—¿Te gusta? Es especial, ¿verdad?

Sienna ladeó la cabeza a ambos lados mientras contemplaba el pequeño tatuaje. Era... raro. De líneas curvas y tan enrevesadas que a ella le pareció una mancha de estilo impresionista.

—¿Es una neurona?

Tapándose de nuevo, Mark la miró indignado.

—¿Es el mapa de Siena, en Italia! Dijiste que tu familia es de ascendencia italiana, ¿no?

—Sí, pero... ¿Un mapa? ¿Por qué...?

Y de repente Sienna lo comprendió todo. Llevaba su nombre tatuado en la piel, no con letras, sino de una forma tan especial que a ella se le entrecortó la respiración.

—Nada es eterno, y los dos lo sabemos —murmuró Mark—. Si lo nuestro termina algún día, tu recuerdo vivirá sobre mi piel para siempre.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas, y solo cuando Mark extendió una mano para limpiarle la mejilla, Sienna supo que estaba llorando.

—Gracias —susurró, con la voz llena de amor.

—De nada —le sonrió él—. Aunque ya veo que no te ha gustado tanto como esperaba.

—¡No digas eso! —Cuando Mark empezó a apartarse de ella, Sienna le rodeó la cintura con los brazos y lo retuvo—. Quiero verlo otra vez.

—No sé si te lo mereces — comentó él, divertido.

El marrón intenso de sus ojos brilló como nunca cuando se posaron sobre los de Sienna a medida que esta le bajaba un poco el pantalón. Cuando el tatuaje quedó al descubierto, Sienna se inclinó y besó con delicadeza no solo el dibujo, sino la piel del hombre que se le había colado en el corazón.

Sintiéndose hambriento de ella, Mark la sujetó por los codos y la instó a que se levantara para pegarla a su cuerpo. Antes de que sus labios se apoderaran de los de la chica, el teléfono móvil comenzó a sonar sobre la mesa, vibrando con tanta intensidad que fue imposible obviarlo.

—Es una videollamada de Jason —murmuró.

Sienna lo animó a contestar; al cabo de un momento, la imagen de su amigo apareció en la pantalla. Estaba despeinado y su barba castaña lucía más poblada que de costumbre.

—¡Qué pasa, tío! —saludó Mark, con una sonrisa—. Me echabas de menos, ¿eh?

Las carcajadas de Jason resonaron por todo el apartamento. Tras él se podía ver la figura menuda de Kathy correteando de un lado a otro mientras perseguía a la gatita que su tío le había regalado.

—¿Qué tal está mi sobrina favorita? —preguntó Mark en referencia a Kathy.

—Ella está bien —respondió Jason, acomodándose en una butaca del jardín—. Soy yo el que necesita tu ayuda. ¿Estás solo?

Pegándose más a Mark hasta casi subirse a horcajadas, Sienna acercó la cabeza a la pantalla.

—¡Estoy aquí! —gritó, como si en lugar de en otro estado Jason viviera en otro planeta—. Por casualidad, ¿ha pasado Chloe por ahí?

Arrugando el entrecejo, Jason negó con la cabeza.

—No sé nada desde ella desde la última vez que nos vimos. ¿Se encuentra bien?

Sienna suspiró; una parte de ella estaba convencida de que su amiga habría ido a buscar a Jason en lugar de refugiarse de nuevo en casa de sus padres.

—Es una larga historia —dijo al final.

Antes de que Sienna pudiera empezar con su relato, Mark la interrumpió.

—¿Qué necesitas, hermano?

Jason se rascó una barbuda mejilla, meditando sus palabras.

—¿Aún conservas el número de aquel abogado que nos asesoró aquella vez cuando montamos el grupo con los chicos?

Haciendo memoria, Mark acabó por asentir.

—¿Tienes problemas, Jas?

Su amigo suspiró.

—He decidido reanudar los trámites de adopción de Kathy, esta vez como hombre soltero.

—¿Cómo me alegro, tío! —exclamó Mark, y era totalmente sincero.

—Eso no es todo —prosiguió Jason—. Pensaba pedir un préstamo al banco y comprar la escuela de mi madre. He ido esta mañana a la inmobiliaria, pero me han comunicado que ya han encontrado un comprador —resopló. «Se le ve cansado», pensó Mark. Incluso su perfecto rostro al más puro estilo Chris Evans reflejaba la fatiga de las últimas semanas—. No puedo permitirlo, Mark. Esa escuela solo puede ser mía.

—Lo entiendo, tío. Pero si el nuevo comprador va a soltar más pasta que tú, diría que estás bastante jodido.

—Tú solo pásame el número del abogado, ¿quieres? Te llamaré cuando tenga noticias.

A Mark no le dio tiempo de contestar, puesto que Jason ya había cortado la conexión.

—¿Ves lo que te digo? —murmuró Sienna a su lado—. Igual que Chloe. Esos dos son el uno para el otro.

Mark la miró, escéptico.

—¿Crees que lo suyo aún puede arreglarse?

Apartándose la larga melena castaña hacia atrás en un gesto lleno de seguridad, Sienna asintió.

—Si no lo hacen, te doy mi palabra de que los arrastraré yo misma hasta aquí y los haré entrar en razón.

Mark soltó una carcajada.

—¿Tan segura estás?

Ella movió las cejas en un gesto coqueto.

—Tan segura como que a ti y a mí nos esperan unas horas muy divertidas por delante.

Mark se dejó rodear por los brazos de ella, restregándose contra su estómago para hacerle notar la evidencia de su excitación.

—¿Por dónde íbamos tú y yo?

El resto del día lo dedicaron a demostrarse con sus cuerpos cuánto significaban el uno para el otro.

(I'VE HAD) THE TIME OF MY LIFE

Jason estaba de mal humor.

Aquel caluroso día de principios del mes de junio iba a ser tan tedioso como las últimas semanas. No tenía previsto hacer nada salvo volver a reunirse con el director de la inmobiliaria que había tramitado la venta de la academia de su madre. Estar mano sobre mano, sin un trabajo, con la escuela de danza prácticamente fuera de su alcance, resultaba peor que una tortura china para él. Lo único que mantenía ocupado a Jason eran la multitud de documentos que debía rellenar nuevamente para reanudar la adopción de Kathy, esta vez como hombre soltero. Sabía que sería un proceso largo, pero no pensaba darse por vencido. Así al menos dedicaba su tiempo a algo provechoso.

Desde que regresó a Dallas, Jason había descubierto que no servía para la inactividad. Llevaba bailando desde que terminó el instituto, actuando noche tras noche en diferentes estados del país, ganándose la vida para él y para que a los suyos no les faltara de nada. «¿Y ahora qué?», se preguntaba a menudo. No podía permitir que el desánimo y la melancolía se apoderaran de él, impidiéndole que siguiera adelante. Se recordó que no estaba solo; cada vez que miraba a Kathy se daba cuenta de que era lo mejor que le había sucedido nunca. Además acababa de salir de un programa de televisión de éxito gracias al cual probablemente le resultara relativamente encontrar un nuevo empleo, pero...

«Chloe», repetía una y otra vez una vocecita en el interior de su cabeza. Le faltaba Chloe. Su risa, sus supersticiones, su corta melena ondulada acariciándole la cara, la forma en que le enterraba los dedos en el pelo y el hecho de que siempre conseguía calmarlo cuando estaba nervioso... ¿Podía un hombre vivir con el corazón latiendo fuera del pecho? Porque él se sentía así desde que se despidieron. Uno no conoce el momento exacto en el que se enamora; simplemente llega el día en el que se despierta y lo sabe. Jason amaba a Chloe con todo su ser, no dudaba de ello, a pesar de que sabía muy bien que le había fallado. Solo esperaba que ella lograra perdonarlo en el futuro. No era ningún iluso; albergar la esperanza de que Chloe lo aceptara de

nuevo a su lado era casi una quimera. Conocía su pasado sentimental con Michael, su ex. El muy capullo se la había pegado con la hija de su jefe porque quería ascender en su carrera profesional y ni siquiera le importaron los sentimientos de Chloe. La engañó sin ningún tipo de remordimiento, haciéndola creer que todo iba bien entre los dos. Después de vivir una experiencia así, Jason entendía perfectamente que Chloe hubiera levantado una coraza que la protegía del sexo masculino.

Él, por su parte, nunca quiso lastimarla, y aunque jamás se le pasó por la cabeza traicionarla con otra mujer, sí que le había ocultado la existencia de Kathy y de Grace. Si se ponía en su lugar, Jason comprendía las razones de su enfado. Él no le mintió directamente, pero una vez que ella hubo descubierto la verdad, el dolor y la decepción resultaban incluso más profundos que la infidelidad del pasado.

Aun con todo, Jason la echaba de menos cada día que transcurría separado de ella.

Aquella mañana de sábado su madre envió a Kathy a su habitación para despertarlo cuando el sol aún no había terminado de despuntar en el horizonte. Su sobrina se había lanzado sobre su pecho, sentándose encima del estómago, y comenzó a moverse hasta conseguir que abriera los ojos.

—Enséñamelo otra vez —reclamaba la pequeña—. Enséñamelo otra vez, *porfiii...*

Con movimientos lánguidos a causa del sueño, Jason se levantó la camiseta blanca de tirantes que llevaba y le mostró a su sobrina la mariposa que llevaba tatuada en el esternón.

—Cómo mola... —murmuraba Kathy, desplazando la lengua por el hueco vacío de sus paletas mientras deslizaba los dedos por el dibujo—. Yo quiero uno igual —declaró.

Su tío se incorporó, todavía con ella encima, y le revolvió con las manos la rubia cabellera.

—Cuando seas mayor, ¿de acuerdo?

A juzgar por el entrecejo fruncido de la pequeña, la idea pareció no ser de su agrado.

Con los brazos cruzados, preguntó:

—¿Y cuándo será eso?

—Nunca, si puedo evitarlo —Echándose hacia delante, Jason la besuqueó en la mejilla—. ¿Por qué te has levantado tan temprano?

—La abuela y yo llevamos despiertas horas —exageró Kathy, que se entretenía acariciando la barba de Jason—. Ya hemos preparado el desayuno, y me ha pedido que te diga que te des prisa. Dice que el señor ese que se parece al mapache de *Guardianes de la galaxia* llamó anoche para... Espera. —Llevándose un dedo a los labios, Kathy pensó en el resto del mensaje—. ¡Ya me acuerdo! Tienes que estar en la academia de la abuela pronto.

Jason sonrió. El dueño de la inmobiliaria, el señor Flinn, realmente se parecía a un mapache con toda la cantidad de pelo y las profundas ojeras que se le habían formado debajo de los ojos.

—¿Cómo de pronto?

Kathy se encogió de hombros por toda respuesta.

—¡Y yo qué sé! —Saltando del regazo de su tío, Kathy correteó hacia la puerta—. ¡Ah! La abuela también dice que te laves bien detrás de las orejas. ¡Me he pedido comprobar si lo has hecho bien!

Kathy se marchó canturreando, y Jason se encontró sonriendo ante las ocurrencias de su sobrina. Por dura que fuera la vida, con hijos al lado era mucho más llevadera. Aquel renacuajo era el sol de sus mañanas y el motivo por el que seguir luchando.

Siguiendo las instrucciones de abuela y nieta, Jason se acicaló a conciencia. Cuando sus dedos enjabonados trazaron el contorno del tatuaje, Jason se preguntó qué pensaría Chloe de él, y llegó a la conclusión de que no lo juzgaría. Los prejuicios no existían para Chloe, eso era una de las cosas que más le gustaban de ella. No lo juzgó cuando la llevó a conocer a su familia en su hogar humilde, ni tampoco lo quiso menos por tener una profesión inestable o no haber completado sus estudios universitarios. Lo quiso a él por quién era, no por las cartas que le tocaron en la vida.

Cuando bajó a la cocina, con el pelo mojado y vestido con unos vaqueros desgastados y una camiseta blanca con cuello de pico, el olor a tostadas y a café le inundó la nariz. Sentada a la mesa, Kathy engullía un bol de cereales con leche, mientras que él aceptó la taza humeante que le ofreció su madre y la recompensó con un beso.

—He pensado llevarme a Kathy a la entrevista —comentó Jason tras mordisquear un pedazo de pan con mermelada.

Su madre se apresuró a negar con la cabeza.

—De eso nada. —Cogiendo una servilleta del montón que había sobre la mesa, Abby le tendió una a su hijo—. Vas a pringarte toda la ropa. Límpiate.

Jason gruñó con la boca llena; a regañadientes, obedeció a su madre.

—Kathy y yo nos vamos de compras esta mañana —continuó Abby—. Y después vendrá conmigo al trabajo y me ayudará a colocar los cubiertos, ¿verdad que sí?

La pequeña, al darse por aludida, asintió con la cabeza sin dudar.

—¿Estás segura? No creo que me lleve mucho tiempo. El capullo del señor Flinn no está dispuesto a ponerme las cosas fáciles.

—¡Has dicho una palabrota! —lo acusó Kathy con el dedo.

—Técnicamente no lo es.

—Sí lo es.

—Chicos —terció Abigail—. Jason, ya sabes que no estoy de acuerdo contigo. ¿Por qué te empeñas tanto en recuperar la academia? Déjalo estar, hijo. Hay cosas que simplemente no pueden ser por más que lo intentemos.

Con el ceño fruncido, Jason se terminó el café de un trago.

—No es ese el ejemplo que quiero darle a mi hija —comentó sin más. Tras dejar la taza vacía sobre la pila, se acercó para besar a Kathy en la cabeza—. Os veo después.

A pesar de la temprana hora, las temperaturas eran ya tan elevadas que la idea de encerrarse en la cabina de su *pickup* no lo sedujo en absoluto, por lo que Jason optó por ir caminando hasta la academia de baile. Una vez más pensó que tenía que recuperarla. No podía permitir que se la arrebataran cuando todos sus sueños y esperanzas estaban puestos en ella. Gracias al tiempo que había pasado trabajando en el concurso, Jason consiguió ahorrar casi la totalidad de todos sus sueldos; con eso y contando con el préstamo que acababa de solicitar al banco, esperaba reunir la cantidad de dinero suficiente como para poder superar la oferta del potencial comprador del que le hablaba el señor Flinn.

Sacando el móvil del interior del bolsillo de sus pantalones, Jason buscó el número del director de la inmobiliaria. Una vez localizado, pulsó el botón de llamada.

—Quería pedirle un favor, Flinn —pidió Jason en cuanto el hombre descolgó el teléfono—. Necesito información sobre el comprador del estudio. Quisiera reunirme con él y proponerle una contraoferta.

Aunque fue casi imperceptible, Jason creyó escuchar el resoplido que Flinn lanzó al otro lado de la línea. Era consciente de que estaba convirtiéndose en un cliente tocapelotas, pero no iba a darse por vencido tan fácilmente.

—Ya sabe que no estoy autorizado a ello, señor Wells —le informó el director con voz cansada—. Se trata de un asunto de política de privacidad, ya me entiende. Y aunque estuviera en mi mano ofrecerle su identidad, sinceramente, no creo que pudiera superar su oferta.

—He solicitado un crédito —insistió Jason—. Estoy de camino a la academia. Puedo mostrarle los documentos, si lo desea.

—Lo lamento, señor Wells. La venta se cerró ayer mismo. Ni usted ni su madre pueden hacer nada.

—Pero...

—Tengo otra llamada, Jason —lo interrumpió Flinn, utilizando ahora su nombre de pila para dar por finalizada la conversación—. Me reuniré con usted tan pronto como me sea posible. Buenos días.

Y sin más, colgó.

Jasón se quedó parado en mitad de la calle, con el móvil en la mano y la vista clavada en la otra acera, donde se erguía el lugar en el que había pasado toda su infancia y en el que ya nunca podría impartir clases de baile.

La pintura, de un color amarillo desgastado, estaba desconchada en muchas partes, e incluso había grietas y manchas de humedad que bordeaban todas las ventanas. Algunos cristales estaban rotos, la madera de la puerta se había ensanchado y resquebrajado por el paso del tiempo. En su favor, Jason debía decir que el interior se encontraba en mejores condiciones. Aunque no era un edificio en ruinas, sí que necesitaba una buena restauración para conseguir que volviera a recuperar el esplendor que había lucido unos años atrás. Quienquiera que fuera el nuevo propietario debería echarle muchas horas para devolverle su esplendor.

Una punzada de dolor le asaltó el estómago al pensar que la próxima vez que pasara frente a la academia, esta ya nunca sería suya de nuevo. Ya no prepararía coreografías allí, no enseñaría a bailar a Kathy entre aquellas paredes... La idea le entristeció casi tanto como la pérdida de Chloe. Últimamente se había convertido en un especialista en destruir sus propios sueños. No solo no tenía a su chica, sino que acababa de perder su futuro.

Al cruzar la calle se fijó en que una de las puertas de doble hoja estaba abierta, y a través de la ventana que daba al salón de actos se percibía la luz de alguna lámpara encendida.

—Sí que se ha dado prisa el señor Flinn —murmuró Jason para sí.

Probablemente los de la inmobiliaria habrían contratado a un equipo de

limpieza que vaciara la escuela para dejarla lista para el comprador. Un profundo pesar se instaló en su pecho al recordar la multitud de veces que, siendo un niño, se había encerrado en una de las salas mientras su madre daba clases hasta el atardecer. Allí fingía ser un reputado bailarín de ballet, o probaba nuevos pasos que les había visto realizar al grupo de *hiphoperos* cerca de la estación de tren. Ahora todo se reducía a la nada.

Llevado por un impulso, se encontró a sí mismo adentrándose en la academia, dispuesto a cantarle las cuarenta a quienquiera que estuviese allí. Podía ser que el sitio ya no le perteneciera legalmente, pero en su corazón aquella era todavía su casa.

Para su asombro, no se oía un solo ruido en el interior. Jason había esperado escuchar el sonido de cajas siendo arrastradas por el suelo, el martilleo incesante de los obreros quitando los espejos que colgaban de las paredes... En cambio, lo recibió un silencio tan sereno que los pelos se le pusieron de punta. Decidió, pues, dirigirse hacia el salón de actos; allí una solitaria bombilla que colgaba del techo titilaba a intervalos cortos, a punto de fundirse. De no ser por la luz que se colaba entre los pesados cortinajes descorridos, la estancia se hallaría en penumbra.

—¿Hola?

Su voz, ronca por la espesa capa de polvo que flotaba en el ambiente, resonó entre los vacíos tabiques.

La sombra de una esbelta figura apareció en mitad del escenario. El intruso estaba protegido entre las sombras, por lo que Jason no lograba adivinar de quién se trataba. Caminó un par de pasos hacia delante, y al cruzar frente una de las cristaleras tuvo que entrecerrar los ojos cuando los rayos de sol incidieron directamente sobre ellos.

—Si está aquí porque el señor Flinn se lo ha pedido, ya puede irse. No necesito que me mande a ningún mensajero. Ya me ha dejado clara cuál es su postura.

—No me envía el señor Flinn —murmuró la otra voz, más aguda y serena que la suya—. Ni siquiera sé quién es. Estoy aquí porque quiero.

La silueta se acercó hasta el borde de la plataforma, y solo cuando comenzó a descender los tres peldaños que la unían al suelo, Jason reparó en que se trataba de una mujer, y no una mujer cualquiera.

Era Chloe.

El corazón de Jason se detuvo en el interior de su pecho. La garganta se le

secó, e incluso notó que le costaba respirar. Pensó que debía de estar sufriendo alucinaciones. Chloe no podía estar allí, delante de él, con esa apariencia de seguridad en sí misma que tanto le gustaba. «Ha venido a buscarte», susurró una voz en su mente. Sacudió la cabeza a ambos lados. «No —se dijo—. Eso no es posible».

—No niegues tan rápido —musitó ella—. Todavía no sabes lo que vengo a decirte.

Estaba tan cerca que podía oler su perfume, notar el calor que emanaba de su piel. Jason se fijó en que el pelo le había crecido en las últimas semanas. Ahora la media melena le llegaba un poco más abajo de los hombros; a pesar de que lo llevaba suelto, estaba parcialmente recogido con un pasador en la nuca, y unos cuantos mechones le enmarcaban el rostro. Estaba preciosa incluso con ojeras. Aquella era la cara con la que soñaba todas las noches.

La falda del vestido veraniego ondeó alrededor de sus piernas cuando se detuvo a su lado.

—Estás aquí... —acertó a decir Jason por fin.

Ella ladeó la cabeza para mirarlo, con los ojos azules brillantes cuando la luz impactó sobre ellos.

—He venido para darte esto.

Sacando el brazo que había permanecido oculto tras la espalda, Chloe le mostró la cadena plateada que sujetaba entre los dedos y de la que colgaba la pequeña mariposa rosa que él había perdido.

Sorprendido y sin palabras, Jason alzó la mano para tocarla.

—La has encontrado. —Sus miradas se cruzaron, y él habría jurado que vio ternura en la de ella. ¿Estaría volviéndose loco?—. ¿Cómo?

Chloe se encogió de hombros.

—Es una larga historia, pero sé lo importante que es para ti. Aunque, según dicen, ya la has sustituido por otra.

Jason descubrió cierta mueca divertida en la comisura de la boca de Chloe. Sin duda, ella se estaba refiriendo al tatuaje que adornaba su piel y del que habría sabido a través de Sienna y Mark. Él se moría de ganas por enseñárselo. Sin embargo, las siguientes palabras de ella lo hicieron cambiar de opinión.

—También he venido para hacerte una propuesta.

Él levantó una ceja inquisitiva mientras se guardaba el colgante en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—¿Una propuesta? ¿A mí?

Chloe asintió una vez, cruzando los brazos a la altura del pecho.

—Como estoy segura de que ya sabrás, he dejado mi puesto en la cadena.

—Al ver que Jason separaba los labios para replicar, Chloe se apresuró a alzar una mano para frenarlo—. He tenido mucho tiempo para pensar, Jason, para poner en orden mis ideas y descubrir qué es lo que quiero y qué no.

—Siento haberte empujado a ello.

—No ha sido solo por ti —le aseguró Chloe—. Había muchas cosas a mi alrededor que no funcionaban como debían. Ahora sé quién soy y qué pretendo conseguir en la vida. Por eso he comprado este local.

Los ojos de Jason se abrieron con desmesura.

—¿Que has hecho qué?!

No salía de su asombro. ¿Era Chloe la misteriosa compradora de la que le hablaba el señor Flinn? Pero ¿por qué tanto misterio? ¿Y por qué Chloe había adquirido una academia de danza cuando ella ni siquiera sabía dar dos pasos seguidos, una academia que, además, estaba tan lejos de su casa?

—Le he dado muchas vueltas, Jason —continuó Chloe—. Lo que me atrajo de la televisión fue la ilusión de crear proyectos que emocionaran a la gente y a mí misma, la posibilidad de inventar, de imaginar, de apostar por lo que creo... Pero he comprendido que mi lugar no está en el mundo del espectáculo. Quiero libertad, Jason. Quiero convertir este lugar en un centro de arte, de creatividad. Quiero que esté abierto a todo el mundo, que haya representaciones, música, baile...

Chloe se detuvo para tomar aire. Estaba tan entusiasmada que su rostro quedaba iluminado por la pasión con la que hablaba.

—¿Y qué pinto yo en todo esto?

Ella suspiró, y armándose de valor dijo:

—No puedo hacerlo todo yo sola. Necesito rodearme de los mejores. —Sus ojos brillaban con intensidad cuando se clavaron en los de él—. ¿Qué te parece? ¿Aceptas trabajar bajo mis órdenes?

Él apretó los labios para tratar de serenar el torbellino de emociones que se arremolinaban en su interior. Chloe había tomado su proyecto para convertirlo en el suyo y compartirlo con él. ¿Qué más podía pedir? Sin embargo y por primera vez en toda su vida, su carrera no lo era todo para él.

—No —se encontró diciendo—. Hay algo que quiero saber antes de aceptar. —Chloe esperó unos segundos a que él volviera a hablar—. ¿Has

venido hasta aquí solo para ofrecerme trabajo? Sé sincera, por favor.

Chloe respiró hondo. El corazón le iba tan rápido que temía que el pulso acelerado la delatara bajo la palpitante vena de su cuello. Era el momento de decir la verdad.

—He venido porque quiero un futuro contigo —dijo al fin; los hombros se le hundieron, con si acabaran de ser liberados de una carga pesada que llevaban días arrastrando—. Me sorprendí a mí misma dándome cuenta de que eres humano, que te equivocas al intentar proteger a la gente que quieres. No necesito que me protejas, Jason, solo que me quieras. Respétame, y yo haré lo mismo; ámame, y te prometo que no habrá un solo día en que no te sientas querido. Sé mi compañero, Jason, porque eres el hombre con el corazón más noble que he conocido nunca. Porque te elijo a ti a pesar de las malas situaciones que vendrán y por todos los momentos felices que viviremos.

Jason se quedó sin respiración. Había imaginado incontables veces esa escena; qué le diría, cómo le pediría perdón, de qué manera le confesaría sus sentimientos... Y, sin embargo, era ella quien se le declaraba, la que había ido a buscarlo, quien abría su pecho de par en par para dejarlo entrar. Nunca se había sentido tan amado, y ahora, al contemplarla, se daba cuenta de lo afortunado que era, porque junto a Chloe tenía todo cuanto deseaba.

—¿No dices nada?

Él se pasó una mano nerviosa por la barba, como si así pudiera convencerse de que todo aquello era real.

—¿Qué quieres que te diga? —Acercándose a ella, la sujetó de las manos y se las llevó a los labios para besárselas—. Es un sí, Chloe. Un sí rotundo, a todo. Quiero que seas mi jefa, mi musa, mi pilar, mi compañera. Te prometo que no volveré a defraudarte y que compartiré contigo todos mis miedos y anhelos. Te quiero a ti, a pesar de lo que nos auguren nuestros signos del zodiaco.

Tragándose las lágrimas, Chloe soltó una carcajada.

—¿Sabes qué? Últimamente me ha dado por pensar que tal vez sean más ligeras sugerencias que predicciones. Solo nosotros podemos decidir, y precisamente han sido esas decisiones las que me han traído hasta ti.

Rodeándole la cintura con un brazo, Jason apoyó la frente en la de ella.

—Dime que esto no es un sueño —pidió en un susurro.

—No lo es —le aseguró ella, permitiendo por fin que la besara.

La había echado tanto de menos... Cuando Chloe abrió la boca y le permitió el paso a su lengua, Jason suspiró de alivio, pues se sintió de nuevo en casa. Su olor, su sabor, su calor... Todo volvía a estar donde debía.

—Todavía hay otra cosa —murmuró Chloe tras interrumpir el beso.

Él gruñó, frustrado, hambriento de sus labios y de ella.

—¿Tiene que ser ahora?

Mordiéndose los labios hinchados, ella asintió.

—No me enseñaste a hacer el salto.

Jason la miró con una ceja levantada en gesto interrogante.

—¿Qué salto? ¿De qué estás hablando?

Girando la cabeza hacia atrás en dirección al escenario, Chloe exclamó:

—¡Ahora, Kathy!

La rubísima cabellera de la niña apareció tras las desgastadas cortinas que una vez realizaron la función de telón y les dedicó una amplia sonrisa desdentada.

—¡Pequeño diablillo! —rio Jason al verla—. Conque ibas a estar con la abuela, ¿eh?

Divertida, la pequeña se perdió de nuevo en un rincón, y al cabo de tres segundos comenzó a sonar el tema principal de la película *Dirty dancing*. Bill Medley y Jennifer Warnes cantaban como nadie la canción *The time of my life*, y Jason pensó que el título era perfecto para ellos, pues resumía maravillosamente su relación con Chloe.

—¿Qué me dices, Jason Wells? ¿Bailamos?

—Contigo, siempre.

Colocando las manos bajo los brazos de ella, Jason la alzó en el aire igual que Johnny Castle hizo con Baby en la escena final de la película. Al llegar al estribillo, él le cantó al oído, con lo que se ganó después un apasionado beso de la mujer que amaba. Mientras bailaban, con Kathy y su madre danzando a su alrededor al ritmo de la música, Jason pensó que no solo había encontrado a su pareja de baile.

Había encontrado a la pareja ideal con quien compartir su vida.

EPÍLOGO

SAVE THE LAST DANCE FOR ME

—Te dije que deberíamos haber cogido el vuelo de ayer —protestó Mark por enésima vez—. Llegamos tarde, Sienna.

Su chica se giró para mirar su rostro enfurruñado. Sienna caminaba unos pasos por delante, y al volverse, la ligera falda de su vestido blanco revoloteó alrededor de sus piernas. El sol de la primavera en Dallas incidía directamente sobre su cabello castaño, arrancándole destellos del color del chocolate en contraste con el níveo encaje del ajustado corpiño, sujetado por dos finos tirantes. Cada vez que la miraba, Mark experimentaba una agradable presión en el pecho que no podía identificar como otra cosa que no fuera amor.

Llevaban juntos dos años en los que Mark no se había arrepentido un solo día de la decisión que tomó al permitir que ella entrara en su vida. Sienna supuso un soplo de aire fresco para él; lo retaba todos los días, le hacía reír y enfadar con la misma facilidad con la que le bastaba un simple parpadeo por su parte para provocar su deseo. Él, que decidió no creer en el amor, ahora no podía imaginarse sin ella. ¿Quién lo hubiera imaginado? Sienna lo había convertido en un feliz hombre monógamo.

Alzando las cejas, Sienna resopló, armándose de paciencia.

—No es tarde —replicó ella; esperó a que Mark le diera alcance para entrelazar los dedos a los de su novio—. Chloe me ha mandado un mensaje para decirme que iban con un poco de atraso. ¿Por qué tienes tanta prisa?

Pasándose una mano por las mejillas cubiertas por una suave capa de barba oscura, Mark desvió la mirada, fingiendo que se concentraba en el tráfico al cruzar la calle.

—Por nada.

Sienna se detuvo en mitad de la carretera desierta.

—Mark...

El aludido bufó al tiempo que ponía los ojos en blanco y tiraba del brazo de su novia.

—Está bien —claudicó al final—. Jason me comentó que últimamente

Beyoncé pasa más tiempo en la academia que en su propia casa. —Y encogiéndose de hombros añadió—: Quería comprobar si era verdad.

Al borde de las lágrimas, Sienna no pudo aguantarse más la risa que le asaltó, y acabó por romper en carcajadas.

—No lo dices en serio —farfulló, divertida, contemplando cómo Mark se acercaba a la acera—. ¡Espera! ¡Era una broma! —Su chico chascó la lengua, pero dejó que ella lo envolviera por la cintura con un brazo—. ¿No te basta con todas las famosas con las que bailas en el programa?

—Tú no lo entiendes. ¡Es Beyoncé! La diosa...

Al escucharlo, Sienna se carcajeó todavía más.

Tras el éxito que atesoró la primera edición del concurso *Shall we dance?*, la cadena decidió renovarlo por varias temporadas más, asegurándose la participación de Mark en él. El bailarín era uno de los profesores más aclamados del programa, y a pesar de que hubiera sentado la cabeza al lado de Sienna, Mark continuaba levantando pasiones allá por donde iba. Podía decir que los astros brillaban en su favor: tenía un trabajo estable con el que disfrutaba, un buen sueldo, una mujer increíble a su lado... ¿Qué más podía pedir? Era un hombre afortunado, y, sin embargo, Mark todavía notaba una espinita clavada en el corazón. Le había pedido matrimonio a Sienna dos veces, y en ambas ocasiones ella lo había rechazado alegando que él nunca creyó en el matrimonio y que su relación funcionaba perfectamente tal y como estaban. ¡Era del todo frustrante!

—Siento cargarme tu ilusión, cariño, pero dudo mucho que Beyoncé vaya a estar presente en la fiesta de cumpleaños de Jason.

Rodeando los hombros de Sienna, Mark la pegó a su costado al caminar.

—Ella se lo pierde.

Cuando al fin alcanzaron el edificio que ahora pertenecía a Chloe y a Jason y que albergaba su academia de baile, les sorprendió la cantidad de vehículos que llenaban la calzada.

—¿A cuánta gente ha invitado tu amiga? Menudo cabrón es Jason —se carcajeó Mark—. No recuerdo haber armado tanto revuelo cuando cumplí los treinta.

—No seas cruel —le reprochó su chica, dándole un leve golpe en su duro torso—. Jason y Chloe se merecen una celebración por todo lo alto.

Como siempre, Sienna tenía razón. Después de todo el esfuerzo que sus amigos habían realizado para poner a punto la escuela para que todo saliera

bien, una fiesta era justo lo que necesitaban.

Cuando Chloe compró la propiedad y le propuso a Jason que fuera su socio, Mark no estaba del todo convencido de que aquello fuera a funcionar. Pasaron meses rehabilitando el lugar; contrataron una cuadrilla de obreros, remodelaron las salas de ensayo, pintaron cada esquina con un vivo color que llamara la atención y cuando todo estuvo listo para la inauguración, Chloe tiró de su agenda profesional para ponerse en contacto con todos los productores, agentes de famosos y celebridades que había conocido durante sus años en televisión. Obligó a Jason a que se hiciera un buen *book* fotográfico y actualizara su currículum para que todo el mundo supiera cuán profesional era. Para sorpresa de ambos, el interés que suscitó su proyecto fue tal que de la noche a la mañana se vieron trabajando sin descanso codo con codo con los mejores artistas del país, creando coreografías exclusivas para ellos y reservando la mayoría de las salas que poseían para que estos se encontraran lo más cómodos posibles a la hora de trabajar. Además colaboraban con varias escuelas de la zona impartiendo clases de baile para niños, y durante los fines de semana abrían sus puertas para que los bailarines *amateurs* pudieran entrenar para los concursos estatales de baile de salón. Estaban tan ocupados que, a pesar de que Roger se había puesto en contacto con ellos en reiteradas ocasiones para intentar convencerlos de que regresaran a la cadena, tanto Jason como Chloe hacían oídos sordos a su propuesta.

Cuando Mark alzó la vista pensó que aquel lugar no se parecía en nada a la envejecida construcción que él conoció unos años atrás. Su amigo se lo había montado muy bien. Estaba orgulloso de su colega. Nada más poner un pie en el interior se vieron rodeados por globos de todos los colores y guirnaldas de flores naturales colgando del techo, sobre las puertas y decorando cada esquina en unos enormes jarrones. La melódica voz de Michael Bublé les llegó desde los altavoces del estéreo, y antes de que pudieran adentrarse en el salón de actos, donde debía estar todo el mundo reunido, una musculada figura se acercó hasta ellos para darles la bienvenida.

Jason les dedicó una enorme sonrisa sincera nada más verlos.

—Chloe y yo ya pensábamos que no vendrías —comentó, estrechando a Sienna entre sus brazos—. ¿Dónde os habíais metido?

Mark le dedicó una significativa mirada a su chica.

—Ha sido culpa de ella. —La señaló y le guiñó un ojo antes de abrazar a su colega—. Feliz cumpleaños, hermano.

—Gracias, tío. Me alegra teneros por fin aquí a los dos.

Mark pensó que la vida fuera de los focos de la televisión le sentaba bien a Jason. El muy capullo había ganado masa muscular desde la última vez que se habían visto, en Navidad, y de no ser porque él no se fijaba en esas cosas —o eso se empeñaba en decir—, Mark juraría que cada día se parecía más a Chris Evans.

—¡Habéis llegado! —gritó la voz de Chloe, que caminaba hacia ellos—. ¿Dónde demonios estabais?

Sienna hizo una mueca de culpabilidad mientras saludaba a su amiga. Mark vio que las dos se susurraban al oído, pero decidió no prestar atención a los asuntos de las chicas.

—¿Qué tal os va todo? —se interesó Mark—. ¿Algún invitado de honor al que deba saludar? ¡Ay!

Gruñó entre dientes cuando Sienna le clavó el codo en el costado.

—Todo va genial —contestó Chloe, entusiasmada, dejándose rodear por Jason y recostando la cabeza en su pecho—. De hecho, estábamos pensando...

—¿En casaros? —la interrumpió Mark—. Porque yo se lo he pedido a tu amiga dos veces y me ha negado ha negado el «sí, quiero». ¿No es irónico que ahora que yo sí quiero casarme ella se oponga?

Chloe se mordió los labios y ahogó una risita.

—Iba a decir que estábamos pensando en ampliar la escuela, pero ahora que sacas el tema... —Compartiendo una mirada cómplice con Sienna, Chloe esperó la confirmación de esta para abrir las puertas del salón—. A lo mejor deberías echarle un vistazo a lo que te espera dentro, Mark.

Confuso, Mark arrugó el entrecejo. Sienna entrelazó sus dedos a los de él y lo condujo al interior. En el amplio recinto los esperaban todos sus amigos y familiares elegantemente vestidos, y los recibieron con vítores y aplausos nada más poner un pie en el lugar. Había más globos, mesas decoradas e incluso una arcada con hojas y flores colocada en el escenario. Mark no entendía nada.

—¿Qué cojones...?

Sujetando su otra mano, Sienna se colocó frente a él y lo miró directamente a los ojos.

—La razón por la que nunca te decía que sí era porque, gracias a ti, me di cuenta de que no necesito un «felices para siempre» —le explicó Sienna, con

la emoción acudiendo a sus ojos—. Ya no quiero un final de cuento ni una boda por todo lo alto. Quiero una vida a tu lado, Mark. Si me aceptas, claro.

Confuso y conmovido, Mark parpadeó varias veces para contener las lágrimas, pero sin mucho éxito. ¡Él nunca lloraba! Con Sienna siempre se quedaba pasmado.

—¿Te me estás declarando? —preguntó en una risa nerviosa.

Ella acertó a asentir. Tomando la cajita de terciopelo que Chloe le tendía, Sienna la colocó sobre la palma abierta de Mark.

—A la tercera va la vencida, y esta vez diré que sí.

Cuando Mark extrajo el anillo que ya le había ofrecido dos veces antes de ese momento y se arrodilló frente a la chica, un coro de jadeos y suspiros inundó la sala.

—¿Te casarás conmigo, Sienna? ¿A pesar de que sea un capullo la mayor parte de las veces y tú una negada para el baile?

Sienna soltó una carcajada ruidosa.

—Sí, claro que sí. —Mark le colocó el anillo en el dedo y la multitud estalló en aplausos—. No esperemos más entonces —murmuró Sienna sobre sus labios—. Conviértete en mi marido, Mark.

Él la miró, impresionado.

—¿Ahora?

Sienna le hizo un gesto hacia el escenario, donde un pastor los esperaba bajo el arco de flores. Al verlo, Mark rompió a reír.

—Lo habías planeado todo, ¿verdad?

—Recibí algo de ayuda.

Tras ellos, Chloe se llevó una mano al pecho. Quería a Sienna como a una hermana; la felicidad de ella era la suya propia.

—¿Estás bien? —le susurró Jason junto al oído.

—Sí, es que... —suspiró—. Ha salido todo perfecto.

Jason la besó en la sien.

—Me temo que los novios nos esperan. Creo que me toca ser el padrino —sonrió—. ¿Estás lista?

Chloe asintió, pero lo hizo retroceder al ver que se marchaba en dirección al escenario.

—¿Qué ocurre?

Ella se mordió los labios, nerviosa.

—Hay algo más. Algo que no sé muy bien cómo te vas a tomar.

Preocupado, Jason la observó con el entrecejo fruncido.

—Me estás asustando, Chloe. Dime qué pasa.

Chloe se frotó las manos.

—Todavía no te he dado tu regalo de cumpleaños.

Al oírla, Jason suspiró aliviado.

—Puedes dármelo luego, cuando estemos a solas. Ahora vámonos antes de que Sienna se lo piense mejor y cambie de idea.

—¡Espera un momento, Jason Wells! —resopló Chloe—. Por Dios, qué difícil es darte una sorpresa. Kathy, cariño, ¿estás lista?

La pequeña que Chloe conoció una vez tenía ahora diez años y era toda una preadolescente. Estaba altísima, y sus cabellos rubios ondeaban con gracia alrededor de su cara. Chloe la contemplaba con orgullo de madre; las dos habían llegado a convertirse en buenas amigas desde que Jason consiguió al fin su custodia. Kathy no tardó en empezar a llamar a Jason «papá», y aunque con Chloe le costaba un poco más, a veces la oía referirse a ella como «mi madre» cuando invitaba a casa a sus amigas.

—¿Se lo digo ya? —preguntó la niña.

Cuando Chloe asintió, Kathy se tiró al cuello de Jason y permaneció allí sujeta mientras le hablaba al oído.

Chloe supo el momento exacto en el que Jason recibió la noticia: cuando sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué has dicho?

Su hija se liberó de las manos de Jason y aterrizó de nuevo en el suelo.

—He dicho que voy a tener un hermano. ¿Se te ha vuelto a olvidar lavarte las orejas, papá?

Jason rompió a reír en carcajadas. Su mirada azul buscó la de Chloe, y ella asintió ante su muda pregunta.

—¿No se trata de un juego de las dos?

Kathy negó fervientemente con la cabeza.

—¡Bésala ya, papá!

Divertido, él acató órdenes. Abrazando a Chloe, colocó una de sus manos sobre el vientre de su chica.

—No está mal para una mujer mayor, ¿eh?

—Nada mal —sonrió, con la frente pegada a la de ella—. ¿Qué dicen nuestros horóscopos al respecto?

Chloe fingió que se lo pensaba unos segundos.

—Que a veces hay que dejarse llevar un poco más y empezar a vivir. ¿Estás contento?

—Estoy eufórico —le aseguró él—. Esto te ata a mí para siempre. ¿Estás segura de que no quieres aprovechar y celebrar una boda doble?

Chloe se carcajeó sobre su boca.

—Tengo todo lo que puedo necesitar.

Jason pensó entonces que la felicidad plena debía de ser algo muy parecido a eso.

—¿Recuerdas la noche que bailamos juntos? —preguntó Chloe, con la mejilla acomodada sobre la de él.

Un estremecimiento lo recorrió de pies a cabeza. Habían pasado por tanto desde aquel momento... Y, sin embargo, ahí estaban ahora, a punto de ampliar la familia.

—¿Cómo iba a olvidarla? El de aquella noche fue mi mejor espectáculo. Además, había cierta rubia que me hacía ojitos que...

Divertida, Chloe lo golpeó en el hombro mientras rompían a reír juntos. Recordaba haber estado comiéndoselo con los ojos mientras él bailaba en el escenario.

—En ti encontré a mi pareja de baile perfecta, Chloe. Yo siempre bailaré al ritmo que tú marques.

—Lo haremos juntos —convino ella—. Y ahora, ¿a qué esperas para besarme?

Jason la besó por fin, saboreándola del mismo modo que la primera vez, impaciente por descubrir cuántas aventuras más le quedaban por vivir con Chloe. Porque si de algo estaba seguro, era de que todo siempre sería con ella.

AGRADECIMIENTOS

Escribir la historia de Jason y Chloe ha sido para mí como emprender un viaje, uno que disfrutas tanto que no quieres que llegue a su fin. Ha sido un proceso largo, y una parte de mí se ha quedado para siempre encerrada entre las páginas de este libro. Espero de corazón que lo disfrutéis tanto como yo lo hice.

Desde el principio, Jason y Chloe tuvieron unas madrinas de excepción, las cinco puntas de una estrella. Sara, Esme, Bea, Patri y Fanny. Vosotras, junto con Silvia, Ricardo y Cleo, habéis hecho posible casi sin daros cuenta que esta novela vea la luz. Gracias por brillar a mi lado.

No puedo dejarme atrás a Ana Lara, Irene, Miriam y todas las chicas del Club de Lectura de la Librería Cala de Maracena. Gracias por recibirme siempre con los brazos abiertos, por hacer que el tiempo se me pase volando y por conseguir que me sienta como en casa entre vosotras. Tampoco me olvido de las chicas del Café Literario de Córdoba; Alejandra, Rocío, Diana, María Luisa, Esther, Mamen y su marido, que me acogen en su casa... A todas las que compartís conmigo todas esas tardes tan divertidas que no cambio por nada.

Gracias a Lety por ser mi fiel compañera durante las ferias del libro de Madrid y a Itziar y Puri, porque si tengo fans, vosotras sois las primeras. Mi agradecimiento especial va para Núria Pazos, porque no hace falta que aparezca para que sepa que está ahí, y junto con Espe y M^a Jesús hicieron que me diera cuenta de lo arropada que estoy.

Tengo la suerte de contar con gente maravillosa a mi lado, así que Eva, Valme y Rocío: no me faltéis nunca; gracias por ser mi pilar, por esos consejos tan valiosos y por recordarme que la amistad verdadera existe, a pesar de los pesares.

Gracias también a mi amiga Meagan de Texas; a ella le debo mi nuevo conocimiento acerca de la televisión en Estados Unidos y de los programas del zodiaco que (no) emiten. Y, cómo no, mi GRACIAS eterno va para Darryl, porque no necesita hablar mi idioma para comprenderme y saber lo que pienso incluso viviendo en diferentes países. *Remember that you are the only one who can save me. ;)*

No se me olvida darle las gracias a Patri, que siempre lee mis historias capítulo a capítulo y se queja poco de mi ritmo de tortuga al escribir. Gracias por acompañarme en este camino cogida de mi mano. Y gracias a todas esas amigas que llegan para quedarse: Patri, Marta, Eva, María José y sus niños, Hugo y Olga... Gracias por ese apoyo, por esas confianzas y por ser únicas.

Me faltan palabras para agradecer nuevamente a los editores de Pàmies la oportunidad que me brindan siempre de volver a «casa». Gracias, Carlos. Gracias, Conchi; creo que sabes todo lo demás.

Por último, gracias a mi familia. A mis tíos, que me tratan como a una hija. A Maribel, que es mi tía aunque no lo diga la sangre. A mis hermanos, que están siempre conmigo sin importar lo lejos que vivamos. No sabéis cuánto os quiero. A Wendy, porque aunque tenga cuatro patas y no levante dos palmos del suelo, es mi musa mientras escribo. Y a mis padres. Porque tengo la suerte de ser vuestra hija y porque siempre estaré orgullosa de vosotros.

Gracias a todos aquellos que os tomáis la molestia de leerme, de escribirme, a los que venís a visitarme en cada firma y os quedáis un ratito conmigo, a los que participáis en mis eternas encuestas, reseñáis mis novelas y os reís conmigo. Gracias por elegir estar a mi lado en esta bendita locura.

SINOPSIS DE *LA NOCHE QUE BAILAMOS JUNTOS*



Tras pasar por una dolorosa y complicada ruptura, Chloe se refugia en el trabajo. Pero cuando su último proyecto fracasa de forma estrepitosa, todos sus sueños y esperanzas se vienen abajo. Ni siquiera la inminente fiesta de despedida de soltera de su mejor amiga consigue animarla hasta que...

Jason es un hombre hecho a sí mismo; desde muy joven ha luchado por conseguir labrarse un futuro en el mundo de la danza, y aunque la vida se ha empeñado en colocarle varios obstáculos a lo largo del camino, él jamás ha perdido la sonrisa. Tiene muy claros sus objetivos y no permitirá que nada ni

nadie lo aparte de ellos hasta que...

Una fiesta. Un grupo de *strippers*. Unas copas de más.

Pero ni Chloe ni Jason van a dejar que sus planes se vayan a pique por una noche de pasión. Salvo que el destino los sorprenda volviendo a unirlos de la forma más inesperada...

¡Lista de canciones de LNQBJ en Spotify!



BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



Laura Maqueda nació en Sevilla, donde reside en la actualidad. Es diplomada en Magisterio en la especialidad de Educación Infantil, y desde muy joven comenzó a demostrar su pasión por la escritura creando pequeñas historias en foros literarios.

Animada por la insistencia de su mejor amiga, decidió contactar con el mundo editorial. Su pasión es la novela romántica histórica, pero actualmente la contemporánea centra la temática de sus escritos.

En 2016 Pàmies publicó *Érase una vez en Londres*, que resultó un auténtico bombazo de ventas y de crítica, a la que siguió *Érase otra vez en Londres* (2017) y *En camas separadas* (2018). *La noche que bailamos juntos* es la cuarta novela de la autora en nuestra colección Phoebe.

Pinterest: [lauramaqueda1](#)



FB: [/lauramaquedadescritora](#)



TW: [@Laurimg90](#)



IG: [lamaga90](#)



ÉRASE UNA VEZ EN LONDRES



¿Puede el modelo más famoso del mundo enamorarse de una chica corriente?

Desesperada, angustiada, perdida en mitad de un aeropuerto en un país extranjero... y estafada. Así se siente Miriam cuando aterriza en Londres y descubre que la empresa que le había prometido un trabajo la ha engañado y se ha quedado con su dinero. Perdida en una ciudad que no conoce y con apenas unas libras en el bolsillo, Miriam deberá buscar urgentemente una solución a sus problemas. Lo que no espera es encontrarse

con un elegante, desconocido y guapísimo hombre, que se presentará como su salvador al ofrecerle su casa de manera desinteresada mientras ella busca un nuevo trabajo.

Miriam no puede sospechar que su casero, además de ser una belleza, es el modelo más reconocido del momento y que, además de hospedarla en su casa, está también dispuesto a abrirla su corazón... si es que la convivencia con una alocada española se lo permite.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Érase una vez en Londres



¡Lista de canciones de Spotify
de ÉUVEL!



ÉRASE OTRA VEZ EN LONDRES



La hija del modelo más famoso del mundo llega para desbancarlo.

O al menos eso es lo que esperaba todo el mundo cuando la primogénita del modelo Julian Cole se convirtió en una mujer.

A sus casi diecinueve años, Rose es toda una belleza, pero su marcado carácter británico hace que parezca prácticamente inaccesible. Después de un doloroso desengaño amoroso, Rose decide que en su vida no hay cabida para los hombres... Hasta que un joven fotógrafo aparece en su vida.

Un encuentro casual en la prestigiosa escuela en la que Rose estudia, un cruce de miradas, unas cuantas fotografías... y Jack supo que tenía que hacer

cuanto estuviera en su mano por conocer a aquella chica de enigmática mirada.

La vida de Jack no ha sido un camino de rosas: tras sobrevivir a un pasado doloroso en una granja en Estados Unidos y haber vagado solo por el mundo desde que era un crío, es un hombre optimista que está decidido a saber más de Rose, a conquistarla, porque algo en su interior le dice que ella esconde casi tantos secretos como él.

Pero ¿la irremediable atracción que Jack y Rose sienten podrá superar los prejuicios de un padre sobreprotector?

Vuelve a encontrarte con los personajes que aparecieron en #ÉUVEL y enamórate de Jack y Rose en *Érase otra vez en Londres*.

Captura en el código
los primeros capítulos de
Érase otra vez en Londres



¡Lista de
canciones de Spotify de ÉUVEL!!

EN CAMAS SEPARADAS



Primera regla de la amistad: no enamorarte jamás de tu mejor amigo.

Héctor y Mia han sido amigos desde mucho antes de lo que les alcanza la memoria. Acostumbrados a pasar juntos todo su tiempo libre, han compartido bromas, primeras veces, desencuentros... Y han sido precisamente sus rarezas las que los han mantenido como un frente unido.

Sin embargo, la vida los obliga a tomar caminos separados, y ahora Mia, en Madrid, y Héctor, en Japón, deberán aprender a vivir el uno sin el otro sabiendo que es probable que no vuelvan a verse.

Pasan los años y Mia, con la sensación de que le falta la mitad de sí misma, se centra en su trabajo mientras fantasea con su guapísimo jefe,

convencida de que ella podría ser la mujer de su vida. Pero lo último que Mia se imagina que ocurra es que su mejor amigo regrese.

A su vuelta del extranjero, Héctor hará que su mejor amiga se plantee qué es lo que realmente espera de la vida. Además pondrá su rutina patas arriba al irse a convivir con Mia al pequeño apartamento de esta, lo que no será cosa fácil, porque... los amigos duermen en camas separadas..., ¿verdad?

Captura en el código
los primeros capítulos de
En camas separadas



¡Lista de canciones de
Spotify de ECS!



Nzofrenick

*"La lectura hace al hombre completo;
la conversación lo hace ágil,
el escribir lo hace preciso".*

Francis Bacon

